Seix Barral

David Safier

Miss Merkel. Asesinato en terapia de grupo



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

Agradecimientos

Notas

Créditos

Miss Merkel. Asesinato en terapia de grupo

David Safier

Traducción del alemán por María José Díez Pérez

Seix Barral

Para Marion, Ben y Daniel. Os quiero

1

—No estoy irascible —afirmó Angela irascible.

—Ya lo creo que sí —contestó su mejor amiga, Marie. La afroamericana, de treinta y nueve años, era la única persona en el mundo a la que no le daba miedo enfrentarse a Angela y decirle la verdad.

—Que no. —Angela sonó un pelín más irascible.

—Y yo te digo que sí.

Las dos mujeres estaban sentadas bajo el más bello sol primaveral a la mesa de madera del jardín de Angela, que rodeaba su casita con entramado de madera de Klein-Freudenstadt, un pueblecito minúsculo a orillas del pintoresco lago Dumpfsee, en Uckermark. Allí donde, según los rumores, dormitaba un monstruo parecido a una serpiente llamado Jörmungandr desde los oscuros días de la Edad Media, pero que al que en tiempos de la RDA los vecinos de Klein-Freudenstadt habían rebautizado como Margot, por la mujer de Honecker.

El tercero que se hallaba a la mesa era el marido de Angela, Achim, que en ese momento se estaba sirviendo otra taza de su adorada infusión de escaramujo; salvo él, probablemente no hubiese nadie más que, sin tener ninguna infección, tomara más de tres tazas por voluntad propia. Mientras tanto Mike, el guardaespaldas de Angela, tenía la vista clavada en la tarta de albaricoque. Olía por lo menos tan bien como las rosas en flor del jardín. Mike ya se había comido dos trozos, y estaban tan sumamente ricos que se debatía

consigo mismo entre zamparse un tercero o no. Desde que Mike estaba al servicio de Angela, que era aficionada a la pastelería, ya había tenido que encargar varias veces ropa de trabajo nueva. Sus jefes ya no se tragaban la excusa de que la culpa de su cada vez mayor perímetro la tenía el duro entrenamiento al que sometía la musculatura del abdomen. Sin embargo, había algo casi peor: si seguía así, Mike amenazaba con no poder enfundarse el estiloso traje verde que quería lucir el fin de semana en su boda con Marie.

—De una vez por todas, ¡no estoy irascible! —aseguró Angela, ahora claramente más irascible.

—Entonces, ¿insoportable, tal vez?

—Marie.

—¿Malhumorada?

—Para.

—¿Hosca? ¿Gruñona? ¿Avinagrada?

—¿Te has tragado un diccionario?

—¿Cascarrabias?

—Bueno, ¡ya está bien! —exclamó Angela insoportable, malhumorada, hosca, gruñona, avinagrada y cascarrabias, todo a la vez. Dio un manotazo en la mesa como cuando en su día el ministro de Transporte Andreas Scheuer afirmó en una reunión del consejo de ministros que la empresa ferroviaria estatal, la Deutsche Bahn, mejoraría de año en año bajo su égida.

De puro susto, Achim estuvo a punto de derramar en la mesa su infusión de escaramujo mientras la servía, y Mike cogió otra porción de tarta tras proferir un suspiro: era de los que comían cuando se estresaba. Lo más irritante de esa costumbre era que engordaba sin poder disfrutar de verdad la comida. A veces ni siquiera saboreaba el dulce, sino que lo engullía como cuando era pequeño y sus padres

se peleaban. En esas situaciones, comparado con él, el Monstruo de las Galletas de *Barrio Sésamo* era un maestro del autocontrol.

—Con esto termino mi argumentación —afirmó una risueña Marie.

—Si he gritado ha sido únicamente porque tú me has hecho sentir irascible —comentó Angela, esforzándose por recuperar la compostura.

—Antes le echaste la bronca por teléfono a Friedrich Merz solo porque no quieres presentarte a las elecciones por el partido y encima no quieres que lo haga él. Y después le dijiste que había muchas cosas que preferirías hacer antes que hablar con él. Por ejemplo, clavarte un bolígrafo en un ojo. Dime, si eso no es irascibilidad, ¿qué dirías tú que es?

—Sinceridad —repuso Angela.

No conocía a muchas personas a las que despreciase tanto como al líder de la Unión Demócrata Cristiana. Ella, a la que divertía imitar a políticos delante de otros (se le daba especialmente bien la imitación de Markus Söder abrazando árboles), opinaba que el bueno de Merz en el fondo era una parodia de sí mismo cuando aseguraba que, como expresidente del consejo de supervisión de un fondo de inversión y propietario de un *jet* privado, era de clase media.

—No pretendía sacarte de quicio —se disculpó con suavidad Marie, que le cogió la mano a Angela—, pero desde que terminaste tu autobiografía no eres tú.

—Imaginaciones —alegó ella, pero también sintió que tenía un poco de razón.

Desde que había tecleado en el ordenador con dos dedos las últimas palabras de su biografía, sentía un vacío interior. Mientras escribía había pasado revista a su carrera política a diario durante varias horas, y aunque en parte había hablado de sus éxitos, no

podía evitar pensar también (pese a todos los motivos de orgullo) en sus fracasos. No había podido hacer lo suficiente contra el cambio climático, la digitalización de Alemania daba más bien pena, y la Deutsche Bahn mejor debería llamarse *Cámara oculta*. Eso por no hablar de la política hacia Rusia y China. Ella nunca se había hecho ilusiones con los espeluznantes caballeros Putin y Xi y, sin embargo, los había juzgado mal. Debido a todo esto, por muchos honores que hubiese recibido, en momentos de debilidad Angela tenía la impresión de que a menudo había fracasado. Y como jubilada carente de aficiones dignas de mención, salvo la pastelería y la resolución de asesinatos, disponía de tiempo más que de sobra para sufrir tales momentos de debilidad. ¿De verdad estaba irascible? ¿Acaso descargaba su frustración en los demás?

Angela se volvió hacia su querido Achim.

—Bizcochito, ¿tú también crees que últimamente estoy irascible? —preguntó con tino.

—Bizcochita —Achim sonrió—, antes de contestar me gustaría decirte que te quiero.

—Eso ya lo sé.

—Desde el momento en que nos conocimos.

—Lo sé.

—Y lo amo todo de ti, incluso tus puntos débiles.

—Es uno de los secretos de nuestro gran matrimonio.

—Por ejemplo, me parece muy entrañable cómo roncas en cuanto te quedas dormida.

A Angela le habría gustado oír un ejemplo distinto de punto débil entrañable, sobre todo cuando vio que Marie no podía reprimir una sonrisa. De pronto, Mike desistió de servirse una cuarta porción de tarta de albaricoque —sí, de puro nerviosismo ya se había comido la tercera entera— y levantó la vista con expresión de desconcierto.

—O cómo arrugas la cara por la mañana. Un poco como Putin. —Achim señaló al carlino, que no hacía el menor caso a los palos que le lanzaba en el jardín Adrian, el hijo de Marie, que ya casi tenía tres años.

La sonrisa de Marie se ensanchó, y Angela se zafó de la mano de su amiga. A Mike le costó Dios y ayuda dominarse para no estallar en carcajadas. Aunque a esas alturas tenía una gran confianza con su jefa, naturalmente la confianza no era tanta como para que pudiera reírse de ella.

—Bizcochito, no hace falta que sigas enumerando. —Angela trató de frenar a su marido con tacto.

—Pero es que quiero hacerlo. —Achim siguió en sus trece—. Eres encantadora incluso cuando sueltas uno de esos eructitos agudos tuyos después de comer.

—¿Eructitos? —repitió Angela.

—¡Eructitos agudos! —rio Marie.

Para no lanzar una risotada, Mike se pellizcó el antebrazo.

—O cuando cantas a pleno pulmón en la ducha desafinando, como ayer, por ejemplo, *Skandal um Rosi*.

Ahora Mike se mordió el antebrazo.

—Y sobre todo fue magnífica tu versión. Cuando cambiaste el título, *Skandal um Scholzi*.

La versión de Angela hacía referencia al escándalo de las operaciones «Cum-Ex», que todavía perseguía a Olaf Scholz, por aquel entonces alcalde de Hamburgo.

—¿Adónde quieres llegar, bizcochito? —preguntó ella, ahora de nuevo irascible.

—Es preciso que sepas que lo que voy a decir lo digo porque te quiero y porque estoy preocupado por ti: estás no solo más irascible

desde que terminaste de escribir tu autobiografía, sino también más triste.

Más triste.

Vaya.

Solo ahora cayó en la cuenta Angela: ciertamente estaba más triste.

Porque ya no podía enmendar los errores que había cometido en el pasado.

Porque le costaba llenar el vacío interior que le producía la jubilación.

Y, aunque tenía a su alrededor a muchas personas queridas y a un perro querido, sentía un profundo dolor.

¿Por qué no le bastaba eso para llevar una vida feliz en su jubilación?

¿Qué le pasaba?

Angela guardó silencio. Los demás guardaron silencio con ella. Todos salvo el pequeño Adrian, que correteaba por el jardín y hacía como si él fuese un valiente caballero y el palito que blandía, una espada con cuya ayuda le dejaba claro a un dragón malvado que solo tenía dos alternativas para el mañana: soportar sus espadazos o estar a disposición del pequeño caballero y listo para despegar en el futuro.

Estar «listo para despegar» era una locución que solo conocían los niños que pasaban mucho tiempo con políticos de alto rango jubilados como Angela.

—Me temo que esta no es una crisis económica, de refugiados o el coronavirus —admitió Angela con una voz baja y quebrada que preocupó a todos los que estaban sentados a la mesa, y a Mike, además, lo incitó a zamparse la cuarta porción de tarta—, sino una crisis muy personal.

Tras la confesión de Angela, volvió a hacerse el silencio. Marie le cogió la mano de nuevo y Achim le agarró la otra. No se oía nada salvo la leve brisa primaveral entre los árboles, el trino de los pájaros, el divertido juego de caballero de Adrian —para entonces, el palito se había transformado en el dragón listo para despegar a lomos del cual Adrian se había subido y hendía el viento— y el ruido que hacía Mike al comer. Ese periodo de silencio se prolongó más que el primero, hasta que Marie le echó valor y dijo:

—Creo que necesitas un poco de ayuda.

—¿Ayuda? —Angela no entendía bien.

—Sí, ayuda..., o sea, ayuda... —Marie recalcó el segundo «ayuda» de un modo extraño.

Angela seguía sin entender.

—Bizcochita —terció Achim.

—¿Sí?

—Marie se refiere a terapia.

—¿Terapia? —exclamó Angela. Eso nunca se le había pasado por la cabeza. Porque nunca le había hecho falta.

A diferencia de muchos otros políticos, que habían caído en las garras del alcohol, las drogas o las mujeres y/o los hombres para poder hacer frente a la presión y el desgaste, ella nunca había necesitado recurrir a tales cosas, y menos aún ir al psicólogo. Solo ahora que ya no estaba expuesta a ninguna sobrecarga empezaba a dolerle el alma. Pero no tanto como para que tuviera que buscar a un terapeuta, como Armin Laschet, que quería curarse del tic de reírse en situaciones inadmisibles. ¿O tal vez sí?

—Terapia —confirmó Marie con voz firme.

—¿De verdad opináis todos que debería ir a terapia? —preguntó con inseguridad Angela a los allí presentes.

—Solo un par de sesiones —contestó Marie—. Seguro que con eso basta para que te aclares y te estabilices un poco.

—Mal no te hará, bizcochita —afirmó Achim.

—Vosotros dos ya habéis hablado de esto, ¿no? —receló Angela. Como exjefa de gobierno, era capaz de olerse literalmente pactos secretos que se hacían a sus espaldas.

Marie y Achim confirmaron sus sospechas asintiendo mientras le apretaban cariñosamente las manos.

«Un par de sesiones...», pensó Angela. Bueno, a fin de cuentas, tiempo tenía de sobra. Así y todo, no le agradaba la idea de hablar con un desconocido de problemas que ni ella misma acertaba a entender del todo y menos todavía era capaz de formular de manera precisa. Miró a Mike. Quizá contradijese a Marie y a Achim. No lo hizo.

Lo que el guardaespaldas dijo fue:

—Un poco de ayuda le puede ir bien a todo el mundo.

Angela recordó que Mike también había acudido a terapia tras el fracaso de su primer matrimonio, y había salido fortalecido emocionalmente de ella. Se lo contó de forma voluntaria y sin vergüenza alguna durante la entrevista de trabajo.

En un tono inusitadamente claro, el guardaespaldas añadió:

—Hablar con un profesional de los problemas que uno tiene no es muestra de debilidad. Al contrario, es una demostración de fortaleza.

La fortaleza de enfrentarse a una debilidad.

¿Poseía ella esa fuerza?

A Angela le desagradaba la idea de acudir a uno de esos psicólogos de Berlín especializados en políticos y coincidir en la sala de espera con antiguos colegas. Le costaba imaginarse sentada en el sofá junto a miembros de partidos de izquierdas a los que había vuelto locos Sahra Wagenknecht. ¡Así que ni hablar de acudir a un

psicólogo de la capital! Y en el minúsculo Klein-Freudenstadt seguro que no había ninguno. La falta de atención médica en los pueblos era otro punto del que Angela se avergonzaba especialmente a veces, sobre todo cuando recordaba la conversación que había mantenido la semana anterior. Su vecina, la anciana señora Kunze-Kuntze (la mujer se apellidaba Kunze, su marido se apellidaba Kuntze y el doble apellido le pareció gracioso; pero luego la gente le dijo que los oriundos de Uckermark no tenían mucho sentido del humor), le confió sus penas a Angela. La mujer no solo había tenido que esperar siete meses para que le dieran una cita con el proctólogo en Templin, sino que además la había perdido porque el autobús que, según lo previsto, salía de Klein-Freudenstadt tres veces al día de repente solo aparecía tres veces a la semana.

—No creo que por aquí cerca haya ningún psicólogo —dijo Angela con la esperanza de que así quedara zanjado el tema de la terapia.

—Hay uno: Dietrich Fenstermacher —aclaró Marie.

—En el número 7 de la calle Grünengasse —añadió Achim.

—¿Habéis estado mirando?

—En efecto, bizcochita.

—Cada uno por su lado —puntualizó Marie.

—Así que habéis hablado de mí.

—Sí —corroboraron al unísono.

—Y habéis decidido abordar la cuestión juntos para que no le eche la bronca solo a uno de vosotros, ¿no?

—Sí —confirmaron de nuevo a la vez.

—A ser posible, en un momento en el que volviera a mostrarme irascible, como antes con Friedrich Merz, ¿no?

—¡Exacto! —Daba la impresión de que Marie y Achim estaban perfectamente sincronizados.

—Y como no vaya a ver al terapeuta de la Grünengasse me daréis la tabarra hasta que acceda, ¿no?

—Si lo haces, te ahorrarás mucho estrés con nosotros —dijo Marie risueña. Y, por supuesto, Achim también sonrió.

—Está bien. —Angela se rindió y al mismo tiempo se sorprendió al darse cuenta de que acto seguido abrigaba algo parecido a la esperanza: tal vez el señor Fenstermacher pudiera ayudarla a sentirse un poco menos triste—. Pediré cita.

—No será necesario —sonrió Marie.

—¿Ya lo habéis hecho vosotros?

—Así es —ratificó Achim.

—Y ¿para cuándo?

—Para mañana a las diez de la mañana —dijeron a coro Marie y Achim.

—Por culpa de vosotros dos seguro que necesito una sesión aparte —aseguró Angela, y profirió un suspiro.

La mesa entera rompió a reír y, al hacerlo, a Mike le cayeron de la boca migas de tarta.

2

Angela no pudo pegar ojo en toda la noche. La perspectiva de exponer sus problemas a un desconocido la espeluznaba. Achim ni se enteró de las vueltas que dio en la cama. El químico cuántico dormía como un bendito. El carlino Putin, al que le estaba permitido dormir al pie de la cama —sentía predilección no solo por el queso, sino también por los pies de Achim—, se había pasado la noche entera roncando, como solía hacer. Y mientras tanto Angela había decidido por lo menos veinticinco veces no ir a ver al terapeuta y por lo menos veintiséis, ir. Ahora estaba en la cocina, recién duchada y con una americana azul, mientras Achim sacaba a pasear al carlino por el bosque aledaño. En la mano sostenía una taza de café que conmemoraba el septuagésimo aniversario de la CDU. En ella ponía: ¡SETENTA AÑOS DE ALEGRÍA, CDU, SIGUE ADELANTE DÍA TRAS DÍA! En un primer momento, el experto en marketing había propuesto otras rimas, ninguna buena, lo cual confirmó la opinión que tenía Angela de que los que ideaban eslóganes para los partidos políticos en realidad despreciaban a los votantes.

Miró el reloj: tenía que salir dentro de diez minutos para acudir a su cita con Fenstermacher en la Grünengasse. Se dio ánimos mentalmente, pero antes de que consiguiera vencer su reticencia, el timbre sonó. Angela enfiló a buen paso el estrecho pasillo de su casita con entramado de madera y abrió la puerta. Se encontró a un hombre de escasa estatura, con rasgos mediterráneos, que le recordó un poco a Adriano Celentano, el cantante. Con acento

italiano, el hombre formuló una pregunta que Angela no había vuelto a oír desde los años noventa:

—¿Es usted Angela Merkel?

—Sí, soy Angela Merkel —respondió, algo que hacía mucho tiempo que tampoco tenía la necesidad de hacer ya.

—Soy Enrico Pallazzo, *signora*, y tengo algo para usted.

Angela se quedó de piedra. ¿Qué podía tener ese hombre para ella? Puesto que se parecía a Adriano Celentano, durante un momento pensó que le diría: «Una serenata», y acto seguido cantaría: *«Azzurro, il pomeriggio è troppo azzurro e lungo per me...»*.

Pero Enrico Pallazzo no hizo nada de eso, sino que señaló un vehículo motorizado de tres ruedas, un motocarro con la superficie de carga abierta. Uno de esos denominados Ape. Era verde y estaba un poco baqueteado.

—Es para usted, *signora*.

—¿Para mí?

—Para usted.

—Debe de tratarse de un malentendido.

—Pero usted es la *signora* Merkel, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces no es ningún malentendido. Lo ha heredado usted.

—¿Cómo? ¿De quién?

—De Silvio Berlusconi.

—¿Berlusconi? —Angela estaba atónita. ¿La había tenido en cuenta en su testamento? Y eso que ni siquiera se caían bien, lo cual, sin embargo, nunca impedía que el italiano le diera en la mejilla besitos más que húmedos.

—El albacea me ha pedido que le diga que a nuestro ex primer ministro le llevó algún tiempo gestionar la herencia. El *signor* Berlusconi tenía muchas novias modelos que aseguraban que sus hijos eran de él. Y luego están todas esas empresas fantasma. El notario cree que el problema no estará resuelto hasta que hayan muerto todos los presuntos herederos y herederos de herederos. Pero ahora este Ape le pertenece. Además de esta carta que le escribió el *signor* Berlusconi.

Pallazzo le tendió la carta, ella la abrió y leyó: «Querida Angela...».

Fue como si estuviese oyendo la voz de Berlusconi, que era tan untuosa como su pelo: «En tu idioma, *Ape* significa "abeja", que a su vez también significa "moza". Aunque tú no eras una moza de buen ver...».

Vaya, muchas gracias. Ahora, para colmo, tenía que dejar que ese tipo la insultara incluso póstumamente.

«... una abejita trabajadora sí eras, y también capaz de dar buenos aguijonazos. Por eso te pega tanto el vehículo que yo conducía cuando era un adolescente.»

Ahora parecía más amable.

«P. D. A Sarkozy le he dejado una escalera de mano.»

Angela no pudo evitar esbozar una sonrisilla: lo único bueno de Berlusconi era que con él se podía poner verdes que daba gusto a los franceses con su complejo de Napoleón en las cumbres de la UE. Igual que lo único bueno de Sarkozy era que con él se podía bromear de la vanidad de Berlusconi. Lo que decían de ella a sus espaldas era algo que nunca había querido saber y que se había saltado cuando leía los informes del servicio secreto.

—Firme aquí, por favor —pidió el portador del vehículo verde, que no daba la impresión de cumplir la normativa de los automóviles

alemanes.

Angela estampó su firma en el papel, tras lo cual se convirtió en propietaria de un Ape al que en realidad no le estaba permitido circular. ¿Cómo iba a sospechar en ese instante que muy pronto se vería envuelta en la persecución de un asesino montada en él? Y sentado a su lado iría un exhibicionista que, rebosante de una alegría demente, al tomar las peligrosísimas curvas por las estrechas calles de Klein-Freudenstadt gritaría las palabras preferidas de Berlusconi: «¡Bunga bunga!».

3

Angela echó un vistazo a la Grünengasse. Al igual que en muchas calles de poblaciones pequeñas del este de Alemania, también aquí había casas rehabilitadas junto a otras en un estado de mayor o menor deterioro, en una proporción más o menos de uno a cuatro. Los viejos tugurios, en el fondo ruinas, eran baratos, en ocasiones con diez mil euros se podía comprar una casa de quinientos metros cuadrados. A cambio, no obstante, había que invertir al menos ochocientos mil euros para dejarla en condiciones, y ¿quién invertía semejante suma de dinero en un sitio en el que ni siquiera el hecho de que en él se hubiera instalado el matrimonio Merkel podía compensar mínimamente el éxodo de los jóvenes?

Era evidente que la casa número 7, donde tenía su consulta el psicólogo Fenstermacher —¿tal vez también su vivienda?—, necesitaba una reforma. La fachada, con entramado, se había vuelto gris con el tiempo y estaba llena de pintadas negras garabateadas. El nivel de lo que ponía no pasaba de insultos a la madre de alguien. Daba la impresión de que la construcción entera estaba inclinada, y en el tejado incluso faltaban algunas tejas, sin duda barridas por tormentas. Entre las casas contiguas, pintadas de amarillo, la número 7 no podía ser más triste, pero era también muy singular.

Angela se quedó parada en la acera de enfrente, titubeante. No tanto por inseguridad, por dudar de si debía lanzarse a la aventura de la terapia —Marie y Achim se habían tomado muchas molestias, lo menos que podía hacer era darle una oportunidad—, como porque

no quería que los transeúntes la vieran entrando en la consulta de un psicólogo. Se dijo que era tonta por no haberse puesto la peluca de pelo largo castaño y las grandes gafas de sol marrones, accesorios estos que utilizaba para camuflarse cuando quería pasear por Berlín sin que nadie la reconociese. Siempre que salía de esa guisa, Achim opinaba que se daba un aire a Gina Lollobrigida, algo que a Angela, si bien le parecía halagador, también la hacía dudar de que su marido supiese qué aspecto tenía Lollobrigida. Miró a su alrededor, pero cada vez que pensaba que tenía vía libre aparecía alguien en la calle. Por ejemplo, las cuatro señoras de edad avanzada que celebraban su tertulia en la panadería Wurst, en la Plaza Mayor. Se hacían llamar «las Viborillas», y en ello no había ninguna ironía. Precisamente ahora estaban de nuevo en modo chismorreo. Una mujer menuda y canosa, peinada como un caniche, la líder del grupito, le estaba contando al resto: «A Albrecht lo ha dejado su mujer».

De la garganta de las Chicas de Oro salieron «ahs» y «ohs».

—Se largó sin más —continuó la del peinado a lo caniche—, y eso que todavía no tiene la prótesis de cadera.

Risitas de las damas.

Era imprescindible que esas Viborillas no vieran que Angela desaparecía tras la puerta de la consulta del terapeuta. Por eso, hizo como si solo se hubiese parado en la calle porque quería mirar algo en el móvil. Las señoras pasaron por delante de ella sin saludarla. Al ser vecinas de Klein-Freudenstadt, estaban tan acostumbradas a cruzarse con la excanciller que eso ya no les hacía perder el hilo de la conversación.

—Ahora Doro anda detrás de Albrecht —siguió chismorreando la misma—. Incluso se ha comprado un *negligé* en Zalando. Lo que yo digo: cuanto más vieja, más...

—¿Pelleja? —apuntó una especialmente espigada.

—No, ¡más pendeja!

Las Chicas de Oro se rieron a carcajadas. Dentro de un momento doblarían la esquina para entrar en la Plaza Mayor y no se enterarían de lo que pretendía hacer Angela. Justo cuando iba a lanzar un suspiro de alivio, en el número 7 se abrió una ventana y un hombre se asomó. Llevaba un traje de pana marrón, tendría unos cuarenta y cinco años y más o menos la misma cantidad de pelos en la cabeza, y parecía agotado. Seguro que era el psicólogo Fenstermacher.

A Angela le entraron ganas de dar media vuelta automáticamente, pero el hombre exclamó:

—Señora Merkel, ¡la consulta es aquí!

Las Viborillas se volvieron en redondo de inmediato.

Era justo lo que le faltaba a Angela. Seguro que las mujeres irían sin pérdida de tiempo a la panadería Wurst y, mientras daban buena cuenta de unos panecillos de queso con salsa tártara y sendos capuchinos con fideos de chocolate, comentarían que Angela no estaba bien de la cabeza. Sin embargo, reaccionó deprisa y contestó:

—Gracias, pues subo un momento a recoger las recetas para mi guardaespaldas.

Puesto que era psicólogo, Angela confió en que Fenstermacher se daría cuenta en el acto de que no quería que la gente supiese que era su paciente.

No se dio cuenta. El hombre repuso con fuerza:

—No tengo ninguna receta. Usted tiene ahora cita conmigo.

Las Viborillas miraron con curiosidad a Angela, que intentó esbozar una sonrisa y les dijo:

—Este Fenstermacher es un bromista.

Acto seguido, el psicólogo anunció a la calle entera:

—Puede admitir tranquilamente que viene a terapia conmigo. Es el primer paso hacia la curación.

Las Viborillas sonrieron, se dieron la vuelta y echaron a andar hacia la plaza a buen paso. Angela aún oyó que la del peinado a lo caniche decía:

—Puede que a Merkel también la haya dejado el marido.

—¿Le pegaría a Albrecht? —se aventuró la señora espigada.

—Como Merkel se le acerque, Doro la lía parda —barbotó la del peinado a lo caniche, y la idea hizo reír a todas las Viborillas.

Angela suspiró y miró al psicoterapeuta, que, sin embargo, ya no estaba asomado a la ventana. Ahora estaba abajo, abriendo la puerta. Angela cruzó la calle y entró en la consulta para someterse a la última hora de terapia que haría en su vida Dietrich Fenstermacher.

4

Angela subió con el psicólogo la desgastada escalera de madera, que crujía más que la cadera de Joe Biden. Olía a cerrado y en ella colgaba un calendario de 2008 con imágenes de Van Gogh. Entonces, sin duda Angela jamás habría soñado que acabaría recordando ese año —a pesar de la crisis económica— como «los buenos tiempos». Cuando llegaron arriba, siguió al terapeuta hasta su despacho, cuyo mobiliario era sorprendentemente moderno y, por tanto, contrastaba con las viejas paredes inclinadas: en la elegante mesa cromada Angela vio un ordenador portátil de Apple, una lámpara de pie de una tienda de mobiliario y decoración y estanterías blancas llenas de archivadores como los que uno encontraría en el despacho de un diputado. Fenstermacher se sentó en su silla ergonómica y le pidió a Angela la tarjeta del seguro médico. La leyó e introdujo distintos datos en varios formularios, un proceso con el que se tomó su tiempo. No de manera ostensiva, sino porque era evidente que no tenía energía. De cerca, el terapeuta parecía más cansado aún. Parecía necesitar con urgencia un año sabático. Angela pensó que debía de ser duro ocuparse constantemente de los problemas que acuciaban a los demás.

Pero Fenstermacher tenía problemas acuciantes con su impresora e intentó cambiar el cartucho de tinta, un cometido durante el cual se manchó los dedos y el traje de pana marrón.

Mientras tanto, Angela esperaba con impaciencia delante de la mesa de diseño; sencillamente, no tenía dónde sentarse. Por la

noche se había preguntado si durante la sesión se sentaría en una silla o se tumbaría en un diván, pero en ese despacho no había ni una cosa ni la otra, de lo que dedujo que Fenstermacher haría la terapia en otra habitación de la casa.

—Bueno. —El psicólogo le devolvió la tarjeta—. Pues ya he terminado con las formalidades.

—Y ahora, ¿qué hay que hacer?

—Vaya usted a la habitación de enfrente.

—De acuerdo.

—Y espere allí a los demás, por favor.

—¿A los demás?

—Del grupo.

—¿Del grupo?

—Es una terapia de grupo.

A Angela le habría gustado que la hubiesen informado de ese detallito antes.

5

Angela salió del despacho y miró hacia la escalera. Durante un momento acarició la idea de marcharse de ese sitio cuanto antes y, al igual que las señoras, ir a la panadería Wurst y pedirse un panecillo de queso —en ningún otro sitio había una salsa tártara tan rica— y un capuchino con fideos de chocolate y sentarse fuera, a una mesa bajo el sol de Uckermark. A Angela le parecía, sin que tuviera ninguna prueba científica, que era el sol más bonito del mundo. Pero, si hacía eso, Achim se sentiría decepcionado y Marie la tildaría de cobarde. Y ni siquiera podría llevarle la contraria a su amiga. Y puesto que si había algo en la vida que Angela no quería ser era cobarde, se detuvo e intentó ver lo positivo de la situación: en una terapia de grupo seguro que no tendría que revelar sus problemas nada más empezar. No era posible que alguien esperase eso de ella. Y así podría observar si el terapeuta servía para algo: en vista de lo cansado que parecía, abrigaba ciertas dudas.

Angela entró en la habitación de enfrente, de la que le llamó la atención que el cristal esmerilado de la puerta estuviera roto en varios puntos. ¿Era un síntoma de vejez o alguien enrabietado se había liado a puñetazos contra él?

En la estancia había unas cuantas sillas viejas de madera dispuestas en círculo, cuya tapicería de flores estaba descolorida. Contra la pared Angela descubrió una mesa de madera con un hule naranja y, encima, tres termos, galletas, fruta y numerosas tazas y platos que el terapeuta posiblemente hubiese reunido a lo largo de

distintas fases de su vida desde que había concluido sus estudios. Angela contó siete sillas, de lo que dedujo que, además de ella, acudirían cinco pacientes más, ya que una de ellas estaba reservada al terapeuta.

Allí ya había sentado un miembro de la terapia de grupo, que se mecía nerviosamente a un lado y a otro: una mujer joven con rastas teñidas de azul, las uñas mordidas y un tatuaje de un círculo rojo en un corazón negro. Angela conocía ese símbolo, estaba segura, pero en ese momento no era capaz de ubicarlo. La joven levantó la vista, la reconoció, se asustó, ladeó la cabeza deprisa y se abrazó el cuerpo como para sujetarse. «Vaya, esto va a ser la monda», pensó Angela.

Se acercó a la mesa, cogió una taza que le pareció limpia y abrió uno de los termos. Percibió un olor a té negro de bolsa demasiado fuerte. Echó mano del de al lado y profirió un suspiro: café instantáneo. De pronto anheló todavía más la mesa al sol ante la panadería Wurst.

Angela se sirvió café, le echó un buen chorro de leche, naturalmente no sin antes comprobar la fecha de caducidad, y se sentó en una de las sillas. Solo entonces reparó en el iPad que descansaba en uno de los asientos. ¿Qué pretendía hacer con él el terapeuta? Antes de que pudiera seguir elucubrando, la puerta se abrió con brío y entró un hombre joven. Lucía una camiseta de rayas blancas y negras horizontales y un pantalón blanco que sostenían unos tirantes rojos. Llevaba la cara pintada de blanco: un mimo.

¿Un mimo?

Angela pensó seriamente si no habría ido a parar a una obra de teatro absurda de Samuel Beckett: *Esperando al terapeuta*.

El mimo la saludó regalándole una flor imaginaria que arrancó de una pradera también imaginaria mientras sonreía abriendo mucho

los ojos, como solo hacían los mimos. El joven parecía amable. Mentalmente inestable, pero amable. Angela cogió la flor —seguro que era una rosa— y dijo risueña:

—Muchas gracias.

El mimo hizo una galante reverencia. A continuación, cogió muchas más flores de la pradera, hizo un ramo y fue a dárselas a la joven, pero ella subió los pies a la silla y se aovilló más todavía. El mimo dejó el ramo en la silla de al lado y se sentó en otra mientras se secaba una lágrima imaginaria de un ojo. Parecía profundamente afligido.

Durante un tiempo permanecieron los tres en silencio. La joven de las rastas teñidas de azul cerró los ojos mientras el mimo simulaba que inflaba globos a los que hacía nudos para formar animales. ¿Por qué estarían allí esos dos pacientes? Angela no se lo explicaba. Sentía aún más curiosidad por ver lo que pasaría cuando empezara la sesión. Eso suponiendo que el mimo hablase.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y un hombre bajito y rechoncho con la coronilla plateada irrumpió en la habitación. Tendría unos sesenta años. El bigote entrecano era apenas lo suficientemente ancho como para no evocar de inmediato asociaciones con Charles Chaplin y Adolf Hitler. Que dos personas tan distintas como el cómico y el dictador tuviesen un sello personal tan similar era algo que siempre fascinaba a Angela, sobre todo desde que se enteró de que Chaplin y Hitler habían nacido con solo cuatro días de diferencia.

—El puñetero seguro no me ha prolongado la terapia —se lamentó sin dilación—. Uno se pasa décadas pagando y no recibe nada a cambio de la pasta que ha soltado. Definitivamente, este país va cuesta abajo.

Angela supo enseguida que delante tenía a un ciudadano cabreado a más no poder. Seguro que esas personas tenían motivos para estar enfadadas, la mayoría de ellos muy personales, como bien sabía Angela, pero a ella no le interesaba lo más mínimo averiguar cuáles eran los de ese hombre.

—¡Vamos, no fastidies! —espetó al ver a Angela—. ¿Se puede saber qué hace usted aquí?

—Lo mismo que usted —contestó ella con sequedad.

—¿Cabrearse por el seguro médico? —El hombre no lo entendió en el acto.

—Vengo a la terapia de grupo.

—¿Y se supone que va a ser una terapia de choque para mí? —se quejó el tipo.

—Werner —terció una voz de mujer—, ¿cómo te he dicho que has de comportarte con otras personas?

—Con más amabilidad —rezongó el ciudadano cabreado al tiempo que miraba hacia la puerta, donde había una señora en el ecuador de la cincuentena, regordeta y alegre, con el pelo teñido de rubio y un vestido rosa chicle.

—Exacto.

—Pero esa es Angela Merkel.

—Y también somos amables con ella —precisó la mujer regordeta, que fue hacia Angela, le tendió la mano y se presentó—: Hola, soy Rosa.

—Buenos días, Rosa. —Angela le estrechó la mano.

—En realidad me llamo Barbara, pero me gusta más Rosa.

Angela le dedicó una sonrisa cordial y pensó que mejor elegir como nombre Rosa que magenta, crema u ocre.

—Bienvenida a nuestro grupo —añadió, radiante, la mujer, que soltó la mano de Angela—. Ya me preguntaba cuándo se uniría a

nosotros.

—¿Eso se preguntaba? —quiso saber Angela sorprendida.

—La he visto paseando por el pueblo a menudo con su perro y últimamente siempre parecía afligida.

¿Es que todos los vecinos de Klein-Freudenstadt se habían dado cuenta de que estaba triste antes de que ella misma hubiese sido consciente de ello?

—Yo también estaría triste si hubiera dejado el país en este estado —dijo Werner buscando pelea mientras se servía un café que sin duda alguna no lo tranquilizaría.

El comentario afectó profundamente a Angela, más profundamente de lo que le habría gustado. Rosa, en cambio, opinó comprensiva:

—No haga caso a Werner. Nosotros no se lo hacemos. Nadie se lo hace.

—Pues más os valdría hacérmelo —refunfuñó el ciudadano cabreado.

—Esta de aquí es Nele. —Rosa señaló a la mujer joven.

—Una chiflada de la última generación —soltó Werner, que se sentó en una silla mientras Rosa empezaba a servirse galletas siguiendo el lema «Tres mejor que una».

Ahora Angela recordó de qué conocía el tatuaje de la joven de pelo azul: era el logo de la organización de activistas medioambientales.

—Esnifan demasiado a menudo el pegamento que utilizan —continuó Werner— y fuman demasiados asteriscos de género.

Cierto que el hombre no era un as evocando imágenes, pero Angela se percató en el acto de que entre él y la chica no reinaba un ambiente precisamente propicio para la terapia. Y tampoco entre él y el mimo, que se plantó delante de Werner e hizo como si se cerrase

los labios con una cremallera, un gesto con el que quería darle a entender al ciudadano cabreado que cerrara el pico. Era evidente que el mimo deseaba proteger a Nele.

—¿Cuántas veces tengo que decirte —soltó el bajito Werner al joven artista— que, si tienes algo que decir, lo digas?

—Sabes que no puede —intervino Rosa—, por su trauma. —Mordió con fruición la quinta galleta.

—Trauma, trauma..., qué harto estoy de oír esa palabra. Antes los hombres no tenían traumas, tenían tranquilidad.

—¿Ya están discutiendo otra vez? —preguntó Fenstermacher, que entró en la habitación en ese preciso instante. Exhaló un suspiro.

—Usted ya sabe cómo es nuestro Werner —soltó Rosa risueña.

—Sí —respondió el terapeuta, y prácticamente se oyó el «por desgracia» que no dijo.

Durante un momento, Angela concibió la sospecha de que Fenstermacher se hubiera encargado personalmente de que el seguro no prolongase la terapia del ciudadano cabreado para hacerse la vida más fácil. El psicólogo, por su parte, cogió el iPad y aclaró:

—Voy a conectar a Hiltrud.

Acto seguido, desbloqueó la tableta, deslizó un dedo por la pantalla dos veces y pulsó un botón una vez, puso el dispositivo de canto en la silla y una mujer de unos cuarenta años, con pinta de no lavarse el pelo desde hacía semanas y blanca como el papel, apareció en la pequeña pantalla. Estaba en una habitación de una casa vieja, en un sillón que parecía cómodo, rodeada de montones y montones y más montones de libros, entre los cuales se apilaban más montones de material impreso colocado de cualquier manera. A todas luces, la mujer era una acumuladora compulsiva. ¿La había

conectado Fenstermacher porque vivía lejos o porque padecía alguna enfermedad?

Cuando Fenstermacher iba a sentarse en su silla, el mimo extendió un brazo para impedírselo.

—¿Que no me siente?

El mimo afirmó.

—¿Otra vez hay una chincheta invisible en mi sitio?

El mimo negó con la cabeza.

—¿Un cojín de pedos?

Otro cabeceo.

—Es un ramo de girasoles —musitó Nele con un hilo de voz.

El mimo asintió con la cabeza y a continuación quitó de la silla el ramo imaginario, fue hasta un jarrón barato y lleno de polvo que descansaba en la repisa de la ventana y metió en él las flores. La joven incluso sabía que el ramo era de girasoles. Angela había pensado que eran rosas. Por lo visto, la imaginación de la tal Nele estaba en la misma onda que la del mimo.

—Menuda jaula de grillos —se lamentó Werner.

Aunque no quería darle la razón al ciudadano cabreado, Angela no pudo evitar pensar que ciertamente había acabado en una jaula de grillos. A su alrededor tenía a un grupito abigarrado, extraño, al que no se podía tomar en serio. Esa impresión solo cambió cuando supo cuál era el dolor que aquejaba a sus compañeros de terapia.

6

—Nele —empezó Fenstermacher en un tono cauteloso—, ¿quieres contarnos qué te ha movido esta semana? —La joven activista guardó silencio y siguió abrazándose el cuerpo—. Puedes abrirte a nosotros, este es un espacio seguro.

—El... —comenzó Nele en voz baja, pero de pronto dejó de hablar.

—¿Sí?

—El espátula... —probó de nuevo, y volvió a interrumpirse.

—¿El espátula?

—... ha desaparecido.

—No termino de entenderte.

«No es el único», pensó Angela, que se fijó en los demás pacientes y en el rostro con cara de interrogación del iPad. Bebió un sorbo de café instantáneo y acto seguido se dio cuenta de por qué era la única en la habitación aparte del ciudadano cabreado que se había servido. Dejó deprisa la taza en el suelo.

—El espátula es un pez enorme que vivía en el Yangtsé.

—Por favor —gimió Werner, al que por lo visto nada podía parecerle más insignificante que una especie de pez que se había extinguido en un río chino.

Bueno, quizá el cambio climático y el destino que esperaba a los refugiados en las fronteras exteriores de la Unión Europea, aventuró Angela. De esto último ella también se sentía responsable, ya que, aunque oficialmente hubiese dicho «Lo conseguiremos», había firmado algún que otro acuerdo en la trastienda con autócratas

como Erdogan, el presidente turco. Uno era consciente de hasta qué punto eran repugnantes esos tratos cuando se visitaban campos de refugiados como el de Moria, en Grecia, cosa que Angela había evitado a toda costa.

—¿Cómo te has enterado de lo de ese pez? —preguntó Fenstermacher—. ¿Te has vuelto a meter en las redes sociales?

Nele guardaba silencio.

—¿Qué te he dicho que debes hacer si quieres recuperar la salud?

—Comprarme un móvil con el que no pueda navegar por internet.

—¿Y bien? ¿Lo has hecho?

—No.

—Y ¿por qué no?

—¿Cómo me habría enterado de lo del pez espátula?

Fenstermacher se esforzó visiblemente por no revolver los ojos.

—Nele —metió baza Werner Ciudadano Cabreado, que era como a esas alturas ya lo llamaba Angela para sus adentros—, ¿sabes por qué el pez espátula es tan importante para ti?

—¿Porque para mí son importantes todas las criaturas a las que aniquilamos los seres humanos?

—Porque ese pez está tan ido como tú. —Werner fue el único que se rio con su gracia.

Fenstermacher miró al techo como si esperase encontrar ahí la forma de librarse de sus pacientes. Rosa torció el gesto y puso cara de desaprobación. A la mujer del iPad todo aquello parecía incomodarla. Y el mimo prendió un cartucho de dinamita imaginario sin que Werner lo viera y se lo tiró debajo de la silla. Por lo visto, el joven no era tan benévolo como Angela pensaba. ¿Podría ser violento?

—Nele —Fenstermacher volvió a hacerse con la conversación—, no harás ningún progreso si sigues cargando con todo lo malo del

mundo. Eso no le sirve a nadie de nada, ni a ti ni al pez espátula.

—Pero si se ha extinguido —repuso la chica en voz baja.

Fenstermacher suspiró y Angela dirigió una mirada compasiva a la joven, que, como algunos de sus coetáneos, estaba paralizada debido a las espeluznantes noticias sobre el planeta y sus ecosistemas.

—Y tú, Werner —el terapeuta se dirigió al ciudadano cabreado—, ¿te sientes mejor cuando atacas verbalmente a alguien que ve la vida de forma distinta que tú?

—Un poco sí —respondió él a la defensiva.

—Desde luego, es más fácil que enfrentarse a la muerte. —La voz de Fenstermacher se volvió sorprendentemente áspera. ¿Era una técnica del terapeuta para sonsacarles algo a sus pacientes o estaba perdiendo la paciencia con el del bigotito?

Sea como fuere, Werner ya no dijo nada más, y de pronto Angela vio un profundo dolor en sus ojos. ¿Estaría Werner enfermo y a punto de morir? ¿O habría fallecido alguien a quien quería? ¿Su mujer, quizá? ¿Sería ese su motivo personal para estar furioso? Angela, en cualquier caso, también pensaría que el mundo era terriblemente injusto y se enfadaría con él si se llevase a Achim de su lado antes de tiempo.

—¿Por qué no hablamos de mí? —propuso Rosa—. Podría alegrar el ambiente.

—En tu caso, el buen humor nunca es el problema —contestó Fenstermacher. Por un lado, parecía agradecido por no tener que seguir discutiendo con Werner, pero su contestación permitió deducir a Angela que la jovialidad de Rosa era parte de su verdadero problema.

A continuación, la alegre cincuentona pasó a describir con sumo grado de detalle lo estupenda que había sido la semana previa:

había vuelto a adoptar por internet un gato que, de lo contrario, habría muerto de hambre en Creta. El pequeño era un auténtico saltabardales, que además se entendía de maravilla con los otros nueve gatos, aunque no tanto con el macho cabrío. Pero todo se andaría. Cuando el macho también tuviese un compañero, una oveja, por ejemplo...

Rosa siguió parloteando más y más, hasta que Fenstermacher puso fin a su alegre verborrea:

—Ya hemos comentado que con tu amor a los animales compensas algo.

—Y ya hemos comentado que para mí eso no es un problema —dijo Rosa.

—Estás completamente endeudada por culpa de esos animales a los que acoges en tu casa.

—Pero vale la pena.

—Y como no puedes pagar la hipoteca, el banco se quedará con tu casa —continuó Werner—. Si no es un problema para ti, estás igual de ciega que Habeck.

—Los del banco no harán tal cosa cuando se den cuenta de lo mucho que necesitan su hogar mis animales.

«Rosa no solo lleva un vestido rosa —pensó Angela—, sino que también ve la vida de color de rosa, de un modo muy poco realista.» Era evidente que alguien que se volcaba tanto con los animales como ella tenía un problema con las personas. Fuera cual fuese el motivo, sin duda era doloroso. Sin embargo, a Fenstermacher no parecía interesarle lo más mínimo ahondar en las causas, sino que dejó que Rosa continuara hablando de animales de toda clase. ¿Porque el terapeuta la consideraba un caso perdido? Angela empezaba a tener la impresión de que Fenstermacher no era un maestro en lo suyo.

7

Después de hablar un buen rato de ella misma, Rosa se levantó y se metió otra galleta en la boca. Fenstermacher aprovechó la pausa para dirigirse al iPad.

—¿Hiltrud?

—¿Sí?

—¿Nos cuentas cómo te ha ido la semana?

—He leído *Los viajes de Gulliver*. Y el *Quijote* por decimoséptima vez. Y...

—Estoy seguro de que has tenido muchas experiencias fantásticas con la lectura, pero me gustaría saber si has hecho lo que comentamos la última vez.

—Y las diez veces anteriores —chinchó en voz baja Werner.

—Sí.

—¿Sí? —se sorprendió Fenstermacher.

—Sí —aseguró la mujer blanca como la pared.

—¿Has salido de casa?

—Sí.

—¿De verdad has salido de casa? —Estaba claro que Fenstermacher casi no se lo podía creer.

—Con mascarilla.

—Con mascarilla, desde luego.

Angela dedujo que la mujer se había encerrado en su casa porque tenía miedo de los virus y se había refugiado en sus libros. Y es que había víctimas del COVID que no eran víctimas directas del COVID.

—Fui, como acordamos, hasta el buzón que hay en la esquina de mi calle.

—Y ¿cómo te sentiste?

—Fue... raro..., y después me entró el pánico y volví deprisa.

—Pero saliste. —Fenstermacher se alegraba visiblemente.

—Sí —confirmó risueña la mujer del iPad.

—Es un gran logro —afirmó el psicólogo radiante. Estaba tan contento que casi cabía pensar que iba a exclamar «¡Aleluya!» de un momento a otro. En vez de eso, pidió a los presentes—: Dediquémosle un gran aplauso a Hiltrud por haberse enfrentado a su problema.

Rosa batió palmas entusiasmada, como si estuviese en un concierto de Roland Kaiser. Werner se sumó más bien de mala gana. Nele dejó de abrazarse el cuerpo y aplaudió sin fuerzas. El mimo palmoteó sin que sus manos se tocaran. Y Angela hizo lo propio amablemente, pero con reserva. Hasta hacía unos instantes pensaba que Fenstermacher no conseguía nada con sus pacientes, pero a todas luces había ayudado a la mujer del iPad a dar un gran paso.

El terapeuta se volvió ahora hacia el mimo y le preguntó:

—¿Fuiste a verlo?

El mimo asintió.

—¿Y volviste a hacer reír a los demás?

El artista afirmó con la cabeza otra vez, y Angela contaba con que el joven que ahora también sonreiría, ya que a fin de cuentas había hecho reír a la gente. Aunque probablemente no a la persona a la que había ido a visitar, porque de pronto el mimo estaba llorando a moco tendido. No eran lágrimas de pantomima, sino auténticas, que le emborronaban el maquillaje blanco.

—Es bueno que te desahogues de una vez —afirmó con suavidad Fenstermacher.

Los sollozos del mimo eran desgarradores. Angela no recordaba cuál había sido la última vez que había visto llorar así a alguien. Quizá a la pequeña refugiada palestina que en 2015 se anegó en llanto delante de ella en un debate ciudadano televisado y a la que después ella acarició con torpeza. Por desgracia, ocho años después precisamente esa pequeña ahora era una joven que reivindicaba en internet el fin del Estado de Israel. O al menos eso dijo el tabloide *Bild*. Hoy Angela podría haber añadido a ese «Lo conseguiremos» un «aunque podría tardar alguna que otra generación».

Nadie consolaba al joven. Por lo menos, el terapeuta le pasó un brazo por los hombros para calmarlo.

—Tú también has hecho grandes progresos últimamente, Paul.

—Sí, Pauli, es verdad —coincidió en voz baja Nele, y miró a los ojos al mimo, que le dirigió una mirada agradecida y dejó de llorar de pronto. Y Angela supo que sentía algo por la joven.

—Un aplauso para nuestro Paul —pidió Fenstermacher, y volvieron a aplaudir todos, pero esta vez fue muy alentador: Rosa sin exagerar, Werner con seriedad, Nele quizá incluso con cariño, Hiltrud desde la pantalla del iPad y Angela al ritmo de los demás. Una cálida sensación de apoyo se instaló sobre las personas de la sala, y entonces Angela entendió lo que podía conseguir una terapia de grupo: la gente se apoyaba mutuamente durante el proceso de curación. Por un instante se preguntó cómo se sentiría si a ella le tributaran un aplauso así. Si esas personas, a las que en realidad seguía sin tomar por completo en serio, aplaudieran porque lograba progresar en sus emociones—. ¿Werner? —Fenstermacher se dirigió al ciudadano cabreado.

—¿Sí?

—¿De qué nos quieres hablar hoy?

—En mi casa no entra una puñetera bomba de calor.

—Me refiero a algo *personal*.

—No pienso meter en casa una puñetera bomba de calor.

—¿Werner?

—¿Sí?

—Ya nos hemos dado cuenta de que la política del gobierno no es más que un motivo para expresar tu ira. El motivo de esa ira es otro.

Werner farfulló algo ininteligible.

—Has de centrarte en el meollo del problema, de lo contrario la ira acabará contigo.

Werner siguió refunfuñando.

—Ya te ha dado un ataque al corazón.

Werner se llevó las manos al pecho, probablemente al acordarse del dolor.

—¿Quieres que vayamos todos contigo al lugar en el que ella murió? —propuso el psicólogo.

¿Terapia de choque? La idea sorprendió a Werner.

Y también a Angela, pero parecía confirmarse su sospecha de que la mujer de Werner había muerto.

—Así no tendrías que ir tú solo la primera vez —sugirió el terapeuta, al que Angela poco a poco empezaba a conceder más crédito.

Werner miró a su alrededor. Rosa asintió, el joven mimo levantó el pulgar, incluso Nele se encogió de hombros como si quisiera decir «¿Por qué no?». Aunque las opiniones políticas de la joven y las de Werner no pudieran ser más distintas, por lo visto el grupo de terapia los unía. Fenstermacher había conseguido algo que en Alemania era imposible: lograr que oponentes políticos se reconciliaran al darse cuenta de que las personas sufrían igual en todas partes. Angela pensó que quizá ese fuera un modelo para toda la sociedad alemana: «¡Haremos todos terapia de grupo!».

—¿Ella también viene? —preguntó Werner señalando a Angela, que se asustó. ¿Se suponía que debía acompañar junto a los demás a un ciudadano cabreado al lugar donde había fallecido su mujer?

—Si tú quieres —respondió Fenstermacher.

Werner escudriñó a Angela, y una parte de ella confió en que el hombre no quisiera. Sin embargo, dijo:

—Bueno, qué más da.

—¿Vendrías con nosotros y con Werner, Angela?

Angela no sabía cuándo había invitado al terapeuta a tutearla, pero eso era algo secundario. No sabía qué contestar. Ni siquiera se había sentido así de sorprendida cuando Wolfgang Schäuble la instó a ceder la cancillería a Edmund Stoiber. Eso fue en 2002. Después Stoiber perdió las elecciones como solo sería capaz de hacerlo un bávaro que se sobrevaloraba.

Todos la miraban con expresión expectante, como si Angela ya formara parte de ellos y los decepcionase a todos si decía que no. Angela no quería decepcionar a esas personas. Al contrario, quería incluso formar parte de ellas. Daba la impresión de que ese grupo se apoyaba de verdad, aunque sus integrantes fuesen muy distintos.

—Iré, sí —anunció.

Todos parecieron radiantes. Salvo Werner. Pero por lo menos hizo un leve asentimiento, así que al parecer agradecía el gesto de Angela.

—Bien, en ese caso nos vemos mañana a las diez en esta habitación y desde aquí iremos dando un paseo con Werner hasta el lugar al que no va desde hace tantos años.

—¿Llevaréis el iPad? —quiso saber Hiltrud, que a todas luces aún no se atrevía a ir.

—Este chisme no tiene conexión inalámbrica, pero te conecto por FaceTime en el móvil.

—Gracias.

—Y mañana también daremos la bienvenida oficialmente al grupo a Angela.

—¿Significa eso que hoy ya no vamos a hablar de mí? —preguntó ella, más aliviada que decepcionada.

—Por desgracia, la sesión ha terminado —respondió Fenstermacher—. Pero habrá otras.

Angela miró de nuevo a los allí presentes y todos le infundieron ánimo con la mirada, hasta Werner sonrió con amabilidad. Y Angela comprendió que en su vida de pronto había personas nuevas. Personas de cuya demente, triste y vivaz existencia no sabía absolutamente nada hacía una hora.

8

Por la noche, Angela estaba de nuevo en vela mientras Achim dormía bocabajo a su lado con los planos del garaje que él mismo había hecho. Los dibujos no es que dieran mucha confianza. No solo porque a Achim se le había ido la mano con la escala —en opinión de Angela, el garaje que pretendía construir llegaría como mucho a la altura de la cadera—, sino también porque durante el proceso no había podido decidirse: el hueco de la pared del fondo, ¿era una ventana o un punto de carga para un coche eléctrico? Cumplimentar la solicitud de subvención para esto último era tan complicado en general que Angela se preguntaba para sus adentros por qué Google Translate no ofrecía la función de traducción «De alemán administrativo a alemán». Quizá porque incluso el mejor algoritmo se estrellaría contra la lógica lingüística de la administración alemana.

Mientras Achim hacía ruiditos de dormido —a veces soñaba con la gelatina que solía regalarle su abuela Emma a falta de golosinas—, Angela pensaba en los pacientes a los que había conocido en terapia: ¿se suponía que debía confiarse a esas personas en el círculo de sillas?

¿Qué opinarían ellos de los problemas de Angela?

Werner posiblemente nada bueno.

¿Y la tomarían en serio?

¿No sería mejor ir a Berlín y buscarse allí un tera...?

¡BUUM!

Angela pegó un respingo.

Se oyó un fuerte estallido.

Achim dejó de hacer ruiditos, pero no se despertó.

¡BUUM!

¡Otro estallido!

Angela se incorporó ahora en la cama.

Achim musitó: «Abuela Emma, ¿tienes un poco más de gelatina...?».

¡Buum!

Un estallido no tan fuerte.

Angela miró por la ventana del dormitorio y vio una luz a lo lejos.

¿Llamas?

Se levantó de un salto y corrió a la ventana mientras Achim mascullaba: «Gracias, abuela Emma, eres la mejor», y acto seguido volvió a hacer ruiditos de satisfacción.

¡Sí, eran llamas!

Una bola de fuego sobre el lago Dumpfsee, a unos cinco kilómetros en línea recta desde la ventana del dormitorio de Angela. ¿Cuál podía ser la causa? En el Dumpfsee no había gasoductos que comandos especiales pudieran hacer saltar por los aires. Tampoco había ninguna plataforma que despidiera metano altamente inflamable. Ni tampoco un carguero en el que pudieran explotar las baterías de los coches eléctricos.

Entonces, ¿qué demonios estaba ardiendo en el lago?

9

A la mañana siguiente, en el pasillo de su casita con entramado de madera, Angela se puso una americana amarilla y unos zapatos marrones. Mientras lo hacía, miró el móvil y abrió por enésima vez la página web del diario *Templiner Bote*, el único en el que de vez en cuando se podían leer noticias de Klein-Freudenstadt. Angela quería averiguar qué había provocado el fuego en el Dumpfsee, pero, por lo visto, hasta el momento ningún periodista se había ocupado del asunto, lo cual no la sorprendía. El periodismo, especialmente el regional y muy especialmente el del este de Alemania, estaba acabado. Angela estaba abonada al *pack* de suscripción digital y papel impreso —que, a falta de repartidor, llegaba a su buzón más bien de forma irregular— más por solidaridad con la prensa libre que por la calidad que se ofrecía. A veces se sorprendía pensando que una inteligencia artificial posiblemente escribiese con mejor estilo que algún que otro periodista del *Templiner Bote*. Claro que una inteligencia artificial no podría ir a un lago a investigar. Al menos, no todavía. El día que una IA fuera capaz de ello, la humanidad tendría problemas muy distintos del de la modesta calidad de un periódico regional.

Cuando salió, Angela vio que Mike estaba en la calle y se retorcía las manos con nerviosismo. Los preparativos de la boda al parecer agobiaban al pobre hombre. Mientras miraba el Ape, preguntó:

—¿Sabe usted de quién es este vehículo? ¿Quiere que llame para que se lo lleve la grúa?

—Es mío.

—¿Suyo? —soltó Mike sorprendido.

—Mi nuevo coche oficial —bromeó Angela, que estaba segura de que Mike se quedaría boquiabierto, en cuyo caso ella podría haber añadido: «En boca cerrada no entran mosquitos tigre».

Sin embargo, Mike se limitó a encogerse de hombros.

—Es imposible que este cacharro sea peor que el otro —declaró. Angela sabía que a Mike no le hacía ninguna gracia el pequeño coche eléctrico que habían puesto a disposición de la excanciller, pero que a todas luces prefiriese el motocarro heredado de Silvio Berlusconi fue algo que la sorprendió—. Al menos, así no tendré que ir siempre dos pueblos más allá para encontrar una electrolinera —añadió mientras señalaba el vehículo eléctrico oficial negro.

—No se puede tender un cable eléctrico sobre la acera, como propone usted —replicó Angela.

—¿Y tampoco se puede encargar a una empresa que construya un garaje en el que se instale un puesto de carga?

—Seguro que ya se ha enterado de que mi marido se está ocupando del proyecto. —Angela señaló un montón de ladrillos en el jardín delantero que habían suministrado días antes.

—Pero su marido es un manazas. Seguro que se quedará en nada.

—¿Por qué no le enseña usted?

—Yo no estoy casado con él —observó Mike.

—Yo sí, y por eso sé que Achim siempre sorprende.

Angela se calló que tampoco ella tenía mucha fe en que el proyecto fuese a llegar a buen puerto. En un matrimonio había que ser leal al cónyuge, de puertas para dentro y de puertas para fuera.

—Ahí vienen —se quejó Mike.

Angela no entendió a quién se refería y siguió su mirada. Un taxi se aproximaba. Bajo las axilas de Mike se habían formado manchas

de sudor. Aunque le dio pena, el sudoroso guardaespaldas le recordó inevitablemente a Hubert Aiwanger —«De joven no era antisemita, ese era mi hermano»— en una aparición en una carpa donde se atraía a los votantes con cerveza.

—¿Quiénes vienen?

—Mis padres.

El taxi se detuvo delante de la casa y Mike fue deprisa hacia él. Angela tenía mucha curiosidad por conocer a los padres de su guardaespaldas. Hasta el momento, nunca había hablado de su familia. De la hoja de servicios que le presentó a Angela cuando quiso contratar a un guardaespaldas se desprendía que tanto la madre de Mike, Caroline, como su padre, Lutz, eran profesores de instituto que habían pedido la jubilación anticipada y que de jóvenes eran de izquierdas y ahora verdes ecologistas. Costaba imaginar que unas personas así desearan que su único hijo hiciese carrera de guardaespaldas.

Mike abrió la puerta y una mujer de sesenta y pico años, con un vestido de estilo indio y sandalias Birkenstock, se bajó del taxi. Tenía el cabello largo y gris, con algunas trencitas. Llevaba unas gafas redondas grandes con la montura naranja, y la sonrisa que le dedicó a su hijo le pareció claramente exagerada a Angela. En ese instante, la mujer dijo:

—Michi, cuánto me alegro de verte.

El verdadero nombre de Mike era Michael, pero ya en los albores de su carrera había decidido que Mike era mejor para un guardaespaldas duro que Michi. En lugar de saludar también a su madre, Mike preguntó extrañado:

—¿Dónde está papá?

—Vendrá más tarde.

—¿Por qué?

—Porque no quería venir conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque me he separado de él.

—Que te has ¿quéééé?

—Separado de él —repitió Caroline.

Mike la miró con cara de desconcierto y balbució:

—¿P-p-por qué?

—No quería que me fuera al Amazonas.

—¿Al Amazonas?

—Siete meses.

—¿Siete meses?

—Para conocer al mundialmente famoso chamán Quatozetacel.

—¿Chamán?

—¿Piensas seguir repitiendo mucho tiempo todo lo que digo?

—¿Chamán?

Era evidente que el cerebro de Mike se había quedado atascado.

El taxista dejó una mochila de viaje delante de Caroline, que pagó la carrera y, tras acariciarle la mejilla a su patidifuso hijo, aclaró:

—Tu padre lo superará.

Mike parecía petrificado, como si nunca fuera a superar la separación de sus progenitores, aunque su padre lo lograse. Caroline lo dejó allí plantado y fue hacia Angela.

—Conque usted es la madre sustituta de Michi.

—¿La madre sustituta? —repitió Angela atónita.

—Bueno, es que el chico siempre la pone a usted por las nubes.

Angela miró a Mike, que, sin embargo, solo suspiró con suavidad y dijo:

—¿Un chamán?

—Michi —dijo Caroline irritada—, ahora no hagas un mundo de esto como tu padre. Me voy a someter a un ritual de purificación

completo ahí abajo...

Angela pensó que parecía algo inofensivo, aunque había que recorrer un largo camino para someterse a un sencillo ritual de purificación que también se podía solucionar con un ayuno en Bad Kissingen. Como Mike no contestaba, decidió mantener ella la conversación.

—Y ¿cómo se realiza esa depuración en el Amazonas? —preguntó cortésmente.

—Con setas psicodélicas.

—¿Con setas psicodélicas? —repitió Mike horrorizado.

—No te preocupes, Michi, a tu padre y a mí nos gustaba tomarlas cuando éramos jóvenes.

—¿Tomabais drogas?

—Incluso la noche que te engendramos.

—Demasiada información, demasiada información —balbució Mike.

—Bien. —Sin hacerle caso a su hijo, Caroline se dirigió a Angela—: ¿Qué hay que hacer aquí para tomar un buen té yogui?

—Encontrar a un yogui —bromeó Angela—, pero yo tengo té verde.

—Me parece perfecto —repuso riendo Caroline, que cogió su mochila y fue con Angela a la casita con entramado de madera.

Angela oyó que su guardaespaldas farfullaba detrás de ella:

—¿Mis padres me engendraron drogados?

10

De camino a la consulta de Fenstermacher, donde había quedado el grupo que iba a terapia para acompañar a Werner Ciudadano Cabreado, Angela ya no pensaba en el estallido que había oído por la noche; ahora pensaba en el pobre Mike. Era evidente que la presencia de su madre y sobre todo el inminente divorcio de sus padres lo estresaban visiblemente. Mientras Angela y su madre tomaban un té, se había zampado no solo la tarta de albaricoque que quedaba, sino también todas las galletas de chocolate que Angela tenía en casa. Mientras tanto, la madre no había parado de hablar maravillas del chamán con el que quería reunirse en el Amazonas. Cuando pasó al tema del amor libre, que preconizaba el chamán, Mike no pudo aguantar más. Cortó a su madre y la llevó a su hotel. Sin embargo, tuvo que oír que jamás habría imaginado que tenía un hijo tan mojigato.

Angela estaba preocupada por su guardaespaldas: la separación de sus padres no era un buen augurio para su propia boda. Además, la cantidad de azúcar que engullía suponía un creciente peligro: como Mike siguiese atiborrándose así, sin duda no entraría en el traje de boda.

No dejó de cavilar sobre la vida privada de Mike hasta que llegó al número 7 de la calle Grünengasse. La puerta estaba abierta de par en par, pero Angela no le dio importancia: posiblemente hubiera subido ya otro integrante del grupo, y eso que la sesión no empezaría hasta dentro de diez minutos. Entró en la casa y subió la

desvencijada escalera. ¿A quién se encontraría allí? No al mimo, esperaba. Para comunicarse con él, Angela tendría que adivinar en todo momento lo que quería decirle con sus gestos. Y al ciudadano cabreado, menos. Angela habría preferido hablar con la activista medioambiental para quitarle un poco el miedo a esa pobre chica con datos científicos; a fin de cuentas, todavía no era demasiado tarde para salvar el planeta y a todos sus moradores. Aunque la temperatura subiera cinco grados, la Tierra seguiría existiendo y le importarían un rábano las formas de vida que deambularan por ella: había lidiado estupendamente con el hecho de que desde hacía seis millones de años no hubiese ningún dinosaurio.

Cuando llegó a la primera planta, a Angela la arrancaron de nuevo de sus pensamientos: la puerta del despacho de Fenstermacher estaba completamente abierta. Y era como si una horda de agentes de la CIA hubiese puesto la habitación patas arriba. Después de meterse unas rayas de cocaína.

—¿Señor Fenstermacher? —Angela llamó a la puerta abierta.

Nada. Entró con cautela. Los archivadores estaban vacíos; la silla ergonómica, volcada; los cajones de la mesa, fuera, y todo su contenido, tirado por el suelo.

¿Todo su contenido?

No, en uno de los cajones de la mesa había algo azul. Angela pasó por encima del montón de carpetas, procurando no pisar ninguno de los papeles que se habían salido. Nada más llegar a la mesa, lo azul del cajón, para su sorpresa, resultó ser una colección de pitufos. Reconoció a las pequeñas criaturas azules con el gorro blanco a la primera. Peter Altmaier, su exministro de Economía, era un coleccionista apasionado de esas figuritas. La que más le gustaba era la del pitufo cocinero. En una ocasión, Angela mencionó a Altmaier la desigualdad entre hombres y mujeres que había en la

sociedad pitufa, que sin duda dentro de unos años plantearía un problema demográfico, y al mismo tiempo expresó la simpatía que le despertaba Pitufina, que tenía que vivir con más de cien pitufos. A Angela también le parecía desconcertante que la empresa Schleich hubiese dado vida a un pitufo ecológico, y especuló con Altmaier cuándo saldría al mercado el pitufo del asterisco de género y que con uno así seguro que se podría transformar en pitufos gruñones a los representantes de la AfD en el Parlamento. Aunque, bien pensado, probablemente no fuese necesario.

Angela reparó en un segundo cajón vacío en el suelo, al fondo. Estaba claro que habían sacado algo de él, porque en la gruesa capa de polvo que lo cubría se distinguía con claridad, limpia, la silueta de una pistola.

¿Por qué tenía una pistola un psicólogo?

¿Para poder defenderse porque uno de sus pacientes era violento?

¿Werner Ciudadano Cabreado, tal vez, cuando se enfadaba de verdad?

¿O que sospechara de Werner se debía a sus prejuicios?

Angela escudriñó la mesa. El portátil ya no estaba. ¿Se trataría simplemente de un robo? ¿Durante el cual el ladrón lo había sacado todo de las estanterías para ver si detrás de los archivadores había una caja fuerte o al menos dinero u otros objetos de valor escondidos?

Angela se apartó de la mesa y echó una ojeada a uno de los numerosos montones de carpetas. Arriba del todo vio una en la que ponía «Angela Merkel». La cogió y constató que, a excepción de la portada, en ella no había nada. No era de extrañar, Fenstermacher acababa de añadirla. A Angela le llamó la atención que en el montón había otras carpetas de integrantes del grupo de terapia: de Werner Waltersberg, Nele Stark, Paul Baumert y Barbara *Rosa* Knäuels; es

decir, del ciudadano cabreado, la activista medioambiental, el mimo y la amiga de los animales. Solo faltaba la historia clínica de Hiltrud, la que padecía trastorno de ansiedad.

Angela cogió las carpetas del grupo para dejarlas bien cuadradas en la mesa. Puesto que para ella el secreto profesional era sagrado, no miró dentro de ninguna de las carpetas, aunque sentía una gran curiosidad por saber si tal vez el miedo a uno de los integrantes del grupo sería el motivo de que Fenstermacher guardase una pistola en el cajón. La última carpeta que cogió era la de Werner Ciudadano Cabreado. Era especialmente abultada. Como Angela constató, daba la impresión de que ese hombre era el que más problemas tenía de todos. En ese preciso instante oyó que exclamaba indignado:

—¿Por casualidad es mi historia clínica eso que tiene en la mano?

11

Sin duda, en esa situación a Angela le habría sido de gran ayuda mantener la calma y la serenidad.

Pero, por desgracia, se asustó y pegó un grito. Seguramente también habría sido de gran ayuda que hubiese dejado la carpeta en la mesa con suavidad. Por desgracia, la carpeta salió volando por los aires. Y quizá podría haber salvado ese percance con más elegancia si la carpeta no se hubiera abierto. Por desgracia, se abrió, y las numerosas hojas alzaron el vuelo por la habitación para caer planeando al suelo.

Todas salvo una.

Que aterrizó en la cabeza casi calva de Werner.

El ciudadano cabreado estaba demasiado atónito para darse cuenta.

Y Angela demasiado abochornada para decir algo.

Ambos permanecieron un rato mirando el despacho revuelto, hasta que Angela intentó, ya que no controlarla, al menos quitarle un poco de hierro a la situación.

—Sé que todo esto parece un poco raro...

—¿Un poco? —dijo Werner, que se puso rojo de rabia y todavía tenía el papel en la cabeza.

—Bueno, muy raro —admitió Angela—, pero le puedo explicar lo que ha ocurrido.

—¡No hay nada que explicar, ha mangado usted mi carpeta! —El rostro de Werner estaba cada vez más rojo.

—Pero no he leído nada —aseguró Angela para apaciguarlo.

—¡Porque yo he entrado justo a tiempo!

—Porque yo no hago esas cosas.

—Habló la mujer que dirigía el Estado policial.

En ese momento, Angela no sentía ningún interés en ponerse a discutir con Werner si Alemania era una dictadura y verse obligada a oír argumentos que tendrían tanto que ver con los hechos como ella con la gimnasia rítmica.

—Haga el favor de mirar a su alrededor, está todo revuelto... —se limitó a decir, por tanto.

—¡Lo ha revuelto usted! —Werner no se calmaba.

—Yo no he...

—¿Ha encontrado mi pistola? —Werner señaló el cajón abierto y su ira ahora se mezcló con una pizca de comprensible pánico.

—¿Su pistola? —Angela miró estupefacta al hombre. ¿Conque el arma robada no era del psicólogo?

—Se la dejé a Fenstermacher porque creía que con ella en mi poder podía causar una desgracia. Y usted, y usted... —El ciudadano cabreado estaba a punto de estallar de ira. Y seguía con el papel pegado en la cabeza.

¿Le haría algo a Angela?

De ser así, menos mal que la pistola ya no estaba allí, pensó Angela. Pero le sería difícil escapar, ya que Werner se había plantado justo entre ella y la puerta por la que se accedía a la escalera.

—¿Qué-qué... está pasando aquí...? —balbució Nele, que había aparecido en el umbral con Paul, el mimo. El artista estaba tan encorvado que era como si quisiese formar un signo de interrogación con su cuerpo.

—¡Estaba husmeando en nuestras historias clínicas! —exclamó Werner indignado.

Paul hizo la pantomima de taparse la boca con la mano para expresar su espanto. Nele farfulló, muy afectada:

—No puede usted...

—Les aseguro a todos ustedes que no he leído sus historias.

—¡Ya lo creo que sí! —gritó Werner.

—¿Werner? —dijo Nele, de pronto desconcertada.

—¿Sí?

—Tienes un papel en la cabeza.

—¿Qué?

El mimo le quitó el papel de la coronilla calva al ciudadano cabreado y se lo dio. Werner lo miró con recelo. Ya fuese la intención de Nele o no, de pronto su ira se disipó. Echó un vistazo a la hoja que se había salido de su carpeta y se le saltaron las lágrimas. ¿Qué pondría en ella?

¿Que era un peligro para los demás?

¿Y lloraba porque en realidad no quería serlo?

La furia con la que había reaccionado Werner había dejado pensativa a Angela. Y luego estaba la pistola. Pero mientras Angela constataba con asombro que ese hombre le daba pena, Werner comenzó a meter las hojas en la carpeta. A todas luces quería distraerse para no sentir dolor. Cuando hubo terminado de ordenarlas, Rosa apareció en el umbral. Estaba completamente fuera de sí, y exclamó:

—Didi ha muerto.

—¿Quién coño es Didi? —soltó Werner, pensamiento este que, salvo la palabrota, a Angela también se le pasó por la cabeza. Y que por lo visto también inquietó al mimo, que contrajo de nuevo el cuerpo en una suerte de interrogación.

—Pues quién va a ser, ¡Fenstermacher! —aclaró Rosa, y rompió a llorar.

12

—¿Fenstermacher ha muerto? —repitió Angela.

—Síííí —sollozó Rosa, y se arrojó a los brazos del sorprendido ciudadano cabreado, que no sabía qué hacer. No quería apartarla, porque la mujer daba la impresión de estar demasiado afligida. Por tanto, le acarició la espalda torpemente.

Nele empezó a temblar como si se hubiese enterado de que un ser querido ya no estaba entre ellos. Tal vez porque con el terapeuta desaparecía un importante pilar en su vida.

A diferencia de Werner y el mimo, a Nele en cualquier caso no le extrañó que Rosa llamara Didi al terapeuta. Conque ella también conocía el apodo. Estaba claro que Fenstermacher tenía confianza con Rosa, ¿la tenía también con Nele?

Paul, el mimo, ofreció a la activista medioambiental un abrazo formando un círculo exagerado con los brazos, pero ella se volvió hacia el otro lado. El gesto al parecer le dolió mucho más al artista que la noticia de que su terapeuta había abandonado este mundo.

Angela observó la habitación revuelta: ¿tendría el robo algo que ver con la muerte de Fenstermacher? La proximidad temporal de los sucesos así lo hacía pensar. Lo que a su vez significaba que posiblemente en Klein-Freudenstadt se hubiese producido un asesinato.

¡Se avecinaba una nueva misión para Miss Merkel!

Angela sintió que la adrenalina se le disparaba en el cuerpo. ¡Quién necesitaba ir a terapia cuando podía experimentar la emoción

de investigar un asesinato!

—¿Se puede saber por qué sonríe? —le espetó Werner.

Angela supo que la había pillado, al parecer se le notaba lo contenta que estaba. Se enfadó consigo misma. Antes siempre controlaba sus emociones y ahora se comportaba como Armin Laschet en un funeral. Ese era otro indicio de que le pasaba algo.

—No sonreía —mintió, y eso también le desagradó.

Negar un error con tamaña torpeza en lugar de hablar dilatadamente de otra cosa, como hacía antes, hasta que a su interlocutor se le hubiese olvidado lo que había preguntado era casi trumpiano. Y eso que Donald Trump habría añadido: «¡Sonreías! ¡Claro que sonreías! ¡Y además eres lo peor! ¡Los míos te van a colgar!».

Ya no había ninguna duda: no era la de siempre.

—¡Lo he visto con mis propios ojos! —gritó el ciudadano cabreado de tal modo que Rosa se separó de él y clavó los ojos llorosos en Angela. También Nele y Paul se volvieron hacia ella. Los tres parecían no saber si la acusación de Werner era cierta—. Miente como cuando estaba en el gobierno. Hace un momento estaba sonriendo y quiere reemplazar a nuestro pueblo por los refugiados.

Al oír esa teoría conspirativa expuesta tan abiertamente, Rosa suspiró.

—Por favor, Werner, ¿otra vez con eso?

Nele apartó la vista del ciudadano cabreado y el mimo revolvió los ojos muy deprisa, casi como un dibujo animado. No creían a Werner porque es probable que repitiese demasiado a menudo los mismos cuentos absurdos, con los que gracias a internet él mismo se había lavado el cerebro.

Angela se fijó en el cajón del suelo en el que se encontraba la pistola. Seguro que esa era el arma homicida. Para confirmar su

hipótesis, se volvió hacia Rosa y le preguntó:

—¿Cómo ha muerto el señor Fenstermacher?

—De un modo espantoso.

—¿Cómo exactamente?

—Completamente hecho pedazos.

Nele se quedó blanca. Werner, que hacía un momento estaba rojo de ira, también palideció por completo. Gracias al maquillaje blanco, el mimo fue el único que no pudo perder más color.

—Con una pistola —concluyó Angela, que ya estaba en modo detective Miss Merkel.

—¿Por qué dice eso? —Rosa parecía atónita.

Angela se paró a pensar cuál sería su argumentación. En ese momento, Werner la miró con cara de espanto. No era de extrañar, puesto que la que había desaparecido era su pistola. Era lógico deducir que el asesino era él. Hasta tal punto que el caso se resolvería solo si Rosa confirmaba que a Fenstermacher lo había matado una bala.

—Nada de eso. Fue una explosión —añadió, al cabo, Rosa.

—Uf —exclamó con alivio Werner.

—¿Uf? —repitió Nele en voz muy alta, tratándose de ella.

—A ver, a ver —se excusó Werner—, me refiero a que en una explosión uno muere en el acto. Con una bala se sufre mucho más.

—Vale... —Nele dejó a Werner. Al parecer, la muerte de Fenstermacher le afectaba tanto como a Rosa.

—¿Qué pasó exactamente? —quiso saber Angela.

—Su casa flotante... —Rosa no pudo seguir hablando.

—¿Su casa flotante estalló por los aires?

Por lo visto, Nele conocía la embarcación. Quizá incluso hubiese estado a bordo.

—¿En el Dumpfsee? —siguió preguntando Angela, que estaba sumando dos y dos. El primer dos era la casa flotante que había explotado y el segundo, la bola de fuego que se había elevado sobre el lago la noche anterior.

—Sí, ahí es donde estaba —respondió Rosa.

—Y ¿cómo puede volar por los aires una puñetera casa flotante? —dijo Werner.

—La policía cree que la causa fue un motor eléctrico.

—Lo que yo digo, que tanto chisme eléctrico es una mierda —se quejó Werner.

—¿Quién está a cargo de la investigación? —Angela ya temía oír la respuesta.

—El comisario Hannemann —confirmó Rosa.

—Y seguro que sabe de lo que habla —opinó Werner—. Es uno de los pocos con los que todavía se puede contar en este país.

Angela hizo un esfuerzo para no torcer el gesto, aunque no lo consiguió del todo. Con sus jactanciosas hipótesis, Hannemann se equivocaba siempre, ya que no se basaban en nada salvo una confianza en sí mismo trufada de vanidad. Era el Richard David Precht de los comisarios.

—No ponga esa cara —continuó Werner—. A diferencia de lo que hacía usted antes, ese hombre es el guardián de la ley y el orden. Esclareció los asesinatos de los dos escritores superventas, del jardinero del cementerio y del matrimonio Baugenwitz.

En realidad, había sido Angela la que había demostrado la culpabilidad de los correspondientes asesinos, pero dejaba la gloria al torpe del comisario para no aparecer en la prensa. Quería disfrutar de una jubilación tranquila en Klein-Freudenstadt.

—Claro que eso usted ya lo sabe —añadió el ciudadano cabreado —. A fin de cuentas, entorpeció a Hannemann en todas las

investigaciones.

Eso era lo que iba diciendo el comisario desde el último caso, en el que el escritor de thrillers psicológicos Florian Watzek había muerto decapitado por una guillotina que alguien había manipulado. Angela tampoco se defendió de esa calumnia porque no quería que pareciera que estaba al mando, pero le costaba no desenmascarar a ese fanfarrón y revelar que no era más que un aficionado y un mentiroso. Como rezaba el dicho: quien sabe ceder sabe vencer, aunque le habría gustado morder la mesa.

—¿Por qué la policía solo lo cree? —planteó Nele—. ¿Es que no están seguros?

—Seguros es imposible que estén, porque la casa está en medio del lago, en el fondo —aclaró Rosa—. Probablemente Didi volviera a salir por la noche.

Rosa no solo había vuelto a llamar al terapeuta por su apodo, sino que además daba a entender que las excursiones nocturnas en el lago eran algo corriente para Fenstermacher. Conque tenía conocimiento de sus costumbres privadas. Ahora bien, ¿por qué tenía tanta confianza con él?

—Pues entonces apaga y vámonos —dijo Werner, y lanzó un suspiro—. En el lago no se atreve a entrar nadie, ni siquiera las fuerzas especiales.

—¿Por lo profundo que es? —inquirió Angela.

—En realidad, no. La profundidad no llega a los seis metros.

—Y ¿por qué nadie se atreve a entrar en él?

—Por Margot —respondió Werner como si, al parecer, creyera en la existencia del monstruo del lago.

Y mientras Angela empezaba a fruncir la frente, Rosa reparó en el caos que reinaba en la habitación y preguntó:

—Y ¿por qué esto está así?

—Nuestra excanciller ha puesto patas arriba el despacho. —Werner señaló a Angela.

—¿Por qué ha hecho eso? —quiso saber Rosa.

—Les puedo asegurar que esto no lo he hecho yo.

—Pero si la pillé con mi carpeta en la mano.

—¡Las historias clínicas de los pacientes son confidenciales! —exclamó Rosa indignada.

—Por eso no las he leído.

—Pero Werner dice...

—Solo cogí las carpetas del suelo. El que puso el despacho patas arriba fue otro.

—Y ¿quién se supone que ha sido?

—Un ladrón —sugirió Angela. Podría haber añadido «o un asesino», pero lo dejó estar. Todavía no estaba del todo claro que la culpa de que Fenstermacher hubiese muerto la tuviera un motor eléctrico y que un ladrón corriente buscara cosas de valor en el despacho.

—¿Un ladrón?

—El portátil ha desaparecido. —Angela apuntó con la cabeza a la mesa.

—Eso significa que también han desaparecido nuestros secretos —balbució Nele.

Angela se dio cuenta de que la pobre chica estaba a punto de derrumbarse.

—Los terapeutas siempre guardan los datos de sus pacientes en forma de archivos codificados. Alguien que no esté autorizado no los podrá abrir —contó para intentar tranquilizar a la joven, aunque tenía serias dudas de que esa suposición correspondiese a la verdad.

—Dudo mucho que nuestro Fenstermacher hiciera eso —afirmó Werner con sequedad.

—¿Por qué? —preguntó Angela.

—Porque no era lo que se dice un *crack*.

—Y, sin embargo, usted acudía a él.

—¿Qué atractivo cree usted que tiene un pueblucho del este de Alemania para un buen terapeuta? ¿Incluso para uno mediocre?

Angela miró a los allí presentes. Nadie contradijo a Werner, lo que significaba que ninguno de ellos consideraba a Fenstermacher un psicólogo capaz. Sencillamente era la única ayuda que tenían a su disposición. Y ahora se habían quedado incluso sin eso.

Lo mejor que podía hacer Angela por el grupo era investigar a fondo el asunto. Si de verdad se trataba de un asesinato, sería el primero que esclarecería no solo en nombre de la justicia, sino también por esas personas a las que habían herido demasiado a menudo en su vida.

13

Angela volvió a casa. Los demás integrantes del grupo de terapia habían decidido desistir de su propósito de ir hasta el lugar donde descansaba el ser querido de Werner, fuera quien fuese. Por una parte, porque una visita así, como había apuntado Rosa, posiblemente con razón, podía salir mal sin la presencia de un terapeuta; por otra, porque cada uno de ellos quería digerir a solas la muerte de Fenstermacher.

En la calle, delante de la casita con entramado de madera, Angela se tropezó con su guardaespaldas. Mike se retorcía las manos más incluso que cuando había llegado su madre. Angela dedujo en el acto a quién estaba esperando esta vez.

—¿Ya viene su padre?

—Ya viene mi padre —confirmó Mike con el entusiasmo del hombre al que el dentista le pide amablemente que tome asiento para someterse a una endodoncia—. En bicicleta desde Gotinga.

—En ese caso no puede ser él, porque eso es un tándem —dijo Angela mientras miraba el vehículo que avanzaba hacia ellos por el adoquinado. Delante iba un hombre vestido con un gastado maillot de ciclista que parecía una versión amargada y arrugada de Jürgen Drews, el cantante de pelo largo afincado en Mallorca.

—Sí que es él —confirmó Mike, y exhaló un suspiro.

—Y ¿quién es la mujer que va en la parte de atrás del tándem? —preguntó Angela al tiempo que señalaba a una señora sudorosa que

frisaría en los sesenta, lucía un flamante maillot y cuyo pelo teñido de negro recordaba a un nido de pájaro. Después de una explosión.

—No tengo ni repajolera idea.

En ese momento, el tándem se detuvo delante de ellos dos.

Lutz, el padre de Mike, que a todas luces era unos cuantos años mayor que su todavía mujer, Caroline, saludó escuetamente:

—Hola, hijo.

—Hola, papá. —Mike intentó esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió.

—No entiendo por qué dejas que te obliguen a ponerte esa ropa —le soltó Lutz mientras miraba con desprecio el traje negro de Mike.

Con esto se confirmó la sospecha de Angela de que la profesión que había elegido Mike no era del agrado de su familia. Sin embargo, la sorprendió que la primera frase que pronunciaba el padre después de saludar fuese una crítica a su hijo. Una crítica que afectó visiblemente a Mike.

—Yo soy Inge —se presentó la casi sexagenaria con el nido de pájaro explosionado por pelo, y le tendió la mano a Mike desde el tándem.

Pero la distancia era excesiva, y Mike estaba demasiado perplejo con la presencia de la mujer para dar los pasos necesarios para llegar hasta ella y estrecharle la mano. De manera que se limitó a decir:

—Ajá.

—Es mi nueva novia —anunció su padre como si tal cosa, pero con rabia.

—Que es ¿quéééé?

—Mi nueva novia. ¿Es que te has quedado sordo con tanto tiroteo?

—¿Cuántas veces debo repetirte que solo utilizo el arma en las prácticas de tiro? —se defendió Mike.

—Eso dicen todos.

—¡Papá!

—Las armas son el mal de este mundo. Si los ucranianos depusieran las suyas, Putin podría comenzar las negociaciones de paz en un pispás.

Angela pensó que esa era la palabra clave para largarse, pero a todas luces el padre de Mike no tenía intención de dejarla marchar así como así.

—No debería haber permitido la ampliación de la OTAN al Este, señora Merkel.

Angela podría haberle dado varias respuestas; por ejemplo, que fue ella quien rechazó en 2008 la entrada de Ucrania y Georgia en la OTAN, y por eso ahora le llovían las críticas, aunque vinieran de otra parte. Sin embargo, las redujo a una:

—¿Sabe usted qué es lo bueno de estar jubilada?

—¿Que ya no puede cometer más errores?

«Eso también», pensó Angela, pero, naturalmente, no lo admitió ante el paladín de la vieja izquierda. En su lugar, contestó:

—Que ya no tengo que tratar con personas que me echan el sermón antes incluso de dar los buenos días y presentarse.

Echó a andar hacia su casa, y el padre de Mike le soltó:

—Esa es la arrogancia del poder.

—No —Angela se volvió con una sonrisa—, es la sensatez de la vejez.

—Y tú trabajas para esta mujer —dijo Lutz con desdén a su hijo.

—Y tú ya te has echado novia —oyó Angela que se lamentaba Mike mientras seguía su camino—. ¿Cuánto hace que te separaste de mamá?

—Cuatro semanas.

—Solo cuatro semanas ¿y ya estás con otra?

—Eso es mucho tiempo cuando uno tiene más de setenta años —repuso Lutz, y fue la primera vez que no pareció despectivo o insolente, sino un tanto vulnerable.

Por ello, al parecer, Mike no quiso hacerle más reproches, sino que le dijo:

—Os llevaré a vuestro hotel.

—¿Mamá también se aloja en él? —quiso saber Lutz.

—Sí, en Klein-Freudenstadt solo hay uno, el Zur grossen Freude.

—Podría ser incómodo para Inge —señaló Lutz, que a todas luces quería poner como excusa a su novia porque no le hacía gracia coincidir con su ex. Naturalmente, Mike se dio cuenta en el acto.

—¿Sabéis qué?, que mejor os llevo al castillo —propuso.

—¿Al castillo? —rio entusiasmada Inge.

—Mi prometida es la administradora, fue su hijo el que lo heredó.

—Un castillo —repitió encantada Inge—. ¿No es estupendo, Lutzi-Putzi?

—¿Lutzi-Putzi? —Mike no pudo contener del todo una risotada. Que eso le restase importancia al padre izquierdista y le quitara algo de su severidad pareció gustarle al hijo.

—Mmm —gruñó Lutzi-Putzi, y añadió—: Bien, vayamos al castillo. Así conoceremos de una vez a tu prometida.

Inge parloteó alegremente:

—Lutzi-Putzi ya me ha hablado de la familia *patchwork* multiculti que tenéis. ¡Me encanta! Las mujeres negras siempre son muy guapas.

Y Angela pensó que, además del hecho de que los padres se hubieran separado, la madre quisiera abrazar el amor libre y el padre ya tuviese novia, a Mike se le venía encima otro problema: Marie no

soportaba —y con toda la razón— que la redujesen al color de su piel.

14

Angela solo pudo ir al Dumpfsee con Mike después de que este llevara al castillo a su padre y a su nueva amante y los ayudara a instalarse. Pasó ese intervalo de tiempo tomando un delicioso desayuno en la panadería Wurst. El guardaespaldas se había tomado en serio la broma de Angela de que el Ape verde era el nuevo vehículo oficial, y ella no lo sacó de su error, ya que le divertía ir por ahí en el motocarro. En el camino vecinal que discurría por el bosque hasta el lago, Angela, sin embargo, notó en el trasero cada bache, por pequeño que fuese. Por lo visto, el vehículo de tres ruedas se había construido antes de que se inventase el amortiguador. O Berlusconi había mandado retirarlo para fastidiarla.

—¿Le importaría decirme qué estamos haciendo aquí? —quiso saber Mike, que hasta ese momento no había dicho ni mu.

—Si lo que sospecho es cierto, estamos investigando un nuevo asesinato.

Angela contaba con que Mike reaccionaría como de costumbre: se indignaría, como siempre, porque ella se ponía en peligro y él, al ser su guardaespaldas, no podía permitir tal cosa. Después ella contratacaría y le preguntaría cuándo había podido impedirle él que hiciese algo. Él admitiría compungido que hasta la fecha no lo había conseguido nunca y a continuación se echaría en cara no haber entrado a trabajar para un ministro de la cancillería cuyo nombre no conociera casi nadie en Alemania y al que tampoco nadie

reconocería por la calle. Y Mike podría no haber dado palo al agua. Sin embargo, el guardaespaldas se limitó a contestar:

—Cualquier cosa es mejor que tener que pasar el día con mis padres.

—¿Tan malo es? —preguntó Angela compasiva.

—Malo se queda muy corto.

—¿Cómo lo definiría usted?

—Supercalifragilisticoespiapocalíptico —contestó Mike, cambiando la letra de la heroína favorita de su infancia, Mary Poppins.

—¿Le da más la lata su padre o su madre?

—Los dos por igual. Mi padre lo critica todo de mi profesión y también que viva con Marie en un castillo decadente. Y su novia le pregunta a Marie por su cultura, aunque nació en Alemania. Todavía no ha puesto el pie en el continente africano porque la pobre no tiene más familia en el mundo que su hijo.

—Y, después de que se casen el fin de semana, también lo tendrá a usted.

—Sí, a partir de entonces también me tendrá a mí. —Mike sonrió por primera vez durante el trayecto.

—Y ¿cómo ha respondido Marie a la novia de su padre? —sondeó Angela, que ya distinguía por el parabrisas del Ape el lago Dumpfsee, en cuya orilla había un coche de policía, un camión de bomberos, una ambulancia y también una furgoneta Volkswagen marrón. Esta última le chocaba, no parecía ni de la policía, ni de los paramédicos ni de los bomberos.

—Con amabilidad —contestó Mike—, no quiere disgustos ni antes ni durante la boda.

—¿Y su madre? ¿Qué está haciendo?

—Eso prefiero no decírselo.

—¿Por qué?

—Porque no le gustará.

—¿No me gustará? ¿A mí?

—Nada de nada.

—Supongo que sabe que ahora ha despertado mi curiosidad, ¿no?

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—¡Mike!

—Por lo visto, el fin de semana hará buen tiempo.

—¿Quiere que le ordene que me lo cuente? —bromeó Angela.

—Bueno, es que... —empezó Mike, y se interrumpió acto seguido.

—Es que ¿qué?

—Mi madre...

—¿Su madre...?

—Le está entrando...

—¿Entrando? —Angela no entendía lo que quería decir. ¿Le estaba entrando el mal humor? ¿Por culpa de ella? Y ¿por qué vacilaba Mike a la hora de decírselo si era algo por el estilo?

—... a su marido. Me he dado cuenta antes, cuando he ido a buscar el Ape.

—¿Cómo dice?

—Que mi madre le está entrando a su marido —repitió Mike, y de pura vergüenza le habría gustado atravesar el fino suelo de chapa y que el camino vecinal se lo tragase.

—¿Cómo... cómo le...?

—Bueno, él está construyendo el garaje.

—¿Y?

—Ella está admirando lo mañoso que es.

—Achim no es nada mañoso.

—Para entrarle a alguien no es preciso decir la verdad.

—Mmm... —Angela nunca se había preocupado por algo así.

—Y dice que le gustaría ir a hacer yoga al bosquecillo, pero que sola no se atreve.

—¿De esas cosas habla su madre?

—También de sus ideas sobre el amor libre.

—¿Y no cortó usted a su madre? —espetó Angela indignada.

—Eso es tan imposible como pararle a usted los pies, señora Merkel —admitió un apocado Mike.

Angela se estaba planteando ordenarle a su guardaespaldas que diera media vuelta, cuando él anunció:

—Pero usted no tiene nada que temer.

—¿No? —preguntó Angela, y constató que, aunque no tenía miedo, sí estaba celosa. Una emoción que le era desconocida hasta ese momento y de la que podría haber prescindido perfectamente.

—Ya sabe cómo es su marido.

—Sí, un alma fiel —contestó Angela, y los celos perdieron un poco de fuerza.

—También, pero no me refería a eso.

—Entonces, ¿a qué?

—Es tan ingenuo que seguro que no se da cuenta de lo que pretende mi madre.

—Sí, mi bizcochito es ingenuo. —Posiblemente no se percataría de que una mujer quería seducirlo aunque la tuviera desnuda delante y le hiciese una danza de los velos sin velos, añadió Angela para sus adentros. Pero, debido a esa ingenuidad, por desgracia una mujer resuelta también podía poner a su Achim en situaciones picantes sin que él se enterase.

—Por favor, también está la vieja. —Mike señaló por el parabrisas. A orillas del lago, junto al rechoncho comisario Hannemann (como siempre, con la gabardina sucia y el pelo grasiento), Angela reparó en Elenora Radszinski, la oronda patóloga cuyas arrugas del rostro

recordaban a los surcos del planeta Marte—. ¿Qué tiene esa mujer en la mano? —Mike apuntó a una bolsa de plástico transparente que la policía utilizaba para asegurar las pruebas y que en ese instante Radszinski se estaba metiendo en la bata de laboratorio.

—Lo averiguaremos dentro de un momento —respondió Angela, que del tremendo entusiasmo que le producía investigar un asesinato dejó de pensar en Achim y la madre de Mike.

15

—¿Usted otra vez? —se quejó Hannemann cuando Angela se bajó del Ape.

—Como de costumbre, tiene una impresionante capacidad de observación —respondió Angela risueña.

—¿Se puede saber qué es eso que conduce? —El comisario señaló con la cabeza el Ape—. ¿Es que el ministro de Economía ya no le concede a usted el dinero necesario para que disponga de un coche oficial en condiciones?

—Este vehículo tiene algo que usted no tiene.

—¿Chinches?

—Encanto.

—Ja, ja —respondió sin encanto alguno el comisario.

—Ciertamente tiene el don de la elocuencia.

—¿Elo qué? —Hannemann no entendía.

—¿Qué ha pasado aquí exactamente? —Angela esquivó su pregunta y señaló el lago, en cuyo centro se hallaban suspendidos los restos de la casa flotante que había explotado.

—Por desgracia, el propietario era ecologista y su casa era eléctrica.

—¿Significa eso que la causa fue el motor?

—¿Qué otra cosa podría ser? ¿Acaso cree que alguien hizo saltar la embarcación por los aires intencionadamente?

—El despacho de su propietario estaba revuelto.

—¿Cómo sabe usted eso? —interrogó asombrado Hannemann.

Angela no quería desvelarle de ninguna manera que era paciente de Fenstermacher. Ya se estaba imaginando lo que tendría que oír. Algo como «¿El psicólogo quería enfrentarse a un desafío extremo?» sería lo más inofensivo. Por ese motivo, mintió:

—Se lo oí decir a alguien.

—Típico de Klein-Freudenstadt, todos son unos cotillas —suspiró Hannemann—. El pueblo está siendo víctima de una serie de robos.

—¿En serio? —inquirió Angela extrañada.

—Incluso tengo un sospechoso.

—¿De quién se trata? —Angela sentía curiosidad. A fin de cuentas, el asesinato, si es que era eso, podía estar relacionado con los robos. Quizá el autor hubiera entrado a robar en la casa flotante, Fenstermacher lo sorprendiese, se produjera un forcejeo y el ladrón matara al psicólogo y después intentara enmascarar el crimen con la explosión.

—Usted ya conoce al exhibicionista comunista de Klein-Freudenstadt, ¿no?

—¿Schniedel Castro?

—Schniedel Castro —confirmó el comisario. Y Angela intentó, en vano, no pensar en el barrigudo Schniedel, que se paseaba por el pueblo gritando «¡Venceremos!» con el cuerpo desnudo envuelto únicamente en una bandera de Cuba demasiado pequeña—. Ese tipo está recaudando fondos para el nuevo partido de Wagenknecht.

—Y usted cree que lo hace de manera ilegal, cometiendo robos, ¿es eso?

—Estoy completamente seguro. —Hannemann esbozó una sonrisa ancha y a Angela le sorprendió lo blancos que tenía los dientes. Al parecer, se había hecho un tratamiento. Antes, la dentadura de Hannemann se asemejaba a una montaña de pizarra—. Y ahora, si me disculpa, tengo que ir a ver a Silvio, el peluquero. Me espera una

sesión de fotos para el *Bild am Sonntag*. En calidad de hombre que sabe de su oficio y da consejos a la ministra del Interior para que pueda hacer mejor su trabajo.

—Seguro que la ministra se alegra —manifestó Angela, risueña y sorprendida de que un inútil como Hannemann pudiera convertirse en una estrella en los nuevos medios de comunicación. Los tiempos en los que había que saber hacer algo para ser una celebridad probablemente hubiesen terminado hacía mucho.

—Ya lo creo que se alegrará —convino el comisario con una sonrisa radiante, presumiendo de sus dientes blanqueados. A continuación, echó a andar pavoneándose hacia su coche patrulla, se subió a él y se fue.

La fornida patóloga Radszinski se acercó a Angela y a Mike y tableteó con su voz bronca teñida de whisky y tabaco:

—Nuestro comisario ahora ha contratado a un consultor de medios. Es el que le ha aconsejado que se haga lo de los dientes.

—¿Y no le ha dicho nada de esa gabardina mugrienta? —terció Mike.

—Es su sello personal —repuso Radszinski—, como el tuyo lo es ese culito, monada.

El guardaespaldas desvió la mirada deprisa y la patóloga sonrió de oreja a oreja. No quería nada de Mike, tan solo se lo pasaba bomba confundiendo a tipos fuertes como él.

Angela preguntó:

—Hace un momento tenía en la mano una bolsa de pruebas. ¿Qué había dentro?

—Venga conmigo a mi coche y se lo enseño.

Mike y Angela siguieron a la patóloga forense hasta la furgoneta Volkswagen marrón, que era una mezcla de autocaravana y laboratorio móvil. En la cocinita había tubos de ensayo, un

microscopio y un mechero Bunsen, y entremedias Angela vio distintos escalpelos. El aire, el sofá y la tapicería de la furgoneta, en cambio, apestaban a tabaco rancio. El pequeño cactus que descansaba en la repisa de la ventana ya había adquirido un tono parduzco.

—¿Ha construido un laboratorio en la furgoneta? —preguntó Angela asombrada.

—Si quiere que le diga la verdad, con el Bulli solo acudo a trabajar a veces, para poder desgravarlo como coche oficial. Normalmente con él me voy de vacaciones a los Cárpatos.

—A asustar vampiros —farfulló en voz baja Mike.

—Vaya, pero si tienes sentido del humor, monada —observó Radszinski sonriendo al guardaespaldas, que se sentía visiblemente avergonzado por habérsele escapado la observación.

La patóloga le dio la espalda, se sacó del bolsillo la bolsa de plástico y la dejó en la mesa, entre las cosas del desayuno que no había retirado aún. En la bolsa se distinguía un trocito de carne.

—¿Eso es... eso es...? —Mike se puso blanco.

—Sí, es un meñique de un pie humano.

Mike se puso más blanco aún.

—No se te ocurra vomitarme en la furgo.

—Mike —dijo Angela—, ¿qué le parece si va a la ambulancia a hacer unas preguntas? Me gustaría saber cuándo creen que podrán recuperar la embarcación.

—Me parece perfecto —respondió él, que salió deprisa y corriendo de la furgoneta.

—Monada tiene el estómago delicado —constató Radszinski, y acto seguido se encendió un cigarrillo.

—No le diré que no.

—¿Sabe qué es lo curioso de esta prueba?

Angela observó el dedo, que muy probablemente fuese de Fenstermacher, y después contestó:

—Me parece un dedo humano normal y corriente, si exceptuamos el hecho de que no esté unido a un pie.

—Lo curioso es el sitio en el que lo hemos encontrado.

—¿En la orilla del lago?

—En la orilla del lago —confirmó la patóloga.

—Debió de salir despedido con la explosión —aventuró Angela.

—¿Solo el dedo? ¿Nada más?

—Quizá haya más partes del cuerpo en el mismo sitio —sugirió Angela.

—Los paramédicos no han visto nada más y, a diferencia de Hannemann, son concienzudos.

—¿Eso qué significa?

—Que el dedo no estaba a bordo cuando la casa flotante explotó.

16

Cuando el Ape llegó a la casita con entramado de madera, Angela seguía dándole vueltas al enigma del meñique: ¿habrían matado en tierra firme al psicólogo, lo habrían descuartizado y, a continuación, habrían metido los trozos en la casa flotante? ¿Habría hecho explotar el asesino la casa en medio del lago para desintegrar todas las huellas? ¿Se habría quedado el dedo en tierra por error durante el proceso?

Podría haberse obtenido una primera respuesta si unos buzos hubiesen bajado hasta las profundidades del Dumpfsee, donde descansaban los restos de la casa siniestrada, pero los paramédicos le habían dicho a Mike lo que ya había mencionado Werner, el ciudadano cabreado: que, debido al monstruo Jörmungandr, al que desde tiempos de la RDA también se le llamaba Margot, las aguas del lago les resultaban demasiado inquietantes a todos los buzos de la zona. El último que se había atrevido a hacer una inmersión, en 1998, no había vuelto a la superficie, al igual que les había sucedido a muchos otros a lo largo de los siglos. Así que harían falta especialistas menos supersticiosos de otros estados del país para investigar el asunto a fondo. Pero Hannemann jamás solicitaría la ayuda de esas personas, ya que había dado por resuelto el incidente al aclarar que había sido un accidente causado por el cambio de modelo energético. De haber sido joven, Angela podría haber descendido los escasos metros; a fin de cuentas, durante uno de los viajes socialistas organizados por la Juventud Libre Alemana que

hizo a la costa búlgara del mar Negro había aprendido a bucear con botellas de oxígeno. Para la Angela de entonces, el poco profundo Dumpfsee no habría supuesto ningún desafío. Hoy día, en cambio, bucear no era una opción.

Observó con aire pensativo a su guardaespaldas: ¿sería un candidato para hacerlo? ¿Pese a la barriguilla que tenía, que sin prisa pero sin pausa iba camino de ser barriga? Bien mirado, para dedicarse a lo suyo Mike también había aprendido a bucear.

—Oh, oh. —El guardaespaldas interrumpió sus pensamientos.

—¿Oh, oh?

—Su marido y mi madre ya no están liados con lo del garaje.

Angela echó un vistazo a la obra, en la que Achim no había avanzado mucho. Únicamente había veinte ladrillos colocados más mal que bien en tres metros de ancho.

—Y usted cree...

—Para ser exactos, temo...

—... que su madre y mi Achim...

—... hayan ido al bosque.

Ambos se miraron con cara de espanto. Angela tardó uno o dos instantes en recuperar el control de sus pensamientos.

—Aparque delante de casa.

Mike hizo lo que le ordenaban y ambos se bajaron del Ape. Mike, que era alto, se dio en la cabeza contra la puerta y soltó un taco.

—Este cacharro solo es para italianos.

Acto seguido, oyeron una risa que procedía del jardín de la casa. Era de Caroline y, a todas luces, no era una reacción al percance que acababa de sufrir Mike. Su madre dijo alegremente: «Qué divertido es usted, Achim».

Angela supo que el peligro era inminente.

A fin de cuentas, ella era la única a la que le hacía algo de gracia el estrambótico humor de científico de Achim. Con sus chistes de física cuántica del estilo «el gato de Schrödinger se sube al árbol rascador para gatos, pero no se sube al árbol rascador para gatos» no se reía absolutamente nadie. Así que si Caroline fingía encontrar divertido a Achim solo era porque, en efecto, quería algo de él.

—Acompáñeme, Mike —ordenó Angela, que rodeó la casita con el guardaespaldas detrás, entró por la puerta del jardín y vio...

... que Achim se dejaba masajear la nuca por Caroline. ¡Y con el torso desnudo!

—Estás muy tenso, George —flirteó Caroline, que al igual que el marido de Angela todavía no había visto a los recién llegados.

—¿George? —exclamó sorprendido Achim—. Pero si me llamo Achim.

—Pero tienes un pelo tan bonito, abundante y entrecano como el de George Clooney.

—Mmm —carraspeó Angela mientras Mike clavaba la vista en la hierba del suelo.

—Hola, señora Merkel —susurró imperturbable Caroline.

—Hola, bizcochita —saludó Achim con absoluta inocencia, porque, en efecto, no se daba cuenta de que esa mujer *hippie* (¿qué verbo había utilizado Mike?) le estaba «entrando».

Con tono contenido, Angela advirtió:

—Bizcochito, deberías ponerte la camisa, de lo contrario te quemarás con el sol.

Achim se miró el blanco pecho de paloma. Caroline, en cambio, entendió lo que pasaba al vuelo, pero hizo como si lo sintiera.

—Discúlpeme. Sé que en realidad es usted quien debería masajearle la nuca a su marido.

—Ah, bizcochita nunca hace eso —intervino Achim, sin asomo de queja, mientras se ponía la camisa de manga larga, que se había manchado de argamasa.

—¿La cabeza tampoco? —se interesó Caroline.

—Tampoco —repuso Achim.

—¿Los pies?

—¿Por qué iba a masajearme los pies?

—O sea, que tampoco. —Caroline sonrió mientras miraba de reojo a Angela, que empezaba a hervir de ira por dentro, pero por fuera seguía manteniendo la compostura. No quería darle esa satisfacción a la mujer—. Ya te daré uno de mis mundialmente famosos masajes de cabeza con el correspondiente amasado de orejas yóguico de después —dijo a continuación la madre de Mike a Achim.

Angela, que tenía serias dudas de que ese masaje de orejas yóguico existiese, pensó: «Y yo te voy a dar ahora mismo uno de mis mundialmente famosos bofetones angélicos».

Sin embargo, en lugar de poner en práctica lo que pensaba, se dirigió a Mike:

—Tengo que hablar un momento con usted.

Antes de que el guardaespaldas pudiera decir que en ese momento estaba muy ocupado volatilizándose, Angela lo llevó a la vuelta de la esquina, detrás de un árbol, y exhortó con severidad:

—Ocúpese de que sus padres vuelvan a estar juntos.

—¿Qué?

—Está más que claro que su madre está compensando con creces algo, y también está claro que a su padre no le hace feliz esta separación.

—¿De verdad lo cree?

—Aunque no sea así, una de nuevo a sus padres.

—¿O?

—Habrá otro asesinato en Klein-Freudenstadt.

17

—Tu psicólogo no era lo que se dice la persona más ordenada —se lamentó Achim mientras echaba una ojeada al despacho de Fenstermacher.

Mientras iban de camino al número 7 de la calle Grünengasse, Angela le había explicado que Miss Merkel y Hércules Sauer tenían que investigar de nuevo. Achim había estado buscando durante mucho tiempo un nombre de detective que ponerse y se había quedado con el de Hércules Sauer. A Angela le parecía conmovedor que su marido siguiera pensando que podía ser igual que el famoso detective en lugar de una versión de más edad, aunque en su opinión más bizcochada, del doctor Watson. Y, naturalmente, se había llevado a su bizcochito no solo para poder intercambiar con alguien teorías sobre la investigación, sino también para tenerlo vigilado mientras la madre de Mike constituyera un peligro.

—Ya te dije que habían puesto patas arriba el despacho.

—No me refiero a eso —respondió Achim—. Mira el alféizar.

Angela siguió su mirada y constató que en la repisa había más pitufos. Los habían colocado de cualquier manera, algunos incluso estaban tumbados bocabajo. Pero no, al parecer, porque un ladrón y/o asesino hubiese hecho estragos —esa persona no tendría nada que buscar en la repisa de la ventana—, sino porque a Fenstermacher le interesaba tan poco la colección como limpiar los cristales de la ventana. Peter Altmaier, el ministro de Economía, en cambio, tenía a sus pitufos expuestos meticulosamente en la vitrina

de su casa, y le gustaba mirarlos antes de irse a la cama. La idea de que al menos en las casas de los pitufos el mundo estuviese en orden siempre calmaba sus nervios. Altmaier solo descuidó sus queridas figuras cuando empezó la pandemia del coronavirus. De puro nerviosismo, en una ocasión en la que estaba hablando por el móvil mientras iba arriba y abajo por su casa, chocó contra la vitrina. Algunas figuras se cayeron y no las levantó hasta que finalizó el primer confinamiento. Si se podía juzgar a Fenstermacher por Altmaier, esto significaba que el terapeuta se hallaba sumido en una profunda crisis, ya que de lo contrario habría tratado mejor a sus pitufos. Sin embargo, ¿cuál podía ser el motivo de esa crisis?

No era un buen terapeuta, esa era la opinión de los integrantes del grupo.

¿Y la suya propia? ¿También pensaba él así?

¿Y por eso se alegraba de cualquier avance, por pequeño que fuese, en la terapia?

¿Como en el caso de Hiltrud, por ejemplo, que había conseguido salir de su casa de acumuladora compulsiva para ir al buzón? Hiltrud, que era la única que no había estado allí esa mañana. ¿Se debía solo a su miedo a salir de casa? ¿O se había colado en el despacho antes de que llegase el resto del grupo?

Angela, sin embargo, no había visto la carpeta de la acumuladora compulsiva cuando había entrado por primera vez en el despacho revuelto. Pero de ello no se podía inferir automáticamente que la hubiese robado el asesino. También era posible que a ella se le hubiera pasado por alto.

—Bizcochito, ayúdame a buscar una carpeta que pertenece a una paciente llamada Hiltrud.

—¿Cómo se apellida?

—Por desgracia, no lo sé, y la dirección tampoco.

—Yo lo que quería era seguir trabajando en el garaje.

Angela se sorprendió: normalmente, Achim nunca decía que no cuando ella le pedía algo. Ni siquiera lo hizo cuando le pidió que no le contase a la reina ningún chiste de física cuántica. Y eso que tenía preparado uno, en su opinión estupendo: «Carlos le mordisquea un dedo del pie a Camilla y no le mordisquea un dedo del pie a Camilla». ¿Lo hacía ahora porque quería volver para estar con Caroline, la madre de Mike?

Angela volvió a sentir celos, una emoción que sin lugar a dudas no tenía cabida en su vida. Entonces recordó que su Achim era un alma fiel y respondió:

—Un garaje puede esperar; la investigación de un asesinato, no.

—La lógica siempre es la clave para la toma de decisiones —opinó Achim, y se puso a buscar de inmediato.

Ambos miraron todas las carpetas que encontraron en el despacho del terapeuta y se tropezaron con toda clase de nombres típicos del lugar, de Mandy y Sandy a Maik y Raik, pasando por Candy. Para su sorpresa, también había una historia clínica del comisario Hannemann, cuyo nombre no era Maik o Raik, ni siquiera Sandro, Silvio o Rico, sino Derrick. Esto sorprendió a Angela, ya que incluso en los artículos de periódico siempre ponía únicamente «comisario Hannemann». Igual que le sucedía en su día a Mehdorn, al que en radio y en televisión se llamaba siempre únicamente «*Bahnchef* Mehdorn»,[1] lo que hizo que alguna que otra persona creyera que era búlgaro: Panchev Mehdorn. Por lo visto, los padres de Hannemann eran telespectadores entusiastas de la serie policiaca de los años setenta y con la elección de ese nombre influyeron en el futuro profesional de su incompetente hijo. Podría haber sido peor. Podría haberles gustado *La clínica de la Selva Negra* y haberlo bautizado Udo, por el doctor Udo Brinkmann, y ahora sería médico,

y en la región, incluso dejando a un lado los años del coronavirus, tendrían que vérselas con un exceso de mortalidad. Cuando hubo leído el nombre de la última carpeta, Angela tuvo que constatar:

—No hay ninguna historia clínica de ninguna Hiltrud.

—¿Crees que se la llevó el ladrón? —planteó Achim.

—O tal vez lo hiciera la propia Hiltrud.

—Creía que no salía de su casa.

—A no ser que su proceso de curación fuese más rápido de lo que quiere dar a entender y pueda no solo ir hasta el buzón de la esquina, sino también atravesar el pueblo para revolver un despacho.

—En tal caso, nada mejor que ir a hacerle una visita para tomarle el pulso —resolvió Achim, que echó a andar hacia la puerta.

—¿Bizcochito?

—¿Sí? —Achim se detuvo en el umbral y se volvió hacia su mujer.

—¿No nos falta algo?

Achim se paró a pensar un instante y respondió:

—¿La dirección?

—La dirección.

—Y ¿cómo vamos a averiguar cuál es sin saber cómo se apellida? —quiso saber Achim.

—Preguntándoselo a alguien.

—¿A quién?

—A alguien de mi grupo de terapia.

—Y ¿a quién tienes en mente exactamente?

—Al mimo, no.

—¿Al mimo? —repitió Achim sorprendido.

No era de extrañar, Angela todavía no le había contado a nadie con quién compartía las sesiones de terapia. O, mejor dicho, con quién había compartido la única sesión. En un pueblo apartado como

Klein-Freudenstadt, probablemente nadie se hiciese cargo de la consulta privada de Fenstermacher. Menos aún cuando conociese a los pacientes.

Angela le contó a Achim quién formaba parte del grupo, y él comentó:

—Vaya un grupito ilustre.

—Son todas personas heridas —replicó Angela, a la que extrañó que quisiera proteger a sus compañeros de terapia de un comentario que el bondadoso Achim no había hecho con mala intención. ¿Cómo reaccionaría si alguien como Hannemann se burlara del grupo? Claro que quizá el comisario no se atreviese a hacer tal cosa, ya que él mismo había ido a terapia con Fenstermacher. Aunque durante poco tiempo, pues, según la carpeta, el tratamiento de Hannemann solo había durado tres semanas. Seguro que porque el narcisismo no tenía cura.

—Y, sin embargo, crees que una de ellas podría ser el asesino —señaló Achim.

Aunque no quería creerlo, los miembros del grupo de terapia eran los únicos pacientes que aún tenía Fenstermacher. Todas las demás historias clínicas estaban cerradas. ¿El médico no había cogido a otros pacientes porque estaba quemado? ¿O su agotamiento se debía a que no acudían pacientes nuevos y se hallaba al borde de la quiebra? ¿Había invitado con tanto entusiasmo a Angela a que entrase en la casa porque se congratulaba de toda tarjeta del seguro médico que pudiera pasar por el datáfono?

Angela cogió una carpeta y la abrió.

—¡No la puedes leer! —objetó Achim.

—Solo busco una dirección.

—Creía que querías preguntar a alguien del grupo dónde vive la tal Hiltrud.

—Pero para eso necesito saber la dirección de ese alguien a quien quiero preguntar.

—¿Y en quién estás pensando en concreto?

—En una mujer que ve la vida de color de rosa.

18

Mike estaba con Marie en la más pequeña de las seis salas del castillo, delante de una mesa a la que podían sentarse diez personas y en la que dentro de dos días se celebraría el banquete de bodas. Su prometida, a la que quería con toda su alma, suspiró:

—Deberíamos haber celebrado una ceremonia con cientos de invitados.

—¿Porque de ese modo nos podríamos haber librado de mis padres? —inquirió Mike.

—Y de Inge.

Marie no había querido hacer una gran celebración porque rechazaba la opulencia por principios. Aunque su hijito era el heredero del castillo y ella su tutora, se había instalado solo en tres de las antiguas habitaciones de los criados, en el ala oeste, y seguía comprando la ropa en la tienda de segunda mano de Templin, cuyo lema era: *«Don't call it* ropa vieja, *call it vintage»*. Esta modestia era uno de los numerosos motivos por los que Mike la amaba. Pero a esas alturas también tenía claro que el de la boda no sería el mejor día de su vida, a no ser que la situación con sus padres sufriera un cambio drástico. De lo contrario, ese día posiblemente ni siquiera formase parte de los cinco mil mejores de su vida. Así que debía hacer algo con sus padres, no solo por la señora Merkel, sino, sobre todo, para salvar su boda.

—Podríamos largarnos sin más —reflexionó Marie.

—Podría raptarte y llevarte a lomos de un caballo blanco —propuso Mike con una sonrisa.

—Para eso tendrías que aprender a montar antes de pasado mañana.

—Pues entonces podrías raptarme tú y llevarme a lomos de un caballo blanco —corrigió él alegremente.

Marie no pudo evitar reírse. Le gustaba el sentido del humor de Mike, y eso, a su vez, le gustaba a él, porque ninguna mujer había compartido su humor hasta el momento.

—Podríamos hacerlo más fácil y coger un Volkswagen Golf blanco —sugirió Marie.

—Es factible, pero decepcionaríamos a la señora Merkel —dijo Mike.

En efecto, su jefa se alegraba de que fuera a casarse con Marie, su mejor amiga, casi tanto como los propios novios. Incluso le había dado a entender a Mike que después le propondría que la tutease. Mike era incapaz de imaginarse tuteando a la señora Merkel o tan siquiera llamándola Angela. Pero quizá no le propusiese tal cosa si no lograba hacer que su madre entrara en razón. Y para ello debía averiguar qué era lo que se había torcido en el matrimonio de sus padres.

—Vaya, Lutzi-Putzi, todo esto es mucho más bonito de lo que pensaba —oyó que decía Inge en el pasillo que llevaba al comedor.

—Mmm —gruñó el padre de Mike.

—Tu padre es de lo más entusiasta —observó con cierta ironía Marie.

—¿Te ocupas tú de Inge? —le pidió Mike.

—¿Por qué?

—Tengo que hablar a solas con mi padre.

—Antes esa mujer me ha preguntado si consideraba que era una apropiación cultural que una mujer blanca lleve rastas —contó Marie enervada.

—Y ¿qué le has dicho?

—Que es algo que no podría interesarme menos.

—Qué va, no le has dicho eso.

—Naturalmente que no. Le he dicho que no lo sabía, y después hemos buscado y leído juntas *«dreadlocks»* en Wikipedia. Por lo visto, ya en la Edad Media el rey de Dinamarca lucía peinados con rastas, al igual que los indígenas de América e incluso los monjes hinduistas.

Mike vio confirmada su hipótesis de que todo se volvía más complicado y diferenciado cuanto más profundizaba uno en la apropiación y en cuestiones similares relativas a la guerra cultural. En la vida siempre resultaba más sencillo basar la opinión en la menor cantidad de datos posible.

—En cualquier caso, le he dicho a Inge que tiene un pelo precioso y que no tiene por qué hacerse rastas. Y ella ha dicho que yo también tengo un pelo precioso.

Marie se pasó una mano por su nuevo corte de pelo, una media melena obra del mejor peluquero de Klein-Freudenstadt, Silvio, para la boda. Solo había otro peluquero en el pueblo, y era tan miope que algún que otro lóbulo de oreja ya había sido víctima de sus tijeras.

—Así que ahora tienes otra amiga.

—Si por amiga entiendes pelmazo, pues sí.

—Tengo que mirar a ver si mis padres pueden hacer las paces.

—¡Hola, chicos! —saludó a grito pelado Inge cuando entró en el comedor con el padre de Mike—. ¡Este castillo es mono monísimo!

—Por favor —suplicó en voz baja Mike a Marie, que asintió, puso una sonrisa y repuso:

—Ven conmigo, Inge, y te enseño la rosaleda. —Se cogió del brazo de la mujer cuyo pelo era como un nido de pájaro después de una explosión y salió con ella.

—Yo también quiero verla —anunció el padre de Mike, a todas luces no porque le interesaran las rosas, sino porque no quería quedarse a solas con su hijo.

Sin embargo, Mike se interpuso entre él y la puerta con resolución, como cuando en su calidad de guardaespaldas impedía el paso con suavidad y discreción a desconocidos que querían acercarse demasiado a Angela.

—Papá, quiero preguntarte una cosa.

—Pregunta —refunfuñó su padre.

—¿Por qué te dejó mamá?

—Porque se ha vuelto loca.

—¿Por culpa de Inge?

—A Inge la conocí después, por Tinder.

—¿Estás en Tinder? —Por un instante, Mike imaginó a su padre deslizando el dedo, pero rápidamente hizo a un lado la idea y continuó—: Si no fue por culpa de Inge, ¿por qué fue?

—Ya te lo he dicho: tu madre se ha vuelto loca.

—Para separarse siempre hacen falta dos. —Mike lo sabía porque así lo había aprendido cuando iba a terapia. Uno de los motivos por los que fracasó su matrimonio fue que era incapaz de hablar de sus sentimientos. Claro que los guardaespaldas no son poetas. El padre de Mike guardaba silencio—. Di.

—Tu madre opina que conmigo ya no hay sorpresas en la vida.

—¿Y es cierto?

—Bueno, me gusta lo que me gusta. Y lo que no me gusta no me gusta.

—Conque sí.

El padre de Mike guardaba silencio.

—¿No intentaste hacer nada?

—Le propuse que la próxima ruta en bicicleta, en lugar de hacerla por el macizo del Harz, como de costumbre, la hiciésemos por la cordillera del Taunus. —Mike sabía que eso, para su padre, no era moco de pavo—. Pero ella quería hacer a toda costa un curso de tantra.

—¿De tantra? —De pronto Mike ya no estaba seguro de si era buena idea preguntarle a su padre.

—Para reactivar nuestra vida sexual, que le parecía monótona.

Ahora Mike estaba completamente seguro de que no había sido buena idea.

—Por lo menos Inge no se queja.

—¡Papá!

—Ya no soy el mismo de antes, como cuando tu madre y yo tomábamos alucinógenos con regularidad.

—¿A los veintitantos?

—A los cincuenta y tantos.

Ahora Mike se dijo que no podía ser más tonto por haber buscado esa conversación.

—Hubo un tiempo en que tu madre me llamaba LaMotta. —De pronto el padre de Mike se puso melancólico.

—¿LaMotta?

—El protagonista de *Toro salvaje*.

—Eso no quería saberlo.

—¡Si a tu madre ya no le basto, pues no le basto! —exclamó el padre de Mike, y acto seguido salió del comedor hecho una furia.

Precisamente ese arrebato hizo que de repente Mike alimentara esperanzas, ya que estaba muy claro: su padre seguía sintiendo algo por su mujer. ¡Todavía no estaba todo perdido! Ahora había que

tantear a Caroline para averiguar con qué gesto podía reconquistarle el corazón su padre. Debía ser uno que le demostrase que con él claro que se podía romper la monotonía en su vida conyugal. Uno que fuese mucho más inesperado que hacer una ruta en bicicleta por el Taunus, pero que a ser posible tampoco tuviera que ver con el tantra, el sexo y las drogas.

19

CUIDADO CON LOS GATOS, ponía en el torcido portillo de madera del jardín. La casita se hallaba junto al polvoriento camino vecinal que salía de la carretera nacional en dirección a Templin. Era vieja y parecía la pesadilla de cualquier asesor energético, pero se diferenciaba claramente de las demás viviendas sin rehabilitar de Klein-Freudenstadt porque estaba pintada de rosa chicle.

—«Cuidado con los gatos» —leyó sorprendido Achim—. Lo normal es que ponga «perros». O «niños que están jugando», aunque el contexto sea otro. Yo a veces creo que nos avisan de que tengamos cuidado con los niños que juegan porque podrían atacarlo a uno con el arco con flechas cuando juegan a indígenas y vaqueros.

—Posiblemente los niños no lo llamen «jugar a indígenas» —apuntó Angela con una sonrisa.

—Dependerá de los padres —respondió risueño Achim, que siempre se esforzaba por estar a la altura políticamente correcta de los tiempos.

Angela abrió el portillo chirriante. De pronto se oyó un balido de oveja que parecía salir de la parte de atrás de la casa. Conque Rosa ya había adquirido un compañero para el macho cabrío. A todas luces era una mujer que cuando tomaba una decisión, por cuestionable que fuese, la ponía en práctica sin pérdida de tiempo.

Angela enfiló con Achim el pisoteado camino que conducía entre la hierba alta hasta la puerta principal, de la que colgaba un letrero en el que ponía *DON'T WORRY, BE ROSA*, y llamó al timbre. La dueña de la

casa, con su pelo teñido de rubio, tardó un tanto en abrir. Llevaba un chándal rosa y, si le sorprendió la visita, no dejó que se le notara. Anunció con una sonrisa radiante:

—Me alegro de que haya venido, señora Merkel. Y usted también, señor Sauer. ¿Les puedo ofrecer un delicioso té con nata y azúcar cande y todo lo propio de Frisia Oriental? Que, dicho sea de paso, es mi té preferido, aunque soy de aquí.

—Con mucho gusto —contestó Angela, a la que extrañó un tanto que a Rosa no le sorprendiera lo más mínimo tener delante al matrimonio Merkel.

Angela y Achim la siguieron por un pasillo iluminado únicamente por una bombilla pelada hasta la sala de estar, pintada de rosa. Los recibió una peste considerable, a gatos y su legado. Angela había tenido la precaución de no llevar al carlino: aunque le gustaba ladrar a los gatos, metía el enroscado rabillo entre las patas de inmediato al menor bufido. Los numerosos tigres en miniatura que deambulaban cerca de Rosa por la sala de estar habrían jugado con él al gato y al carlino.

—¿Quieren que les presente a mis amores? —les preguntó Rosa—. Tengo diez.

—Claro.

—Estos son Muffin, Cookie, Donut, Pudding, Brownie... —Rosa iba señalando a los correspondientes gatos, que se distinguían con claridad por sus combinaciones de color y rayas en el pelaje.

—Veo que los nombres siguen un concepto —susurró Achim a su mujer.

—... Cupcake, Pancake, Cheesecake...

—Yo también empiezo a verlo —coincidió Angela con una sonrisa.

—... y Stalin. —Rosa apuntó a un gato que estaba sentado en lo más alto del árbol rascador, que casi llegaba hasta el techo de la

habitación.

—¿Stalin?

—Deberían ver cómo trata a los demás gatos.

Angela observó a Stalin con más atención y se dio cuenta de que tenía un bigote muy parecido al del dictador.

—Stalin malo, malo. —Rosa miró al gato mientras movía el dedo índice, cosa que no impresionó en absoluto al minino. Por lo visto, gatos y dictadores tenían opiniones propias.

De pronto se oyó un gimoteo debajo de un sillón con la tapicería rosa arañada.

Achim se asustó y miró debajo.

—Ahí hay otro gatito, muy pequeño.

—Chocolate-Chip —dijo Rosa.

—Está muy flaco y tiene una pata mal.

—Encontré a Chocolate-Chip cuando era muy pequeño, estaba casi muerto de hambre. Lo crie lo mejor que pude, pero sigue siendo el enclenque de la casa. Sobre todo Stalin se las hace pasar canutas. Para él la vida no vale la pena. —Era evidente lo mucho que Rosa se compadecía del animal. Incluso se le saltó una lagrimilla. Pero se recompuso deprisa y dijo—: Voy a preparar el té. Pero siéntense, por favor.

Cuando Rosa salió, Achim dijo en voz baja:

—Yo no me siento cerca de Stalin.

Y escogió el sillón rosa cuya tapicería estaba bastante desgastada, y que se hallaba a cierta distancia del árbol rascador. Desde allí veía perfectamente el jardín descuidado, desde el que un macho cabrío y la recién adquirida oveja miraban a su vez hacia la sala de estar.

Angela, que tenía más experiencia con dictadores, tomó asiento en el estropeado sofá rosa que había cerca del árbol rascador. Durante un momento se planteó si un árbol así no le haría bien a

algún que otro tirano. De ese modo podría reprimir de inmediato posibles agresiones en lugar de cargar contra inocentes. A continuación, reparó en los areneros, los cuales, sin excepción, estaban forrados con fotografías. Daba la impresión de que en todos se veía la misma cara. Angela no era capaz de distinguir con claridad los rasgos bajo la arena y los excrementos. ¿Acaso sería... Fenstermacher?

—Stalin me mira —afirmó Achim, al que la mirada del gato resultaba visiblemente inquietante.

—No le hagas caso —aconsejó Angela, que seguía tratando de distinguir qué foto había bajo la arena. En cualquier caso, le resultaba familiar.

—Puede que el asesino fuera Stalin —aventuró, medio en broma, Achim.

—¿Qué asesino? —quiso saber Rosa, que entró en la sala de estar con una bandeja en la que había una tetera, tazas, una jarrita con nata, un platito con azúcar cande, un pequeño calentador para la tetera y un plato con pastas.

Angela se planteó si sería mejor tranquilizarla o aprovechar la ocasión para decirle lo que sospechaba: que en la muerte de Fenstermacher había gato encerrado. Al final decidió exponerle esto último, quería averiguar cómo reaccionaba Rosa si le mencionaba directamente su teoría:

—Creo que a nuestro terapeuta lo han asesinado.

—¿Asesinado? —A Rosa empezaron a temblarle las manos y consiguió a duras penas dejar la bandeja en la arañada mesita de cristal.

Al parecer, los gatos se dieron cuenta de que su ama estaba conmocionada: Cupcake, Pancake y Cheesecake se restregaron contra sus piernas. Casi todos los demás mininos se acercaron a ella

y se detuvieron a cierta distancia. Salvo Chocolate-Chip, que siguió escondido debajo del sillón que ocupaba Achim. Y Stalin, que contemplaba su reino desde su trono en el árbol.

—El despacho estaba patas arriba —contó Angela—, y casi al mismo tiempo explotó su casa flotante: no es posible que sea una casualidad.

En estado de shock, Rosa se sentó con Angela en el sofá. Achim se encargó de servir el té. Cada cual cogió una taza, Rosa con manos temblorosas. Fuera, la oveja y el macho cabrío balaban.

—Su relación con el señor Fenstermacher era también de carácter personal.

—¿Por qué... por qué dice eso? —Rosa estuvo a punto de derramar el té.

Achim, por su parte, se llevó una pasta a la boca, pero le costó lo suyo tragarla después de masticarla, ya que por lo visto estaba sequísima. Los gatos habían seguido a Rosa hasta el sofá y ahora se habían reunido a sus pies, todos salvo Stalin y Chocolate-Chip.

—Lo llamó usted Didi.

—Didi —repitió Rosa en voz queda.

—Y conocía usted su casa flotante.

—*Su* casa flotante —repitió Rosa con una sonrisa ligeramente melancólica.

—¿Es que no es suya? —Angela frunció la frente.

Rosa guardó silencio. Achim se bebió el té de un trago para pasar la pasta, pero no fue suficiente, y se sirvió otra taza. Fuera, la oveja miraba fijamente al macho cabrío y el macho cabrío miraba fijamente a la oveja.

—La culpa de las deudas que tiene no es de los animales, ¿verdad? —dedujo Angela.

Rosa guardó silencio.

—No es posible que los gastos de los gatos y los bóvidos sean tan elevados. Además, un banco no le daría una hipoteca para acoger animales.

Rosa asintió.

—Así que se endeudó usted para que a Fenstermacher pudieran concederle un crédito para su casa flotante.

—Prácticamente sigue siendo mía —admitió Rosa.

—Por eso iba a verlo a menudo al lago.

—Solo fui una vez.

—¿Porque no quería pasar tanto tiempo lejos de sus animales?

—Didi tenía alergia a los gatos.

—¿Y no le pareció raro que su terapeuta quisiera que le diese usted dinero? —terció Achim, cuya voz sonaba algo bronca por los restos de pasta que tenía en la garganta.

A Angela también le sorprendió la ingenuidad de la amante de los gatos, pero más aún la desfachatez de Fenstermacher por aprovecharse de ese modo de una relación de dependencia.

—Él nos ayudaba, yo lo ayudé —respondió Rosa mientras les echaba a los gatos trocitos de pasta. Los animales, sin embargo, fueron lo bastante listos como para no comerlos. Stalin miraba fijamente a Achim, que, incomodado, desvió la mirada del gato. En el jardín, el macho cabrío miraba boquiabierto a la oveja. La oveja empezó a pastar.

—¿De verdad los ayudaba? Porque me dio la impresión de que ninguno de ustedes lo consideraba un terapeuta especialmente bueno.

—Pero ¡era nuestro terapeuta! —replicó Rosa alterada—. Y ahora ya no está para ayudarnos. Ya no habrá nadie que nos ayude. ¿Cómo vamos a seguir viviendo con nuestro dolor? Vivir así no vale la pena.

—¿Sentía usted algo por él? —le preguntó Angela con delicadeza.

Rosa se secó las lágrimas de los ojos, se sentó con la espalda recta y contestó:

—Esa pregunta debería hacérsela a otra.

—¿A Nele? —concluyó Angela. Además de Hiltrud, que nunca salía de casa, la joven activista era la otra mujer del grupo.

—Sí.

—¿Nele estaba enamorada de Fenstermacher?

—Siempre lo estaba persiguiendo, la muy pelandusca.

Era la primera vez que Angela veía enfadada a la amante de los gatos que veía la vida de color de rosa.

—¿Ella también estuvo en la casa flotante de Fenstermacher?

—En mi casa flotante. —Los ojos de Rosa echaban chispas.

—Y por eso estaba usted furiosa con Fenstermacher.

—Solo con Nele. Esa forma de tirarle los tejos no estaba bien.

—Y ¿qué hay de las fotos de los areneros?

Rosa miró desconcertada, al igual que Achim, hacia las fotografías que había debajo de la arena. Instantes después, soltó una risotada amarga.

—Esa es otra persona.

—¿Quién?

—El hombre gracias al cual aprendí que solo te puedes fiar de los animales.

De pronto Rosa parecía profundamente triste y sumida en oscuros recuerdos. Angela comprendió que con sus preguntas había rebasado un límite. Había entrado sin que nadie la invitase en el reino de la desdicha personal de una persona sospechosa, algo que no tenía nada que ver con el caso. Si quería esclarecer el asesinato de Fenstermacher también por los integrantes del grupo, debía tener en cuenta la fragilidad de sus sentimientos. No podía tratar a los

sospechosos como había hecho en sus anteriores investigaciones. Por eso Angela decidió no seguir tirando de la lengua a Rosa, más bien quería llegar de una vez al verdadero motivo de su visita:

—¿Sabe usted dónde vive Hiltrud?

—No.

—¿No se ven ustedes en privado?

—Solo coincidimos en el grupo.

«Excepto con el terapeuta», estuvo a punto de decir Angela.

—Pero sé dónde vive Werner.

—¿Ah, sí?

—Su casa es la de la bandera grande de Alemania.

Angela había visto la bandera cuando había salido a pasear por el pueblo. Saltaba a la vista en un balcón de una pequeña bocacalle no muy lejos de la Plaza Mayor. En principio, Angela no tenía nada que objetar a las banderas alemanas, siempre que no se confundieran con la bandera de los ciudadanos del Reich, que preferían la combinación de colores negro, rojo, blanco en lugar de negro, rojo, dorado y, con ello, no demostraban únicamente su ceguera para los colores.

—Nele —continuó Rosa— se engancha de vez en cuando al asfalto en la carretera nacional con pegamento.

—¿Y Paul?

—Se lo puede encontrar a veces en el hospital municipal.

—¿Actúa de mimo para los niños? —Angela estaba segura de que hacía reír a los pequeños.

—Entre otras cosas.

—¿Entre otras cosas?

—No puedo contar lo que se habla en terapia —dijo Rosa, que ahora bebió su té sin que le temblaran las manos. Los gatos

vagaban de nuevo por la habitación, vigilados por Stalin desde el árbol rascador. El macho cabrío intentaba montar a la oveja.

Angela sopesó a quién debía ir a ver primero para averiguar dónde vivía Hiltrud, que, debido a la historia clínica que había desaparecido, era su principal sospechosa. Era difícil saber si encontraría a Paul en el hospital, al igual que cuándo y dónde exactamente se pegaba Nele a la carretera. Lo más fácil sería pasarse a visitar a Werner Ciudadano Cabreado, pero con toda probabilidad también fuera lo más desagradable. Angela y Achim se despidieron. Rosa les dio las gracias por la visita, a fin de cuentas tampoco es que tuviera muchas. A decir verdad, Didi Fenstermacher había sido el último que había estado en su casa, cuando ella le dio el dinero para la casa flotante. Después a Angela le dio aún más pena la mujer.

Mientras el matrimonio salía de la habitación, Rosa se puso a dar de comer a sus gatos. Todos dejaron que fuese primero Stalin, que se bajó majestuosamente de un salto del árbol rascador. El pequeño Chocolate-Chip siguió aovillado debajo del sillón y su ama tuvo que darle de comer ella misma, para lo cual se tendió en el suelo. Mientras lo hacía, le susurraba con cariño:

—Todo irá bien, te lo prometo.

La oveja le arreó al macho cabrío tal coz con la pata trasera que el animal se alejó profundamente dolorido.

20

—Seguro que hoy duermo mal por culpa de Stalin —aseguró Achim mientras bajaban por la carretera hacia Klein-Freudenstadt. Dar largos paseos era el ejercicio que hacía el matrimonio. Todo cuanto pasara de eso, ambos lo consideraban una tortura innecesaria con la que no hacía falta amargarse los últimos años de vida. El ser humano había sido concebido para caminar en la naturaleza, no para renegar de las pesas en los gimnasios.

En la carretera no había mucho tráfico, solo los adelantó un tractor enorme cargado de heno. Al volante iba un agricultor fornido, de unos cuarenta años, que cantaba con gran sentimiento y a pleno pulmón, haciéndose oír por encima del ruido del motor, la versión alemana de la canción *If You Don't Know Me by Now* del dúo cómico Badesalz: *Evi, du wohnst in Bad Nauheim*.

—Eso es algo que han dicho muchas personas a lo largo de la historia —afirmó Angela.

—¿«Evi, vives en Bad Nauheim»? —Achim arqueó las cejas con asombro.

—Que duermen mal por culpa de Stalin.

—¿Sabes lo que nunca entenderé de los dictadores? —reflexionó Achim.

—¿Qué?

—Que, siendo tan ricos, podrían vivir una vida estupenda, pero prefieren atormentar a su pueblo y se pasan todo el santo día de mal humor.

—Es que precisamente al dictador hay que imaginarlo como una persona infeliz. —Angela conocía a un montón de autócratas y dictadores que se atiborraban a medicamentos para aliviar un poco su paranoia. Además, tomaban preparados porque los medicamentos ocasionaban obstrucción intestinal.

—Rosa es solitaria —opinó Achim.

—Sí —confirmó Angela. Muchas personas se sentían solas, la soledad era un problema que ella había abordado. En Gran Bretaña incluso habían creado el Ministerio de la Soledad para luchar contra sus terribles consecuencias. A Angela le parecía que dicha institución era buena idea.

—Y el muy canalla del terapeuta —prosiguió Achim— se aprovechó económicamente de la soledad de Rosa.

—Muchas personas solas tienen problemas de salud mental, y no pocas también de salud física —comentó Angela apesadumbrada—. En casos excepcionales, ¿podrían llegar a matar?

—Desde luego, Rosa tendría un motivo para matar a Fenstermacher.

—Pero da la impresión de que no termina de entender que ese hombre se aprovechó de ella —observó Angela—. Dejando a un lado el hecho de que ahora su dinero ha desaparecido. La embarcación está destrozada, y Rosa podría perder su casa.

—Pero estaría asegurada —apuntó Achim.

—Tengo mis dudas de que el beneficiario sea Rosa. Seguro que lo es el propio Fenstermacher.

—Pero el dinero del seguro irá a parar a sus herederos, y el que lo reciba deberá pagar las deudas que Fenstermacher tenía con Rosa.

—Aunque solo si Rosa firmó el debido contrato con él. Y no me da que sea una persona que se ocupe de manera racional de sus asuntos económicos.

—O de cualquier otro asunto —convino Achim.

—Claro que sería interesante averiguar quiénes son los herederos de Fenstermacher. El dinero es el motivo más habitual por el que se mata.

Antes de que Angela pudiera seguir ese hilo de pensamiento, Achim observó:

—Caro también está muy sola.

—¿Caro?

—La madre de Mike.

—¿La llamas Caro?

—Me pidió que la tuteara.

—Y ¿por qué dices que está sola?

—Aunque a primera vista parece muy vivaracha...

«Demasiado vivaracha», pensó Angela, que volvió a sentir una punzada de celos.

—Si se mira bien, Caro tiene la mirada triste.

—¿Así que has mirado bien a Caro? —preguntó Angela con mordacidad, y cualquier otro marido salvo Achim se habría percatado de lo que estaba sintiendo ella en ese momento.

Pero como él jamás le había dado motivo alguno a su mujer para sentirse celosa, no supo por qué la voz le cambiaba así, razón por la cual preguntó:

—¿Por qué no iba a hacerlo?

A Angela se le pasaron por la cabeza miles de motivos, pero se los calló.

—Caro lleva mal la separación de su marido.

—Pero ¡si lo dejó ella!

—Una cosa no quita la otra —afirmó Achim, y acto seguido abrazó a su mujer, la estrechó y dijo, rebosante de amor—: Doy gracias porque no tengamos que sentirnos solos, bizcochita.

—Y yo —coincidió Angela, cuyos celos desaparecieron como en un soplo—, y yo.

Justo cuando iba a darle un beso (algo que no hacía nunca en la vía pública), ambos oyeron un pitido. Era del tractor, que a esas alturas ya ni se veía. Al pitido lo siguió otro más enérgico. A este, a su vez, uno sostenido y, finalmente, un frenazo.

—¿Qué ha sido eso? —se interesó Achim.

—Una invitación.

—¿A quién?

—A mí.

—¿Para qué?

—Para que me pegue al asfalto —repuso Angela con una sonrisa, y salió corriendo.

21

Angela y Achim fueron hacia el tractor, delante del cual Nele, con una cazadora de cuero negra, se había pegado a la carretera. Ambos oyeron que el fornido agricultor, que para entonces había apagado el motor, exhalaba un suspiro y preguntaba:

—¿Hasta cuándo se supone que va a durar esto?

Angela sabía que la mayoría de los ciudadanos alemanes estaban tan acostumbrados a los atascos que, en esas situaciones, aceptaban el destino que les marcaban los activistas que se pegaban a la calle. Unos conductores soltando más tacos y otros menos. Los conductores furiosos de los que tanto gustaba informar el tabloide *Bild* eran una pequeña minoría, pero en internet no se escribía ningún artículo sobre las personas que en esa situación jugaban al Tetris detrás del volante.

—Me quedaré donde estoy hasta que nuestro país haya alcanzado la neutralidad climática —respondió la joven mujer con las rastas azules, procurando que su vocecita sonara lo más firme posible.

—Pues se te va a quedar el culo plano —contestó lacónico el agricultor, y añadió—: Hoy tengo una cita importante.

—No hay nada más importante que el cambio climático.

—Eso díselo a mi mujer.

—No pienso moverme de aquí.

—Mira, bonita, mi mujer y yo tenemos nuestra primera noche libre sin nuestro hijo de dos años, que está con su abuela. Y tenemos planes.

—¿Y qué?

—Ya que lo preguntas, queremos hacer otro hijo.

Angela no pudo evitar sonreír: la gente decía que los berlineses hablaban sin tapujos, pero en comparación con los agricultores de Uckermark, los habitantes de la capital dominaban el arte de andarse con rodeos.

—No se pueden traer niños al mundo —espetó, completamente alterada, Nele.

—¿Por qué no?

—Porque emiten CO_2.

—Y tú también.

—Dentro de cuarenta años en el planeta hará un calor infernal y tus hijos morirán de hambre o de calor, y en los años que quedan hasta entonces sufrirán un auténtico suplicio.

—Vaya por Dios, ya me has cortado el rollo —repuso el agricultor, tragando saliva.

—¡Me alegro! —exclamó Nele.

Angela se acercó al tractor.

—Me gustaría hablar con la joven —dijo al hombre.

—Haga lo que quiera. Esto no puede ir a peor.

Angela se acercó a Nele y le preguntó:

—¿Te importa si me uno a ti?

Nele la miró con cara de desconcierto, pero antes de que le diese tiempo a reaccionar, Angela se acomodó a su lado en la carretera, tras lo cual el agricultor suspiró y dijo:

—No se puede decir nunca, pero nunca, «esto no puede ir a peor».

Achim se acercó al frustrado hombre y se puso a charlar con él. Hablaron de la cosecha, a la que ya no le hacían falta cuarenta años

para que fuese mala debido al calor. Angela, por su parte, preguntó a la joven:

—¿Te pegas aquí completamente sola?

—¿Quiere pegarse usted? —Nele le ofreció el pegamento.

—No, gracias —rehusó Angela con una sonrisa—, me gusta la piel de la mano.

—Ya me extrañaba a mí.

—Me figuro que en Klein-Freudenstadt no habrá muchas personas que hagan esto, ¿no?

—En Berlín hay más.

—Entonces, ¿por qué no te vas allí? —quiso saber Angela.

—Se reirá de mí. —De pronto, la voz de Nele volvía a ser suave.

—No me reiré —prometió Angela con toda la tranquilidad del mundo. Aunque le hiciera gracia, reprimiría la risa, como cuando Karl Lauterbach llevó al revés la mascarilla FFP2 en el Parlamento durante horas.

—Me gusta vivir aquí. En el sitio en el que nací.

—Lo entiendo perfectamente. —A Angela, Uckermark le parecía mucho más bonito que Berlín.

—Pero las grandes empresas se cargarán mi hogar.

—¿Te refieres a los gigantes del petróleo?

—Sí, a esos también. Pero todos son culpables: la siderurgia, la industria automovilística, las aseguradoras...

—Ya, ya —repuso Angela.

Así que también era bueno que Nele no viviera en Berlín. Una persona como ella, que absorbía de ese modo todo lo negativo del mundo, allí lo pasaría fatal. ¿También lo sabía Nele? ¿O Fenstermacher al menos le había transmitido eso? Comprensiva, Angela aventuró:

—Tras la muerte del señor Fenstermacher querías hacer algo en lugar de quedarte en casa llorando su pérdida en tu habitación.

Nele asintió con la cabeza y, al igual que a Rosa, se le saltaron las lágrimas.

No estaba bien exponerle a la joven la espeluznante teoría de que tal vez lo hubiesen asesinado. Aunque sabía que todos los integrantes del grupo de terapia podían ser el asesino, incluida Nele, Angela se había propuesto tratar con más tacto a los sospechosos psicológicamente inestables. Sin embargo, eso no quería decir que quisiera o debiera dejar de investigar:

—¿Sabías que al señor Fenstermacher lo llamaban Didi?

Nele asintió de nuevo.

—¿También lo veías en privado?

Nele guardó silencio y luchó otra vez contra las lágrimas.

Pero ¿cómo iba a seguir investigando si cada pregunta hacía llorar a la joven?

Aunque ¿acaso llorar no era bueno para el alma?

¿El primer paso hacia la curación?

Bah, pero ¿qué sabía ella? La última vez que había llorado había sido cuando había caído el Muro, y las lágrimas habían sido de alegría. Además, Angela estaba segura de que solo volvería a hacerlo si Achim tenía la desfachatez de morir antes que ella. O el pequeño Putin.

—¿Teníais una relación estrecha?

—Didi siempre estaba ahí para ayudarme. Podía llamarlo incluso por la noche, cuando no podía dormir.

—Y por eso sentías algo por él, ¿no?

—¿Yo por él? —Debido a la sorpresa, Nele dejó de llorar.

—¿Él por ti? —se apresuró a corregir Angela.

—Creo... que será mejor que me vaya. —Para asombro de Angela, Nele hizo ademán de ponerse en pie.

—¡Tu mano! —exclamó Angela despavorida.

—Ah. —Nele se levantó tan tranquila—. No utilizo el pegamento.

Ahora estaba delante de ella, moviendo todos los dedos.

—Gracias a Dios, ya podemos seguir —dijo el agricultor a Angela mientras arrancaba de nuevo—. O podremos si se levanta usted, señora Merkel.

—Por supuesto —respondió ella, que se puso de pie, se unió a Nele en el arcén y dejó que el agricultor reanudara la marcha ruidosamente.

Pese a ello, Angela oyó que farfullaba:

—Esta noche me pongo un condón.

A Angela la afligió que el calentamiento global privase a tantas personas de la esperanza de las siguientes generaciones, pero no quería discutir al respecto con Nele. Por eso le preguntó:

—Entonces, ¿en realidad nunca te pones pegamento?

—Me gusta la piel de la mano. —La joven citó las palabras que había dicho antes Angela y esbozó una sonrisa pícara—. Y a la policía de aquí, de Klein-Freudenstadt, como no tiene experiencia, la engaño con el tubo de cola para que crea que no podrá quitarme de la carretera porque no tiene el disolvente especial, a diferencia de sus compañeros de las ciudades grandes.

Nele se subió a una bicicleta que había dejado detrás de un árbol. La perpleja Angela se acordó de que también quería hablar con la chica de la principal sospechosa.

—¿Tú sabes dónde vive Hiltrud? —probó suerte.

—En el iPad —repuso Nele con una sonrisa más pícara aún, y se alejó pedaleando.

—¿Y bien? —le preguntó Achim mientras se acercaba a Angela—, ¿has averiguado algo?

—Sí, dos cosas.

—¿Cuáles?

—La primera: que al parecer nuestro asesinado le tiraba los tejos a Nele.

—Así que el terapeuta no era solo un canalla, sino también un crápula.

—Ay, bizcochito, eres una de las pocas personas que todavía utilizan las palabras *canalla* y *crápula*.

—También podría haber dicho bribón y tenorio.

—Tampoco es que sean mucho más modernas.

—¿Tunante y granuja?

—Olvídalo.

—¿Bellaco y rufián?

—¿Estamos hablando de Chrupalla y Höcke?

Achim no pudo evitar reírse.

—Y ¿qué es lo segundo que has averiguado?

—Que nuestra Nele es más astuta de lo que pensaba.

22

—¡Venceremos! —se oyó en la pintoresca Plaza Mayor de Klein-Freudenstadt en cuanto entraron en ella Angela y Achim. Gracias a los fondos de fomento, allí no había una sola casa sin rehabilitar.

—Schniedel... —empezó Achim.

—... Castro —terminó Angela.

El hombre de barriga cervecera, largo pelo blanco y larga barba blanca estaba desnudo, pero por suerte llevaba una bandera de Cuba a la cintura. De creer los rumores que circulaban por Klein-Freudenstadt, la bandera la había birlado del ayuntamiento o, mejor dicho, del ayuntamientito, justo después de la reunificación alemana. Del hurto solo se dio cuenta un empleado cuando un famoso científico cubano que en su día fue allí como estudiante de un Estado hermano y trabajó en los campos de Klein-Freudenstadt acudió de visita quince años después.

—Tengo que hablar con Schniedel —decidió Angela. A fin de cuentas, el comisario Hannemann sospechaba que el exhibicionista era el responsable de la serie de robos que había sufrido el pueblo y, por tanto, también del allanamiento del despacho del terapeuta.

—Ve. A lo largo de tu carrera hablaste con personajes más extraños.

—¡Venceremos! —exclamó de nuevo Schniedel.

Los vecinos de Klein-Freudenstadt no le hacían caso mientras se paseaba descalzo por los adoquines de la plaza, que el sol había calentado. Se habían acostumbrado hacía mucho más tiempo a la

presencia del exhibicionista que a toparse constantemente con la excanciller.

—¡Señor Castro, señor Castro! —Angela llamó al barbado desnudo desde unos metros de distancia. Decidió de manera muy consciente utilizar el apellido que él mismo había elegido en lugar de su verdadero nombre. En el pueblo todo el mundo sabía que en realidad se llamaba Fridolin A. von Hohenzollern y descendía por línea colateral de la que en su día fue la familia del káiser. Lo que, sin embargo, no sabía nadie era a qué correspondía la «A.».

—¿Señora Merkel?

—¿Le importaría venir conmigo?

—¿Quiere que le enseñe una cosa? —preguntó Schniedel esperanzado.

—¡Ni se le ocurra! —Achim dijo lo que Angela estaba pensando.

—Anda, seguro que es otra cosa —lo calmó Angela, convencida de que Schniedel no se abriría la bandera de Cuba delante de ella. El que probablemente fuese el único exhibicionista decente del mundo solo hacía eso de común acuerdo. Tampoco le resultaba frustrante que semejante acontecimiento solo sucediese una vez al año, en concreto cuando la tertulia de las Viborillas celebraba en la panadería Wurst el cumpleaños de su presidenta, la señora del peinado a lo caniche.

—Qué lástima. —Schniedel parecía muy afligido.

—Se están produciendo muchos robos en el pueblo —dijo Angela sin preámbulos cuando tuvo delante al exhibicionista.

—Es algo espantoso, ¿no? —contestó Schniedel, que sonrió como alguien a quien dicha circunstancia no le parecía espantosa en absoluto.

—¿No sabe quién es el responsable de esos robos?

—No, solo me relaciono con ciudadanos honrados.

—Notables no creo que sean —musitó Achim.

Naturalmente, en todas las clases sociales había hombres respetables, reflexionó Angela, y aquellos a los que su querido esposo llamaría «canallas». Y, sin embargo, ella más bien habría creído a Schniedel cuando decía que no sabía nada de los robos si en su día no hubiera birlado la bandera con franjas azules y blancas de Cuba que siempre llevaba alrededor del cuerpo de forma que el vértice del triángulo rojo apuntaba exactamente a sus cataplines.

—Señor Castro, tengo entendido que no vive usted de la fortuna de su familia.

—La nobleza lleva siglos explotando a las personas. —A Angela le pareció decente que Schniedel Castro renunciase por convicción a la riqueza de su familia. Sus parientes, en cambio, incluso exigían que el Estado les devolviese castillos y objetos de valor que legalmente ya no les correspondían—. Mi antepasado fue el responsable de la Primera Guerra Mundial —contó Schniedel indignado—, y su hijo apoyó a Hitler. ¡No quiero el dinero de esas personas!

Angela no pudo evitarlo: empezaba a sentir cierta simpatía por ese hombre.

—Entonces, ¿vive de la prestación económica que recibe?

—Sí, aunque podría ser más elevada.

—De manera que cree usted en la redistribución de la riqueza.

—¡Venceremos!

—No hace falta que grite.

—Creo en ello.

—¿Y hace algo para propiciarla?

—¡La propiedad es un robo!

—Conque roba usted —repuso Angela con una sonrisa.

Solo entonces intuyó Schniedel que había caído en una trampa.

—Si quiere desahogarse, le prometo que no lo denunciaré —afirmó Angela con amabilidad.

—¿Lo jura?

—Por mi marido.

Achim se mostró un tanto perplejo.

—Solo robo a personas que se lo pueden permitir —confesó Castro apocado.

—También se puede incrementar la pensión con algún trabajillo —terció Achim.

—Solo en la piscina nudista de Templin contratan a alguien que va desnudo. Pero desde que los autobuses solo van tan de vez en cuando ya no puedo ir.

Ahora Angela también se sintió culpable ante Schniedel Castro por no haber dejado el país en el estado en el que le habría gustado. Sin embargo, quería concentrarse en la investigación, así que se sacudió los sombríos pensamientos. Respiró hondo una vez y preguntó sin rodeos:

—¿Entró usted a robar la otra noche en la casa del señor Fenstermacher?

—No, no... —negó Schniedel.

—¿Cómo quiere usted que la gente lo crea? —insistió Achim tras lanzar un suspiro.

—Ese hombre no tenía seguro del hogar.

—¿Cómo dice? —Achim abrió mucho los ojos.

—Por principios, solo robo a personas que recuperan el dinero a través del seguro.

—Y ¿cómo sabe usted quién tiene seguro del hogar en Klein-Freudenstadt? —preguntó Angela asombrada.

—Antes de que empezara a robar, allané las oficinas de un seguro y apunté el nombre de los asegurados.

—Pero sabrá usted que, aunque no perjudica económicamente a las personas a las que roba, sí perjudica a las aseguradoras, ¿no?

—¿Le pregunta eso a un comunista? —replicó Schniedel—. Esas compañías hacen lo imposible para pagar menos impuestos, y en caso de sufrir una crisis económica las respalda el Estado, o sea, nosotros.

Una vez más, Angela se sintió directamente aludida, pero no le apetecía lo más mínimo discutir el sentido y el sinsentido de las numerosas medidas de rescate financiero que tomó en su momento. Así que decidió preguntar:

—¿Desde cuándo hay aquí una correduría de seguros?

—Eso fue antes de que viniera usted. Cerró con el coronavirus. La corredora de seguros tenía demasiado miedo de salir de su casa.

«¡Hiltrud!», se le pasó por la cabeza a Angela, que se apresuró a preguntar:

—¿Cómo se llama la corredora de seguros? Y ¿dónde vive?

—Yo también tuve miedo...

—Pero ¿ya no?

—Si le soy sincero, en mis círculos nos gusta beber vodka ruso y ron cubano, incluso mezclado...

Achim se estremeció.

—... y eso no es bueno para la memoria.

—Me lo creo —observó Achim.

—Lástima —repuso, en cambio, Angela, aunque habría preferido decir «mierda».

—¿De verdad no me va a denunciar a la policía? —Schniedel parecía inseguro.

—No, pero debería complementar su pensión de otra manera. Hannemann lo tiene en el punto de mira.

—Gracias por el soplo.

—De nada —respondió Angela, que se alegraba de haber evitado de golpe que hubiese más robos y de haber impedido que Hannemann se apuntara un tanto.

—Y si alguna vez necesita ayuda...

Angela no era capaz de imaginarse una situación en la que necesitase la ayuda de un exhibicionista.

—... grite con todas sus fuerzas «¡No pacharán!».

—¿No es «No pasarán»? —preguntó extrañado Achim.

—No para un comunista.

—Si grito eso, ¿estaría usted cerca? —De pronto, Angela se sintió un tanto intranquila.

—Ni idea. Pero a usted le sería útil —sugirió Schniedel con una sonrisa—. Y, dicho esto, me despido. Me apetece un bocadillo de picadillo con cebolla. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la panadería Wurst.

—¿Dónde lleva el dinero? —farfulló Achim.

Schniedel, que a todas luces oyó la pregunta de Achim, se volvió y dijo:

—Las Viborillas me dejan apuntarlo en su cuenta. Una vez al año, les doy una alegría.

Después se fue de una vez por todas.

Angela se puso a cavilar: el seguro, el seguro... Quizá el asesinato tuviese algo que ver con el seguro de la casa flotante. Iba siendo hora de que dieran de una vez con Hiltrud.

—Vamos, bizcochito —resolvió—. Vamos de la bandera de Cuba a la bandera de Alemania.

23

Para ir a visitar a Werner Ciudadano Cabreado, Angela y Achim fueron dando un paseo por las cinco sinuosas callejuelas del casco antiguo de Klein-Freudenstadt. Todos los establecimientos de esa zona estaban sin alquilar, a excepción de la alfarería de Adele, que tenía noventa y tres años, del estudio de la Agrupación de Acuarelistas y de la joyería, en la que también se podían comprar cruceros. Sin embargo, Angela no prestaba atención al entorno, ya que estaba pensando en seguros. Si Fenstermacher había contratado una póliza para la casa flotante, seguro que se la había gestionado Hiltrud. ¿Se había encargado la corredora de seguros de beneficiarse del contrato?

No obstante, probablemente no valiera la pena tomarse tantas molestias, y menos aún cobrarse una vida, por una casa flotante, por muy moderna que fuese y aunque estuviese dotada de un motor eléctrico.

Una vida...

—Pero qué tonta soy —dijo Angela.

—La última vez que te oí decir eso fue cuando nombraste ministro de Defensa a Karl-Theodor zu Guttenberg.

—Un seguro de vida se puede contratar por una suma de dinero mucho más elevada que una póliza para una casa flotante. En teoría, pueden ser muchos, muchos millones.

—En tu caso, eso sería imposible —observó Achim.

—¿Por qué? —preguntó Angela, que vio interrumpido su proceso deductivo.

—Porque tu vida no tiene precio.

A Angela le encantaba cuando su bizcochito le hacía cumplidos un tanto torpes pero tan tiernos.

—Sobre todo en momentos como este, cuando se te ponen los mofletitos tan sonrosados.

—Bizcochito. —Angela le dio suavemente con el codo en el costado a su marido, como si fuesen los dos jóvenes doctorandos en su primera cita.

—Un seguro de vida —sopesó Achim mientras se frotaba el punto en el que Angela le había golpeado. Ella siempre olvidaba lo delgado que estaba su marido.

Daba envidia que pudiera comer lo que le diese la gana sin engordar un solo gramo. Enterraba porciones de bizcocho bajo montones de nata, untaba los cruasanes con gruesas capas de Nutella para, según decía él, hacerse un cruasán de chocolate, y nunca bebía en la versión *light* su personal mezcla de refresco de cola con zumo de manzana. Y, pese a todo, los análisis de sangre siempre le salían bien. El director de la famosa empresa de biotecnología BioNTech comentó en una ocasión que con las tijeras genéticas CRISPR habría que intentar generar una vacuna contra la diabetes a partir de la sangre de Achim. A día de hoy, Angela no estaba segura de si el científico lo había dicho únicamente de broma. La mayoría de las veces se alegraba de que Achim gozase de buena salud, pero en instantes como ese, en los que se frotaba el costado, Angela no podía evitar acordarse de lo que le había susurrado el médico de familia: «En caso de que enfermase de gravedad, por desgracia su marido no tiene defensas».

—¿Bizcochita?

—¿Sí?

—Pareces muy triste.

—Te quiero —le dijo Angela con una sonrisa.

—Y yo a ti —contestó Achim, también risueño. Aunque Angela llevaba mal algunos aspectos de la jubilación, había uno maravilloso: Achim y ella tenían muchas más ocasiones de declararse su amor—. ¿A qué huele aquí? —se sorprendió de pronto él.

—A salchichas de Turingia —repuso Angela, que reconoció en el acto el olor. A lo largo de su carrera política había tenido que comer salchichas en infinidad de eventos electorales en todo el país, de manera que era capaz de identificar por su olor todas las variedades, de las de Núremberg, Silesia o el norte de Hesse a las de Turingia. Thomas Gottschalk podría haberla invitado al programa de televisión *¿Qué apostamos?*

El matrimonio alzó la vista hasta el frontón de una vieja casa con entramado de madera que en tiempos de la RDA a todas luces habían convertido en una vivienda de seis habitaciones, o mejor dicho, estropeado. En un balcón con banderas alemanas en la barandilla estaba Werner Ciudadano Cabreado. A juzgar por la peste que echaba su pequeña parrilla de carbón, a Werner le gustaban las salchichas quemadas en sus tres cuartas partes. Por un instante, Angela imaginó cómo reaccionaría el hombre si en lugar de ellos dos fuese Cem Özdemir el que apareciese debajo del balcón y sostuviese en alto un semáforo nutricional. O Robert Habeck, para demostrarle las ventajas de los kits solares para balcones.

Finalmente, lo saludó:

—¡Hola!

Werner miró hacia abajo y contestó, perplejo:

—¿Se puede saber qué está haciendo usted aquí?

—Tiene una bandera alemana muy bonita —repuso Angela con una hábil evasiva.

—Porque, a pesar de los pesares, me siento orgulloso de este país.

—¿Y de nuestra democracia? —Angela no pudo evitar formular la pregunta.

—A diferencia de los tarados de los ciudadanos del Reich, yo no creo que necesitemos a un hombre fuerte. Estamos más que hartos de hombres fuertes que no saben gobernar este país.

—Un ciudadano cabreado sensato —susurró Achim—, lo que hay que ver.

Angela recordó una cita de Susan Sontag: «El diez por ciento de cualquier población es cruel, pase lo que pase, y el diez por ciento es misericordioso, pase lo que pase, y el ochenta por ciento restante puede moverse en cualquier dirección». Por lo visto, Werner Ciudadano Cabreado formaba parte de ese grupo, por el que se podía luchar si se era demócrata. Por el que incluso ella todavía podría haber luchado si sus años en política no hubiesen terminado, circunstancia esta con la que no era capaz de lidiar ni siquiera en su tercer año de jubilada. ¿Lo sería alguna vez? En cualquier caso, Fenstermacher ya no podría ayudarla a lograrlo.

—¿Le apetece una salchicha? —le preguntó Werner.

—¿Me está ofreciendo algo de comer?

—Rosa dice que tengo que ser más amable con las personas o me estallará el corazón.

—De eso se encargarán sus hábitos alimentarios —afirmó en voz baja Achim mientras miraba la salchicha casi carbonizada que Werner sostenía en alto con las pinzas.

Sin embargo, Angela se planteó si debía aceptar el ofrecimiento. Por un lado, porque de ese modo podría ganarse las simpatías de

Werner; por otro, porque así lo ayudaría en su propósito de ser más amable. Con todo, daba la impresión de que esa salchicha sería incomible por mucho kétchup que le echase, razón por la cual respondió:

—Por desgracia, no tengo tiempo, quiero ir a ver a Hiltrud.

—¿A Hiltrud? —Werner frunció el ceño con desconfianza.

—Quiero contratar un seguro de vida —mintió Angela.

—¿Un seguro de vida? —repitió Werner, con más desconfianza aún. ¿Reaccionaba así porque como posible beneficiario de Fenstermacher tal vez se viese favorecido por su deceso? ¿Habría obligado Werner a punta de pistola al terapeuta a que pusiera una póliza a su nombre? Eso, sin embargo, parecía un poco rebuscado. ¿O acaso no?

Angela estuvo dando vueltas a la descabellada teoría hasta que llamó al orden a sus pensamientos; también había otras personas que formaban parte del círculo de sospechosos que se podían beneficiar de un seguro de vida así: Nele, por la que al parecer Fenstermacher sentía algo; pero sobre todo Hiltrud, cuya historia clínica había desaparecido del despacho —al igual que la pistola— y que, al ser corredora de seguros, podía manipular en su favor cualquier operación.

—Pero tengo un problema —admitió Angela ante Werner.

—¿Solo uno? —dijo el hombre con una sonrisa.

—Sí —contestó Angela, pasando por alto la observación mientras Werner le hincaba el diente a su carbonizada y abrasadora salchicha sin tan siquiera torcer el gesto. Sus papilas gustativas y la sensibilidad al calor de su lengua debían de estar muertas tras décadas de parrilladas como esa—. No sé dónde vive.

Por un instante, Angela se temió que Werner la despachase, en cuyo caso solo podría preguntarle ya al mimo. Era como si lo

estuviera viendo: el hombre con la cara pintada de blanco le comunicaba por mímica una dirección como el número 8 de la Bäckereigasse, la calle Panadería, amasando una masa imaginaria y contorsionando el cuerpo en forma de ocho. Prefería no pensar en cómo le comunicaría el número 69 de la Schlachterstrasse, la calle Carniceros. Sin embargo, acto seguido Angela no pudo evitar reírse de sí misma, ya que el mimo también podía coger un boli y una libreta y escribirle la dirección.

—Yo puedo decirle dónde vive —repuso Werner—. Siga hasta el final el sendero que pasa por detrás de la iglesia. Ahí está la antigua casita del sacristán. Hace diez años la Iglesia se vio obligada a venderla por falta de dinero. Ya casi no hay nadie que vaya a misa. En su día Hiltrud la pilló por mucho menos de lo que valía.

—Bueno, pues vamos para allá —anunció Angela, que se cogió del brazo de su bizcochito e hizo ademán de echar a andar cuando Achim le dijo al ciudadano cabreado:

—¿Sabe usted que las salchichas no son sanas? En general, pero sobre todo como las prepara usted.

—A mí me gustan —afirmó Werner, e irguió la espalda con orgullo.

—Ya, pero las sustancias que libera la comida quemada...

—¿Sabe qué? —Werner interrumpió al bueno de Achim y de pronto se puso serio—. Hace diez años me di cuenta de una cosa: la vida puede terminar en cualquier momento, de la manera que sea. ¿Para qué me voy a esforzar por llegar a los noventa años si puede que un día una tormenta parta una rama de un árbol, me caiga encima, me pase tres días babeando y después muera de un coágulo en la cabeza?

—Es un ejemplo muy específico —susurró Achim a su mujer.

Y Angela supo casi con toda seguridad, por su forma de decirlo, que lo de la rama debía de haberle ocurrido a un ser querido de

Werner; podría haber sido perfectamente su esposa.

De hecho, esa mañana el grupo de terapia tenía intención de ir al lugar en el que se había producido el accidente. De pronto Angela se figuró que el terapeuta no se había quedado con la pistola de Werner porque este lo amenazase, sino para que no se quitara la vida con ella.

—¿De qué vale llevar una vida sana —continuó filosofando el ciudadano cabreado— si no se puede disfrutar mientras dura? —Y sostuvo en alto de manera ostensible una botella de aguardiente de trigo de Uckermark que popularmente se llamaba medio en broma «el cegador»—. ¿Le apetece uno?

—No, gracias —se apresuró a decir Achim.

Angela, en cambio, sintió tanta lástima del hombre que se planteó hacerle compañía regando la salchicha negra con cegador para que no se sintiese tan solo.

A Werner, por su parte, pareció sorprenderle que Angela no rehusara, de manera que insistió:

—¿De verdad le apetece?

Angela no contestó. El hombre le daba muchísima pena.

—¿Señora Merkel? —A todas luces, Werner no se podía creer que estuviera a punto de pasar la tarde en el balcón con la excanciller.

—¿Angela? —inquirió ahora un igualmente sorprendido Achim.

Solo entonces recordó Angela que un detective no debía permitir que los sospechosos le inspirasen simpatía. Lo único que debía regir la investigación era la lógica. Sin embargo, nunca le había costado tanto seguir aquel principio como en ese caso, en el que había tantas almas heridas.

—En realidad tengo que ir a ver a Hiltrud —respondió Angela.

—Usted se lo pierde —replicó Werner, y sus palabras destilaban decepción. Le dio un mordisco a la salchicha carbonizada y añadió

con la boca llena—: Pero hay algo que debe saber.

—¿Qué?

—Que Hiltrud no deja que se le acerque nadie sin mascarilla.

24

—¡Cáspita! —exclamó Achim cuando sonó la campana de la iglesia. En ese preciso instante, el matrimonio estaba saliendo con un paquete de mascarillas FFP2 de la farmacia Jörmungandr, llamada así por el legendario monstruo del lago Dumpfsee. El nombre también explicaba por qué en la farmacia se podían adquirir pomadas medievales cuya receta no se encontraba en las bases de datos de la sanidad pública—. ¡Cáspita! —repitió Achim cuando volvió a sonar la campana.

Era el único que seguía utilizando esa interjección. Cuando algún interlocutor más joven le preguntaba por ella, le gustaba contar que el vocablo tenía su origen en la palabra italiana *capperi*, que significaba «alcaparras». Además, este era un ingrediente popular en la Edad Media, lo que le recordó a su autor preferido de esa época, Hugo von Trimberg.

—¿Qué pasa, bizcochito? —le preguntó Angela mientras se guardaba el paquete de mascarillas en su bolso Longchamp azul.

—Que con tanta agitación nos hemos olvidado de Putin. Necesita comer y tiene que salir a hacer sus necesidades.

—¿Podrías ocuparte tú?

—¡No pienso dejar que vayas sola a visitar a un sospechoso!

—¿Qué me podría pasar? A Fenstermacher lo mató una explosión. Aunque el asesino sea Hiltrud, no hará saltar por los aires su casa conmigo dentro.

—Y ¿qué hay de la pistola que han sustraído?

Ciertamente, ese era un buen argumento, pero Angela no quería admitirlo, porque odiaba interrumpir una investigación cuando por fin daba con una pista.

—No le diré a Hiltrud cuáles son mis sospechas, así ella no me sacará una pistola —comentó Angela, confiando en haber disipado las dudas de Achim... y las suyas propias.

—Bueno, pero entonces tienes que pedirle a Mike que te acompañe.

—Mike tiene otra cosa que hacer.

—¿Cuál?

—Hablar de la boda con sus padres. —Angela recurrió a una mentira piadosa, puesto que no quería contarle a su bizcochito que le había pedido al guardaespaldas que volviera a unir a su padre y a su madre para que esta dejara de tirarle los tejos a Achim.

—Pero si Caro está en el bosque.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Quería que la acompañara yo con Putin.

—¿Se puede saber qué está haciendo en el bosque?

—Practicar yoga desnuda.

—¿Yoga desnuda? —repitió Angela horrorizada.

—Es como ir a la piscina nudista, solo que sin agua y con yoga —aclaró Achim, que como ciudadano que había crecido en el Este, igual que Angela en general, no estaba tan reprimido como los ciudadanos de a pie de la parte occidental de Alemania.

—¡Sé lo que es hacer yoga desnudo! —replicó ella con aspereza.

—¿Te pasa algo? —preguntó, sorprendido, Achim, cuya bondadosa ingenuidad Angela solía tratar con cariñosa indulgencia, pero que ahora la hizo enfadar de tal forma que tuvo que hacer un gran esfuerzo para conservar la calma.

En ese preciso instante le habría gustado decir: «Te prohíbo llevar a Putin al bosque», pero en un matrimonio feliz no podía haber prohibiciones. Debía confiar en que Achim no se dejara seducir. Y en que, en caso de necesidad, el carlino interviniese si la madre de Mike se ponía demasiado enérgica.

—Podemos ir a ver a Caro dando un paseo —propuso Achim, que no sospechaba nada.

Vaya, eso era justo lo que le faltaba a Angela.

—Tengo cosas mejores que hacer.

—Pero no vayas a ver a la tal Hiltrud sin Mike —advirtió Achim.

—Voy a la joyería —lo tranquilizó Angela—. A ver si ya están los anillos de Mike y Marie.

Angela había insistido en regalarles las alianzas a la pareja. Al principio, Mike había puesto objeciones porque quería comprarlas él, pero Angela le explicó que con los impuestos que pagaba Mike se financiaba la pensión de ella y que, al destinar una parte de sus ahorros a los anillos, prácticamente era como si los pagase él.

—Entonces perfecto —respondió Achim con una sonrisa de alivio. Le dio un beso a su mujer y desapareció.

Angela se alejó también a buen paso. Mentir no había mentido, porque de verdad tenía intención de ir a la joyería. Justo después de visitar a la principal sospechosa del asesinato de Dietrich Fenstermacher.

25

Cuando enfiló el camino que discurría por detrás de la iglesia y llevaba hasta la casa del sacristán, a Angela le llamó la atención una cosa. Se detuvo, volvió a la calle, caminó en ambas direcciones y miró en las bocacalles. Después se puso de nuevo en marcha hacia la casa del sacristán y decidió no revelar por ahora lo que acababa de observar cuando hablase con Hiltrud. Solo le expondría sus reflexiones en un momento estratégicamente oportuno.

Angela se plantó delante de la puerta de la casita de piedra. Parecía más vieja que todas las demás construcciones de Klein-Freudenstadt, más incluso que la iglesia. Era pequeña, como si hubiese encogido, pero al mismo tiempo tan única en su estilo que uno casi podría haber creído que llevaba en pie desde el principio de los tiempos y que la casa parroquial y la iglesia, el pueblo y quizá incluso el mundo entero no habían aparecido hasta mucho después.

En la viga de madera negra que había sobre la entrada se veían grabadas dos palabras y un número: *ANNO DOMINI 1565*. Conque la casita se había erigido antes de que se hiciera mención de Klein-Freudenstadt por primera vez en un documento escrito, algo que había sucedido en el año 1583. Sin embargo, lo más sorprendente era una enorme serpiente tallada en la madera sobre la inscripción: el monstruo Jörmungandr. No se parecía en nada a la criatura que se veía en el letrero de la farmacia del pueblo, que gracias a un diseñador gráfico recordaba más a la mascota de una tienda de bricolaje. La talla indicaba que la casita del sacristán era obra de

paganos. O de un pastor que había incorporado las influencias paganas a su labor eclesiástica para conseguir que los supersticiosos se interesaran por Dios. Solo faltaban gárgolas y quimeras, como en la catedral de Notre-Dame.

Angela abrió su Longchamp, sacó una mascarilla del envoltorio y se la puso. De ser por ella, con el calor que hacía en esa época del año no se habría cubierto la boca, pero Angela se regía por el principio de que si alguien tenía tanto miedo de los virus, ya fueran esos temores fundados o no, había que respetarlo reaccionando con consideración. Llamó al timbre y constató que de pronto tenía polvo en el dedo. Por lo visto, Hiltrud no recibía muchas visitas, por lo menos ninguna que tuviera que pulsar el botón. Los repartidores dejaban los paquetes en el banquito desvencijado que había junto a la puerta, como daban fe los siete paquetes con libros que se apilaban en él.

Mientras esperaba a que Hiltrud abriese, Angela se paró a pensar de nuevo en lo que había descubierto al dar la vuelta antes: esa ermitaña ¡era una mentirosa! ¿También sería una asesina?

Cuando se disponía a llamar por segunda vez, la puerta se abrió con brío. Pero solo un pequeño resquicio.

—¿Quién es? —quiso saber la propietaria, cuya voz sonó un tanto apagada. Seguro que porque llevaba mascarilla. Angela no podía saberlo con certeza, ya que Hiltrud no se dejaba ver.

—Angela Merkel.

—¿Qué quiere? —le preguntó Hiltrud. No daba la impresión de que la sorprendiese que una excanciller estuviese a su puerta, más bien parecía que le preguntaba eso mismo a todo el que se atrevía a pulsar el polvoriento timbre.

—Hablar con usted.

—¿De qué?

—De Dietrich Fenstermacher.

—No me interesa. —Hiltrud fue a cerrar la puerta.

—Y de quién se beneficiará de su seguro de vida.

Hasta ese momento, la existencia de dicha póliza solo era una teoría, pero si después de mencionarla Hiltrud se mostraba dispuesta a hablar para averiguar qué sabía Angela, su hipótesis se vería corroborada.

Angela oyó que Hiltrud daba un paso atrás y durante un instante se planteó introducir el pie entre el marco y la puerta para que la corredora de seguros no pudiera cerrársela en las narices. Sin embargo, decidió no hacerlo y esperar. Dar cancha siempre al enemigo ya era su divisa cuando se dedicaba a la política.

Hiltrud tardó un poco en quitar la cadena que hacía de cerrojo y abrir.

Conque, en efecto, había una póliza.

La propietaria de la peculiar casa tenía el pelo gris y tras la mascarilla ocultaba un rostro más gris aún, que por lo visto apenas se había expuesto al sol en el curso de los últimos años. Llevaba una falda gris, calcetines de lana grises y zuecos grises, además de un jersey marrón oscuro en el que se distinguía el dibujo del monstruo medieval en gris oscuro. Seguro que se lo había hecho ella, ya que costaba imaginar que se produjese en serie algo tan feo. La mascarilla no supuso ninguna sorpresa para Angela, y el enorme montón de libros que vio en el pasillo detrás de Hiltrud, tampoco. Cómo temblaba la corredora de seguros, en cambio, sí la sorprendió. ¿De puro miedo de descubrirse? ¿O temía estar con una persona que tal vez le contagiase algo? ¿Ambas cosas?

—¿Está vacunada? —quiso saber Hiltrud.

—Sí, no tiene de qué preocuparse. Sigo las recomendaciones de la Comisión de Vacunación Permanente en lo que respecta a las

vacunas anuales para mayores de sesenta años.

—En tal caso, no soy yo quien debe preocuparse, sino usted.

Angela cayó en el acto: Hiltrud temía tanto a las vacunas como a los virus. Era lo peor de ambos mundos.

—A mí no me preocupa —repuso Angela con cordialidad.

—Sabrá que la controlan a usted con un chip en la vacuna.

—Bill Gates, ¿no? —dijo Angela después de exhalar un suspiro. Estaba al tanto de la teoría de la conspiración que giraba en torno al fundador de Microsoft, que se decía que había hecho fabricar miles de millones de microchips invisibles en instalaciones secretas para controlar a la humanidad. Que Hiltrud fuese adepta de esa dudosa ideología hacía que a Angela le costara simpatizar con ella, a diferencia de lo que le sucedía con Rosa, Nele y Werner. No todas las personas que tenían el alma herida pasaban a ser automáticamente alguien que inspirase compasión.

Ahora Angela casi deseaba que delante tuviese al asesino de Fenstermacher, ya que preferiría meter en la cárcel a Hiltrud que a uno de los demás miembros del grupo.

—¡Por supuesto que los chips no son de Bill Gates! —se acaloró la mujer gris de repente, y dejó de temblar—. ¿Cómo se le ocurre semejante tontería?

—Entonces, ¿de quién son? —le preguntó Angela, y se enfadó en el acto de haberlo hecho.

—De Pumuki.

—¿De Pumuki?

—¡De Pumuki!

—Lo único que oigo es «Pumuki». —La última vez que Angela se había sentido tan desconcertada había sido cuando Donald Trump afirmó que era un genio extremadamente estable.

—Pumuki está loco de remate —opinó Hiltrud, y a Angela se le pasó por la cabeza «Le dijo la sartén al cazo», pero prefirió callárselo —. ¿Usted ha visto cómo salta y chilla?

En efecto, Angela había visto con Adrian, el pequeño de Marie, medio capítulo de la serie de televisión antes de que el niño prefiriese ver treinta vídeos de TikTok seguidos en los que perros pequeños intentaban morderse el rabo.

—¡Yo he visto todas las temporadas! —exclamó Hiltrud enfurecida —. ¡Conozco sus mensajes secretos!

—Sabrá que Pumuki es un personaje de dibujos animados.

—Y una creación de los masones.

—Los masones —repitió Angela, y suspiró de nuevo.

—Y a los masones los dirigen los Obama. Quieren convertir a toda la humanidad en lemmings.

—¿Por qué querrían hacer tal cosa? —inquirió Angela. Según la información que tenía, los Obama llevaban un estilo de vida de lo más relajado y ganaban un montón de dinero con libros, conferencias y series de Netflix. Aunque pudiesen, jamás querrían hacer el esfuerzo que supondría controlar a la humanidad. ¿Por qué los teóricos de la conspiración nunca sospechaban de dictadores como, por ejemplo, Kim Jong-un? A fin de cuentas, estos no hacían otra cosa en todo el santo día que someter a un lavado de cerebro a sus respectivos pueblos.

—Eso solo lo saben los Obama —respondió Hiltrud.

Angela exhaló otro suspiro: lo peor de esas teorías de la conspiración era que, en la mayoría de los casos, sus defensores ni siquiera se habían tomado la molestia de pensar detenidamente sus demenciales doctrinas.

—Ya lo verá —afirmó Hiltrud— cuando los Obama se apoderen por completo de su cuerpo.

—Puesto que hoy no lo harán, podría dejarme pasar.

—¿Cómo puede estar segura de que no lo harán hoy?

—Porque me han puesto al corriente de todo —respondió Angela.

—Me toma usted el pelo —espetó Hiltrud. Aunque la mujer creía en teorías descabelladas, por lo visto tonta no era. De lo contrario, se vendría abajo la teoría de Angela de que Hiltrud había manipulado la póliza del seguro de Fenstermacher para embolsarse ella la suma.

—Perdóneme.

—No lo haré —replicó Hiltrud, y fue a cerrar la puerta otra vez.

Angela pensó que había llegado el momento de decirle a esa mujer gris lo que había observado recientemente para ver cómo reaccionaba.

—Cerca no hay ningún buzón.

—¿Cómo dice? —Hiltrud se detuvo.

—He recorrido todas las calles y los caminos, y el buzón más cercano está en la Plaza Mayor.

Hiltrud no dijo nada.

—Sin embargo, usted dijo en terapia que solo fue hasta la esquina para echar una carta al correo.

Hiltrud tragó saliva. Era evidente que la había pillado: si había ido mucho más lejos de lo que había dicho para echar esa carta, es que no tenía tanto miedo de salir de casa como pretendía hacer creer. Conque también era posible que Hiltrud hubiese ido hasta el Dumpfsee para manipular la casa flotante y hacerla volar por los aires.

Tras un breve silencio, la mujer de tez gris finalmente se decidió a confesar:

—Fui a ver a mi homeópata.

Aunque era científica, Angela no tenía tantos prejuicios con la medicina alternativa como muchos de sus exministros de Sanidad.

No había que subestimar el efecto placebo. Sobre todo, no para tratar a enfermos o cuando los políticos intentaban tranquilizar a los ciudadanos. Y Angela no quería excluir la posibilidad de que en esos métodos de curación incluso hubiese algo de verdad.

—Pero no quería decirlo delante del grupo —continuó Hiltrud—, porque Didi siempre me dice que tenga cuidado con la homeópata.

También llamaba Didi a Fenstermacher. Estaba claro que el terapeuta tenía una relación especialmente cercana con las mujeres del grupo.

—Y ¿para qué quería ver a esa señora?

—Quería ir a buscar el casco de oro que me ha hecho. De no ser así, nunca me habría alejado tanto de casa.

—¿El casco de oro? —preguntó Angela extrañada.

—Me protegerá de la radiación que emiten los satélites americanos.

—¿Para eso no basta con forrarse la cabeza con papel de aluminio? —se le escapó a Angela, y Hiltrud le lanzó una mirada furibunda por encima de la mascarilla—. ¿Me deja ver ese casco? —se interesó para quitarle hierro al asunto. Además, buscaba la manera de conseguir entrar en la casa para poder hacerle unas preguntas tranquilamente a la corredora de seguros.

—Es invisible.

—¿Invisible?

—Para que nadie lo robe.

A los homeópatas charlatanes Angela, en cambio, sí que se oponía. Y le daba lo mismo que un casco de oro invisible tuviese un efecto placebo o no. Eso, no obstante, no lo dijo, sino que pidió:

—¿Me permite tocarlo? Puede que yo también me compre uno.

—Seguro que mi homeópata se alegraría.

Hiltrud se ablandó.

—Venga conmigo a la sala de estar, pero no puedo ofrecerle nada de beber.

—Porque ambas llevamos mascarilla.

—Claro.

Hiltrud abrió la puerta y Angela entró. Le costó pasar por el estrecho pasillo entre los libros sin pisar ninguno de los mamotretos. En el umbral de la abarrotada sala de estar vio un volumen especialmente antiguo. Se detuvo para verlo mejor. Era de Hugo von Trimberg, el escritor medieval preferido de Achim. Se trataba del poema didáctico *El corredor*, la única obra que el autor no había escrito en latín. Parecía ser una reimpresión del año en el que se había erigido la casa del sacristán. Angela se agachó para coger el mamotreto. Ese fue el único motivo por el que no la alcanzó la bala de la pistola.

26

La bala se incrustó en la pared que Angela tenía detrás. Del susto, la excanciller se quedó agachada y echó una ojeada a la sala de estar, donde Hiltrud miraba como conmocionada hacia la puerta abierta por la que se salía a un agreste jardín de plantas aromáticas y medicinales. Por un instante, Angela se preguntó si Hiltrud o su homeópata prepararían los ungüentos a base de plantas medicinales que se vendían en la farmacia del pueblo con los cuales uno podía combatir tan eficazmente las verrugas que, al parecer, la empresa Bayer ya les había hecho una oferta. Después se preguntó por qué se preguntaba eso cuando su vida corría peligro. Y solo entonces intentó distinguir quién estaba abriendo fuego hacia la casa desde el jardín. De pronto, Angela vio un bulto que se escondía detrás de un rododendro. ¿Quién sería? Desde la posición en la que se encontraba, Angela no podía ver a la persona. Quizá Hiltrud pudiera ver mejor. Pero, aunque así fuese, la defensora de la teoría de la conspiración no podría haberle desvelado quién era el asesino, porque en ese momento se produjo un segundo disparo.

Hiltrud se llevó las manos al pecho. Sin proferir un grito, como cuando en las películas disparaban a alguien.

De repente se desplomó como si el suelo hubiese desaparecido bajo sus pies, a menos de tres metros de Angela, y arrastró consigo varios montones de libros. En la cara le cayó una edición de *Scivias: Conoce los caminos*, el primer escrito visionario de Hildegarda de Bingen. A Angela también le sorprendió ahora que se estuviese

centrando en el título del libro; al parecer, el cerebro humano era perfectamente capaz de distraerse en medio de un peligro mortal para poder seguir actuando.

Angela quería ir con Hiltrud, prestarle los primeros auxilios, pero seguro que era demasiado tarde: la mujer no solo yacía inmóvil, sino que incluso se le había desplazado la mascarilla FFP2. Alguien que tenía tanto miedo a los virus y las vacunas como Hiltrud se habría colocado bien la mascarilla hasta en esa situación si hubiese seguido con vida. Antes incluso de que Angela pudiera erguirse, se oyó un tercer disparo.

En lugar de ir con Hiltrud, Angela echó a correr por el pasillo hacia la puerta principal para salir. Pero entonces, justo delante de ella, se incrustó otra bala en el marco de la puerta. Ahora estaba más que claro: quienquiera que fuese a por Hiltrud ¡también quería matar a Angela! Desde que investigaba asesinatos, su vida ya había corrido un peligro mortal alguna que otra vez: le habían lanzado un cuerpo desde el campanario, había estado colgando del balcón de un crucero, incluso había tenido que esquivar las flechas de una ballesta, pero nunca había caído en una trampa como ahora.

Angela miró hacia el jardín; el que seguía disparando desde allí todavía no se había acercado a la casa.

Algo se movió en el arbusto.

Conque el asesino seguía fuera.

Angela reparó en la pila más alta de libros del pasillo. Podía atrincherarse tras ella. Confiaba en que los libros fuesen lo bastante gruesos como para detener las balas. Agachada aún más que antes, con tres pasos rápidos se plantó en el montón y se lanzó en plancha tras él. Echó mano instintivamente del móvil, pero se detuvo en el acto. Avisar a la policía no serviría de nada. Klein-Freudenstadt tenía una comisaría en la que los días pares, como ese, no había nadie;

llevaría demasiado tiempo que llegase alguien de fuera. Y si las cosas se torcían de verdad, el que acudiría sería el comisario Hannemann. Durante un momento, Angela se planteó llamar a su bizcochito solo para decirle que lo quería. Solo entonces se acordó de marcar el número de su guardaespaldas. Una lástima que este no pudiera coger la llamada porque...

27

... su móvil salió volando por los aires y aterrizó en la copa de un árbol especialmente alto, con gruesas ramas entrelazadas.

Lo había lanzado la madre de Mike.

Que estaba delante de su hijo vestida solo con una toalla.

Enfadada y deshecha.

No era eso lo que imaginaba Mike que pasaría cuando, diez minutos antes, había ido en busca de Caroline al claro del bosque para preguntarle cómo podía dar su padre más emoción a la vida conyugal.

Mientras iba hacia su madre, esta, completamente desnuda, adoptó una nueva postura de yoga que ella llamaba «flamenco feliz» y de la que Mike, que en lo tocante a la desnudez en la familia era cohibido, habría prescindido con mucho gusto. Le tiró la toalla que vio en el suelo, su madre se envolvió en ella y él dijo con semblante serio:

—Mamá, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De papá y de ti.

—De eso no hay nada que hablar.

—Él te sigue queriendo.

—No es verdad. Ya tiene a otra —replicó, furiosa, Caroline.

—Porque tú lo abandonaste —contestó Mike con un tono más acusador del que le habría gustado.

—Uno no se busca a otra acto seguido.

Mike se dio cuenta de que tenía que adoptar otro tono.

—Papá dijo que, según tú, a su lado ya no había emociones y que por eso lo habías dejado. ¿Es cierto?

—También —admitió Caro, ahora ya no enfadada, sino dolida.

—¿También?

—Claro, me habría gustado viajar con él a sitios lejanos, no solo hacer rutas ecológicas en bicicleta. A Bali, por ejemplo. Y, desde luego, me habría hecho ilusión realizar con él todas las posturas del *Kamasutra*, en lugar de hacer siempre su preferida, «la galera portuguesa»...

—¡Mamá! —Mike estuvo a punto de taparse las orejas con las manos.

—O la mía, «el arco de triunfo».

—¡MAMÁ!

—Pero no lo dejé por ninguna de esas cosas.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque... ya no me dice que me quiere.

Mike miró a su madre y le notó los ojos tristes. De pronto Caroline parecía delicada y frágil. Él nunca la había visto así.

—Pero eso no significa que ya no sienta nada por ti. —Intentó insuflar confianza a su madre, pero también a sí mismo. Ahora ya no quería unir a sus padres únicamente por la señora Merkel o por su inminente boda, sino también por él. Quizá sobre todo por él. La idea de que sus padres se separasen para siempre le afectaba. Si Lutz y Caroline, a los que él siempre había visto como dos tortolitos, no eran capaces de ser felices juntos hasta el fin de sus días, ¿quién lo sería? ¿Qué esperanza podía abrigar para Marie y para él?

—Antes tu padre solía decirme al oído lo mucho que me quería. En toda clase de situaciones. Cuando nos cruzábamos en casa, me abrazaba, me besaba y me declaraba su amor. Por la mañana,

cuando se despertaba. Los ojos se le iluminaban sobre todo después de...

—¡Mamá!

—Desayunar. Iba a decir desayunar, por el amor de Dios.

—*Sorry*.

—Echo de menos eso.

Mike abrazó a su madre para reconfortarla. Como hacía ella con él antes, cuando se hacía un raspón en la rodilla al caerse de la bicicleta o sus compañeros de clase se burlaban de él porque estaba demasiado gordo; solo había empezado a entrenar para bajar de peso en la adolescencia. Mike estrechó con fuerza a su madre, a la que se le saltaron las lágrimas. Era la primera vez que estaba así con ella, que él era el adulto y ella la niña.

Sus padres se hacían mayores.

Tendría que ocuparse más de ellos.

Y por eso empezó a decir:

—Ya verás cómo papá vuelve a declararte su amor.

—No lo hará —sollozó su madre.

—Lo llamaré ahora mismo y le pediré que lo haga. —Mike se sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—¡No!

—Todo se arreglará —afirmó Mike, para infundir valor a su madre y a sí mismo. Se separó de ella y se acercó el teléfono a la oreja.

—¡Que no quiero! —le gritó su madre al otro oído.

—¿Por qué no? —preguntó él mientras se lo tapaba con la mano que tenía libre.

—¡Porque tiene a esa otra!

Mike tragó saliva. Ver a su propia madre así de celosa resultaba conmovedor.

—Después de tu boda no quiero volver a verlo.

Caroline le arrebató el móvil y sorprendió a Mike como no había logrado hacerlo nunca ningún terrorista.

—Devuélveme el teléfono —pidió él casi en tono de súplica.

—¡Ni hablar!

—Mamá, por favor...

—No te lo pienso devolver.

Mike iba a echar mano del teléfono pero titubeó; a fin de cuentas era a su madre a la que se lo quería quitar, no a un talibán. Ese fue el instante en el que Caroline lanzó el teléfono hacia la copa del árbol. Mike lo siguió con la vista, horrorizado, y más horrorizado incluso cuando el aparato...

... empezó a sonar.

Con la melodía de *Misión imposible*.

—¡Miércoles! —espetó.

—¿Miércoles? —repitió sorprendida la madre de Mike.

En un momento menos frenético, Mike le habría explicado que antes habría dicho la palabrota que empezaba por «mier». Pero, puesto que había conseguido dejar de decir tacos para no ser un mal ejemplo para el pequeño de Marie, que pronto sería su hijo adoptivo, Mike ahora solo decía tacos como «que te zen», «chirimollas» e «hijo de fruta». Sin embargo, la situación era demasiado seria para semejante digresión, porque:

—¡Es el tono de alarma de la señora Merkel!

—¿Está en peligro? —quiso saber, preocupada, la madre de Mike.

—Sí. —Las pulsaciones de Mike subieron a 150.

—¡Entonces tienes que ir con ella!

—¡Sí! —Las pulsaciones subieron a 180.

—Y ¿por qué no te has puesto ya en marcha?

—¡Porque no sé dónde está!

—¿Por qué no lo sabes?

—¡Porque mi fruto móvil con la ubicación está en lo alto de ese árbol! —Sus pulsaciones superaron los 200 latidos por minuto.

—Oh —contestó su madre.

—Eso digo yo: oh —confirmó el furioso Mike.

—Yo puedo decirle dónde está —terció un pálido Achim, que se unió a ambos con el carlino Putin.

—¿Me estabas mirando a escondidas mientras hacía yoga? —preguntó Caroline con suspicacia.

—No, acabo de llegar —repuso Achim.

—Qué lástima —dijo ella con actitud coqueta.

—¡MAMÁ!

—¡Tenemos que ir con Angela! —Achim estaba muerto de preocupación.

—Sí —coincidió Mike, y señaló el Ape, con el que había llegado hasta el claro por el camino del bosque—. ¡Iremos en el vehículo oficial!

28

Pasaron unos minutos sin que se oyese ningún disparo, Angela no sabía cuántos. ¿Cinco? ¿Diez? ¿Cientos? ¿Uno? Las pantorrillas empezaban a dolerle de estar acuclillada detrás del montón de libros. No tardaría mucho en caer al pasillo aquejada de calambres y quedar a merced del asesino.

¿Por qué no aparecía Mike?

Estaba impaciente porque llegase, aunque sabía que le echaría una buena bronca por haberse puesto en peligro una vez más sin hablar antes con él.

Y ¿dónde estaba la policía, a la que también había llamado mientras tanto?

A su bizcochito no lo había telefoneado para que no se muriera de la preocupación.

¿Dónde estaría en ese momento?

¿Con Caro?

¿En el claro?

¿Haciendo yoga desnudos?

¿Por qué se le pasaban por la cabeza semejantes tonterías? Debía concentrarse en la situación en la que se encontraba y no en unos celos absurdos. Aunque solo fuera porque no quería que su último pensamiento en la Tierra fuese cómo pasaba el tiempo su marido con esa *single* descocada.

Angela levantó su bolso Longchamp lo suficiente como para que asomara por encima de los libros pero su mano siguiera cubierta por

los mamotretos, por si descerrajaban otro disparo.

No lo hubo.

Miró con cuidado desde detrás de la pila. A través de la sala de estar veía el jardín y el rododendro tras el que se había escondido el tirador. No se movía ninguna hoja. En el arbusto no se distinguía a nadie. Angela se armó de valor y avanzó por el pasillo, ligeramente agachada, hacia la sala de estar. Seguía sin oír disparos. Y en el jardín tampoco se movía nada. Tan solo un gorrión voló por encima de las flores y los bancales de plantas y se alejó. De no encontrarse el cuerpo de Hiltrud tendido en la sala de estar, la vista habría sido idílica. Los *influencers* de viajes, a los que tanto le gustaba seguir a Marie, no habrían necesitado utilizar ningún filtro de IA para hacer una foto. ¿Qué horrores habría en lo que no se veía de otras instantáneas de Instagram?

Angela se acuclilló junto a Hiltrud, que yacía en un charco de su propia sangre. Le tomó el pulso: no tenía. Le colocó una mano delante de la boca: de ella no salía aliento. No hacía falta realizar más pruebas.

Le cerró los ojos a la difunta y decidió buscar una manta para cubrir el cuerpo. Reunió todo su valor y se irguió. Si el tirador todavía estaba al acecho, ahora abriría fuego, ya que Angela era un blanco mejor que en cualquier mitin electoral. Sin embargo, no pasó nada. La persona en cuestión había huido.

Todos los integrantes del grupo de terapia al completo podían ser el tirador, pero, en particular, Werner Ciudadano Cabreado, que sabía que Angela quería ir a ver a la corredora de seguros. Y tenía una pistola antes de que se la entregase al terapeuta. Probablemente también fuese él el que había sustraído el arma del cajón del despacho de Fenstermacher. Casi eufórica por el alivio que suponía haber escapado de la muerte, Angela cogió una manta del sofá, pero

del polvo que tenía no pudo evitar toser y estornudar tres veces. Acto seguido, cubrió a la difunta con la manta y se disculpó para sus adentros con ella por haber sospechado que pudiera ser la asesina del terapeuta. Ahora Hiltrud le daba pena: la pobre mujer había vivido atemorizada por los virus y por conspiradores poderosos como los masones, los Obama, por misteriosas radiaciones de satélites y por Pumuki, y había acabado muriendo indignamente de un balazo.

¿Qué se decía de los miedos que uno tenía en la vida? Que la mayoría eran superfluos y suponían perder un tiempo durante el que valía más la pena disfrutar de la alegría de vivir.

Angela apartó la vista del cuerpo y escudriñó de nuevo el idílico jardín. O, mejor dicho, el rododendro. Ya que no podía hacer nada más por Hiltrud, al menos quería averiguar quién tenía en su conciencia a la pobre mujer, al terapeuta y, por poco, a ella misma. A fin de cuentas, lo importante era impedir que hubiese más muertes. Sin embargo, una cosa era prácticamente segura: a excepción del asesino, ningún miembro del grupo de terapia se hallaba ya a salvo. Incluida ella.

29

Angela no se había visto expuesta a semejante popurrí de olores intensos desde que se había visto obligada a subirse a un ascensor estrecho con diez jefes de Estado tras pasarse una larga noche reunidos en el Parlamento Europeo. Solo que los aromas del jardín de Hiltrud eran una maravilla y un placer. No olía, como en el ascensor del Parlamento, a alcohol, sudor y agua de colonia en numerosas variantes de almizcle, sino a salvia, estragón, menta, asperilla, etcétera, etcétera, etcétera. Incluso a lavanda, ya que junto a los abundantes rododendros Hiltrud había plantado lavanda.

Angela fue directa al gran arbusto donde creía haber distinguido al asesino. En una hoja descubrió algo blanco. En un primer momento pensó que era una plaga de mildiu; desde que se había jubilado y tenía tiempo para dedicarse a la jardinería, estaba familiarizada con esos hongos. Pero entonces miró con atención: solo parecía verse afectada una hoja. Tocó el supuesto mildiu, observó la sustancia blanca en la yema de los dedos y constató que era maquillaje.

Era Paul, el mimo, quien acechaba en el arbusto.

Conque él era el autor de los disparos.

Presuntamente.

Un detective de verdad nunca debía sacar conclusiones precipitadas, por muy evidente que pareciese algo. Angela lo había aprendido de las novelas de Agatha Christie que protagonizaba Hércules Poirot. No porque el detective siguiese esa divisa, sino porque en todas las investigaciones parecía estar seguro diecisiete

veces de saber quién era el asesino, incluso lanzaba acusaciones, solo para terminar demostrando la culpabilidad de alguien distinto. Y eso que, básicamente, Poirot nunca admitía que se había equivocado, y menos aún se disculpaba por su comportamiento. Todo ello hacía que para Angela el genio belga, por el que en un principio se había sentido fascinada, fuese un antimodelo. Por su parte, solo quería acusar cara a cara del asesinato a una persona: al asesino. Y solo cuando se hubiesen despejado todas las dudas. El maquillaje, no obstante, apuntaba con suma claridad a que el mimo había estado agazapado en el rododendro.

Angela apartó las ramas para examinar mejor el arbusto y allí encontró...

... la pistola con la que habían disparado.

Quería averiguar si también en el arma había restos del maquillaje blanco, pero le resultaba demasiado agobiante introducir todo el cuerpo entre las ramas del rododendro para poder ver desde arriba el arma, que descansaba en el suelo. Era mejor pescarla por abajo. Sin embargo, Angela no había nacido ayer —para ser exactos, eso había sucedido el 17-7-1954— y, por tanto, sabía que no debía coger con la mano un arma homicida, puesto que dejaría en ella sus propias huellas dactilares. De manera que sacó de su Longchamp el pañuelo de seda verde que le había regalado el dalái lama, en el que ponía: «Sé como la seda». A día de hoy, Angela y Achim todavía se preguntaban qué podría querer decir con ello el risueño anciano. Con él nunca se podía estar seguro de si era la persona más sabia del mundo o si le divertía de lo lindo que todos pensaran eso.

De modo que Angela se agachó, sacó la pistola de debajo del arbusto con ayuda del pañuelo, la observó y descubrió en la empuñadura las iniciales «W. W.». Seguro que eran las iniciales de

Werner Waltersberg, que era como se llamaba el ciudadano cabreado. Conque, en efecto, era su arma.

Posiblemente el mimo se la hubiese llevado del despacho de Fenstermacher y hubiese disparado con ella a Hiltrud. Pero ¿cuál podía ser el motivo?

Era evidente que el joven artista sentía algo por Nele.

Y Fenstermacher también.

¿Estaba el mimo celoso del terapeuta?

Pero entonces, ¿por qué iba a asesinar a Hiltrud?

¿Por el seguro de vida?

Costaba imaginar que Fenstermacher hubiese puesto a nombre del mimo la póliza, de cuya existencia ahora, en vista de cómo había reaccionado Hiltrud, Angela estaba segura. También era difícil de imaginar que la corredora de seguros hubiese falsificado la póliza. A no ser, claro, que abrigase sentimientos por el terapeuta, como al parecer era el caso de Rosa. El hecho de que Hiltrud también lo hubiese llamado «Didi» parecía confirmar esta hipótesis.

Para averiguar de una vez por todas quién se beneficiaría económicamente de la muerte del terapeuta tendría que buscar la póliza del seguro en los documentos de Hiltrud. Y justo eso iba a hacer Angela ahora, pero antes de que pudiese dar un paso hacia la casa, una voz le ordenó:

—¡Levante las manos y tire el arma!

30

Era Hannemann.

El maldito Hannemann.

Salido no hacía mucho de la peluquería, con el cabello teñido de castaño y peinado a golpe de cepillo y secador para acudir a su cita con la ministra del Interior. En teoría, el reportaje fotográfico para el tabloide *Bild* debía de haberse hecho ya.

Al verlo, a Angela le vino a la cabeza el adjetivo *maldito*. Por regla general, habría sido Achim quien lo utilizase. Pero al comisario no le pegaba una imprecación sencilla, como las que se oían a diario en la gran ciudad o incluso en Klein-Freudenstadt. Ese hombre era tan singularmente estúpido que ni siquiera *chirimollas* habría sido adecuado para describirlo, ni *tonto del zulo*, con una «c» en lugar de la «z», ni siquiera *capillo*.

Angela se volvió hacia el comisario, cuya gabardina olía relativamente a limpio. Había salido al jardín y el labio le temblaba cuando repitió:

—¡Levante las manos y tire el arma!

—Sé lo que está pensando —trató de tranquilizarlo ella.

—Está usted descontrolada.

—Pues no, no sé lo que está pensando —admitió Angela. Tendría que haber sabido que el hombre no era capaz de sacar una conclusión lógica.

—Arriba las manos, le he dicho.

—Mire, se lo puedo explicar todo...

—¿Por qué no levanta las manos? —dijo el comisario soltando un gallo.

—Por un lado, porque no supongo ningún peligro para usted.

—Eso no me lo creo.

—Y, por otro, porque la amenaza sería mucho más enérgica si usted tuviese un arma.

Hannemann se miró horrorizado las manos vacías. Solo entonces fue consciente de que no estaba apuntando a Angela con una pistola, circunstancia que comentó de un modo muy poco elocuente:

—¡Mierda!

Nerviosamente, y a todas luces con la sensación de que su vida corría peligro, se palpó los bolsillos de la gabardina en busca del arma reglamentaria mientras seguía exclamando: «¡Mierda, mierda y más mierda!». Pero la pistola no estaba ni en los bolsillos del pantalón ni bajo el calcetín izquierdo, en la pistolera.

¿Una pistolera debajo del calcetín? ¿Por quién se tenía ese hombre? ¿Por Humphrey Bogart en *El halcón maltés*?

—Me figuro que no dejará que vaya hasta mi coche para coger mi arma reglamentaria, ¿no? —preguntó el comisario apocado.

Angela probó a hacer una gracia:

—No se preocupe, no lo seguiré. Mientras corría descontrolada, me ha dado el flato.

—¡Ajá! —vociferó él—. Lo que me olía, que estaba usted huyendo de un delito.

Nunca había que bromear con personas que no tenían sentido del humor.

—Yo no he matado a Hiltrud —aseguró Angela.

—Entonces, ¿por qué tiene una pistola en la mano?

—Porque la he encontrado en un arbusto.

—¿Y pretende usted que la crea?

—Si fuese la asesina, no habría llamado a la policía.

—Puede que sí.

—¿Por qué habría hecho tal cosa?

—Para matarme a mí también. —A Hannemann empezó a temblarle todo el cuerpo.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —inquirió Angela. El hombre era enervante y no la mayor lumbrera de la policía, razones por las cuales ella se podía acalorar, pero desde luego eso no era motivo suficiente para matarlo, ni tan siquiera sacudirle una torta. De serlo, habría tenido que abofetear a medio bloque conservador CDU/CSU.

—Porque me tiene envidia —contestó Hannemann.

Angela no pudo evitar soltar una carcajada. Incluso se le saltaron las lágrimas de la risa. Sabía que se reía de alivio, porque había sobrevivido a un intento de asesinato, pero también porque Hannemann no podía ser más cómico.

El comisario la miró más atemorizado aún. A todas luces, la impresión de que delante tenía a una loca se había reforzado.

En ese preciso instante, Mike irrumpió en el jardín con su pistola en ristre. Justo detrás iba Achim, que blandía un rodillo que evidentemente había cogido de la cocina de Hiltrud. El guardaespaldas bramó:

—¿Qué está pasando aquí?

Y Hannemann, a quien la presencia de Mike armado le devolvió la seguridad, repuso:

—Esta mujer queda detenida por el asesinato de Hiltrud Zerny.

31

—¡Mi bizcochita jamás le haría daño a nadie! —exclamó Achim indignado.

No sabía que en una ocasión había infligido dolor físico a una persona de pura ira: Helmut Kohl. Después de que durante una cena en la residencia federal de Bonn (por aquel entonces, Angela era ministra de Juventud y Familia) Kohl la llamara por enésima vez «la niña», ella le dio una patada en la espinilla por debajo de la mesa. Acto seguido, Kohl se atragantó con el estómago de cerdo relleno, su plato preferido. Angela no se sentía orgullosa de lo que había hecho, pero obtuvo resultados: después de la patada, Kohl no volvió a llamarla «la niña».

—¿Llama bizcochita a su mujer? —preguntó Hannemann sorprendido.

—Y ella me llama a mí bizcochito. ¿Tiene algo que objetar? —Achim blandió el rodillo con ademán más amenazador aún.

—No, no... —se apresuró a decir Hannemann—. Es un nombre muy bonito. —Ahora le tenía más miedo al rodillo que a la pistola, y con razón.

—¿Por qué dice que la señora Merkel ha matado a la mujer de la sala de estar? —sondeó Mike en un intento de poner orden en la poco clara situación.

—¡Porque tiene en la mano la puñetera arma homicida!

Mike miró a su jefa y ella le tendió la pistola, con la empuñadura envuelta en el pañuelo del dalái lama.

—Cójala, pero procure no dejar ninguna huella dactilar para que se pueda examinar y sepamos quién es el verdadero autor.

Solo cabía esperar que hubiese huellas en la empuñadura o en el gatillo y que el asesino no las hubiese limpiado. O que no llevase guantes.

Mike cogió con cuidado el arma y Hannemann empezó a poner el grito en el cielo:

—No hay nada que examinar, he pillado a esta señora con las manos en la nasa.

—Eme —corrigió Achim.

—¿Eme? —Hannemann no entendía.

—No ene.

—¿Ene?

—¡No ene, sino eme! —A Achim le enfadó que el comisario fuese tan duro de mollera.

—No entiendo ni jota.

—Se dice en la *masa*, no en la nasa.

—Significa «en la trampa», como a los peces. —Achim se quedó perplejo—. *Masa* no tiene ningún sentido.

—¿Podemos dejar ya esta *muerda*?

Ahora Hannemann miró al guardaespaldas con cara de desconcierto.

—¿Se puede saber cómo llegó usted a comisario? —soltó Achim, que seguía sumamente alterado por la acusación que había vertido sobre su mujer.

—Oiga usted —respondió Hannemann—, justo antes de que realizáramos nuestra entrevista conjunta para el *Bild*, la ministra del Interior me ofreció un puesto directivo en la Oficina Central de la Policía Judicial. —Aunque no dejaban de sorprenderle los deslices del gobierno que la había sucedido, Angela no quería creer que un

miembro del gabinete pudiese estar tan equivocado—. Después, en la entrevista, le hice un montón de propuestas para dotar de mayor seguridad al país. Por ejemplo, que en todas aquellas casas cuyos propietarios no puedan permitirse un sistema de alarma, se ponga sencillamente en la puerta una pegatina en la que diga: «Alarma conectada». Y el crimen organizado también es fácil de combatir.

—¿Cómo? —preguntó con curiosidad Mike.

—Abandonando a todos los criminales en una isla desierta.

—¿En una isla?

—En el Peloponeso, por ejemplo.

—Eso es una península —señaló Achim.

—Isla, península... Mientras esté en Turquía...

Achim exhaló un suspiro.

—Y después de las cosas que le dijo, ¿la ministra del Interior seguía queriéndolo para ese puesto en la policía judicial?

—Dijo que tenía que irse deprisa porque debía asistir a una conferencia y que me llamaría.

Lo cual, traducido, quería decir no solo en política: «No nos llame usted, ya lo llamaremos nosotros», cuya traducción a su vez era: «Eso no pasará nunca».

—Y a la redactora del *Bild* le dijo que no publicase de ninguna manera nuestra entrevista doble.

Angela pensó que sería demasiado embarazoso para la ministra.

—Seguro que porque no quiere que los delincuentes se enteren de mis planes. —Hannemann estaba muy seguro de sí mismo.

Siempre resultaba admirable, y a veces incluso envidiable, cómo las personas vanidosas conseguían pasar por alto verdades incómodas que no encajaban con su visión del mundo.

—Y ahora la encerraré en una celda, señora Merkel —anunció Hannemann.

—Debería pensarlo bien —respondió Angela.

—¿Por qué? Ya no tiene la pistola en la mano.

—Pero, si me encierra, se armará un buen jaleo.

—Que a buen seguro beneficiará mi imagen —afirmó el hombre con una sonrisa —. Y la mini me ofrecerá la dirección de la Oficina Central de la Policía Judicial en el acto.

—¿La mini?

—La ministra del Interior.

—No sé por qué la llama así.

—Es algo entre nosotros. La llamo «mini» y revuelve los ojos de broma.

—No me creo que la ministra haga eso de broma —farfulló Achim.

—Incluso sé que se llama Mandy.

Ahora fueron Achim y Mike los que revolvieron los ojos al unísono.

—Hay otro motivo por el que no debería detenerme —afirmó Angela.

—¿Cuál?

—Imagínese que, para variar, pudiera estar equivocado, aunque le cueste.

Hannemann se puso a pensar.

—En tal caso, la prensa lo hará quedar como el comisario que metió en la cárcel a una excanciller aunque era inocente. Ya puede ir dando carpetazo a sus pretensiones de entrar en la policía judicial.

La idea no le hizo ninguna gracia al comisario.

—Pero no puedo permitir que se marche sin más.

—Le propongo una cosa: no saldré de casa hasta que se hayan comprobado las huellas de la pistola, y Mike se responsabilizará de que cumpla el arresto domiciliario.

Hannemann miró a Mike, que prometió:

—Puede confiar en mí. —Y le ofreció al comisario la pistola envuelta en el pañuelo.

—Bien. Llamaré ahora mismo a Radszinski para que levante las huellas.

—Nosotros nos vamos —decidió Angela.

Achim se cogió de su brazo y, junto con Mike, entraron en la sala de estar y dejaron atrás a la difunta Hiltrud. Al verla, el guardaespaldas profirió un suspiro y dijo:

—Señora Merkel, es usted de lo que no hay.

Y Achim musitó:

—Eso mismo decía siempre Schäuble.

32

Sentados a la mesa de la cocina de la casita con entramado de madera mientras tomaban café con bizcocho, Angela tuvo que oír unos buenos rapapolvos. Mike le reprochó que nunca, pero nunca nunca, se la podía perder de vista, que el día anterior se había descubierto su primera cana por su culpa, y para colmo en la nariz, y él se estaba planteando seriamente decretarle un arresto domiciliario de por vida, algo que en realidad él no podía hacer de manera oficial, pero que seguro que sus superiores apoyarían cuando los informase de las incursiones en solitario que realizaba Angela.

Achim, en cambio, se quejaba porque Angela pretendía ir a la joyería y no a ver a la sospechosa de asesinato y de que la última vez que lo había decepcionado tanto había sido al empezar su relación, cuando después de tomar dos copas y media de vino Angela se sentó al volante de su nuevo Škoda y no respetó el límite de velocidad en vías urbanas, algo que solo solían hacer los ministros de Transporte del FDP.

Marie, que se había unido a ellos, esta vez no consiguió, como hacía siempre, pasar por alto con una sonrisa las valientes locuras de Angela; a fin de cuentas ya no faltaba nada para su boda. Además, Inge, la del pelo como un nido de pájaro, había puesto a prueba de mala manera sus nervios durante todo el santo día, porque no paraba de hablar de la devolución de los bienes culturales coloniales. Y eso a Marie le parecía justo, como casi todo lo que pedían los activistas negros, pero, por otra parte, no le apetecía

hablar constantemente de temas relacionados con el color de su piel, por muy buenas que fuesen las intenciones para con ella.

Hasta el pequeño Adrian se quejó: Angela le había prometido leerle el nuevo cuento ilustrado del cerdito llamado Pedete, que hacía que los adultos arrugasen la nariz, pero que los niños se partieran de risa. El título del cuento que se acababa de publicar era *Pedete se tira un pedo en la guardería*.

Aunque oía el vocerío de los demás, gracias a los representantes del Grupo de Visegrado, en particular a Viktor Orbán, Angela había aprendido en un sinfín de reuniones del Consejo Europeo a desoír semejantes cascadas de frases negativas. En lugar de defenderse, se puso a pensar en cuáles serían los siguientes pasos en la investigación: era evidente que tenía que hacerse con los documentos del seguro. Si su hipótesis de que el mimo había matado a Fenstermacher por dinero —en vista del maquillaje que había encontrado en el rododendro ahora Paul era su principal sospechoso— se veía refutada, había que contemplar la otra posibilidad: el mimo amaba a la activista medioambiental, Fenstermacher atosigaba a la joven, razón por la cual el artista se había enfurecido y había asesinado al terapeuta. ¿O se trataba de alguna otra variante de un drama de celos?

La pregunta ahora era cómo encajaba Hiltrud en ese escenario.

¿Había sido testigo del asesinato de Fenstermacher la corredora de seguros y por eso había que eliminarla? A fin de cuentas, Angela había descubierto que el radio de movimiento de la mujer, que supuestamente no había salido de casa desde el inicio de la pandemia del coronavirus, había sido mayor de lo que afirmaba, puesto que había ido más allá de la esquina.

Había llegado el momento de averiguar más cosas del mimo. Pero ¿cómo?

Angela no sabía dónde vivía Paul o qué sitios frecuentaba cuando no actuaba para los pequeños pacientes del hospital municipal. Rosa solo había dado a entender que esa no era la única razón por la que Paul iba al hospital. ¿Estaría enfermo? ¿Tendría incluso una enfermedad incurable? ¿Y por eso iba a terapia?

Para despejar esas dudas, Angela tendría que saber cuál era su historia clínica. Había infinidad de motivos para acudir a un terapeuta; las enfermedades físicas eran uno de ellos, pero también la depresión, la adicción, el duelo o haber escrito una autobiografía a los setenta años y tener sentimientos encontrados al pasar revista a la vida. Aunque era emocionante volver a investigar un asesinato, cuando lo esclareciese, el problema que la había llevado al psicólogo no habría desaparecido, sino que resurgiría con todas sus fuerzas. A decir verdad, incluso mientras investigaba le seguía rondando la cabeza: en ese caso no se sentía tan segura de sí misma como antes.

Es más, ¿podría esclarecer el asesinato?

¿Sin poder salir de casa?

Para ello necesitaría la ayuda de sus amigos, que en ese preciso instante le estaban hablando con insistencia. Angela dijo en voz alta a todos:

—Tenéis toda la razón en todo lo que estáis diciendo.

—¿Que me duele la cabeza por su culpa? —se lamentó Mike.

Al parecer, era lo que había dicho. Ella no había estado escuchando, pero no quería que se dieran cuenta, así que se apresuró a añadir:

—No me moveré de casa.

—No lo dice en serio —espetó Mike, que por lo visto había perdido completamente la confianza en Angela—. Se escapará, seguro.

—No me escaparé —repuso ella con sinceridad. No pretendía hacerlo ni por asomo.

—Deme una razón por la que tenga que creerla esta vez.

—Hannemann.

—¿Hannemann?

—Ese hombre es perfectamente capaz de pegarme un tiro si cree que me he dado a la fuga.

—Y seguro que lo logra —confirmó Mike inquieto.

—No le daría ni de casualidad —le restó importancia Marie.

—Pero las balas perdidas también suponen un peligro —terció Achim con cara de preocupación—. No podemos permitir que se corra ese riesgo de ninguna manera.

—No, no lo podemos permitir. Y por eso me quedaré en casa. —Angela se inclinó hacia Adrian—. Primero te leeré *Pedete se tira un pedo en la guardería* y, después, *Pedete se tira un pedo delante de Julia*.

—¡Yupi, tita Arcangela! —se alegró Adrian, que todavía no era capaz de pronunciar bien el nombre de su madrina.

—Ya me duele menos la cabeza —aseguró Mike con alivio.

—Y mientras yo estoy en casita, vosotros tendréis que conseguirme información para que pueda seguir investigando desde aquí.

—Y ahí está otra vez el dolor de cabeza.

—¿Bizcochito? —Angela hizo caso omiso de su guardaespaldas y se dirigió a su marido.

—¿Sí, bizcochita?

—Tú irás al hospital para ver si puedes averiguar algo más del mimo.

—De acuerdo.

—Pero necesitarás una buena excusa para justificar tu presencia allí.

—Diré que soy médico y punto.

—He dicho una buena excusa.

—En el último caso me hice pasar por enfermo y salió muy bien. Así que haciendo de médico saldrá mucho mejor aún.

—Esa lógica no es que sea muy aplastante.

—¿Bizcochita?

—¿Sí, bizcochito?

—Como Hércules Sauer que soy, tengo mis propios métodos.

—¿Se hace llamar «Hércules Sauer»?

—Un nombre con carisma.

Nadie en la cocina de la casita con entramado de madera quiso decir que ningún nombre en el que apareciese la palabra *Sauer* —«enfadado»— tenía carisma. Y Angela, insegura, no quiso meterse para decirle a su marido cómo quería llevar a cabo lo que le había encomendado. Al fin y al cabo, con sus propios métodos, los métodos de Miss Merkel, lo único que había conseguido había sido acabar encerrada en casa. Así pues, que su bizcochito probara suerte con su estrategia.

—Lo más importante es que tengas cuidado —advirtió.

—En un hospital no me pasará nada.

—Famosas últimas palabras. —Mike pronunció su locución preferida tras lanzar un suspiro.

—Y usted —Angela se volvió hacia su guardaespaldas— también va a tener que hacer algo por mí.

—La cabeza empieza a estallarme —se lamentó este.

—No es ninguna locura. Solo tiene que entrar en casa de Hiltrud y buscar la póliza del seguro del terapeuta.

—Y ahora es como si alguien me estuviese dando con unas baquetas en la cabeza.

—Lo mejor será que robe directamente el ordenador.

—A ritmo de samba.

—Se lo pido por favor, Mike.

—También me ha pedido que vuelva a unir a mi madre y a mi padre.

—¿Eso has hecho, bizcochita? —dijo Achim sorprendido.

Angela se detuvo un instante. Por nada del mundo quería que su marido supiese que eso lo había hecho, en primer lugar, para que Caro no lo sedujese a él. Por eso pasó por alto su pregunta e indicó a Mike:

—Vaya con ellos dos. A fin de cuentas, su madre quería vivir nuevas experiencias con su padre.

—Creo que voy a sufrir un aneurisma cerebral.

Angela tampoco prestó atención a ese comentario, sino que miró de reojo a Achim. Como bien suponía, su marido se había dado perfecta cuenta de que no había respondido a la pregunta que le había formulado sobre los padres de Mike. Naturalmente, acabaría volviendo sobre ella y Angela tendría que confesarle que su inseguridad había hecho que se sintiese celosa.

—¿Yo qué tengo que hacer? —preguntó Marie—. Haré lo que sea con tal de no tener que hablar con Inge de las raíces del *blues*.

—¿Por qué no hablas con ella de algo que no tenga nada que ver con ese tema? —le sugirió Mike.

—¿Crees que no lo he intentado?

—Lo siento —se disculpó Mike—. Ha sido una estupidez por mi parte.

Era bonito ver cómo Marie sacaba el lado comprensivo del guardaespaldas. Muchos hombres en su lugar ahora le habrían dado

consejos sobre las cosas que tenía que cambiar y cómo hacerlo exactamente. Él, en cambio, se limitó a abrazar a su amada prometida.

—Para ti también tengo un cometido —informó Angela.

—¿Cuál? —preguntó Marie en tono alegre.

—Que me traigas las carpetas de todos los miembros del grupo de terapia.

—Pero si no querías mirar las historias clínicas por lo de la confidencialidad entre terapeuta y paciente.

—Y solo echaré una ojeada si todas las demás opciones se agotan.

Achim la miró como si no se lo tragara.

Y Angela no se lo podía reprochar. Ni siquiera ella estaba segura de si se podía fiar de sí misma.

Sin embargo, situaciones extraordinarias, como un asesinato, exigían medidas extraordinarias, en parte drásticas, a las que uno nunca recurriría en circunstancias normales.

—Mirar esas carpetas es ilegal a más... —empezó Achim.

—Voy a por esas carpetas —lo interrumpió Marie, que salió de la cocina antes de que Achim pudiera seguir hablando de los aspectos morales del robo de unas historias clínicas con la subsiguiente lectura ilegal de las mismas.

—Y yo voy a llamar a mis padres y volveré con la póliza del seguro —decidió Mike—. A no ser que el aneurisma se rompa.

También salió de la cocina.

—¿Bizcochita?

—¿Bizcochito?

—Cuando esto haya terminado, tenemos que hablar.

Ahora también Achim dejó a su mujer.

Del jardín entró el carlino Putin al trote. Era evidente que el perro sentía que Angela estaba confusa, y se arrimó cariñosamente a ella.

Angela lo acomodó en el regazo y le preguntó:

—¿Quién es un conejito bueno? ¿Quién es un conejito bueno?

Le gustaba llamar «conejito» al carlino, aunque Achim siempre bromeaba diciendo que el pobre animalito sufriría una crisis de identidad si ella seguía llamándolo así. A veces también llamaba a Putin «conejito lindo», algo que no podía ser más absurdo ni menos acertado.

Dado que Putin no podía articular respuestas como «Soy un conejito bueno» o «Soy un conejito lindo bueno», y menos aún «Soy un perro, ama cabeza de chorlito», le lamió la cara a Angela en un gesto de cariño.

Que no pudo evitar reírse.

Era la primera vez que se reía durante esa investigación.

Angela, que ahora entendió por qué Rosa se rodeaba de gatos, le dijo a Putin:

—Conejito, eres mejor que cualquier terapeuta.

El carlino volvió a lamerle la cara.

Angela se rio con más ganas aún.

El pequeño Adrian preguntó:

—Tita Arcangela, ¿qué es *terapeta*?

Eso hizo que Angela se riera más todavía y abrazase con fuerza al pequeño.

—Tú también eres un buen *terapeta*.

33

Hércules Sauer entró hacia las tres de la tarde en el hospital que se ubicaba en las inmediaciones de Klein-Freudenstadt. Había sido diseñado para prestar asistencia sanitaria en un radio de setenta y cinco kilómetros, lo que no quería decir que todos los enfermos de ese radio encontraran allí la debida asistencia sanitaria. La falta de médicos y personal de enfermería en las zonas rurales era más evidente aún que en las ciudades. Tanto era así que una noche del invierno anterior un gracioso había colocado un cartel en el hospital en el que ponía: *POINT OF NO RETURN*, y ninguno de los trabajadores vio que hubiese algún motivo para quitarlo. Hércules Sauer caminó con resolución hacia el mostrador de recepción. Quería presentarse como médico para que le permitiesen acceder a todas las áreas y, en caso de que el mimo estuviese allí, preguntar discretamente por él, y eso que todavía no tenía claro si se podía preguntar discretamente por un mimo. A fin de cuentas, pocas cosas había menos discretas, salvo quizá un malabarista de platos.

La señora del mostrador parecía arisca como una mujer que había perfeccionado durante décadas de trabajo la capacidad de quitarse de encima groseramente a todas las visitas. Achim se plantó delante de su casita de cristal y saludó a través de la pequeña ventana:

—Buenos días.

La mujer no contestó. Claro que eso no habría sido sino animar al visitante a seguir hablando o incluso a formular una pregunta. Y a todas luces no quería invitar a nadie a causar semejante molestia.

—Me llamo Sauer. Enfadado, como alegre pero justo lo contrario.

La mujer cogió una revista; al parecer, una publicación para amigos de las armas.

—Soy médico.

La mujer dejó la revista a un lado y de pronto dedicó a Achim una sonrisa radiante.

—Llega usted justo a tiempo.

Aunque no sabía exactamente qué quería decir con eso, Achim agradeció que ahora se hubiese abierto un canal de comunicación con esa señora, razón por la cual contestó:

—En efecto.

—Bien, lo llevaré sin dilación con el profesor Brahms.

La mujer se levantó de un salto, abrió la puerta de cristal, se cogió del brazo de Achim y lo condujo hacia el ascensor sin dejar de darle a la lengua. Dijo que jamás habría creído que la Deutsche Bahn pudiese recuperar el retraso y que el profesor seguro que se alegraría de que hubiera llegado a su hora.

No era preciso que Achim fuese un gran detective para darse cuenta de que se trataba de un error y, en lugar de a él, estaban esperando a un médico de verdad, posiblemente para una entrevista de trabajo. Decidió no aclarar el malentendido y le dijo a la mujer cuando ambos entraron en el ascensor:

—He oído que de vez en cuando aquí actúa un mimo.

—Sí, el pobre Paul —repuso ella, y profirió un suspiro mientras pulsaba el botón del ascensor.

—¿Por qué pobre?

—Se siente culpable de algo que no es culpa suya.

El ascensor se puso en movimiento.

—¿De qué?

—No siempre ha sido un payaso de hospital.

—Y antes, ¿qué era?

—Empleado de caja de ahorros.

—Y ¿qué le pasó?

—Hace casi dos años, cuando volvía a casa del trabajo, atropelló a un hombre joven que está en coma desde entonces. Pero Paul no tuvo la culpa. Cómo iba a contar con que el hombre saldría a la calzada entre dos furgonetas de reparto sin levantar la vista del móvil ni prestar atención al tráfico. El accidente que tuvo Paul podría haberle pasado a cualquiera de nosotros.

De pronto Achim se compadeció tanto del atropellado que estaba en coma como del mimo que cargaba con una gran culpa sin ser culpable.

—Desde entonces Paul viene siempre al hospital a visitar al joven.

Achim tragó saliva.

—Y actúa para niños enfermos de cáncer, para animarlos y que sufran menos.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Frente a Achim apareció un hombre alto y canoso con bata de cirujano que dijo:

—Buenos días, soy el profesor Brahms, acompáñeme.

Achim seguía pensando en la suerte que había corrido el mimo, razón por la cual no reaccionó a la invitación del profesor. No era solo compasión lo que sentía, sino también vergüenza: investigar a un hombre al que le había ocurrido algo tan terrible hacía que se sintiera miserable.

—La enfermera Daria lo ayudará con todo —informó el profesor, y echó a andar a buen paso mientras la señora de la recepción bajaba en el ascensor para ocupar de nuevo su puesto en el centro de defensa de visitantes.

—¿La enfermera Daria? —preguntó Achim mientras intentaba dar alcance al veloz profesor.

—Esa soy yo —afirmó una mujer joven y robusta que asimismo llevaba una bata quirúrgica.

—Y ¿con qué me va a ayudar? —Achim estaba confuso.

—Lo ayudaré a ponerse la bata.

—¿La bata?

La enfermera Daria sacó una bata de detrás de la espalda y aseguró:

—Se la pondré mientras andamos.

—¿Mientras andamos? —Achim estaba tan sobrepasado por la dinámica de la situación que no se opuso a la joven, sino que, al igual que los otros dos, empezó a correr.

—No tenemos tiempo que perder. —El profesor abrió con brío la puerta de un quirófano. Una luz deslumbrante recibió y cegó a Achim.

Daria le puso una mascarilla en la boca y el profesor dijo al equipo:

—Este es el doctor Gold.

Le tributaron un gran aplauso.

—Podemos empezar con la operación.

El aturdido Achim no daba crédito a lo que estaba oyendo.

34

Marie subió dando zancadas la escalera que llevaba al despacho de Fenstermacher. Le enfadaba estar enfadada con Mike. Mike había querido celebrar una boda con sus padres en lugar de, como había propuesto Marie, escaparse a la isla de Rügen a la chita callando y celebrarla únicamente con Adrian, Angela y Achim. Solo tras una larga discusión había accedido a casarse en Klein-Freudenstadt y, además, a invitar a los padres de Mike. En ningún momento se había hablado de Inge-nido-de-pájaro. Al ser huérfana, había depositado su confianza en que Lutz y Caroline fuesen unos abuelos estupendos para el pequeño Adrian y unos buenos suegros para ella, pero ahora le estaba tocando vivir lo que hasta entonces solo conocía por series de televisión: un pariente, un problema; dos parientes, mil problemas.

A Marie le costaba imaginar que la pequeña y tranquila boda pudiera ser una celebración bonita con los padres de Mike e Inge-nido-de-pájaro. Quizá estuviese a tiempo de invitar a unos cientos de vecinos de Klein-Freudenstadt a una rumbosa fiesta por todo lo alto en el castillo para que ella fuese menos consciente de la presencia de los padres de Mike y este, que estaba sufriendo con la idea de que sus padres se fueran a divorciar, se distrajese. Le daba la impresión de que Lutz y Caroline eran un mal presagio para su propio matrimonio. ¿Dudaba Mike de su compromiso porque sus padres, que supuestamente iban a amarse siempre, ahora querían separarse?

¿Y si la dejaba plantada frente al altar?

No, esas ideas eran absurdas.

¿O tal vez no?

Marie, que odiaba cuestionar el amor de Mike y que, sin embargo, tenía miedo al abandono, abrió enérgicamente la puerta del despacho de Fenstermacher y descubrió...

... a una mujer sentada a su mesa. Con una carpeta en la mano. A juzgar por las mallas rosas, el jersey de lana rosa y la mezcla de olor a gato y perfume de vainilla, era la sospechosa llamada Rosa.

—¿Se puede saber qué está haciendo aquí? —le preguntó Marie.

—He venido a por mi historia clínica. No quiero que caiga en manos de quien no debe.

Marie lo podía entender, aunque Angela le había encomendado hacerse con las historias de todos los miembros del grupo. Si ella fuese una paciente, también querría impedir que otra persona leyera lo que le pasaba.

—¿Y usted qué hace aquí? —preguntó a su vez la mujer de rosa.

—También he venido a buscar mi carpeta. —Marie le soltó la primera mentira que se le ocurrió.

—No sabía que estuviera tratándola el señor Fenstermacher —repuso Rosa con recelo.

Marie, que a pesar de todas las cosas que le habían pasado en la vida jamás se había planteado ir a terapia, contestó:

—Bueno, seguro que no conoce usted a todos los pacientes.

Por un instante dio la impresión de que Rosa iba a replicar: «Pues claro que los conozco a todos», pero después dijo compasiva:

—Lo entiendo. A fin de cuentas, es usted huérfana y, para colmo, perdió a su madre adoptiva, la directora del orfanato.

Marie todavía no se había acostumbrado a que el pueblo entero conociera la vida y milagros de la madre del heredero del castillo.

—Y el barón Von Baugenwitz solo fingió que la quería y le hizo un bombo.

Para Marie, que quería a su pequeño Adrian con toda su alma, esa era la prueba de que incluso de la más honda de las penas y la mayor de las desesperaciones podía nacer algo bonito.

—Y luego, para más inri, cuando mataron al barón pasó a ser usted sospechosa de su asesinato —continuó hablando la mujer vestida de rosa.

Su empatía en modo alguno parecía falsa y, sin embargo, a Marie le habría gustado soltarle que no necesitaba que le hiciese un resumen de su vida. Pero decidió dejar hablar a Rosa para que no se descubriese su tapadera.

—Así que no me extraña que necesite ayuda.

¿La necesitaba?

¡No!

Marie solía guardar sus preocupaciones en una caja negra mental que también aseguraba mentalmente con clavos y enterraba en lo más profundo de su ser. De ese modo, ella siempre estaba bien. Darles vueltas y más vueltas a los problemas de uno le parecía que tenía tan poco sentido como no parar de rascarse la postilla de una herida.

—Además, al ser usted negra, no lo tendrá fácil en el este de Alemania.

«En el oeste tampoco es más fácil», pensó Marie enervada.

—Con tanta discriminación.

Marie nunca había querido verse reducida al color de su piel, pero ello no impedía que algunas personas hiciesen precisamente eso. Hacía unos años, un médico había tenido el descaro de soltarle un buen rollo sobre la predisposición genética que tenían los negros para el deporte. Como ya dijo Forrest Gump: «Tonto es el que hace

tonterías». O como añadía siempre Marie para sus adentros en tales encuentros: «... el que dice tonterías».

Confiaba en que algún día su hijo viviera en un mundo en el que menos personas hicieran y dijeran tonterías, aunque daba la impresión de que la tontuna se hallaba sometida a una tasa de infección similar a la de la variante ómicron. En cualquier caso, enseñaría al niño a defenderse de tanto tonto.

—Cruzo los dedos para que con el dinero que tiene dé usted con un buen terapeuta.

Marie le iba a contestar que era su hijo el que había heredado el dinero de Von Baugenwitz y ella solo lo administraba, y que ante cualquier gasto sopesaba si salvaguardaba el futuro del niño. Pero de pronto Rosa lanzó un suspiro, parecía profundamente afligida.

—Me figuro que nosotros, los ciudadanos de a pie, tendremos que esperar mucho hasta que tengamos otro terapeuta. Hasta que sea demasiado tarde.

Con tan tristes palabras, la mujer salió del despacho con su carpeta en la mano. Marie tardó un instante en serenarse. Después abrió la ventana para que se fuese el olor a gato y a vainilla y a continuación examinó el caos que reinaba en el escritorio del psicólogo. Quería llevarle a Angela al menos las historias clínicas del ciudadano cabreado, la activista medioambiental y el mimo. Mientras buscaba, Marie sintió rabia hacia Rosa por presuponer que ella necesitaba terapia. ¿Cómo se atrevía la mema de las mallas? Como ella, Marie, se había atrevido con su amiga Angela. Incluso le había concertado la cita con Fenstermacher.

Pero Angela era más blanda. Posiblemente su amiga, que le sacaba unos cuantos años, negara esa afirmación; a fin de cuentas, a ella a lo largo de las décadas le habían explotado en la cara los problemas del mundo, y había intentado con la cabeza fría hacer lo

que en su opinión era lo mejor. Al mismo tiempo, Angela no se había curtido durante años al ser el único niño negro en un orfanato. Angela necesitaba ayuda, pero ella no.

Cuando iba a coger las carpetas, a Marie le llamó la atención un papel largo, enrollado sobre sí mismo, que estaba en la mesa y que cogió instintivamente. Ni siquiera sabía decir por qué quería echarle un vistazo a ese papel. Es probable que un terapeuta pensase que era cosa de su subconsciente, pero Marie siempre había creído que era mejor dejar fuera de su vida al puñetero subconsciente y permitir que la mucho más adulta conciencia planease los siguientes pasos. Desenrolló el papel —medía casi un metro— y descubrió un poema escrito a mano. A todas luces, por el propio Fenstermacher. Empezaba así:

No puedo más,
no puedo más,
no, no, no,
no puedo más.
Y tampoco
quiero seguir más.

Los siguientes versos eran más desenfrenados, pero solo porque encadenaban unos cuantos noes más —«No, no, no, no, no, no, no puedo más»—, como también unos cuantos tampocos más: «Y tampoco, tampoco, tampoco, tampoco, tampoco, tampoco, tampoco quiero seguir más».

Había poemas mucho más alegres, pensó Marie, y solo unos pocos más tristes.

Sin embargo, mientras leía, poco a poco fueron saltando los clavos de la caja negra que Marie había enterrado en lo más profundo de su ser, haciendo ¡plop, plop, plop! Antes de que los dos últimos

clavos que mantenían cerrada la caja a duras penas pudieran soltarse, Marie metió el poema en una de las tres carpetas, salió corriendo del despacho con ellas en la mano y se juró no volver a pisar jamás la consulta de un psicoterapeuta.

35

Achim se sentía como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, pero como era una persona educada incluso en situaciones críticas, farfulló mientras el personal del quirófano aplaudía con fuerza:

—Gracias, gracias...

El profesor Brahms señaló un recipiente de vidrio en el que flotaba un pedazo de carne:

—El riñón también acaba de llegar.

—¿El... el... riñón? —Al verlo, Achim sufrió un ligero mareo.

—Para el trasplante. —Ahora Brahms apuntó a un paciente gordo que se hallaba tendido en la mesa de operaciones, anestesiado.

—¿Y usted... usted cree... —Achim por fin entendió la situación en la que se encontraba, pero no quería admitirlo del todo aún— ... que yo lo voy a implantar?

—No hay ningún especialista mejor que usted, por eso lo hemos hecho venir ex profeso desde Berlín.

—Bien..., bien..., bien —respondió Achim mientras pensaba febrilmente cómo podía salir de semejante aprieto. Lo suyo sería decir la verdad. Sin embargo, resultaría más agradable encontrar una excusa con la que pudiera escabullirse del quirófano. Se puso a pensar con desesperación una buena disculpa, pero solo se le ocurrió una que, en el mejor de los casos, solo se podía describir como deficiente—: Antes de empezar, tengo que ir un momentito al aseo.

Iba a salir del quirófano deprisa y corriendo, pero Brahms le puso una mano en el hombro:

—Ya hemos empezado a abrir.

—¿A abrir? —Ahora Achim se acobardó a más no poder.

—Mire usted.

Achim no quería mirar, pero Brahms lo volvió hacia el paciente, en cuya piel se veía un pequeño corte a la altura de los riñones. Gracias a Dios, con la mascarilla nadie vio lo pálido que se ponía Achim.

No obstante, se hizo evidente que empezaba a tambalearse un tanto.

—¿Pasa algo? —quiso saber el profesor.

—No..., no..., todo fetén —contestó Achim mientras buscaba, tan presa del pánico como inútilmente, otra excusa para poder escapar del quirófano.

—Bien, en tal caso, seguiré abriendo —anunció Brahms, que aplicó de nuevo el escalpelo. Achim miró hacia otro lado y, al ver el gesto, el profesor le preguntó—: ¿Tiene algo que objetar a mi técnica?

—No, no, lo hace usted estupendamente.

Brahms lo miró con extrañeza, pero continuó trabajando.

Achim fue consciente de que tenía las piernas hechas un flan.

—Y ahora...

Más exactamente eran gelatina.

—... levantaré la piel.

Achim consiguió a duras penas no echar lo que tenía en el estómago.

—¿Ha visto alguna vez un riñón así?

Lo que Achim no pudo fue seguir teniéndose en pie. Se desmayó. Entrevió como a través de una niebla al equipo del quirófano, que lo miraba desde arriba bajo la cegadora luz de las lámparas de la sala.

Después oyó que la puerta se abría y alguien entraba en el quirófano y decía:

—¡Discúlpenme! He cogido un taxi y he venido lo más rápido que he podido.

—¿Quién es usted? —preguntó Brahms.

—El doctor Gold. Nefrólogo.

Lo penúltimo en lo que pensó Achim antes de desmayarse fue: «Bizcochita tenía razón, quizá no fuese tan buena idea hacerse pasar por médico».

Y lo último fue: «Pero al menos he averiguado lo que le pasa al mimo, así que Hércules Sauer ha salido airoso, aunque deba pulir sus métodos».

36

Alrededor de las cinco de la tarde, Mike iba a toda velocidad por las callejuelas de Klein-Freudenstadt con sus padres en el viejo coche oficial eléctrico. El Ape que la señora Merkel había heredado de Berlusconi no era una opción, ya que uno de sus progenitores habría tenido que sentarse en la caja y ello habría sido contrario a lo que pretendía Mike: que se rompiese el hielo entre Lutz y Caroline. Sin embargo, pese a que iban los dos en el estrecho asiento trasero del pequeño automóvil eléctrico, hasta el momento no se habían dirigido la palabra.

—¿Se puede saber adónde vamos? —preguntó Lutz al cabo de un rato.

—Eso —convino Caro—, ¿para qué necesitas nuestra ayuda?

—Para allanar una casa —respondió Mike.

Muchos padres se habrían mostrado escandalizados, pero cuando eran jóvenes Lutz y Caroline habían infringido alguna que otra ley mientras participaban en sus actividades políticas. Sus infracciones abarcaban desde alterar el orden público hasta resistirse a la autoridad pasando por dirigir injurias a cuerpos de seguridad (de las cuales, la más inofensiva con diferencia había sido «Pasta en lugar de pasma»).

—En su día, vosotros entrasteis en una casa sin que os pillaran. —Según el plan de Mike, allanar la casa de Hiltrud para hacerse con los documentos del seguro que quería Angela recordaría a sus padres los alocados años que habían pasado juntos y los uniría.

—No era una casa cualquiera —puntualizó Lutz, no sin orgullo.

—Era la villa del ministro del Interior de Baja Sajonia —aclaró Caro —. Y le llenamos la cama de arenques.

—Para protestar contra la central nuclear de Lingen —añadió Lutz.

—¿Por qué arenques? —quiso saber Mike.

—Para alertar del peligro que suponían los vertidos radiactivos al río Ems.

—Y la lubina no nos la podíamos permitir —añadió Caroline risueña.

Mike rezó fervientemente para que ahora también su padre sonriera, pero cada uno miraba por su ventanilla, razón por la cual Mike siguió intentando derretir la gruesa capa de hielo:

—Y también cantabais canciones siempre que entrabais en acción.

—*We Shall Overcome* —dijo Lutz.

—*Das weiche Wasser bricht den Stein.*[1] —Caroline se puso melancólica.

—*Sonne staat Reagan*,[2] de Joseph Beuys.

—«Queremos sol y no a Reagan» —empezó a cantar Caroline.

—«Vivir sin armamento». —Lutz se sumó a ella.

—«Tanto en el Oeste como en el Este» —tarareó Caroline.

Y después cantaron los dos:

—«¡Que los misiles se oxiden!».

Mike se alegró de que ambos entonaran juntos la vieja canción. Ni siquiera le importó la estrofa de espantosas rimas que acometieron en *staccato*:

Ahí viene Reagan, trae armas y muerte.
Y cuando oye hablar de paz,
solo piensa en detenerte.
Cuando oye ¿guerra nuclear?,
el presidente americano dice:

ganas no me van a faltar,
en cualquier lugar.

A partir de ese momento, los padres de Mike no pararon de cantar viejas canciones hasta que llegaron a la casa de la difunta Hiltrud: *Sag mir, wo die Blumen sind*, *Nach dieser Erde* y, vociferando especialmente, *Bella ciao*. Durante esta última, Lutz y Caro se miraron con tal cara de felicidad que Mike empezó a creer de nuevo en el amor que se profesaban sus padres. Casi se habría unido a ellos en *Sind so kleine Hände* si se hubiese sabido la letra. Cuando terminó esa canción, se detuvo delante de la casa de Hiltrud y vio por el espejo retrovisor que su padre intentaba tocarle la mano a Caroline. Por un instante dio la impresión de que su madre lo dejaría hacer, pero después retiró los dedos, abrió la puerta del coche y salió por el asiento del acompañante. El pequeño coche eléctrico solo tenía dos puertas, detalle este que al señor Sauer, al que le encantaban los juegos de palabras, le inspiraba frases como: «Mejor un cupé que un tupé». En esos momentos Mike pensaba que el señor Sauer tenía un humor, cuando menos, peculiar.

Lutz se quedó mirando a Caro desilusionado y acto seguido logró salir a duras penas, ya que era bastante más corpulento, del coche. Mike solo podía confiar en que su táctica funcionase y el acercamiento que había comenzado con las canciones continuase con el allanamiento conjunto.

—Bien —dijo cuando también se vio fuera del coche eléctrico—, ¿cómo hicisteis para entrar en la villa del ministro en su día?

—Actuamos con gran sutileza —respondió Lutz con una sonrisa.

—Con más sutileza, imposible —sonrió igualmente Caro, y Mike se alegró de que, pese a la fallida toma de contacto, los dos volviesen a estar animados.

—¿Quieres hacer los honores? —ofreció Lutz con galantería.

—Primero tú.

—De acuerdo —respondió risueño el padre de Mike. Cogió una piedra pesada que estaba en el descuidado jardín delantero y la lanzó a toda pastilla contra el cristal de la puerta.

—¿A eso lo llamáis sutileza? —dijo con asombro Mike.

—En comparación con una carga explosiva, sí —repuso Caroline con una risita.

Mike siempre se había imaginado que la juventud de sus padres había sido más bien alocada, pero ahora empezaba a tener miedo. No quería saber qué más cosas habían hecho.

Mientras tanto, Lutz introdujo la mano por la ventana rota y abrió la puerta por dentro. La familia entró en el pasillo y Lutz preguntó:

—¿A qué hemos venido a este sitio?

—¿Tendríamos que haber traído arenques? —bromeó Caroline.

—Somos funcionarios jubilados, ahora también podríamos permitirnos lubina —añadió Lutz.

Ambos se echaron a reír.

—Hemos venido a instancias de la señora Merkel, no puedo revelar más —respondió Mike.

—Jamás se me habría pasado por la cabeza que cometería un allanamiento por una excanciller de la CDU —afirmó Lutz.

—Pero es divertido —dijo Caroline.

Ambos se miraron con una expresión radiante. Casi se podían oler las endorfinas que liberaban sus recuerdos de juventud.

Ver así a sus padres hizo que también Mike se sintiera feliz, pero no quería estropear el momento que estaban teniendo mirándolos fijamente, de manera que se dirigió a la sala de estar para buscar la póliza de seguros de Fenstermacher, como le había pedido su jefa. Para entonces, ya habían retirado el cuerpo de la propietaria de la casa y la policía había asegurado las pruebas, como se distinguía por

el dibujo de la silueta en el suelo de la abarrotada habitación. A Mike le llamó la atención que la pantalla del viejo ordenador estuviese encendida. El aparato se encontraba en una mesa combada por el peso del sinfín de libros que la atestaban. El guardaespaldas salvó uno de los numerosos montones de libros que había por todas partes para llegar hasta la mesa y constató que en el monitor se hallaba abierta una página de banca online. La cuenta atrás para que se cerrara la sesión estaba a punto de expirar. Al parecer, hacía escasos minutos alguien había efectuado una transacción. Y no hacía falta ser un gran detective para deducir que seguro que no había sido la difunta Hiltrud.

Mike oyó crujir algo en el jardín. Se sacó la pistola, fue hasta la puerta de la terraza y distinguió un bulto que salía de los arbustos y corría hacia el bosque. Iba desnudo. No llevaba nada salvo una bandera de Cuba que le colgaba de los hombros y le llegaba hasta el trasero. ¡Era Schniedel Castro!

—¡Deténgase! —exclamó Mike.

—Ni de coña —respondió Schniedel, que había vuelto la cabeza y ahora corría como si lo persiguiera el ejército de Batista, el exdictador cubano.

—¡Alto o disparo! —lo amenazó Mike, aunque, naturalmente, no lo decía en serio. Jamás había disparado a una persona, e incluso ahora solo lo haría si de ese modo pudiese librar de una muerte segura a la señora Merkel.

—¡Mejor que dispare a que se cague! —respondió a voz en grito el hombre desnudo, que a continuación cogió una bicicleta que estaba apoyada en un árbol.

Mike no pudo evitar pararse un momento a pensar en lo que le había dicho el hombre. Acto seguido, exhaló un suspiro y emprendió la persecución a pie, pero era demasiado tarde: Schniedel Castro ya

había doblado la esquina pedaleando, lo cual impuso respeto a Mike en vista de su desnudez y de lo hecho polvo que estaba el sillín. Bajó el arma, echó un vistazo al jardín y trató de analizar la situación: si lograba llegar hasta el ordenador a tiempo, podría averiguar cuánto dinero había transferido Schniedel y adónde. Mike volvió corriendo a la sala de estar, pero en la pantalla vio las palabras: «La sesión ha caducado». Después, intentó entrar en la base de datos del seguro de Hiltrud para ver las pólizas que tenía Fenstermacher, pero el acceso de la teórica de la conspiración se hallaba protegido con contraseña. Y debido a los tres intentos que realizó Mike —«Contraseña», «123456» y «Lauterbachdaasco»—, la cuenta se bloqueó.

Bueno, se consoló el guardaespaldas, por lo menos sus padres estaban a un tris de reencontrarse, así que la excursión no había sido un fracaso absoluto. Por desgracia, en ese preciso instante oyó que su madre gritaba en el pasillo: «¿Cómo puedes besarme, Lutz? ¡Tienes novia!». Y de repente Mike notó que se moría de ganas de comerse un paquete de seis donuts.

37

Alrededor de las seis de la tarde, Achim empezó a volver en sí. Antes de abrir los ojos, oyó el sonido agudo de unos aparatos. Cuando por fin los abrió, profirió un grito: delante tenía un rostro blanco con los labios pintados de rojo. Tardó un momento en comprender que era Paul, el mimo. Estaba sentado en una silla junto a su cama y le sonreía.

Achim confió en que el mimo no quisiera hablar con él con mímica: le faltaba la imaginación para saber lo que los mimos pretendían expresar en sus números. Si el espectáculo se llamaba «Una abeja pica al apicultor», Achim no sabía cómo podía distinguir que era una abeja la que había picado al apicultor en cuestión en el pompis, debido a lo cual el artista salía corriendo con las manos en las posaderas como si le hubiese picado una tarántula. Porque también podría haberle picado una tarántula. O una lanza. O que aquello fuese el resultado de un encontronazo con un lanzallamas. Además, no estaba nada claro qué sombrero invisible se había encasquetado el mimo al inicio de la actuación. En vez de un casco de apicultor, podría haber sido perfectamente una máscara de buceo. O el casco de astronauta de Elon Musk. Y, en lugar de una abeja, a Musk podría haberlo alcanzado la pistola de rayos de un marciano al que no le hacía ni pizca de gracia que un terrícola hubiese aterrizado en el jardín delantero de su casa marciana para colonizar el planeta porque muy pronto su propio cuerpo celeste ya no daría mucho de sí como zona residencial y, debido a ello, los

precios de los inmuebles allí se desplomarían. Pero, sobre todo, Achim se preguntaba: ¿qué se suponía que era cómico de un número como ese? En él, a un pobre hombre le picaba una abeja o una tarántula o le flambeaban el trasero con un lanzallamas o con una pistola de rayos, o quizá incluso con una espada láser —a saber cuáles eran las armas que utilizaba un marciano—, ¿y el público se reía de sus calamidades? No era así como entendía el humor Achim, que prefería juegos de palabras como: «¿Cómo se dice *comida rápida* en chino? *Yatá*».

Paul le señaló el gotero y Achim, que quería salir del hospital cuanto antes, alargó la mano hacia la rueda giratoria para cerrarla, pero el mimo se levantó de un salto de la silla y se puso en medio. Apuntó a la rueda del gotero y, con gestos, hizo como que la abría hasta el tope. A continuación, empezó a revolver los ojos, dejó colgando la lengua, cayó al suelo, se contrajo unas cuantas veces y después se quedó inmóvil.

¿Era eso un número?

Achim confiaba en que así fuese.

Pero, si lo era, ¿qué se suponía que quería decir?

Posiblemente, que Achim debía tener cuidado para no hacer girar el regulador en la dirección equivocada, porque si lo hacía podía morir.

O eso, o al hombre lo había alcanzado una pistola de rayos imaginaria.

Cielo santo, ¿por qué los mimos no podían decir sin más lo que querían de uno?

Achim se quedó mirando el cuerpo inmóvil.

Paul no hacía ademán de levantarse.

No habría muerto delante de sus ojos, ¿no?

¿Asesinado?

Pero, de ser así, ¿cómo lo habían matado?

Achim, desde luego, no había oído nada.

¿Cómo podría haberlo matado alguien sin hacer ruido?

¡Con una cerbatana!

Lo sabía por la aventura del fetiche robado que Tintín intentaba recuperar en *La oreja rota*, de *Las aventuras de Tintín*, un cómic que era de una época en la que se podía hablar inocentemente de un fetiche en una historia para niños.

Achim se levantó de la cama con cautela y se inclinó sobre el mimo en busca de un pinchazo. Y entonces...

... Paul se incorporó de súbito.

De puro susto, Achim exclamó: «¡Recórcholis!», se llevó las manos al pecho e intentó tranquilizar su acelerado corazón.

El mimo, sin embargo, sonrió y fue hasta el regulador.

Cielo santo, ¿iba a abrirlo del todo para que Achim cayera muerto al suelo como acababa de representar por mímica?

¿Paul era el asesino?

Poco después de que asesinaran a Hiltrud, Angela había encontrado maquillaje en el rododendro. Paul había estado en la escena del crimen. Y si ahora el mimo quería matarlo, sería la prueba definitiva de su culpabilidad.

¿Hércules Sauer había resuelto el caso?

¿Solo para morir acto seguido?

Si lo asesinaban, el éxito que había cosechado en la investigación se vería un tanto empañado.

Sin embargo, el mimo cerró el gotero. Achim respiró hondo. El joven le pidió que extendiera el brazo. Achim, cuyo corazón todavía palpitaba con fuerza, hizo lo que le indicaba y Paul retiró la vía. A continuación, le ofreció a Achim su ropa, se despidió haciendo una reverencia y salió de la habitación. Pese a que sentía lo que le había

sucedido al joven y agradecía que a todas luces únicamente hubiese querido ayudarlo a salir antes de tiempo del hospital, Achim no pudo evitar soltar: «Los mimos no me hacen ninguna gracia».

38

Mientras Achim, Mike y Marie estaban fuera investigando, Angela había aprovechado el tiempo y había preparado su mundialmente famoso pastel de carne, que no era mundialmente famoso en el sentido de que lo conocía el mundo entero. Más bien era que personalidades de relieve como Barack Obama, Franz Beckenbauer o el papa Benedicto XVI lo habían comido en su día en casa de Angela. Durante la comida, Obama incluso había exclamado: *«I will never forget your Häckbrätn»*;[1] Beckenbauer, con su distintivo acento bávaro: «Pero bueno, ¿es que hoy es Navidad?», y el papa Benedicto, en voz muy baja: «Aunque no es preciso demostrar la existencia de Dios, esto de aquí es una buena prueba de que existe».

Ahora Angela solo preparaba el pastel de carne para su círculo más cercano, es decir, para Achim, Marie y Mike.

Putin estaba sentado junto a la silla de Angela con la esperanza de que cayera algo de la mesa, aunque acababa de devorar una lata de comida exquisita. No tuvo que esperar en vano; a fin de cuentas, en todas las comidas a Angela le encantaba dejar caer un cuarto de patata, un trocito de carne o un pedacito de pan para su amado carlino. Queso era lo único que le negaba, porque nada más comerlo las tripas del perro daban tales cabriolas que, aunque fuera hiciese diez grados bajo cero, uno se veía obligado a abrir de par en par todas las ventanas. Al pequeño Adrian le dieron palitos de pescado con patatas y espinacas, que el niño evitaba tan decididamente que

incluso dejó en el plato una patata a la que se había pegado una manchita verde de verdura que casi ni se veía. Desde que conocía a Adrian y a sus compañeros de juegos, Angela se preguntaba a menudo si los niños dejarían de sentir aversión por la verdura si esta fuese roja como el kétchup, y si no valdría la pena que el Ministerio de Agricultura financiase un proyecto de investigación a este respecto. Marie le había puesto a su hijo unos grandes auriculares rojos en los que se leía «Carla Caramba» para que pudiera escuchar el cuento de Benjamín el elefante que le relataba su caja de música Toniebox. Aunque desde el punto de vista pedagógico eso no era muy bueno, sin duda lo habría sido menos aún que Marie hubiese dejado que el pequeño escuchara la conversación sobre los asesinatos que estaban manteniendo.

Todos comían con fruición. Mike, en particular, lo hacía a dos carrillos, pese a que antes de repetir se quejaba: «A partir de mañana me pongo a dieta», lo que hacía que Marie comentase indulgentemente: «Me encanta cada uno de los kilos que tienes». Un cumplido que hacía algunas semanas Mike también le había hecho a ella, pero se había dado cuenta de que, por lo general, a las mujeres no les hacía tanta gracia oír eso como a los hombres; también a ese respecto en el feminismo aún quedaba mucho por andar.

Cuando dejaron de hablar de lo rico que estaba el pastel de carne y de los kilos de Mike y su intención de hacer dieta —de todas formas, esto último tenía menos valor que los intentos de recortar el gasto público del gobierno—, Angela y sus asistentes pasaron a comentar el estado de la investigación. Por supuesto, Angela no les dijo a sus amigos que los consideraba sus asistentes, pero, para sus adentros, en su arresto domiciliario, pensaba que los tres se parecían extraordinariamente a los Irregulares de Baker Street de las

novelas de Sherlock Holmes, esos niños de la calle que recababan información para el gran detective mientras este reflexionaba sobre el caso en el salón de su casa.

—Yo no tengo la menor duda —afirmó Mike, que en ese momento se servía por cuarta vez—: el asesino es Schniedel Castro.

—Y ¿qué motivo tendría para matar a Fenstermacher? —le preguntó Angela.

—Bueno..., pues...

—Verá usted, a mí tampoco se me ocurre más que un «bueno».

—Pero estaba enredando con el ordenador de Hiltrud.

—Porque para sus robos querría saber quién tiene un seguro del hogar, para perjudicar únicamente a las compañías de seguros. Y, a diferencia de usted, adivinó la contraseña de la base de datos.

—¿Cómo va a saber uno cómo piensa una defensora de las teorías de la conspiración? —planteó, un tanto ofendido, Mike.

—En cualquier caso, el exhibicionista es un Robin Hood que vela por su propio interés —apuntó Achim.

—Pero ¿cómo explica usted que no accediese a las pólizas de seguro, sino a la banca online?

Ese era un buen argumento.

Angela se paró a pensar un instante.

—Después de la última operación que se realiza, ¿cuánto tarda el ordenador del banco en cerrar automáticamente una sesión de estas? —preguntó.

—Quince minutos.

—Y, cuando llegó usted, ¿cuántos minutos de la cuenta atrás habían transcurrido?

—Doce —respondió Mike.

—Entonces, es posible que otra persona utilizara el ordenador, entrase en el banco y se fuera de la casa antes de que llegara

Schniedel. O que huyera al ver que llegaba. Nuestro desnudo en realidad quería ver quién tiene un seguro, descubrió que la página del banco estaba abierta y se largó al oír que usted, mi querido Mike, entraba en la casa gracias a la ayuda de sus padres.

—Sí, puede ser —confirmó el guardaespaldas, un tanto de mala gana.

—Ese alguien —intervino ahora Marie, que le colocó el plato a su hijo de forma que tuviese justo delante las espinacas que no había tocado—, ¿podría ser el mimo?

—Tiempo suficiente tuvo, desde luego —opinó Angela—. Podría haber estado en casa de Hiltrud y, una hora después, junto a la cama de Achim. Cuando llegó al hospital, debió de enterarse de lo del desastre del quirófano. Si es el asesino, seguro que lo pondría nervioso que el marido de una mujer que iba a su grupo de terapia estuviese husmeando en el hospital. Y ese precisamente habría sido también el motivo de que fuese a ver a Achim.

—No creo que el mimo sea nuestro asesino —declaró Achim.

—Sin embargo, después de que mataran a Hiltrud se descubrió su maquillaje en el rododendro —objetó Marie.

—Eso también podría tener otra explicación.

—¿Cuál?

—Alguien quiere endosarle el asesinato —respondió Achim, al que ya mientras pronunciaba esas palabras la idea le pareció poco consistente.

—¿Por qué lo defiendes tanto? —quiso saber Marie.

—Me da pena —confesó Achim, que contó al resto lo que le había pasado al joven mimo. Que Paul no había vuelto a hablar desde que había atropellado a una persona, la cual estaba en coma debido a ello sin que él tuviera la culpa del infortunio.

A Angela le resultó conmovedora la humanidad que demostraba su marido con un sospechoso que no hacía nada le había dado un susto de muerte en el hospital. Pero la simpatía no debía influir en una investigación. Y menos en ese caso, aunque también a ella le diesen pena los miembros del grupo de terapia, todos los cuales podrían haber cometido el asesinato.

Marie le sonrió a Achim y dijo lo que Angela pensaba por lo menos tres veces todos los días:

—Achim, eres una buena persona.

—Y ¿qué pasa con Rosa? —planteó Mike.

—¿Qué pasa con ella? —dudó Marie.

—Que estaba en el despacho de Fenstermacher.

—Porque había ido a por su historia clínica, cosa que entiendo perfectamente. Yo tampoco querría que alguien la leyera. —Marie señaló las carpetas de Werner, el ciudadano cabreado; Nele, la activista medioambiental, y Paul, el mimo, que había traído y estaban en el alféizar de la ventana de la cocina, cerradas.

Angela se dio cuenta de que a su amiga le desagradaba la idea de abrir las carpetas, por más que solo lo hiciese por la investigación, y a ella le sucedía otro tanto. Aunque uno de los tres fuese el asesino, leería los secretos de dos personas inocentes, y eso era algo que, a ser posible, quería evitar.

—Encontré otra cosa —siguió hablando Marie, que se levantó y sacó de una de las carpetas el papel con el deprimente poema que había escrito Fenstermacher. Leyó a los demás ocupantes de la mesa de la cocina (salvo a su hijo, que escuchaba a Benjamín el elefante) los versos «No puedo más y tampoco quiero seguir más». Cuando terminó, Mike dejó a un lado el tenedor y comentó:

—Vaya, el poema hace que se le quite a uno el apetito.

—Con leerlo una vez al día, no harán falta inyecciones para adelgazar —corroboró Marie.

—Pero sí toneladas de antidepresivos.

A Angela el poema le recordó al excanciller austriaco Sebastian Kurz. En una ocasión, el jovenzuelo se quejó en una rueda de prensa: «No quiero seguir más. No puedo más. No aguanto más esto». Angela no fue capaz de compadecerse de Kurz, pero sí del difunto terapeuta. Recordó el entusiasmo con el que le hizo señas para que fuese a su consulta. Por lo visto —ya lo había supuesto al inspeccionar el despacho revuelto—, si estaba tan exaltado solo era porque no contaba con muchos pacientes en su archivador. Seguro que tenía problemas económicos.

Además, cuando aún estaba vivo, Fenstermacher parecía desesperarse con los pocos pacientes que tenía. Con la activista medioambiental y con Rosa no era capaz de comunicarse. Es probable que le diera pena sobre todo Werner Ciudadano Cabreado, al que incluso le había quitado una pistola (¿la futura arma homicida?).

Como contrapartida, el terapeuta se alegraba de manera desmedida cuando hacía algún avance, como en el caso de Hiltrud, que —solo supuestamente, como se supo después— había salido de casa para ir al buzón, y del mimo cuando dejó caer las lágrimas. A toro pasado, esta gran alegría parecía muy poco profesional, pensó Angela; con toda probabilidad se tratase del destello maniaco de un desgaste profesional muy profundo.

—Si uno no supiera que es imposible —reflexionó Achim—, podría pensar que el hombre se suicidó.

La frase impactó a Angela.

De pronto supo que el poema estaba relacionado con la explosión de la casa flotante y el asesinato de Hiltrud.

—Bizcochito, eres un genio.

—¿Por mi trabajo en la química cuántica del comportamiento de la transferencia de carga de los complejos de metales de transición y pares iónicos?

—Ni siquiera haré como que entiendo mínimamente una parte de lo que ha dicho —admitió Marie.

—Por tus contribuciones científicas, por supuesto... —contestó Angela con una sonrisa.

—Por lo mañoso que es, más bien no —farfulló Mike casi para sí mientras pensaba en el garaje que había empezado a construir Achim en el jardín delantero, que incluso en esa temprana etapa ya daba la impresión de que un buen día aparecería en las guías turísticas de la región como «El garaje inclinado de Klein-Freudenstadt». El punto de información turística del pueblo, que atendía un día a la semana durante dos horas el funcionario del registro civil, agradecía cualquier atracción, por pequeña que fuese, con la que el pueblo pudiera diferenciarse de los demás municipios pequeños del Este, todos los cuales competían desesperadamente por ganar turistas.

—Pero, sobre todo, eres un genio porque me has puesto sobre una pista —anunció Angela radiante.

—Sin embargo, Fenstermacher no se suicidó —observó con sorpresa Achim.

—¿Por qué no? —preguntó Mike.

—Porque también han matado a Hiltrud —aclaró Achim.

—Pero podría haber sido un suicidio y un asesinato —propuso Marie.

—¿El fantasma del terapeuta disparó a Hiltrud? —probó a bromear Mike.

—No creo que un fantasma pueda empuñar una pistola —objetó Achim.

—Antes de que sigáis por ahí —los interrumpió Angela—, no cabe la menor duda de que no fue un suicidio.

—Y ¿sobre qué pista te he puesto, bizcochita?

—Os lo diré cuando tenga la prueba que demostrará mi teoría —respondió Angela. En casos anteriores, no se había guardado así sus pensamientos, pero en el caso de Fenstermacher su teoría era muy osada. Además, debido a lo insegura que se sentía en general, un estado en el que se hallaba desde que había escrito su autobiografía, abrigaba serias dudas sobre si no estaría equivocada, como había sucedido en más de una ocasión (y probablemente también mucho más a menudo de lo que debería) en su carrera política.

—¿Y eso qué significa?

—Que Mike y yo nos vamos de excursión.

—¿Vais a ver a la tal Rosa? —preguntó Achim.

—¿Al mimo? —dijo Marie.

—A Schniedel Castro no, por favor —se quejó Mike.

—No, vamos a bucear.

—¿A bucear? —repitió el guardaespaldas espantado.

—Aprendió usted mientras se formaba, ¿no es así?

—Sí, e hice el último curso de actualización antes de que entrara a trabajar para usted.

—Pues eso.

—Pero ¿dónde quiere que bucee?

—Bueno, seguro que en la fuente de la plaza no —observó Marie con una sonrisa.

A Angela le divirtió imaginar a Mike con el traje de neopreno y tirándose a la fuente, que era de la época de la RDA y, en lugar de

Poseidón, Proteo u otras deidades del mar, rendía un homenaje a Roland Matthes, cuatro veces campeón olímpico y espaldista de élite. A la fuente le habían dedicado nada menos que dos páginas a doble cara en el folleto turístico de Klein-Freudenstadt, cuya acogida no se describiría precisamente como «buena».

—¿Quiere que bucee en el Dumpfsee? —inquirió Mike, que por fin cayó y no le hizo la menor gracia.

—Y que busque los restos de la casa flotante.

—Odio mi trabajo —se lamentó Mike.

—¿Quieres que mi futuro marido se sumerja en un lago que todo el mundo evita porque en él vive Margot, el monstruo? —preguntó Marie con escepticismo.

—¿Acaso eres supersticiosa?

—¿Se lo preguntas a alguien que cree en el horóscopo? —le contestó Marie.

—Puedo asegurarte que los monstruos marinos no existen. Ni Margot ni Jörmungandr.

—Eso no se lo puedes asegurar —intervino Achim.

—Eres científico, no deberías creer en monstruos marinos.

—Justo porque soy científico debería hacerlo.

—¿Por qué? —Angela estaba sumamente desconcertada con su bizcochito.

—Según la teoría de cuerdas, existen múltiples universos en los que se encuentran toda clase de variantes imaginables de la Tierra, así que seguro que también hay algunos en los que viven monstruos marinos y por lo menos uno en el que uno de esos monstruos causa estragos en el Dumpfsee y al que llaman tanto Jörmungandr como Margot.

—Aquí vuelve el aneurisma —afirmó Mike.

—Bizcochito, ¿podemos coincidir en que en nuestro universo, en este planeta y en este Dumpfsee no acechan monstruos?

—Por supuesto.

—En ese caso —Angela se dirigió a Mike—, mañana al amanecer usted y yo iremos al lago.

—¿Me va a acompañar?

—Desde luego. Si estoy en lo cierto, en el lago descubrirá usted la pieza del puzle que falta y yo habré resuelto el asesinato.

—Pero le prometí solemnemente al comisario Hannemann que se quedaría usted en casa.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿Usted cree que no se enterará?

—¿Acaso cree que ese hombre madruga?

—No —tuvo que admitir Mike.

—Así que no vendrá a comprobar si estoy aquí antes de mediodía, con lo que mañana temprano podemos ir al lago tranquilos.

—¿De verdad quieres correr ese riesgo? —preguntó con asombro Achim—. Como se entere, ese hombre podría meterte en presidio.

—Bizcochito, eres la única persona del mundo que todavía dice «presidio».

—Y tú estás cambiando de tema.

—Vale la pena correr el riesgo. Aquí lo importante no es solo esclarecer un asesinato.

—¿Sino...?

—El bienestar espiritual de los miembros del grupo que no tienen nada que ver con el asesinato.

—Seguro que existe un universo en el que un bizcochito es capaz de disuadir a su bizcochita...

—... pero en este no. —Angela terminó la frase y dedicó a su marido una sonrisa tan indulgente como cariñosa, y él no pudo

evitar sonreír a su vez cariñosamente.

Mike gimió:

—Me gustaría mudarme a ese otro universo.

Y el pequeño Adrian, que a todas luces había llegado al final de su audiocuento de Benjamín el elefante, exclamó:

—¡Tuturutú!

No pudieron evitar reírse todos, incluso Mike, quien al igual que Achim dejó de oponer resistencia.

39

Al día siguiente, de madrugada, Angela y su guardaespaldas se hallaban en la vieja casa de botes del castillo. Mike había guardado allí los cachivaches que creía que ya no iba a necesitar, como por ejemplo su viejo sofá de Ikea, la estantería de Ikea y el colchón de Ikea modelo Hamarvik. Encima de este estaban las aletas anaranjadas, que Mike ya se había puesto, y el traje de neopreno negro, que intentaba enfundarse. Inútilmente. Muy inútilmente. Tan inútilmente como «Olaf Scholz intenta entusiasmar a las masas». Durante un momento, Angela se preguntó si su sucesor en la cancillería también necesitaría terapia después de escribir sus memorias. O si a su editora ya no le harían falta las pastillas para dormir.

—Hace tres años aún me valía —se quejó Mike.

—Cuando yo dejé la cancillería, y desde entonces han sucedido muchas cosas.

—Lo que no debería suceder es que el traje ya no me pase de la cintura. —Mike tiraba y tiraba del neopreno con el fin de cerrarse la cremallera delantera.

Era una tragedia. Divertida, pero una tragedia. Y el tiempo pasaba: Angela quería confirmar su teoría a toda costa esa mañana. El peligro de que Hannemann la acabase metiendo en «presidio» aumentaba con cada minuto que transcurría. Uno nunca sabía los pensamientos que se podían formar en el cerebro de ese hombre. Además, ¿y si el asesino ponía pies en polvorosa? No era algo

impensable. Angela confiaba en que no lo hubiese hecho ya, después de realizar sus transacciones bancarias desde el ordenador de Hiltrud.

—¡Miércoles! —maldijo Mike.

—¿Miércoles?

—Cambie el «-coles» por...

—Ya lo pillo. ¿Qué ha pasado?

—La cremallera está en el chulo sin la hache.

Angela se percató de que Mike tenía en la mano la lengüeta de la cremallera y la parte superior del traje colgaba a izquierda y derecha de su desnuda barriga y llegaba casi hasta el suelo.

Había estampas mejores.

—Esto no sube —reconoció Mike, y parecía turbado.

—Siempre hay una solución —afirmó Angela, y se puso a buscar febrilmente por el lugar. Quizá encontrase algo con lo que pudiera arreglar de manera provisional la cremallera.

—Pero no para este traje.

—En ese caso..., en ese caso..., ¡cogeremos eso! —Angela rio alegremente al ver algo detrás de un perchero.

Mientras apartaba ese trasto que crujía, Mike la miró y lanzó un suspiro:

—¿Es que quiere arrearse de mí?

—¿Arrearme?

—No se me ocurre nada mejor para *pitorrearse*.

—Pero si es ideal. —Angela señaló un traje de buzo antiguo en cuya escafandra metálica había incorporado un pequeño foco. El traje podría haber salido de la película *Capitán Nemo*, o de la novela de Julio Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Estaba colgado de una percha en la pared y seguro que había pertenecido al

anterior propietario del castillo, el asesinado Philip von Baugenwitz, y antes posiblemente a su padre y a su abuelo.

—Si con «ideal» quiere decir que esa cosa también me quedará pequeña, pues sí, es ideal —respondió el guardaespaldas, y esbozó una pequeña sonrisa que indicaba lo mucho que lo aliviaba que tampoco cupiese en esa monstruosidad.

Angela escudriñó a Mike, miró el traje y de nuevo a Mike y tuvo que constatar:

—Por desgracia, tiene usted razón.

—En ese caso, quizá sea mejor que volvamos a casa —opinó él, y su sonrisa se ensanchó.

A Angela le molestó que su guardaespaldas no supiera disimular mejor su alivio. Como alguien no se sumergiera esa mañana en el lago para buscar los restos de la casa flotante, lo más probable es que fuera demasiado tarde. Miró el traje con más atención. Se paró a pensar y pensar y al cabo dijo:

—Pues entonces me lo pondré yo.

Mike se la quedó mirando boquiabierto.

—En boca cerrada no entran mosquitos tigre. —Angela por fin pudo soltar la gracia que ya había querido hacer cuando le enseñó el Ape al guardaespaldas.

A Mike no le hizo gracia.

—No se preocupe. Cuando era joven, buceé en Bulgaria, en el mar Negro, durante uno de los viajes que organizaba la Juventud Libre Alemana.

—De su juventud hace ya algún tiempo —replicó Mike, no precisamente con galantería.

—Y antes de que ocupara la cancillería hice algunos viajes para bucear en Gran Canaria —añadió ella.

—De eso también hace algún tiempo.

—Bucear es como montar en bicicleta: nunca se olvida. —Angela cogió la escafandra.

—No permitiré de ninguna manera que se meta en ese lago —dijo Mike con severidad.

—Se supone que esa charca no tiene ni seis metros de profundidad, ¿qué podría pasarme? ¿De verdad cree usted en los monstruos marinos?

—Aquí el único monstruo es usted.

Angela pasó por alto el comentario descortés del furioso guardaespaldas. Para ella ya no era un subordinado normal y corriente. No desde el primer asesinato que habían investigado. Sin embargo, no pudo evitar presionarlo de nuevo, ya que el guardaespaldas estaba anteponiendo su trabajo a las órdenes de Angela:

—Solo tiene dos alternativas, Mike.

—¿Cuáles?

—Que bucee con su ayuda o sin ella. Escoja la opción que lo haga sentir mejor.

Mike la miró. En sus ojos había ira. Hasta entonces, siempre se había sometido a Angela, pero esta vez ciertamente daba la impresión de que iba a rebelarse. ¿Se marcharía ahora? ¿Cumpliría su amenaza de dimitir, que hasta ahora ella había tenido que oír en todas las investigaciones? ¿Lo perdería? ¿No solo como guardaespaldas, sino también como alguien que formaba parte de su vida? ¿Valía la pena, solo porque ella quisiera resolver el asesinato y proporcionar paz y seguridad a los integrantes del grupo de terapia?

No, no valía la pena.

Si lo pensaba bien, en caso de que su teoría se confirmase, la verdad de todas formas agitaría más que tranquilizaría a sus cuatro

compañeros de fatigas. Y aunque el asesino huiría si ella no seguía persiguiéndolo, casi seguro que no golpearía de nuevo.

Angela podría haberle dicho a Mike: «Tiene usted razón».

O: «Su sentido del deber gana». O únicamente: «Está bien». Pero lo que dijo fue:

—No lo quiero perder a usted.

Le salió de lo más hondo de su ser.

La ira de Mike se esfumó.

Ambos permanecieron en silencio.

Hasta que Mike repuso:

—Yo a usted tampoco.

Nunca se habían sentido tan cerca el uno del otro.

Estuvieron un rato así, en silencio, en la casa de botes. Mike seguía con el traje de neopreno colgando sobre la barriga al aire y con las aletas puestas; Angela, con la escafandra bajo el brazo.

Al cabo, él dijo:

—Deme la escafandra.

Angela hizo lo que le pedía.

Pero Mike no dejó a un lado la escafandra, sino que...

... se la puso en la cabeza a Angela.

Que se quedó tan sorprendida que solo pudo decir algo después de que se desempañara el cristal del casco.

—¿Qué está haciendo? —Su voz sonaba apagada y metálica.

—¿No tiene miedo dentro de esa cosa? —le preguntó Mike, que debido a la escafandra parecía que estaba mucho más lejos de lo que en realidad estaba.

—No —aseguró Angela.

—Es usted una mujer valiente —contestó Mike en señal de reconocimiento.

—Entonces, ¿me quiere ayudar? —Angela solo lo entendió ahora. A través de la ventanita de cristal de la escafandra, con las cuatro varillas de metal que formaban una cruz en el vidrio, solo veía medianamente bien a su guardaespaldas.

Este contestó con una madurez que hasta ahora ella no le había visto:

—Quizá en los dieciséis años que estuvo en la cancillería habría cosechado más éxitos si hubiera contado con más ayuda.

A Angela la conmovieron sus palabras.

—Estoy con usted, señora Merkel.

A ella se le saltaron las lágrimas y parpadeó deprisa para evitar que cayeran.

—Pero que le quede clara una cosa. —Ahora Mike esbozó una sonrisa pícara.

—¿Qué cosa?

—Como se le ocurra morirse buceando, la mato.

No pudieron evitar reírse los dos.

Solo habría faltado un «Tuturutú» de Adrian.

40

Bajo la preciosa aurora, ataviada con su traje de buzo, Angela saltó desde la barca de remos al Dumpfsee, a cuya superficie el sol arrancaba destellos dorados. Se sumergió justo donde había explotado la casa flotante del psicólogo Dietrich Fenstermacher. Mike se quedó sentado en la barca, enfundado en su traje de guardaespaldas, y le gritó:

—¡Mucha mierda!

Angela estaba segura de que los buzos no empleaban esa expresión.

Cuando se sumergió en el lago, el corazón le dio un vuelco: el agua distaba mucho de ser tan clara como en Gran Canaria, donde había buceado en su día. Ahora comprendió por qué el lago se llamaba Dumpfsee[1] y no, por ejemplo, Kristallsee. Angela no había descendido ni dos metros y ya quería dar media vuelta debido a la escasa visibilidad. Pero luchó contra este deseo, porque, si se abandonaba a él, no podría confirmar su teoría.

Dentro de la escafandra, Angela oía su propia respiración, cada vez más nerviosa. Intentó no pensar en el creciente pánico imaginando la impresión que le causaría a alguien que la observara. Fue consciente del agua cada vez más turbia. Del anticuado traje que llevaba. De la escafandra, a través de cuyo cristal no veía nada ni a medio metro de distancia. Y del pequeño foco en la parte superior, que, sin embargo, estaba apagado...

¡El foco!

¡Pues claro!

El botón para encenderlo estaría en alguna parte.

Se palpó deprisa el traje, tocó con los guantes demasiado grandes el cinturón de metal que tenía en la cadera y encontró un botón. Lo pulsó.

Una vez. Dos. Tres. Nada. Cuatro. Cinco. Tras la sexta vez iba a darse por vencida, pero de pronto funcionó: la luz de la escafandra se encendió. En un primer momento solo alumbraba de forma inquieta. Con cada titilar, Angela distinguía los peces del lago, que se asustaban al ver la insólita fuente de luz. Se preguntó si allí abajo vivirían especies desconocidas.

Al fin y al cabo, hasta ahora nadie había explorado esas aguas. Y en el fondo de los océanos también había más biodiversidad de lo que se pensaba. Misteriosos continentes yacían en las profundidades de los grandes océanos, y lo suyo era investigarlos antes de mandar al espacio a multimillonarios e invertir tanto dinero en ello.

La luz de la escafandra se acabó encendiendo por completo e iluminó el agua por delante de ella. Los peces se alejaron a toda velocidad con gran nerviosismo. Aunque Angela no conocía al dedillo la fauna acuática, ningún pez le pareció una criatura desconocida para la ciencia. Y menos aún se veía a un monstruo marino.

Más abajo, distinguió toda clase de plantas que se mecían a un lado y a otro. Conque el fondo estaba cerca —en efecto, el lago no era muy profundo—, y delante, a unos pocos metros, descubrió los restos de la casa flotante. Se imaginaba una desolación mayor. Más o menos la mitad de la gabarra, incluida la zona destinada a vivienda de la parte superior, que, a diferencia del casco azul metálico, era toda de madera, seguía intacta. Estupendo, ¡eso facilitaría su cometido! Angela apoyó ambos pies en el fondo para salvar caminando los escasos metros que la separaban de los restos, que

iluminaba el haz de luz del foco de su escafandra. El corazón le latía con fuerza, pero ya sin temor, dentro del traje de buzo. Había recuperado la estabilidad y empezó a saltar de entusiasmo y alegría. Aunque no se sentía tan joven y con tanta vitalidad como cuando, en tiempos de la RDA, buceó en uno de los viajes organizados por la Juventud Libre Alemana, al menos sí se sentía tan vivificada como antaño en Gran Canaria. Y de eso hacía la friolera de más de veinte años.

Allí, en el fondo del lago, se sentía más viva que en tierra firme.

No dudaba de sí misma.

Estaba muy lejos de todo.

De la política.

De las guerras.

De todas las malas noticias.

De los errores que había cometido.

Sobre todo, de los errores que había cometido.

¡Eso era vida!

Empezó a cantar con alegría: *«I'd like to be, under the sea, in an octopus's garden, in the shade».*

Angela no cantaba bien. Mejor dicho, no habría dado con el tono aunque lo hubiese tenido delante. Por eso solo canturreaba cuando nadie la veía. El hecho de que allí no tuviese que temer que alguien la oyese hacía que ese sitio bajo el agua fuese fascinante para ella, como su *«octopus's garden»* personal. De pura alegría, se puso a bailar. Relajadamente. Dando vueltas. Como jamás se habría atrevido a hacer en tierra.

El foco giró con ella e iluminó plantas, peces, los restos de la casa flotante y...

... a Jörmungandr.

El monstruo marino.

41

Angela se quedó de piedra.

No daba crédito a lo que estaba viendo.

La cabeza de una serpiente marina.

Que la miraba con un semblante terrorífico.

Y Angela no pudo evitarlo...

... no pudo por menos que desternillarse de risa.

Ahora sabía a qué le tenía tanto miedo la gente de los alrededores desde hacía décadas: delante de ella, en el fondo del lago, con la cabeza inclinada hacia delante, había el mascarón de proa dorado de un imponente barco vikingo. Parecía una monstruosa y enorme serpiente.

En la mitología nórdica, Jörmungandr era el nombre que recibía la serpiente de Midgard, que podía rodear el mundo y, cuando se librase la guerra final, lucharía contra Thor y perdería. Una criatura aterradora que muchos vikingos elegían para sus barcos con el objeto de hacer temblar al enemigo.

Pero ¿cómo había llegado Jörmungandr al fondo de un lago de Uckermark?

Angela sumó dos y dos: la antigua casa parroquial de Hiltrud se había construido antes de que Klein-Freudenstadt constase en algún documento, y en la viga que había sobre la puerta se veía la serpiente marina grabada. Por lo visto, en la zona habían vivido descendientes de los vikingos que habían naufragado en las costas del mar Báltico y habían traído consigo al interior del país riquezas

como ese mascarón de proa dorado. Cuando poblaron la región, los cristianos probablemente tomaron el mascarón por un símbolo pagano y lo arrojaron al lago y después lo olvidaron, ya que las personas tenían otras preocupaciones, como por ejemplo la peste, la guerra de los Treinta Años o sencillos problemas cotidianos como la cuestión: «¿Cómo demonios me libro de este dolor de muelas cuando el galeno más cercano vive tan lejos y además es un torturador?».

El descubrimiento de Jörmungandr haría dar saltos de alegría al responsable de turismo de Klein-Freudenstadt, es decir, al funcionario del registro civil. Y cómo se sentirían los vecinos cuando averiguasen que ya no tenían por qué temer bañarse o bucear en el Dumpfsee. La idea de deparar semejante alegría a las personas hizo feliz a Angela.

¡El fondo del lago era una verdadera maravilla!

«Oh, what joy for every girl and boy. Knowing they're happy...»

Angela bailó aún más alegremente dando vueltas y, con ella, el foco. Hasta que este iluminó de nuevo los restos de la casa flotante.

Se detuvo. No podía quedarse allí abajo, solo tenía aire suficiente para alrededor de una hora, o al menos eso había calculado Mike al ver la botella de oxígeno. Si quería hacerse con la prueba que estaba buscando, no podía perder más tiempo. Se acercó a la mitad de la embarcación. Gracias a Dios, no tenía que escalar, ya que en el medio de la cubierta destrozada se había formado una rampa que ascendía desde el fondo del lago hasta la vivienda. Angela subió a la cubierta con las pesadas botas, abrió la puerta de la casa y...

... se vio obligada a apartarse deprisa. Hacia ella se abalanzaron toda clase de objetos: cazuelas, sartenes, cojines de sofá, una mesita. Angela no entró hasta que todas las cosas sueltas de los enseres de Fenstermacher salieron rodando a la cubierta inclinada o

más allá, al fondo del lago. Se agarró al marco de la puerta y se apoyó en la pared mientras avanzaba por el habitáculo. Miró a su alrededor. Detenidamente. Sala de estar. Dormitorio. Cocinita. Aseo. Y encontró lo que estaba buscando.

O sea, ¡nada!

Exaltada, bajó a toda prisa por la cubierta inclinada. Al hacerlo pisó una sartén de gran tamaño, pero sacudió los brazos y logró mantener el equilibrio lo suficiente como para llegar surfeando hasta el fondo del lago con un pie en el aire y el otro en la sartén. Después dio un salto para librarse de esta y subió a la superficie. No tenía que preocuparse por las paradas de seguridad, puesto que hasta la superficie solo había unos pocos metros. Una vez arriba, dio unos golpecitos en el costado de la barca y Mike la ayudó a subir. Se sentó y él le quitó la escafandra y le preguntó con inquietud:

—¿Se encuentra bien, señora Merkel?

—¡Estupendamente! —repuso Angela radiante.

—Me alegro —contestó Mike con una sonrisa, y le retiró la botella de oxígeno de la espalda.

—Yo también.

—¿Y ha encontrado la prueba que buscaba?

—Ese es uno de los motivos por los que me siento estupendamente.

—¿Es que hay otro?

—Haré felices a las personas de Klein-Freudenstadt, sobre todo a los responsables de turismo.

—Sí, claro... —respondió, desconcertado, Mike mientras miraba instintivamente la botella de oxígeno que tenía en las manos.

—No se preocupe, me ha estado llegando el oxígeno suficiente.

—Bien —contestó Mike con alivio—. Entonces, ¿podría explicarme de una vez quién mató a Fenstermacher y a Hiltrud?

—Podría, sí.
—¿Quién lo hizo?
—Alguien que cojea.

42

—Me he quedado pasmado como un pasmarote —afirmó un asombrado Achim mientras desayunaban en la soleada terraza de la casita con entramado de madera, donde Angela cumplía su arresto domiciliario.

—Nada de juegos de palabras, por favor —pidió Mike—. Bastante desbordado estoy ya.

—Bizcochita, ¿estás segura?

—Está más claro que el agua. En la casa flotante no había ninguna parte del cuerpo. En ningún sitio. Con lo que la única conclusión es que Fenstermacher no se hallaba a bordo cuando la casa explotó.

—Increíble.

—Bizcochito, cuando dijiste que tal vez fuese un suicidio, se me cayó la venda de los ojos: en cierto modo era, en efecto, una especie de suicidio. Fenstermacher fingió su muerte —anunció Angela mientras retiraba la parte superior del huevo cocido a la perfección que iba a desayunar: la yema estaba líquida y la clara cuajada, justo como le gustaba. Tenía un hambre canina y no se sentía así de bien desde el día que la banda de música del ejército tocó *Du hast den Farbfilm vergessen*, ese *Olvidaste la película en color* de Nina Hagen, cuando dejó su cargo.

—Así que el terapeuta se... —Mike no quiso terminar la frase.

Fue Achim quien lo hizo:

—... cortó él mismo el meñique.

Ambos hombres apartaron el plato. Angela, en cambio, dio un mordisco a uno de los deliciosos bocadillitos de carne cruda picada con salsa tártara que había mandado comprar a su guardaespaldas en la panadería Wurst cuando volvían del lago.

—Durante todo este tiempo hemos estado intentando esclarecer un asesinato que no se perpetró —observó Mike, y profirió un suspiro.

—Pero se perpetró uno —precisó una risueña Angela—. Esta vez, de verdad. —Fue consciente de que su sonrisa era inapropiada, pero no pudo evitarlo. No podía estar más encantada con su fructífera labor detectivesca.

—El asesinato de Hiltrud —confirmó Achim.

—De un disparo desde el rododendro. —La sonrisa de Angela se ensanchó, y la excanciller dejó caer un poco de clara de huevo al suelo de piedra de la terraza para su pequeño carlino. Aunque más bien anhelaba la carne cruda, el perro no podía comerla, ya que en casos excepcionales podía transmitir la enfermedad de Aujeszky. Angela pensaba a menudo si un científico de verdad debería sentirse halagado cuando virus, bacterias o enfermedades recibían su nombre—. Hiltrud, que era corredora de seguros —continuó con su argumentación—, tramitó el seguro de vida de Fenstermacher y se designó beneficiaria a sí misma.

—¿Cómo es que no sospechó nadie en la aseguradora? —preguntó Mike.

—¿Por qué a una central en Hamburgo se le iba a ocurrir la retorcida y descabellada idea de que la directora de una filial iba a fingir un asesinato de común acuerdo con su cliente para embolsarse un dineral? Sobre todo cuando se trata de una mujer sin tacha, que trabaja desde hace décadas para la compañía.

—Décadas durante las cuales seguro que ningún superior de la central se dejó caer por aquí —añadió Achim.

—Eso es justo lo bueno de Klein-Freudenstadt —observó Angela con una sonrisa—, que hasta aquí no viene prácticamente nadie del oeste de buena gana.

—Pero ¿por qué ayudó Hiltrud al terapeuta? —quiso saber Achim mientras se servía una taza de infusión de escaramujo—. ¿Porque también se llevaría su parte del dinero?

—Mi hipótesis es otra.

—¿Cuál?

—A nuestro terapeuta le gustaba aprovecharse de vez en cuando de mujeres que eran pacientes suyas y le estaban agradecidas por su ayuda.

—Cierto —coincidió Mike—. También consiguió que Rosa le comprara la casa flotante.

—Movida por el afecto que le profesaba, Hiltrud hizo el chanchullo de la póliza para ayudarlo en su propósito de embolsarse el dinero.

—Pero entonces, ¿por qué la mató? —Mike no acababa de entenderlo.

—Porque era un punto débil en su plan. Podría haberlo delatado.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa Hiltrud si estaba a merced de Fenstermacher?

—Porque él quería largarse sin ella.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Achim.

—Si se queda en Klein-Freudenstadt, tendrá que esconderse. En una ciudad grande eso no será necesario. Y en un país con el que no tengamos un tratado de extradición, como Cuba o Guatemala, menos. Posiblemente Fenstermacher quiera subirse a un avión para viajar a un país extranjero en el que pasar el resto de su vida tumbado al sol en la playa.

—Pero al estar muerto llamará la atención en el control de pasaportes —terció Mike.

—Se tarda unos días en expedir un certificado de defunción —aclaró Angela—, así que su pasaporte todavía es válido.

—Todo por avaricia —observó con desdén Achim, que nunca había podido entender el deseo de riqueza que tenían muchas personas.

En el pequeño piso de dos habitaciones donde vivían Angela y él al principio de su relación, Achim era igual de feliz que después, en la elegante vivienda de cinco habitaciones de Berlín. Lo principal era que estaba con Angela y podía investigar sus cuantos, que eran tan diminutos por naturaleza que lo rodeaban por completo a uno, tanto en el lujo de Dubái como en el camping de Ennepetal, su lugar preferido para pasar las semanas durante las que Angela había tenido que ir a China con una delegación empresarial. Los presidentes de las empresas que formaban parte del DAX para Achim eran los interlocutores más aburridos del mundo, ya que su predilección por los beneficios era inversamente proporcional a sus valores morales.

—Yo creo que el móvil de Fenstermacher no era la avaricia pura y dura —objetó Angela.

—¿Entonces? —preguntó Mike, que volvió a acercarse con cautela el plato de su desayuno.

—Un hombre que se corta un dedo de un pie...

Mike apartó de nuevo el plato.

—... está profundamente desesperado. Ya oísteis el poema que escribió.

—Habría preferido no hacerlo —comentó Mike, que alejó más aún el plato.

—Ese poema demuestra que el hombre estaba al límite. Ya no soportaba su trabajo, todos los fracasos, todas las personas

destrozadas a las que veía día tras día.

—Así que quería empezar una vida nueva con el dinero del seguro —constató Achim.

—Uno casi podría compadecerse de él.

—Si no hubiese matado a Hiltrud.

—Y no se hubiese aprovechado de esas pacientes —opinó Mike, que no soportaba que alguien le hiciera algo así a una mujer. No solo, pero también, porque el último barón Von Baugenwitz, antiguo señor del castillo, en su día había fingido amar a su Marie.

—¿Bizcochita?

—¿Sí?

—Por tanto, ayer Fenstermacher transfirió online a su propia cuenta la suma del seguro de la cuenta de Hiltrud y se fue antes de que apareciese Schniedel, al que a su vez espantó Mike.

—Eso creo.

—Entonces, ¿quién dice que no ha puesto pies en polvorosa, con lo cual nosotros ya no podremos hacer nada? —Achim formuló la pregunta sobre la que, hasta ese momento, Angela había estado evitando pensar con todas sus fuerzas para no echar a perder la euforia que sentía después de la inmersión.

Ahora fue ella la que hizo a un lado su plato. De pronto había perdido el apetito, mientras que Putin, el carlino, seguía mirando fijamente el bocadillito de carne y jadeando. Angela buscaba con desesperación un rayo de esperanza, y lo encontró:

—No podremos hacer nada solo si Fenstermacher no está escondido en alguna parte en Klein-Freudenstadt porque todavía pretende hacer algo.

—Pero ¿qué podría ser?

—Puede que quiera convencer a Nele de que se vaya con él.

—¿La joven activista?

—Rosa dijo que le tiraba los tejos.

—¿Y?

—Quizá lo que sienten sea mutuo.

—Es un gran quizá.

—Pero lo único a lo que puedo agarrarme para resolver el caso.

—¿Y crees que Nele se iría al extranjero con Fenstermacher?

—Si está tan cautivada por él como las demás mujeres, sí. Pero solo lo averiguaremos si vamos a su casa y la seguimos.

—Pero ¿y si Hannemann se deja caer por aquí y no la encuentra a usted, señora Merkel? —apuntó Mike.

—Confiemos en que para entonces ya hayamos pillado a Fenstermacher.

Si su plan salía mal, Angela estaba dispuesta a arriesgarse a que el comisario la detuviera por saltarse el arresto domiciliario. Con toda la vergüenza de la que ello iría acompañado en el mundo entero y sin que le produjese el menor consuelo que una detención favoreciese sin lugar a dudas la venta de sus memorias.

43

El Ape verde iba dando sacudidas por el más que gastado adoquinado del polígono industrial de Klein-Freudenstadt, o más bien el poligonillo, si es que existía esa palabra. Klein-Freudenstadt no era un centro económico en el que grandes empresas internacionales se hiciesen con miles de millones de los contribuyentes alemanes aunque repartieran miles de millones en forma de dividendos entre sus accionistas. Achim iba al volante del pequeño vehículo verde, Angela —con una americana verde y un pantalón de vestir negro— ocupaba el asiento del acompañante y Mike iba en la superficie de carga, zarandeado a base de bien. Cuando Achim cogió una curva a toda velocidad, solo logró evitar salir despedido a los adoquines agarrándose con todas sus fuerzas. De lo enfadado que estaba incluso pronunció una frase que Angela jamás habría esperado oír de su boca:

—¡Prefiero el coche eléctrico!

Angela había supuesto que Nele viviría en un hogar burgués, como tantos otros partidarios del movimiento que luchaba contra el cambio climático, pero una ojeada a la carpeta de paciente de la joven, seguida de otra a Google Maps, reveló que la dirección correspondía a una antigua fábrica de pegamento. ¿La habrían convertido en *lofts* con subvenciones del Estado? ¿O estaría ocupada por activistas?

La respuesta se hizo evidente cuando Achim detuvo el Ape delante de la fábrica. El edificio parecía el mismo que en 1993, el año en que

lo privatizaron, solo que bastante más decadente. Si los inversores lo hubiesen convertido en elegantes *lofts*, la mampostería no tendría ese tono verdoso. A las inmobiliarias les encantaba embellecer las fachadas de viejas fábricas para que cuando los compradores las visitasen no pensaran en lo que les costaría después calentar debidamente habitaciones de cuatro metros de altura.

Angela y Achim se bajaron a la vez del Ape, mientras que Mike salió a duras penas de la caja y se llevó ambas manos al trasero. Acto seguido, preguntó con escepticismo:

—¿La activista vive en ese cuchitril?

—Es lo que vamos a averiguar ahora mismo —respondió Angela, y echó a andar hacia la fábrica seguida de Achim y Mike, que se sacó la pistola de la funda que llevaba colgada del hombro bajo la chaqueta—. No creo que eso sea necesario —observó.

—Pero usted cree que Fenstermacher podría estar aquí.

—Tendrá tiempo de sacar la pistola si de verdad se encuentra aquí y hace alguna porrería.

—Porrería —repitió Achim risueño—. La última vez que oí esa palabra fue cuando vimos la película de Sherlock Holmes con Hans Albers y Heinz Rühmann.

—Se podría disfrutar más de la película si uno no supiera que Rühmann abandonó a su mujer, que era judía, para salvar su carrera cinematográfica durante el gobierno nazi —comentó Angela, que exhaló un suspiro y abrió la chirriante puerta de la fábrica mientras Mike enfundaba la pistola refunfuñando.

El edificio estaba prácticamente vacío. Desmantelado. No había maquinaria ni muebles ni bidones con pegamento a la vista. Tan solo polvo, mugre, un montón de inmundicias y un contenedor sustentado por vigas de hierro que se hallaba a unos cinco metros de altura y al que se subía por sendas escaleras de mano tanto por

delante como por detrás. Seguro que hacía décadas el contenedor albergaba el despacho del director de la fábrica. En su día, puede que en el lateral hubiese una escalera de hierro en condiciones que se había llevado en algún momento una de las numerosas bandas que robaban metales.

—Seguro que Nele vive ahí arriba —afirmó Angela, y fue directa a la escalera de madera que le quedaba más cerca.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó Mike.

—A ver si lo adivina. Tiene tres intentos.

—Va a subir por la escalera para ver si Nele y Fenstermacher están en el contenedor.

—Vaya, lo ha adivinado a la primera —contestó Angela con una sonrisa mientras se disponía a poner las manos en la escalera.

Sin embargo, el guardaespaldas se interpuso en su camino:

—Si Fenstermacher está ahí arriba, solo tiene que empujar la escalera y usted se partirá la crisma.

Mike subió los primeros peldaños en lugar de Angela.

—Pero también podría hacerle eso mismo a usted —objetó Achim.

—Eso también es verdad. —Mike se detuvo en el quinto peldaño.

—¿Y si lo llamamos? —propuso Achim, aunque con poco entusiasmo, ya que cayó en la cuenta de que no parecía muy convincente llamar la atención de un sospechoso de asesinato al que uno quería atrapar.

En ese preciso instante, en un pasillo que unía la nave con otra parte de la fábrica, oyeron la cisterna de un inodoro.

—Puede que él venga a nosotros —aventuró Angela con una sonrisa. Aunque creía más probable que de un momento a otro en la nave apareciese Nele para volver al contenedor en el que vivía, ese también sería un buen giro de los acontecimientos. Podrían preguntar a la joven por el paradero de Fenstermacher.

Sin embargo, quien apareció en la nave no fue ni Nele ni el asesino de Hiltrud, que era a quien buscaban, sino un hombre con una barba enmarañada, un cabello más enmarañado aún y un barrigón. Su cuerpo desnudo estaba envuelto en una bandera de Cuba.

—Schniedel Castro —constató Achim.

—Tendría que haberme hecho panadero —se quejó Mike, que seguía subido a la escalera.

—Con lo que le gusta lo dulce, entonces sí que no le valdría ningún pantalón —señaló, sonriendo, Angela.

—Y ya no se diría «encomendar las ovejas al lobo» —añadió un risueño Achim—, sino «encomendar los pasteles a Mike».

—Ustedes dos deberían ser humoristas —contestó este último, al que los comentarios no le habían hecho ni pizca de gracia—. Juntos podrían llenar grandes salas en Alemania.

Al imaginarse haciendo reír a la gente con su *Bizcochito y BizcochitaComedy Show*, Angela torció el gesto un instante. Después se dirigió al exhibicionista, que para entonces ya se había sumado a ellos.

—¿Vive usted aquí?

—A veces sí, a veces no, depende de con quién de los míos me corra una juerga.

—¿Y Nele también es de los suyos?

—Es una chica encantadora.

Angela oyó que arriba se abría la puerta del contenedor y Nele preguntaba:

—¿Con quién estás hablando, Achim?

—¿También se llama usted Achim? —Achim se quedó mirando al exhibicionista comunista.

—Es mi segundo nombre. El primero es Fridolin, pero ¿quién quiere que sus amigos lo llamen Fridolin?

De ese modo, quedaba resuelto el enigma de a qué correspondía la «A.» de Fridolin A. von Hohenzollern, el aristocrático nombre de Schniedel.

Mientras el Achim de Angela escudriñaba al otro Achim como si se mirase en un espejo deformante, Angela miró a Nele y se percató de que la joven del pelo azul solo llevaba puestas unas braguitas y una camiseta. En la camiseta, de un naranja chillón, ponía en letras negras: BARRO Y PIEDRAS PARA LOS HEREDEROS. Nele se quedó blanca como la pared. ¿Porque Fenstermacher estaba con ella? ¿Porque estaba con él en más de un sentido? ¿O acaso había llegado a sus oídos la sospecha de Hannemann de que Angela era la asesina y ahora temía que ella pudiera ser la próxima víctima?

Mike subió los dos peldaños siguientes de la escalera. A todas luces, había decidido correr el riesgo y buscar a Fenstermacher en el contenedor donde vivía Nele.

—¡Quédese donde está! —exclamó la activista, más atemorizada que con tono amenazador, y agarró la escalera con las dos manos. Mike dejó de subir.

Angela se paró a pensar en cómo podía tranquilizar a la joven. Si no hubiese estado tan concentrada, se habría dado cuenta de que un coche se detenía delante de la fábrica. Si no hubiese estado tan embelesado con su tocayo, Achim también habría oído el coche. Y si no hubiese estado cavilando si no debería atreverse a subir la escalera para llegar hasta donde se encontraba Nele, quizá a Mike se le habría ocurrido que el comisario Hannemann había llegado a la fábrica para detener a su jefa. Los tres se hallaban absortos en sus pensamientos y no se percataron de que la chirriante puerta se abría y alguien entraba en la fábrica.

Schniedel Castro, sin embargo, exclamó:

—Pedazo de desgraciado, ¡si estás vivo!

Todos clavaron la vista en Fenstermacher.

El psicólogo, que había cambiado la chaqueta por una cazadora de cuero que le quedaba igual de mal, clavó la vista en ellos horrorizado.

—Tanto si estás vivo como si no, ¡no volverás a acosar a Nele! —espetó Schniedel hecho una furia.

Fenstermacher giró sobre sus talones y salió de la fábrica lo más deprisa que pudo, que no fue mucho, ya que cojeaba. No era de extrañar, puesto que se había cortado el meñique del pie para fingir su muerte.

Mike desenfundó.

Nele gritó:

—¡Aquí no dispara nadie!

Y empujó la escalera con todas sus fuerzas. Mike cayó al suelo hacia atrás con la escalera, dejó caer el arma y gritó: «¡AAAH!», y luego: «¡AY!», y después: «¡MI PIE!», y por último se lamentó: «Está claro que tendría que haber sido panadero».

Nele desapareció en el contenedor y apareció de nuevo con un pantalón vaquero al hombro y un par de botas cuyos cordones ató entre sí y se colgó del cuello. Bajó al suelo por la segunda escalera, la de la parte posterior del contenedor, con gran agilidad, como solo podían hacerlo los activistas que habían aprendido a ocupar árboles de veinte metros de altura en campamentos de formación.

—¡Tú no te me escapas! —exclamó Schniedel Castro, y echó a correr detrás de Fenstermacher.

—Pues a mí sí —se lamentó Mike bajo la escalera.

Achim corrió a su lado, lo liberó de la escalera y le preguntó:

—¿Qué le pasa en el pie?

—Creo que me he roto todos los ligamentos.

Angela vio que Schniedel salía a toda pastilla de la fábrica. La bandera de Cuba ondeaba como la capa de un superhéroe, pero era de agradecer que no dejase a la vista el trasero, sino tan solo una parte de su espalda plateada. Angela oyó que Fenstermacher arrancaba el coche, que había dejado delante de la fábrica. Después vio que entretanto Nele había llegado al suelo y corría hacia un lateral de la fábrica. Seguro que la joven pretendía salir del edificio por ahí. Sin embargo, en ese momento a Angela le daba lo mismo; de la activista se ocuparía más tarde. Atrapar a Fenstermacher tenía prioridad absoluta.

Mike, que se agarraba el pie, no sería de ninguna ayuda. Naturalmente Schniedel, que desdeñaba los bienes mundanos, no tenía un coche con el que pudiera perseguir a Fenstermacher. Así pues, ¡tendría que ocuparse ella misma del asunto!

Angela salió corriendo y Achim le preguntó:

—¿Adónde vas, bizcochita?

Ella le contestó:

—¡Ocúpate de Mike!

Y todavía oyó que el guardaespaldas gritaba:

—¡Quédese aquí, señora Merkel!

Angela desoyó a Mike igual que en su día desoyó las dudas de la industria energética en lo tocante al recorte de subvenciones de la energía eólica en la década de 2010 y salió de la fábrica a toda velocidad. En ese momento, Fenstermacher se alejaba pitando en un destartalado Ford Taunus azul oscuro, cuyo tubo de escape estaba a punto de caerse. Era evidente que el hombre no había podido permitirse un coche mejor y desde el día anterior todavía no se había comprado un SUV con el dinero del seguro. Para Angela eso

demostraba su teoría de que el terapeuta pretendía abandonar el país.

Schniedel Castro espetó:

—¡No te acerques a Nele!

Angela corrió hasta su Ape, abrió la puerta, se puso al volante y, pese a la gravedad de la situación, se alegró de poder conducir el vehículo por fin. Justo cuando iba a pisar el acelerador, el exhibicionista abrió la puerta lateral y le preguntó:

—¿Necesita ayuda?

—¡No pacharán! —exclamó Angela, repitiendo las mismas palabras que Schniedel Castro le había dicho que gritase en caso de peligro inminente.

—¡Soy todo suyo!

Antes de que la excanciller pudiera decir algo, Schniedel se acomodó a su lado. Angela constató con alivio que debajo de la bandera el hombre llevaba un calzoncillo en el que se veía al Che Guevara con una nostálgica mirada revolucionaria. Pisó el acelerador y el Ape salió petardeando de la fábrica.

—Una vez fui por Cuba en un cacharro como este —contó Schniedel.

—Yo lo he heredado de Silvio Berlusconi.

—*Oh là là!* —exclamó, sorprendido, el exhibicionista.

Angela señaló el Ford Taunus de Fenstermacher, que no podía ir a más de treinta por hora por el adoquinado desigual, ya que el hombre no quería arriesgarse a que su desvencijada cafetera perdiese el tubo de escape, y afirmó con resolución:

—¡No se nos escapará!

Y Schniedel, entusiasmado a más no poder, vociferó como antaño Silvio en sus fiestas:

—¡Bunga bunga!

44

Posiblemente fuese la persecución más lenta de la historia universal. Probablemente solo hubiese sido más lenta si en lugar de con coches se hubiese emprendido con trenes de la Deutsche Bahn. El Ford de Fenstermacher salió traqueteando del polígono industrial y se metió por caminos vecinales que en invierno no eran transitables debido a las lluvias y en verano, como ahora, estaban resecos. El Ape iba tras él dando sacudidas y Angela aprovechó el tiempo para recabar más información sobre el caso. Siguiendo el lema «Pisar el acelerador sin dejar de preguntar».

—¿Fenstermacher acosaba a Nele?

—La ama —respondió Schniedel Castro con desdén.

—Pero ¿ella a él no?

—En efecto.

Conque, dedujo Angela, la activista no estaba con el psicólogo, sino que este se había presentado en la fábrica de pegamento para hacer un último intento de ganarse a la joven. Esta vez, como hombre rico que se había embolsado una jugosa cantidad del seguro a cambio de fingir su muerte.

—¿Ama usted a Nele?

—Desde luego que no, ¡podría ser mi hija! —exclamó Schniedel indignado—. Solo tenemos ideas políticas similares.

—¿Similares?

—La chica sabe tan poco del marxismo como yo del poscolonialismo.

—Todas las teorías tienen un enemigo común —contestó Angela.

—¿El *establishment*?

—La realidad —corrigió Angela, que durante el tiempo que había ocupado la cancillería lo había supeditado todo al pragmatismo, pero que ahora que se hallaba sumida en su crisis existencial se había visto obligada a constatar que también su pragmatismo se había estrellado contra la realidad. Quizá incluso hubiera sido más inteligente permitir alguna que otra utopía.

Tal vez no fuese demasiado tarde aún para ello, ahora que estaba jubilada.

¿Y si intentaba ser menos pragmática?

—Yo amaba a otra mujer —admitió Schniedel, de repente melancólico.

—Rosa —adivinó Angela, y se dio una palmada en la frente. De pronto comprendió que las fotografías que la mujer regordeta había colocado en los areneros de los gatos eran de Schniedel.

—¿Cómo lo sabe?

Angela no estaba segura de si debía contarle a Schniedel cómo lo sabía, ningún examante quería oír algo así, de manera que decidió no hacerlo y preguntó:

—¿Por qué se separó de ella?

—Quiere demasiado a los animales y no soporta verlos sufrir. Todos eran más importantes que yo: el macho cabrío, los nueve gatos, la oveja, incluso llegó a tener veinte hámsteres y un montón de gallinas a las que liberaron de jaulas de gallinas ponedoras... —El exhibicionista no pudo decir más, ya que algo explotó en el tubo de escape del Ford Taunus de Fenstermacher.

Angela se asustó y el Ape empezó a dar bandazos. Schniedel agarró el volante con resolución y logró enderezar el vehículo. Delante de ellos, en el camino vecinal, el tubo de escape del Ford

comenzó a arder. Se produjo otra explosión y el coche se detuvo. Fenstermacher abrió la puerta del conductor, salió deprisa del Ford y echó a correr cojeando hacia una dehesa contigua en la que pastaban vacas, a la que entró por un agujero en la valla electrificada.

Schniedel exclamó:

—¡No te me escaparás!

Y mientras Angela estaba frenando, se bajó de un salto al polvoriento camino vecinal y fue detrás del psicólogo, entró por el agujero en la valla y dejó atrás a las asombradas vacas.

Angela detuvo el Ape y siguió a los dos hombres a la dehesa. Esa persecución a pie fue asimismo una de las más lentas. Fenstermacher cojeaba, el barrigudo Schniedel jadeaba con cada paso que daba y Angela, el farolillo rojo, no daba precisamente la impresión de estar entrenando para las Olimpiadas sénior.

Los tres iban resoplando por la pradera, Schniedel cada vez acortaba más la distancia que lo separaba de Fenstermacher. Ya solo estaba a dos metros del psicólogo cuando, tras ellos, el Ford Taunus saltó por los aires.

La onda expansiva lanzó a Angela contra la hierba. Mientras caía logró ver que Schniedel se abalanzaba sobre Fenstermacher y lo derribaba. Las vacas pasaron por delante de ella, mugiendo, para ir al otro lado del prado, donde las detuvo la valla electrificada y, a falta de alternativas, se arrimaron las unas a las otras para reconfortarse. Angela tenía la cabeza como un bombo, pero así y todo se levantó, echó una ojeada al Ford en llamas y vio con alivio que el Ape estaba tan lejos de él que no corría peligro de que el fuego pudiera alcanzarlo. Después se volvió hacia Fenstermacher, en cuya barriga estaba sentado Schniedel Castro prácticamente

desnudo. Seguro que el psicólogo no imaginaba que su mortífero plan tendría ese desenlace.

Angela se sacudió la americana verde y el pantalón negro y echó a andar hacia los dos. Cuando se acercó a los hombres, Schniedel bajó rodando a la hierba y observó mientras jadeaba:

—Tengo... que... hacer... más... marchas largas... como Mao...

—Señor Fenstermacher, fingió usted su propia muerte —dijo Angela al psicólogo, que a todas luces se había quedado sin fuerzas.

—Sí... —confesó Fenstermacher, pues difícilmente podía desmentirlo.

—Para cobrar el dinero del seguro.

—Sí... —afirmó una vez más.

—Y para empezar una nueva vida.

—No podía más.

—¿No podía usted más?

—Día tras día, hora tras hora, no hacía más que escuchar las deprimentes historias de mis pacientes. —El terapeuta se mesó el poco pelo que tenía. Angela podía imaginarse lo agobiante que sería —. Acudían a mí con los problemas más singulares.

Angela tuvo la impresión de que la había pillado: el abatimiento que sentía desde que había escrito su autobiografía tampoco es que fuese un desafío habitual para un psicólogo.

—Y no es posible ayudarlos a todos.

—¿No? —dijo Angela sorprendida.

—Porque en realidad la gente no quiere esa ayuda.

¡Menuda tontería! Ella, por ejemplo, quería ayuda. ¿O quizá inconscientemente no?

—Pero hizo progresos con Hiltrud y con Paul, el mimo. Yo estaba presente cuando usted se alegró por ello en la sesión en grupo.

—Sin embargo, a la hora siguiente habrían sufrido las recaídas de siempre. Seguro que Hiltrud no habría tardado en volver a llamar a la homeópata.

Angela no dijo que Hiltrud incluso había ido a ver a la homeópata. Era irrelevante para demostrar la culpabilidad de Fenstermacher.

—Nadie quiere dejarse ayudar de verdad.

Angela no quería seguir pensando si eso también era así en su caso, de modo que se concentró en su investigación:

—Usted mismo colocó los explosivos en su casa flotante.

El psicólogo asintió.

—Hiltrud, por su parte, hizo el seguro de vida bastante antes.

El hombre asintió de nuevo.

—Y como era un testigo, Hiltrud tenía que morir.

—¿Usted... —el terapeuta se quedó mirando a Angela con los ojos muy abiertos— usted cree que yo la maté?

—Después de cometer el asesinato, usted mismo transfirió el dinero online desde el ordenador de Hiltrud.

—Eso sí...

—Y sabía cuál era la contraseña porque se aprovechó de la soledad y la desesperación de Hiltrud.

Consciente de su culpabilidad, Fenstermacher guardó silencio.

—Puesto que era su terapeuta, sabía perfectamente qué teclas tenía que tocar para influir en ella.

Fenstermacher desvió la vista hacia un lado. Parecía avergonzado.

—¡Le pegó un tiro a Hiltrud!

Al psicólogo se le saltaron las lágrimas y Angela interpretó que se disponía a confesar, pero Fenstermacher gimoteó:

—De verdad que no fui yo.

—Ya —terció con un suspiro Schniedel, que estaba en la hierba, a su lado—. Y entonces, ¿quién se supone que fue?

—Yo se lo puedo decir —repuso el terapeuta, que pareció recomponerse un poco. Se levantó, estaba a unos dos metros de Angela, tembloroso. Ella contaba con que le endilgaría una trola y acusaría a uno de los integrantes del grupo de terapia, una trampa en la que ella, naturalmente, no caería—. A Hiltrud la mató... —empezó Fenstermacher, pero no pudo seguir.

Se oyó un disparo. Como salido de la nada. El psicólogo se desplomó en el sitio.

Al otro lado de la dehesa, las vacas se separaron y comenzaron a dar vueltas espantadas.

En medio del caos, Angela intentó ver dónde se encontraba el tirador. Se oyó otro disparo.

Angela notó que la bala le pasaba rozando el cabello. Miró febrilmente a su alrededor para localizar al tirador. De repente Schniedel, que seguía en el suelo, le tiró de las piernas y la hizo caer...

... sobre su barriga.

Ahora se hallaban nariz contra nariz. Hacía décadas que Angela no estaba tan cerca —físicamente— de un hombre, salvo Achim, desde luego. Y podría muy bien haber pasado sin ello. Sin embargo, agradecía que Schniedel la hubiese apartado de la línea de fuego. Sobre todo cuando más balas pasaron volando a un metro y medio por encima de ellos.

Angela tenía el corazón en la garganta. Y desbocado. También notaba el palpitar del corazón de Schniedel, que de puro miedo parecía querer salírsele del pecho, como si fuese el alien de la película del mismo nombre. Angela se había visto obligada a verla con Marie. Por algún motivo que sin duda a más de un psicólogo le habría parecido muy interesante, su amiga dormía mejor después de ver películas de terror.

Después de seis disparos en total, Angela y Schniedel oyeron un clac.

—Se ha quedado sin balas —dijo el exhibicionista.

—Bien —contestó Angela, que fue a levantarse para ver quién era el tirador.

Sin embargo, Schniedel se lo impidió:

—Una pistola se puede volver a cargar.

Angela hizo un gesto afirmativo y se quedó donde estaba.

Un segundo.

Dos.

Después del tercero, corrió el riesgo y se puso de pie. Miró deprisa hacia todas partes, pero solo vio las vacas, que estaban más apretujadas aún en un rincón de la pradera; el Ford Taunus prácticamente calcinado; el Ape; el camino vecinal desierto, y el bosque que se alzaba tras la dehesa, donde con toda probabilidad hubiese desaparecido el autor de los disparos. A continuación, miró a Fenstermacher, al que en ese momento Schniedel estaba tomando el pulso.

—¿Está muerto?

—Y bien muerto.

Angela observó al terapeuta: era culpable de estafar al seguro, pero a todas luces no del asesinato de Hiltrud.

¿Quién era el asesino, pues?

¿Werner, el ciudadano cabreado?

¿Rosa, la amante de los gatos?

¿Nele, la activista medioambiental?

¿Paul, el mimo?

Y ¿cuál era el motivo?

El dinero del seguro no podía ser, porque se lo había embolsado Fenstermacher.

Entonces, ¿era otro de los motivos habituales por los que se cometían crímenes? ¿Amor? ¿Celos? ¿Odio?

¿U otro no tan habitual?

¿Uno incluso extraordinario?

A fin de cuentas, se trataba de los sospechosos más poco comunes con los que Angela había tenido que vérselas.

No tenía la respuesta a esas preguntas. Ni siquiera sabía por dónde debía seguir investigando. Volvía a partir completamente de cero.

45

El comisario Hannemann, con el nuevo peinado arruinado por el sudor, se hallaba junto a Angela y, tras mirar al difunto Fenstermacher, farfulló:

—Pobre diablo.

Sus palabras parecieron duras, pero Angela percibió en ellas una pizca de compasión que jamás habría esperado de él. Al fondo, agentes de policía aseguraban los restos del Ford Taunus y los paramédicos preparaban una camilla y una bolsa para cadáveres para trasladar el cuerpo. Después de que Angela llamara a la policía, Schniedel Castro no había tardado en esfumarse; no era amigo de la autoridad y, además, estaba firmemente convencido de que lo meterían en la cárcel si lo encontraban cerca de un cadáver. De modo que a Angela le faltaba el único testigo que podría haberle confirmado a Hannemann que no había sido ella la que había efectuado los disparos.

El comisario ya le había puesto las esposas, y ella ni siquiera podía reprochárselo; muchos policías habrían hecho lo mismo de haber estado en su lugar.

A fin de cuentas, se había saltado el arresto domiciliario y la habían encontrado por segunda vez junto a una persona a la que habían disparado. En esta ocasión, sin embargo, al menos no tenía una pistola en la mano.

Achim y Mike, en cambio, estaban esperando delante de la fábrica, como le había contado Achim por teléfono antes de que

Hannemann le quitase el móvil, a que llegara el taxista de Klein-Freudenstadt, que en ese momento estaba llevando a la señora Kunze-Kuntze, que se negaba a seguir confiando en los autobuses públicos, a la cita que había concertado de nuevo con el proctólogo en Templin.

Achim y Mike no tenían ninguna alternativa: Marie no tenía ni coche ni carné de conducir. Y, con el pie herido, Mike no podría haber montado en el tándem de su padre.

—Echaré de menos a Fenstermacher —comentó Hannemann mientras miraba el cuerpo por última vez.

—¿En serio? —Angela no se podía creer que al comisario pudiera importarle otra persona.

—En su día, fue mi terapeuta.

Eso lo sabía Angela, que se había tropezado con la historia clínica de Hannemann en el despacho revuelto. Quién había dejado la estancia en tan terrible estado era algo que la excanciller seguía sin poder explicarse.

—¿Alguna vez le he contado que antes yo era un buen comisario, bueno de verdad? —preguntó Hannemann a Angela.

Ella se quedó doblemente perpleja: por un lado, porque Hannemann de pronto parecía frágil, y, por otro, porque hablaba en pasado. Cuando ese tipo siempre se creía el mejor.

—De joven, en Hannover, era todo un fenómeno.

¿Había habido un tiempo en el que Hannemann no era un policía de provincias?

—Hasta que me apartaron de un caso de asesinato.

—¿Qué pasó?

—En un circo que estaba en ese momento en la ciudad, mataron a martillazos en la pista al malabarista dos horas después de que

finalizara la función vespertina, pero no logramos descubrir ninguna huella en la arena de la pista.

—Parece misterioso.

—Los sospechosos eran, por una parte, la mujer del malabarista, que era domadora de animales, y, por otra, su amante, el payaso del circo. Pero cuando se cometió el crimen, varios testigos los vieron a los dos en un cine, viendo *Titanic*. Era un auténtico misterio, nadie más tenía un motivo para matarlo, solo ellos dos.

—¿Y lo apartaron al no resolver usted el caso? —Angela no se lo podía creer. A fin de cuentas, había un sinfín de crímenes sin esclarecer en el mundo.

—Lo resolví.

—¿Pero?

—Nadie se creyó mi teoría.

—¿Que era...?

—La mujer domaba elefantes, tigres y monos en el circo.

—¿Y?

—Enseñó a uno de los monos a matar a su marido a martillazos en la pista mientras, a varios kilómetros de distancia, ella veía con su amante cómo DiCaprio se hundía en el Atlántico. Y no se encontró ninguna huella en la arena de la pista del circo porque el mono asestó los martillazos desde el trapecio.

Angela escudriñó a Hannemann. No estaba segura de si su teoría era descabellada o genial.

—Mis superiores pensaron que estaba chiflado.

—Y por eso lo apartaron.

—Eso fue cuando hablé con la prensa.

—¿Les contó usted su teoría?

—Fue mi Titanic personal. Me convertí en el hazmerreír de toda la ciudad y en los periódicos me llamaban el «poli macaco».

Hannemann se sacó un recorte de periódico de la cartera y se lo enseñó a Angela. En la fotografía se veía a un hombre joven y muy apuesto, atlético, en el ecuador de la treintena, que iba pulcramente vestido con traje y corbata y llevaba el pelo con una raya al lado perfecta. Casi no se podía creer, pensó Angela, que ese hombre y Hannemann fuesen la misma persona. La burla y la mofa, y la certeza de que nadie lo creía, habían hundido de tal modo al hombre que había permitido que lo trasladaran a la provincia y se había echado a perder. Los casos que Angela había resuelto y que él hacía pasar por éxitos propios habían sido su oportunidad para volver a estar en el candelero. Hannemann se guardó el recorte en la cartera, miró de nuevo el cuerpo y preguntó:

—¿Qué le contó acerca de mi relación con usted?

—¿Hablaba con él de mí? —preguntó Angela con asombro.

—Desde que se instaló usted aquí, para mí todo se ha vuelto aún peor.

Angela jamás habría creído posible que pudiera causar semejante inseguridad a ese hombre.

—Opinaba que en mi próximo caso debería trabajar con usted y compartir con usted el éxito.

Conque Fenstermacher sabía que ella investigaba crímenes. ¿Acaso su presencia en el grupo de terapia lo había instado a poner en práctica su plan antes de lo que pensaba? Posiblemente ya no podría saberlo.

—Y ¿qué le dijo usted a Fenstermacher?

—Dejé de ir a terapia.

Quizá el finado tuviese razón al decir que los pacientes en realidad no querían dejarse ayudar.

—No creo que sea usted la asesina —añadió Hannemann.

Por un instante, Angela se quedó perpleja.

—Pues entonces quíteme las esposas —pidió al cabo.

—No. Hasta que tenga las huellas dactilares de la primera arma, se quedará en una celda. Pero por ahora no informaré a mis superiores. Y también ordenaré a mis compañeros que no revelen nada a nadie, para que no aparezca la prensa.

—Entonces, ¿no quiere usted titulares?

—Ya fui el poli macaco una vez, no es preciso que además sea el poli macaco que acusó en falso de un doble asesinato a la excanciller.

Angela comprendió que más burla y malicia hundirían del todo al hombre. Se compadeció de él, algo que la sorprendió incluso a ella misma, y dijo:

—Si resuelvo el caso, puede hacerlo pasar otra vez por un éxito suyo.

Hannemann sonrió:

—En honor a Fenstermacher, quizá deberíamos investigar juntos.

Angela sonrió a su vez y repuso:

—Eso sí que sería una novedad.

Tal vez fuese una de las utopías más bellas: dos enemigos trabajando juntos.

Hannemann se alegró:

—Seremos Sherlock Hannemann y...

—... por favor, no diga Angela Watson.

—No, no, nunca la vería como Watson.

—Bien.

—Usted es la señora Hudson.

—¡Pero si es el ama de llaves de Holmes! —exclamó Angela indignada.

—Pues yo creo que encaja. Me traerá el té mientras yo pienso. Aunque prefiero café. Solo. A ser posible, que lleve cinco horas en la

placa calentadora, tiene que hacer que a uno le arda el esófago, y me gusta acompañarlo de una buena tableta de chocolate con leche, nada de esas modernidades con chile ni cosas por el estilo, ¿quién inventa esas cosas? Me refiero a que a las especias no se les ha perdido nada en el chocolate, como tampoco se pone chocolate en la salsa de curri de las salchichas...

Y Hannemann siguió hablando sin cesar, a tontas y a locas, hasta que encerró a Angela en la única celda de la comisaría de Klein-Freudenstadt y la utopía pasaba a convertirse, desde hacía un buen rato, en una distopía.

46

Era el día de trabajo más deprimente de la vida de Mike, que no andaba falto precisamente de días de trabajo deprimentes, sobre todo desde que estaba al servicio de la señora Merkel. Se hallaba tendido en una *chaise longue* en el vestíbulo del castillo. A las habitaciones que ocupaba Marie arriba no podía subir con el pie herido, que para entonces se le había hinchado como un globo. Mike se reprochaba no haber acudido en ayuda de su jefa cuando emprendió la persecución. Ni cuando le dispararon. Y ahora tampoco podía hacer nada. Y no solo debido al pie, que todavía no había visto ningún médico: Mike no quería ir al hospital, estaba demasiado lejos del lugar de los hechos, y con el ortopeda de Klein-Freudenstadt, como lo informó el auxiliar, a un paciente de la Seguridad Social como Mike no le darían cita hasta dentro de tres semanas. No, tampoco estaba con la señora Merkel porque esta le había dado órdenes estrictas a su marido por teléfono de que no fuera a verla nadie a la comisaría. Supuestamente, porque quería aprovechar la noche para pensar con calma en el caso, pero el señor Sauer creía que la crisis existencial en la que estaba sumida su mujer se había recrudecido. El preocupado marido caminaba arriba y abajo delante de Mike en el vestíbulo mientras mascullaba cosas como: «Por lo menos está a salvo», «El tirador no podrá protegerse de mí» e «Incompetencia, tu nombre es Hannemann».

La señora Merkel tampoco había querido llamar a su abogado a Berlín, porque no quería de ninguna manera que se corriera la voz

sobre su detención en la capital. Cuando Achim le había señalado el secreto profesional al que estaban obligados los abogados, ella se había limitado a reírse y contestar que en la burbuja berlinesa el deseo de chismorrear vencía a todos los juramentos sagrados.

Así que Mike oía alternativamente las palabras airadas del señor Sauer, los latidos de su pie y los jadeos de Putin, que en ese momento se estaba persiguiendo su casi inexistente rabo. El perro estaba acelerado porque notaba el nerviosismo de todos los que se encontraban allí. Marie, que bajaba a toda prisa la gran escalera de caracol con una bolsa fría, exclamó:

—Ya va siendo hora de que vayas al hospital.

—Pero estaré demasiado lejos de la señora Merkel.

—De todas formas, no podrás hacer nada por Angela. ¿O quieres organizar una fuga de la cárcel desde la cama del hospital? —contestó Marie, y le puso la bolsa fría en su pie hinchado.

—Eso sería divertido —dijo Caro, la madre de Mike, entrando por la puerta, que estaba abierta. Llevaba una chaqueta de punto con los colores del arcoíris y un pantalón vaquero teñido de naranja, con lo que aportó mucho colorido al castillo.

—Por favor, no me digas que papá y tú cuando erais jóvenes ayudasteis en una fuga.

—Pues claro que no, ¿tú por quiénes nos tomas?

Después de todo lo que había oído esos dos últimos días, Mike prefería no contestar a esa pregunta.

—A lo sumo, planeamos una.

—¿Planeasteis una fuga?

—Pretendíamos liberar a unos amigos nuestros de la comisaría de Gorleben, donde estaban en prisión preventiva. Eran sospechosos de querer sabotear las vías de trenes que transportaban residuos nucleares.

—¿Y querían hacerlo?

—No.

—Entonces, su detención era ilegal. —Mike también era capaz de acalorarse por injusticias sucedidas hacía décadas.

—No del todo.

—¿No del todo?

—Nuestros amigos estaban empeñados en cortar la catenaria del tren.

—¿Y queríais liberar a semejantes personas?

—De lo contrario, no podrían haber cortado la catenaria.

—Menos mal que solo planeasteis su fuga.

—Habría sido mejor que lo hubiésemos hecho.

—¿Por qué?

—Porque después tu padre probó suerte con la catenaria y se cayó del poste.

Mike volvió a tener dolor de cabeza.

—Así que tuve que hacerlo yo.

Ahora la cabeza le dolía más que el pie. Sus padres eran las únicas personas del mundo que resultaban más agotadoras aún que la señora Merkel.

—No me habría caído —metió baza Lutz, su padre, que en ese momento estaba entrando en el vestíbulo por la puerta principal— si no me hubieras puesto de los nervios todo el tiempo con tus risas.

—Fuiste tú el que quiso que nos fumáramos un buen porro antes.

Todo eso era demasiado para la cabeza de Mike.

—¡Y tú me pusiste los cuernos! —exclamó Lutz furioso.

Más que demasiado.

—¡No es verdad! —se defendió Caro.

—No parabas de hacerle ojitos a Wolfgang. ¡Y él a ti! Y después te fuiste a por leña al bosque con él y tardasteis una hora. ¿Tú crees

que me chupo el dedo?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo! ¡No pasó nada! Solo son imaginaciones tuyas.

—¡Y ahora te marchas a practicar sexo a un *ashram*!

—¡Y ahora tú estás con una que tiene el pelo como un nido de pájaro!

—¡Y yo no os aguanto más! —soltó Mike.

Sus dos progenitores lo miraron horrorizados.

Achim dejó de ir arriba y abajo. Marie dejó de presionar con la bolsa fría en el pie de Mike. Y Putin dejó de perseguirse el rabillo y se metió debajo de la *chaise longue*.

Incluso Mike estaba asustado consigo mismo. Nunca les había gritado a sus padres. Ni siquiera durante la pubertad. Por muy locos que estuvieran, siempre los había querido. Los quería incluso ahora. Por eso también le dolía tanto que ya no estuvieran juntos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Caro con cautela.

—Tiene un pie hecho polvo y pega gritos, ¡pues claro que no se encuentra bien! —espetó Lutz.

—Desde luego, no se puede ser más empático —se lamentó Caro.

—Ya lo creo que no.

—Por eso ya no eras capaz de decirme que me querías.

—¿Cuál de nosotros dos se largó? Ayer intenté cogerte la mano.

—¡Estás con la pelandusca del pelo como un nido de pájaro!

—¡Callaos de una vez! —bramó Mike.

En el vestíbulo, se podría haber oído caer una aguja al suelo. Pero como no cayó ninguna aguja, lo único que se oyó fue el tableteo de las ventosidades que Putin se tiraba debido al estrés, que hacían que el aire ya de por sí viciado se viciara un poco más.

—¡Tú quieres a papá! —vociferó Mike—. ¡Y tú quieres a mamá! Y si no sois capaces de arreglar esto, me da lo mismo.

Mike analizó lo que había dicho y se paró a pensar si de verdad le daba lo mismo. En ese momento, sí, pero intuía que dejaría de serle indiferente cuando se le hubiese pasado el enfado. Aprovechó el empuje que le daba la rabia y siguió gritando:

—¡Y o lo admitís ahora mismo o no quiero veros en mi boda!

Caro y Lutz se miraron como dos niños pequeños que hubiesen hecho de las suyas. Estuvieron así, frente a frente, un buen rato, en un silencio que solo era interrumpido ocasionalmente por el tableteo de Putin. Al cabo, Caro le tendió la mano a su marido, que se la cogió. Y así permanecieron.

«Funciona», pensó Mike.

A continuación, Lutz atrajo a su mujer y le dijo:

—Te quiero.

La ira de Mike disminuyó.

Sus padres se abrazaron.

El guardaespaldas se emocionó de mala manera. Y llegó a la conclusión: cuanto mayores se hacen los padres, tanto más hay que regañarlos.

Lutz y Caro se besaron. Y se besaron. Y se besaron. Hasta que, dejándose arrastrar por la pasión, la mano de Lutz desapareció bajo la chaqueta de punto de Caro y Mike dijo con severidad:

—Id a un hotel.

Sus padres no pudieron evitar reírse.

Y Caro dijo a su hijo:

—No hace falta un hotel, el amor se puede hacer en todas partes. Una vez, en el Museo del Prado, en Madrid...

—Os lo vuelvo a decir: es demasiado.

—Yo tengo una pregunta —intervino ahora Achim.

—No, no fuimos al aseo, eso solo lo hicimos en el vuelo de ida y el de vuelta de Nicaragua...

—¡Mamá!

—No era eso lo que quería saber —objetó Achim.

—¿Tiene que ver con hacer yoga desnuda en el bosque?

—¡¡¡Mamá!!!

—Hace un momento han dicho que saben planear fugas, ¿no? —Achim no se dejó confundir.

—Sí.

—Pues entonces, ¡saquemos a mi mujer de la cárcel!

—Con mucho gusto —respondieron al unísono Caro y Lutz.

—Estoy rodeado de locos —se lamentó Mike.

Marie se rio.

—Eres hijo de dos locos y buen amigo de otros dos.

Su risa desarmaba de tal forma que Mike no pudo evitar alegrarse en silencio de que tuviera unos padres a los que quería y que se querían, y de que ciertamente pudiese considerar amigos al matrimonio Merkel-Sauer. Pero lo mejor de todo era que iba a poder casarse con esa mujer que tenía esa risa tan maravillosa. Conque quizá ese no fuera el día más deprimente de su vida profesional.

47

Angela se hallaba a solas en la única celda de la comisaría de Klein-Freudenstadt, que habría que enseñar a la redacción del diccionario de la Academia de la Lengua para que recogiese no solo la palabra *poligonillo*, sino también *comisarilla*, o para que al menos incluyese una edición especial para lugares pequeños en el este de Alemania.

Por otro lado, eran muchas las personas que ya no consultaban el diccionario, ya fuesen defensores del lenguaje inclusivo o detractores del lenguaje inclusivo o adolescentes, que leían el 98,3 por ciento de las noticias en el móvil. Por eso los profesores, que aún creían en algo tan anticuado como la puntuación, se daban de cabezazos contra la mesa regularmente de pura desesperación.

Angela nunca tendría que compartir la celda con delincuentes de verdad como un integrante de una banda de ladrones, no tanto porque Hannemann no quisiera exigirle tal cosa como porque nunca atrapaba a rateros o ladrones. Y puesto que ese era el día de descanso del bar Zum sehr blauen Bock, tampoco había ningún peligro de que el dueño, que era su mejor cliente, le hiciese compañía en la celda mientras se le pasaba la borrachera.

Schniedel Castro, con su bandera de Cuba y su calzoncillo del Che Guevara, tampoco estaba con ella, cosa de la que se alegraba de verdad. A Hannemann no le había mencionado la presencia del exhibicionista en la dehesa, ya que quería proteger a la persona que la había ayudado, que temía, y con razón, que lo encarcelasen. Schniedel no era el asesino. Y sin embargo...

... sin embargo, era un tanto curioso que ese tipo se cruzara constantemente en su camino en ese caso.

En el resto de la comisaría tampoco había un alma. Los agentes ya habían terminado su jornada y el comisario Hannemann se había despedido hacía una hora para irse a su casa. Poco antes de marcharse, Angela le preguntó si en su casa podría pensar mejor en lo que pretendía hacer con ella al día siguiente. Él le contestó: «Primero veré la semifinal de la Copa de Alemania, después dormiré y mañana tendré una idea. Porque las mejores se me ocurren mientras duermo».

Angela logró morderse la lengua a tiempo para no decir: «Desde luego, bajo la ducha no suele ser».

Por lo menos Hannemann le había dado algo de comer y de beber. Incluso estaba medianamente contenta con las tres tabletas de chocolate barato, aunque no constituyesen precisamente una alimentación equilibrada. Pero, como rezaba el refrán: «A falta de pan, bueno es el chocolate de marca blanca». De beber, Hannemann le llevó un café de la comisaría que llevaba en la placa calentadora desde el día anterior, en un termo que al parecer no había visto nunca un cepillo por dentro. El brebaje olía a ácido de batería, seguro que en el lejano Oeste se podía embrear a delincuentes con él para, a continuación, emplumarlos y pasearlos por Lynchburg.

Angela se sorprendió preocupándose un poco por el tontaina de Hannemann: como tomase varias tazas de ese café al día, no tendría que inquietarse por si más adelante le alcanzaría con su pensión de funcionario.

Dejó el termo en el suelo —a falta de pan, ni siquiera en caso de extrema necesidad sería bueno ese brebaje—, se comió el chocolate barato y empezó a cavilar sobre el caso: Fenstermacher había muerto. Su asesino, que con toda seguridad también tenía a Hiltrud

en su conciencia, aún estaba en libertad. ¿Por qué había querido alguien matarlos?

Tal vez porque le enfurecía que el terapeuta y la corredora de seguros hubieran simulado la muerte del primero y les daba lo mismo el dolor que pudieran infligir con ello al asesino.

Esa teoría no valdría para Nele, puesto que a todas luces Fenstermacher la acosaba. Y Paul, el mimo, al parecer estaba celoso del psicólogo. Así que probablemente no lo echara mucho de menos. Werner Ciudadano Cabreado, cuyo suicidio había querido impedir Fenstermacher quitándole la pistola, era mejor candidato. ¿Se había vengado del terapeuta porque primero le prometió ayuda pero en el momento decisivo lo dejó solo? Esa idea no era tan descabellada. Además, era la pistola de Werner la que Angela había encontrado en el rododendro del jardín de Hiltrud.

Y ¿qué había de Rosa?

Fenstermacher la había utilizado para que le financiase la casa flotante, la misma que él había hecho saltar por los aires para fingir su suicidio. Seguro que eso le dolía, quizá incluso odiase al psicólogo y también a Hiltrud. Además, resultaba curioso que el ex de Rosa, Schniedel Castro, apareciese constantemente. No solo durante la persecución, sino también en la casa de Hiltrud después de que Fenstermacher efectuara la transferencia online y poco antes de que se presentara Mike y el exhibicionista por así decirlo se diese a la fuga.

Werner Ciudadano Cabreado o Rosa con ayuda de Schniedel Castro, su ex: es probable que uno de esos dos fuese el asesino.

A no ser que el móvil fuese otro.

Pero, por el amor de Dios, ¿cuál podía ser?

Angela decidió tomarse ahora el café para aumentar un poco las revoluciones de sus neuronas. Echó mano del termo y lo abrió. La

peste amarga le subió por la nariz. No tenía miedo de que hubiese gérmenes nocivos en ese termo que no se había fregado nunca, puesto que seguro que el brebaje había matado todos los agentes patógenos. Quizá se pudiera utilizar en hospitales para aniquilar bacterias resistentes a los antibióticos. Pero, por muy repugnante que pareciese la bebida, al menos era café. Y además del subidón de azúcar que le había dado el chocolate, Angela ahora lo necesitaba para conseguir algún avance en la investigación de esos asesinatos. Se llenó el vaso del termo y se lo acercó a la boca cuando...

... oyó que alguien intentaba abrir la puerta de la comisaría.

¿Hannemann tal vez, que quería hablar con ella de nuevo?

Angela dejó en el suelo el vaso y el termo y aguzó el oído. No daba la impresión de que estuviesen introduciendo una llave en la cerradura. La puerta crujía y chasqueaba. ¡Alguien estaba intentando forzarla!

Hannemann ni siquiera haría algo así aunque hubiese perdido la llave. Lo vería como una señal para permitirse un descansito en el bar mientras esperaba a que llegase el cerrajero, que a su vez necesitaría bastante tiempo para venir desde Templin y, antes incluso de que hubiese realizado su trabajo, le daría al comisario tal sablazo por abrir la puerta que la Asociación de Contribuyentes pondría el grito en el cielo.

Angela oyó que la puerta cedía y la alarma saltaba. La cuestión era cuánto tiempo tardaría en reaccionar alguien. Posiblemente mucho, Hannemann y sus agentes de provincias no solían darse lo que se dice prisa para ponerse en peligro. De manera que Angela estaba a solas con el ladrón.

Pero ¿qué había de valor en una comisaría?

Ordenadores de hacía treinta años, impresoras que no funcionaban —Angela incluso había descubierto en una de las mesas

una impresora de nueve agujas— y un fax que solo era posible que necesitaran las autoridades alemanas y del que se partirían de risa funcionarios de la tecnológicamente avanzada Estonia si fuesen lo bastante mayores para reconocer dicho aparato.

No, no podrían interesarle a un ladrón esos aparatos. Lo único de valor en la comisaría era...

... ella.

48

Tenía que ser, por fuerza, el asesino.

¡Y ella se hallaba entre rejas!

La alarma seguía berreando.

Y a Angela le entraron ganas de berrear con ella.

Oyó que se acercaban pasos desde la antesala, que iban hacia el pasillo en el que se encontraba la celda.

Parecían varias personas.

¿Sería toda una banda de asesinos?

¿Cómo podía defenderse?

¡Con el termo de café!

Aunque el café ya no estaba lo bastante caliente para causar quemaduras importantes, sí sería un arma de distracción. Se lo arrojaría a la cara al líder y luego...

... y luego, ¿qué?

Luego seguiría habiendo más delincuentes que, sin duda, no sentirían mucha simpatía por ella.

La puerta del pasillo se abrió y entraron cuatro bultos.

Iban vestidos de negro y llevaban sendos pasamontañas de esquí asimismo negros.

Angela cogió el termo, ya que el café era lo único que tenía para al menos plantar cara de alguna manera a los intrusos en lugar de abandonarse pasivamente a su suerte. Justo cuando el primer bulto se acercó a los barrotes de la celda, ella levantó el brazo y le lanzó el brebaje a la cara.

La persona —que, a juzgar por la voz, era un hombre— gritó:

—¡Aaah!

Una voz de mujer que a Angela le resultaba familiar, pero que, debido al pasamontañas, no supo identificar, exclamó:

—¿Se puede saber por qué ha hecho eso?

—¡No pienso dejar que me maten!

—¿Quién ha dicho nada de matar? —soltó otra voz de mujer que a Angela también le sonaba.

—¡Hemos venido a liberarla! —gruñó la primera mujer mientras ayudaba al hombre al que Angela había arrojado el café a quitarse el pasamontañas mojado.

—Tenemos que hablar —afirmó la cuarta persona, otro hombre, que se plantó delante de Angela y se quitó la máscara.

¡Angela lo reconoció en el acto!

Y ahora también sabía quiénes eran las otras tres personas vestidas de negro.

Delante tenía a Werner Ciudadano Cabreado. Y a su lado se hallaban Rosa, Paul, el mimo y Nele.

—¿Quieren... liberarme? —preguntó Angela sorprendida a más no poder, mientras Werner cogía la llave de la celda de un estante que estaba en la pared de enfrente.

—Y después nos contará por qué mató usted a nuestro querido Didi —apuntó la regordeta Rosa (Angela jamás habría creído que la mujer se vestiría alguna vez de negro) con voz temblorosa a causa de la ira y la pena que sentía.

—Y a Hiltrud —añadió Werner—, aunque a ella no la quisiéramos.

—Y luego decidiremos qué hacemos con usted —amenazó Nele.

Angela solo podía confiar en que con esas palabras la activista medioambiental quisiera decir que los cuatro la pondrían de nuevo en manos de la policía. Pero, viendo la cara de furia con que la

miraban todos, no estaba muy segura de que no prefiriesen tomarse la justicia por su mano. Como en su día los ciudadanos de Lynchburg del lejano Oeste.

49

En el pequeño apartamento, cuyas habitaciones ocupaban en su día los criados del castillo, Marie había metido en la cama a su hijo, se había ido a la sala de estar y había encendido una vela aromática de coco, vainilla y canela. Solo la sacaba del armario cuando Mike no estaba, porque el olor hacía que le entrasen ganas de comer dulce.

El prometido y pronto marido de Marie iba camino de la cárcel con sus padres y Achim. A falta de muletas, Marie le había dado un bastón de más de cien años del barón y general en la Primera Guerra Mundial Sigmund von Baugenwitz. Sigmund había golpeado con él en el puntiagudo casco coracero prusiano al káiser Guillermo II, enfurecido por las incompetentes órdenes que daba este. Justo después destinaron al aristócrata a una nueva zona de operaciones: una trinchera en Verdún. Como mensajero entre trincheras, su carrera tuvo un final rápido.

En realidad, Mike quería disuadir a los otros tres de la demencial idea de la «fuga», pero Marie se imaginó que acabaría yendo con ellos. Durante todos los años que llevaba al servicio de Angela, su lealtad siempre había estado con las personas a las que quería. Precisamente eso era lo que hacía que Mike fuese un hombre tan maravilloso.

En su sillón preferido, que era de la época de la RDA, cuando el castillo albergaba un orfanato, Marie cogió las carpetas de los pacientes que había sacado del despacho de Fenstermacher y primero había llevado a Angela y después a su casa. En un primer

momento le había parecido que estaba mal leerlas, pero ahora, dado que Angela se hallaba en la cárcel y ya se habían cometido dos asesinatos, Marie pensó que el fin justificaba los medios. Con su lectura averiguó más de lo que le habría gustado de los integrantes del grupo de terapia de Angela. Descubrió indicios de que muchos de ellos, en determinadas circunstancias, eran capaces de recurrir a la violencia: Werner Ciudadano Cabreado, cuya pena incontenible se había transformado en ira; el mimo, al que Fenstermacher consideraba un candidato profundamente traumatizado, puesto que se negaba a hablar, y también Nele, cuya desesperada lucha contra el cambio climático podía tornarse en violencia en cualquier momento. Y eso que a Marie la última teoría le sonaba más bien a propaganda para desacreditar a los activistas medioambientales metiéndolos en el mismo saco que la RAF, la Fracción del Ejército Rojo. La historia clínica de Rosa no la tenía en el regazo, ya que la amante de los gatos se la había llevado a su casa cuando Marie estaba con ella en el despacho del psicólogo. ¿Acaso no convertía ese gesto en sospechosa a esa mujer?

Por otro lado, era una amante de los animales. ¿Qué amantes de los animales eran violentos en potencia? Bueno, posiblemente los que tenían perros de pelea. Y los que tenían felinos en casa, como sabía Marie por numerosos documentales que había visto en Netflix. Viendo esos documentales, uno tenía la certeza de que a la humanidad no le hacía falta una catástrofe medioambiental para extinguirse, para ello bastaba y sobraba la clásica mezcla de estupidez y bajeza.

Como las historias clínicas eran muy abultadas, Marie las iba alternando. Era como leer en el móvil: se veía incapaz de concentrarse en algo más de uno o dos minutos. Al final a Marie se le ocurrió la idea de estudiar únicamente el informe final de

Fenstermacher. Cuando había leído las valoraciones de los dos primeros pacientes y acababa de abrir las del tercero, llamaron a la puerta. Solo podía ser Inge, que ahora era la ex de Lutz, aunque hasta el momento nadie la había puesto al corriente de ese cambio en su relación.

Marie habría preferido pasar por alto la llamada, ya que quería leer cuanto antes la valoración de Fenstermacher de la última historia clínica, pero ¿habría sido correcto dejar a la pobre mujer delante de la puerta? Lo dudaba.

Dejó lo que estaba haciendo y esperó para ver si Inge llamaba otra vez. No lo hizo, aunque, debido al delicioso olor que salía al pasillo por las rendijas de la puerta, sabría que en la habitación había alguien. Sin embargo, Inge no se marchó, de modo que Marie finalmente se decidió a decir: «Adelante».

Inge entró, llevaba el pelo a lo nido de pájaro más enmarañado aún que de costumbre. Además, no parecía alegre y rebosante de energía como de costumbre, sino muy insegura:

—¿Has visto a Lutzi-Putzi?

Marie pensó que una mentira piadosa posiblemente fuese la forma más cómoda de evitar esa conversación, pero no se le ocurrió ninguna.

—Porque queríamos leer *Raíces* junto a la chimenea.

—*¿Raíces?* —preguntó Marie.

—De Alex Haley.

Esa pista tampoco le dijo mucho a Marie.

—Va de esclavos negros.

En otras circunstancias, Marie habría mordido el reposabrazos del sillón, pero la mujer le ponía tanto empeño que se obligó a sonreír.

—A Lutzi-Putzi y a mí nos gusta leernos mutuamente cosas. Acabamos de terminar *La historia interminable*.

No parecía algo muy apasionado, aunque sí bonito. Quizá ella debiera probar a hacer algo así con Mike, aunque su amor rara vez leía. Para ser más exactos, el último libro que había leído entero, hacía tres años, había sido *Seguridad en uno mismo para dummies*, aunque no es que le hubiera servido de mucho, porque Mike seguía sin saber lo estupendo que era.

—¿Lutzi no está aquí?

Marie negó con la cabeza.

—¿Está con Caro? —probó Inge con voz temblorosa.

Marie asintió.

—La sigue queriendo. —A Inge se le quebró la voz.

Aunque no quería ser portadora de malas noticias, Marie tampoco quería mentir. No responder habría sido una cobardía y no habría sino confirmado lo que Inge se temía. Por ello, decidió contestar con un gesto afirmativo.

Inge rompió a llorar.

Marie se levantó del sillón y la abrazó. No se le ocurría ninguna palabra de consuelo, pero sí le vino espontáneamente a la cabeza una canción de un músico cuya madre era negra y cuyo padre era blanco: *«No woman, no cry...»*.

Al parecer, a Inge le gustó.

—«... Lutzi-Putzi no vale la pena...»

Pese a las lágrimas, Inge no pudo evitar soltar una risita.

—*«He stinks sometimes out of mouth...»*

Ahora Inge soltó una carcajada y cantó con ella:

—«*Yes, he does*, y de qué manera...»

Y Marie también se rio.

La canción de Bob Marley, un hombre que para muchas personas era negro y para otras blanco, unió de pronto a una mujer blanca y a una negra.

Inge tardó un tanto en separarse de Marie. Se secó las lágrimas con la manga de la blusa y dijo:

—Voy a hacer la maleta.

—¿No quieres quedarte a la boda? —De repente, Marie quería que asistiese.

—Sería como echar sal.

—¿Echar sal?

—En mis heridas. —Inge esbozó una sonrisa triste pero sin amargura.

Marie la abrazó de nuevo. Las dos mujeres, tan distintas, permanecieron así hasta que Inge se separó una vez más, le dio un beso en la húmeda mejilla y salió de la habitación.

Marie siguió con la mirada a la mujer con el pelo como un nido de pájaro, que hasta el momento le parecía irritante, y se preguntó con melancolía si, de haber sido otras las circunstancias, podrían haber sido amigas. Después cerró la puerta de la sala de estar, volvió a su sillón, se sumió en el informe final de la última historia clínica y se olvidó de Inge en el acto. Y es que, delante de sus ojos, ponía con suma claridad: «Es capaz de matar e incluso se dispone a hacerlo».

Ya no cabía la menor duda de quién había asesinado a Fenstermacher y a Hiltrud.

50

Angela jamás se habría imaginado que echaría de menos la celda en la cárcel, el chocolate de marca blanca, el café que había estado siete horas en la placa calentadora e incluso a Hannemann, pero ahora echaba todas esas cosas en falta. Sus secuestradores habían salido pitando con ella a la carretera nacional en la chillona ranchera del mimo. En un primer momento, Angela supuso que iban a casa de Rosa y se temió que le plantaran delante al gato que se llamaba Stalin para amenazarla y obligarla a hacer una confesión falsa, pero la ranchera giró para dirigirse a la fábrica de pegamento. Y ahora Angela se encontraba en la nave abandonada y saqueada por ladrones de metales. Iluminada por fluorescentes. En una vieja silla plegable. Con las manos atadas con un fular rosa. Y a su alrededor se hallaban los cuatro miembros del grupo de terapia, por los que en ese momento no era capaz de sentir mucha simpatía. Sin embargo, entendía que esas personas frágiles estuviesen tan afectadas y alteradas por la muerte de su terapeuta que hubieran decidido averiguar la verdad por su cuenta. Para aliviar aunque solo fuese un poco el terrible dolor que les producía haber perdido el único puntal que tenían en la vida. Angela lo tenía claro: uno de ellos había cometido los dos asesinatos y había puesto en contra de ella a los demás para endosarle los crímenes. El primero que empezase el interrogatorio casi con toda probabilidad sería el líder y, por tanto, el principal sospechoso.

Solo que nadie empezaba el interrogatorio.

Los secuestradores guardaban silencio.

Razón por la cual, al cabo de un rato, Angela tomó la palabra:

—Si están convencidos de que maté a Fenstermacher y a Hiltrud, ¿por qué no me dejaron en la celda y confiaron en la justicia?

—Porque su representante es Hannemann —respondió Rosa. Conque la mujer regordeta era la primera en contestar. ¿Sería también la instigadora del secuestro?

Nada más preguntárselo Angela, Werner dijo enfadado:

—Ese hombre la dejó a usted completamente sola, sin nadie que la vigilara, lo que demuestra que es tan incompetente como la mayor parte de la policía, que no es capaz de contener la delincuencia en nuestro país.

Las tornas podían cambiar así de deprisa: si antes Werner tenía al comisario por un héroe, de pronto lo despreciaba.

—Al contrario, la pasma solo protege a las grandes empresas —se sumó a su opinión Nele.

A Angela siempre le resultaba sorprendente lo habitual que era que la izquierda y la derecha, que en realidad no se podían ni ver, compartiesen el concepto de enemigo, un fenómeno que era más evidente con cada año que pasaba. Angela solo conocía un remedio contra ello: había que hacer frente a las peroratas de los radicales sin negar la realidad. De modo que contestó:

—Es posible que lo de la incompetencia sea verdad en casos individuales como Hannemann y algunos otros, pero no en el grueso de la policía.

—¡Cierre el pico! —espetó ahora, directamente cabreada, la dulce Nele.

Rosa se interpuso entre ambas, pero no para proteger a Angela:

—¿Por qué mató usted a nuestro Didi y a Hiltrud? —le preguntó. Así fue como empezó el interrogatorio la por lo demás siempre

alegre mujer que animaba a todo el mundo. ¡Conque, en efecto, era la líder!

—Puedo asegurarles que yo no he hecho tal cosa —afirmó Angela.

Para su sorpresa, sin embargo, Rosa no insistió, sino que Werner habló de nuevo:

—Vino a nuestro grupo de terapia y después se produjeron los asesinatos. Antes de que se uniera a nosotros, reinaba la paz.

—Coincidencia dista mucho de implicar causalidad.

—¿Eh? —Werner parecía atónito.

Rosa y Nele tampoco la entendieron. El mimo, cuyo maquillaje se había corrido y le había dejado una expresión grotesca que podía hacer que uno sintiera escalofríos, y que al parecer solo era capaz de proferir un sonido cuando le arrojaban a la cara un café similar a ácido de batería, una vez más formó con su cuerpo un signo de interrogación. Si la situación no hubiese sido tan seria, a Angela le habría gustado preguntarle, de broma, si también podía hacer un punto y coma. En lugar de eso, hubo de admitir que había pronunciado una de esas frases ingeniosas que el exjefe de su gabinete de prensa comentó con estas palabras: «A veces no habla usted el idioma del pueblo».

—Lo que quiero decir es que todo esto no es más que una casualidad —explicó Angela a sus secuestradores.

—Entonces, ¿también fue solo una casualidad que estuviese agazapada en el arbusto del jardín de Hiltrud? —inquirió rabioso Werner, que había monopolizado por completo el interrogatorio, algo que, en opinión de Angela, ahora lo convertía en el principal sospechoso.

—Desde luego.

—¿Y también fue solo una casualidad que estuviese empuñando mi pistola?

¿Cómo sabía él eso?

Ese hombre no estaba allí.

¿O tal vez sí?

—La pistola que robaron del cajón de la mesa del despacho de Fenstermacher —la acusó Werner, ahora con más aspereza.

Angela decidió emplear una técnica que gozaba de una gran popularidad en política cuando uno se hallaba a la defensiva, que era darle la vuelta a la tortilla sin vacilar:

—¿Cómo sabe usted que yo estaba agazapada en el arbusto?

En lugar de causar inseguridad en el hombre, como ella esperaba, Werner repuso sin más:

—¡Paul la vio!

El mimo se señaló sus ojos con los dedos índice y corazón y después apuntó con ellos a Angela, que recordó que había encontrado restos de maquillaje blanco en el rododendro. Así que Paul debía de haber estado escondido en el arbusto antes que ella. O bien justo antes de que se cometiese el asesinato u otro día: hacía ya algún tiempo que no había caído una lluvia que pudiera haber borrado el maquillaje. Sin embargo, gracias a Werner ahora estaba claro que Paul había visto desde cerca que Angela sostenía en sus manos el arma, lo que a su vez señalaba con mucha más fuerza al mimo como autor que a Werner o a Rosa. Y, por tanto, a que hubiese asesinado a Fenstermacher por celos.

Pero ¿por qué?, ¿por qué iba a matar el joven artista a Hiltrud?

Vaya, lo del móvil era un auténtico misterio.

Si no fuese científica y no estuviese tan acostumbrada a confiar en su propia inteligencia en lugar de en la ayuda divina, Angela habría pedido auxilio al Todopoderoso. En el fondo creía en Dios, lo cual no contradecía en modo alguno su visión racional del mundo. La hija de un pastor luterano y la científica que había en ella habían coincidido

hacía décadas en que, aunque la existencia de Dios no se podía demostrar, la ausencia de pruebas distaba mucho de ser prueba de la ausencia de Dios. Angela también creía en su bondad. Su autobiografía jamás se habría titulado como las memorias del famoso director de cine Werner Herzog: *Cada uno por su lado y Dios contra todos*. Pero posiblemente se viera el mundo así cuando, como Herzog, había tenido que rodar una película en la inhóspita selva peruana con el chiflado de Klaus Kinski.

—¿Por qué lo hizo? —insistió Nele.

Su idea de que el asesino se desenmascararía liderando el interrogatorio a todas luces había sido una suposición errónea. Los cuatro secuestradores estaban igual de furiosos; uno por uno, atacaban verbalmente a Angela. El autor de los crímenes no tenía ninguna necesidad de tomar la iniciativa para señalarla a ella como culpable.

—¿Díganos por qué? —continuó Nele. La dulce joven ahora estaba tan enfadada que cabría pensar que se pondría a tirar piedras de un momento a otro, no dejándose llevar por motivaciones quizá políticas como solía, sino en el sentido bíblico.

Angela no vio más solución que volver a darle la vuelta a la tortilla. No acusando a Nele de los asesinatos —con eso solo conseguiría poner más en su contra todavía a la activista—, sino con mayor sutileza:

—Dígamelo usted.

—¿Qué? —dijo Nele desconcertada.

—Dígame qué motivo podría tener yo para matar a esas dos personas.

De pronto se hizo el silencio en la fábrica de pegamento. Daba la impresión de que los cuatro secuestradores se estrujaban el cerebro. A todas luces, a ninguno de ellos se les había ocurrido eso.

¿Ni siquiera al asesino?

¡Eso era imposible!

El autor de los asesinatos debía proporcionar una teoría por la que Angela había cometido esos crímenes; de lo contrario, el intento de echarle la culpa fracasaría.

—¡Porque está usted chiflada! —espetó Werner.

—¿Esa es su explicación? —repuso Angela con una sonrisa provocadora.

—Fue a terapia, lo que significa que tiene usted un problema.

—Así es —tuvo que reconocer Angela, que, sin embargo, no quería precisar cuál era.

—¡Ahí lo tiene!

—Pero no tengo impulsos asesinos.

La respuesta pareció enfadar y confundir a partes iguales a Werner.

—¿Alguno de ustedes tiene impulsos asesinos? —preguntó Angela a los allí presentes. No era tan ingenua como para esperar que el asesino se diera a conocer ahora respondiendo: «Yo». Pero confiaba en que se delatara con alguna reacción.

—No se dice «impulsos asesinos» —apuntó Rosa para sorpresa de Angela.

—Y ¿cómo se dice?

—Deseo de matar, quizá.

—¿Deseo de matar? —repitió Angela, asombrada con la inusitada elección.

—Todos nosotros tenemos ese deseo de vez en cuando.

¿Significaba eso que el grupo había cometido los crímenes de común acuerdo? ¿Como en *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie? Angela siempre había soñado con poder investigar un caso así. Lo que no había imaginado era que sería víctima de un

secuestro y estaría a merced de los asesinos. Y que le endilgarían a ella los crímenes. A Hércules Poirot nunca le había pasado nada parecido.

—Íbamos... —empezó Rosa, pero se derrumbó acto seguido.

—¿Sí? —quiso saber Angela.

—Íbamos a ver a Didi porque... —La amiga de los animales tampoco terminó esa frase.

—¿Porque...?

—Todos acariciábamos la idea de suicidarnos.

Ese era el deseo de matar del que hablaba Rosa.

Sin embargo, Angela no sintió alivio por no tener enfrente a una banda de asesinos, por lo visto. Eso ni siquiera se le pasó por la cabeza. En su lugar la arrolló una oleada de compasión por esas cuatro personas, que parecían más frágiles que de costumbre. A todas luces, ahora estaban absortas en sus intenciones suicidas. Angela tardó un tanto en recuperar el habla:

—Entonces, ¿a veces piensan en quitarse la vida?

—¿Acaso usted no?

—No —contestó Angela, y dio gracias a Dios (y no a la ciencia) porque ni siquiera en la crisis por la que estaba pasando en ese momento se hubiese sumido nunca en ese abismo.

—Todos sufrimos mucho.

Ahora Angela sentía casi físicamente el dolor de esas cuatro personas. Aunque no solía hacerlo, le habría gustado abrazar a cada una de ellas —salvo al asesino, fuera quien fuese— y decir: «Tampoco es para tanto». Pero estaba atada a la silla. Recuperaría ese gesto de ánimo si sobrevivía a esa noche.

—Werner carga contra todo y contra todos sin orden ni concierto —continuó Rosa—. Didi fue el único que le explicó que lo hace

porque no pudo impedir la muerte del gran amor de su vida. Desde que se enfrenta a su dolor, abriga deseos suicidas.

Apesadumbrado, Werner clavó la vista en una de las columnas.

—Paul se siente culpable del accidente.

—Pero él no tuvo la culpa.

—No solo el hombre al que atropelló iba mirando el móvil, sino también él.

Angela miró a Paul, que sufría visiblemente al recordarlo.

—Además, lo aterroriza que se llegue a saber y tenga que ir a la cárcel. El perito del seguro ya se huele algo.

El mimo empezó a temblar. No de forma exagerada, como en un número, sino como una persona que ya no se soportaba a sí misma.

—Y a mí —continuó Rosa— me dejó el gran amor de mi vida...

Schniedel Castro, dedujo Angela.

—... y después empezó a costarme confiar en la gente. Ahora solo me fío de mis nueve gatos. Sin ellos es posible que me hubiera...

Rosa dejó la frase en puntos suspensivos.

—¿Y Nele? —quiso saber Angela.

—Tiene tanto miedo de que se acabe el mundo que en sus momentos más sombríos preferiría ponerle fin al miedo de una vez por todas en lugar de seguir luchando contra el poder de las grandes empresas.

Nele hizo un leve gesto de asentimiento para confirmar las palabras de Rosa. Tenía el rostro más blanco aún que la máscara del mimo.

Pese al dolor que la rodeaba, Angela no pudo evitar sonreír.

—¿Se puede saber qué le hace tanta gracia? —preguntó una encolerizada Nele.

—Eso, ¿se puede saber qué le hace tanta gracia? —Werner se puso agresivo.

El mimo se contorsionó de nuevo en un signo de interrogación, pero esta vez sus manos eran puños, y Rosa lanzó una mirada asesina a Angela. Sin embargo, en lugar de responder directamente, Angela se limitó a decir:

—Por favor, siéntense.

Y señaló con la cabeza una de las columnas de la fábrica, contra la que había unas cuantas sillas plegables viejas.

—¿Es que ahora pretende hacer terapia de grupo con nosotros? —espetó Werner.

—En cierto modo.

—¿En cierto modo?

—Les revelaré quién mató en realidad a Dietrich Fenstermacher y a Hiltrud Zerny.

Todos se quedaron sin palabras salvo Paul, que de todas formas no era capaz de decir ni mu.

Angela tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse a carcajadas. La última vez que se había sentido tan animada había sido hacía muchos meses, cuando demostraba la culpabilidad de otro asesino. Mucho antes de que se pusiera a escribir sus memorias. Gracias a Rosa, ahora por fin sabía quién y por qué había asesinado a Fenstermacher y a Hiltrud. El móvil no había sido la avaricia. Ni tampoco la venganza. Sino —y, a decir verdad, a Angela se le podría haber ocurrido desde el primer momento tratándose de un grupo de terapia— unos sentimientos extremadamente intensos.

51

Mientras el Ape iba camino de la comisaría, Achim se agarraba con todas sus fuerzas al borde de la dura superficie de carga para no verse demasiado zarandeado. A su lado, Mike había estirado la pierna del pie herido. Lutz conducía el vehículo y Caro iba acurrucada contra él. Todos ellos formaban el «Comando para liberar a Angela Merkel», como había bautizado al equipo Lutz.

—La alarma está berreando —constató Achim cuando la comisaría quedó a la vista. Estaba tan preocupado por su mujer que, pese a ser un apasionado de los juegos de palabras, olvidó por completo hacer una alusión a los políticos.

—Y la puerta está abierta —comentó no menos preocupado Mike.

—¿Se habrá escapado Angela por su cuenta?

—Tratándose de su mujer, no me extrañaría.

—A mí también hace mucho tiempo que no me extraña nada —respondió Achim.

Sin embargo, tenía el presentimiento de que allí había gato encerrado. Tampoco ahora se le pasó por la cabeza crear un juego de palabras con su amado Schrödinger.

Lutz detuvo el Ape delante de la comisaría y se bajó con su Caro. Ambos ayudaron a Achim y a Mike a salir de la parte trasera. Achim quería ir a ver a Angela sin pérdida de tiempo y Mike pretendía seguirlo cojeando con el bastón antiguo, pero Lutz se interpuso en su camino.

—Tenemos que rodear el edificio para analizar la situación.

—¿No se podría analizar mejor la situación entrando dentro? —apuntó Achim.

—¿Para que nos arresten?

—Si la policía estuviera en el edificio, habrían parado la alarma hace tiempo —objetó Mike, apoyado en su bastón.

—Y no vendría disparada hacia aquí ahora mismo —añadió Caro mientras señalaba la calle.

Los tres hombres se volvieron y vieron que un coche patrulla se acercaba a ellos a toda velocidad. Al volante se distinguía a Hannemann. A su lado iba su compañera Lena Amado, de la que Mike se enamoró locamente al llegar a Klein-Freudenstadt, un sentimiento que era mutuo. El único fastidio fue que Amado resultó ser sobornable, circunstancia esta que chocó con la honradez de Mike y que sofocó en su origen la incipiente relación.

Achim comprendió en el acto que la presencia de la policía no era buena señal. A todas luces no se encontraba en la comisaría y, por tanto, tampoco podría haber protegido del desastre a Angela. Ahora probablemente hubiese acudido para ver qué pasaba con esa alarma que no paraba de berrear como los políticos. Vaya, al final Achim no había podido resistirse al juego de palabras. Solo se le ocurrían dos explicaciones para el comportamiento de la policía: o, en efecto, Angela había escapado, o el asesino la había secuestrado. En la tercera alternativa, que su mujer hubiese perdido la vida, Achim no quería ni pensar. En ese momento, Hannemann y Amado se bajaron deprisa del coche patrulla. Empuñando sendas armas. Y el comisario exclamó:

—¡Arriba las manos!

Achim, Caro y Lutz obedecieron, pero Mike no.

—Y usted, ¿a qué espera?

—Si levanto las manos, tendré que levantar el bastón, después solo podré apoyarme en una pierna y antes o después acabaré perdiendo el equilibrio.

Achim no era capaz de distinguir qué molestaba más a Mike, si su pie herido o Hannemann.

—Me da lo mismo —espetó el comisario.

Ahora Mike definitivamente estaba más molesto con el comisario. Levantó las manos y el bastón muy a regañadientes y se mantuvo en equilibrio a la pata coja.

—Lo lamento —se disculpó Amado, que por supuesto seguía sintiendo algo por él.

—Y yo más —repuso Mike, que ya no sentía nada por ella.

—He oído que te vas a casar.

—Pasado mañana —contestó Mike.

—¡Eso ahora mismo me importa una mierda! —Hannemann dijo lo que también estaba pensando Achim, excepto la palabrota—. Mire a ver si Merkel se ha largado.

Amado obedeció la orden y entró en la comisaría con el arma en ristre. Lo primero que hizo fue apagar la alarma.

—¿Se puede saber qué están haciendo aquí? —preguntó Hannemann a los miembros del «Comando para liberar a Angela Merkel» mientras la pierna en la que se estaba apoyando Mike empezaba a temblar.

—¿Por qué no hay nadie con mi bizcochita? —Achim respondió a la pregunta con otra pregunta, lo que hizo que Hannemann contestara formulando una pregunta a la pregunta con que habían respondido a su pregunta:

—¿Llama a su mujer «bizcochita»?

—Y ella a mí «bizcochito».

Las comisuras de la boca de Hannemann iban a curvarse en una sonrisa, pero Achim lo amenazó:

—Como se ría, agarro eso y le atizo. —Señaló el bastón, que Mike seguía sosteniendo en alto. Entretanto, el guardaespaldas se balanceaba de manera preocupante sobre la pierna temblorosa.

El comisario fue lo bastante listo para tomarse en serio la advertencia.

—¿Dónde está mi bizcochita?

—En la comisaría no —anunció Amado, que había vuelto con ellos —. La puerta de la celda está abierta.

Por un instante se hizo un silencio teñido de espanto.

Mike perdió definitivamente el equilibrio y se cayó.

Todos lo miraron.

El móvil le sonó. Iba a meter la mano en el bolsillo interior, pero Hannemann vociferó:

—¡Deje el arma donde está!

—¡Quiere coger el teléfono, cretino! —De pura preocupación por su Angela, Achim perdió la compostura.

—No soy de Creta.

—Retiro lo de «cretino».

—Dese por avisado —advirtió Hannemann.

—Tiene usted un *cerebrum amoeba*.

—¿De qué bruma habla?

—Un cerebro de ameba —tradujo Achim del latín, y Mike, que aún estaba tirado en la hierba junto a su bastón, decidió:

—Voy a coger el móvil.

—¡No caeré en esa trampa! —bramó Hannemann, que apuntó al guardaespaldas con su pistola.

Sin embargo, Amado le puso una mano en el hombro a su jefe y afirmó:

—Déjelo. Puede fiarse de él. Es un tipo decente.

Hannemann se detuvo. Agradecido, Mike hizo una señal de asentimiento a Amado y cogió la llamada mientras ella lo miraba con melancolía. Achim contuvo la respiración. Confiaba en que al otro lado de la línea estuviese su bizcochita. Confiaba en que le dijese que se había escapado. Pero, de ser así, ¿no lo habría llamado primero a él? Sí, seguro que sí.

—Entiendo... —gruñó Mike. Y después, de nuevo—: Entiendo. —Parecía concentrado, pero también preocupado. Definitivamente no era una llamada que indicase que Angela se hallaba fuera de peligro. Achim casi enloqueció de miedo—. Bien, vamos para allá de inmediato.

Mike colgó y se levantó con la ayuda del bastón.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —quiso saber Achim.

—Marie ha encontrado en las historias clínicas la prueba decisiva de quién cometió los asesinatos.

A Achim casi se le paró el corazón. Comprendió que esa persona debía de tener en su poder a su bizcochita, eso si todavía seguía con vida.

—¿Se puede saber a qué está esperando? —preguntó Hannemann —. ¡Díganos quién es!

—¡Nele Stark!

52

Era como en la terapia de grupo, solo que el círculo de sillas se encontraba en una nave, iluminado por fluorescentes, y Angela seguía con las manos atadas. Sus secuestradores la miraban tensos mientras ella, pese a la incómoda postura, empezaba a celebrar la demostración de la culpabilidad del asesino. En primer lugar se dirigió al mimo:

—Paul.

El aludido se estremeció.

—Está claro que ama usted a Nele.

El hombre, avergonzado, bajó la vista al suelo.

—Estaba enfadado con Fenstermacher porque estaba acosando a su gran amor y se estaba aprovechando de las debilidades que había averiguado de Nele para ganársela.

Paul levantó la vista, sus ojos reflejaban la ira que le inspiraba Fenstermacher.

—¿Me quieres? —preguntó Nele sorprendida.

Paul cogió una rosa imaginaria y se la ofreció. La joven la aceptó tímidamente.

—No haga como si no lo intuyera, por favor —pidió Angela con una sonrisa.

—Bueno. —Ahora fue Nele quien miró al suelo.

Angela volvió a dirigirse a Paul:

—Usted también estaba agazapado en el rododendro del jardín de Hiltrud.

El mimo iba a levantar las manos para defenderse, pero Angela espetó con aspereza:

—Mentir no tiene sentido, encontré restos de su maquillaje en el arbusto.

Paul bajó las manos.

—Además, Werner dijo que me vio usted en el jardín de Hiltrud.

Ahora el mimo no pudo evitar asentir.

—Fue usted a vigilar a Hiltrud.

Paul tragó saliva.

—He estado pensando todo el tiempo que tenía que haber un motivo sencillo para ambos asesinatos, ¿sabe? Como, por ejemplo, embolsarse el dinero de la estafa del seguro. Pero en ningún momento se me pasó por la cabeza la idea de que pudiera haber dos motivos. Descubrió a Fenstermacher en casa de Hiltrud al día siguiente de que se produjese la explosión, por la mañana. Supo que seguía vivo. Y que antes o después iría a ver a Nele. —Paul tragó más saliva aún—. Hiltrud trabajaba para la misma aseguradora que el perito que estaba comprobando su accidente, ¿no es así?

Paul se quedó de piedra.

—Seguía a Hiltrud porque tenía miedo de que pudiera contarle al perito lo que usted había desvelado al resto en terapia: que cuando se produjo el accidente usted también iba mirando el móvil. Bueno, decirlo no lo dijo, naturalmente, pero sí lo escribió en un papel.

—Entonces, ¿eres tú el asesino? —preguntó con asombro Rosa.

Desesperado, Paul negó con la cabeza.

—¡Admítelo! —exclamó furibundo Werner, que se levantó de su silla de un salto.

—Vuelva a sentarse —ordenó Angela—. Paul no lo hizo.

—¿No? —Desconcertado, Werner ocupó de nuevo su silla plegable.

—Aunque esa mañana Paul estaba agazapado en el arbusto, en contra de mi provocadora afirmación, no vio a Fenstermacher. Paul volvió más tarde para esconderse de nuevo. Cuando se aproximaba a la parte trasera de la casa, oyó los disparos y se puso a cubierto. Cuando se atrevió a salir de su escondite, solo me vio a mí con la pistola en la mano.

Paul asintió a modo de confirmación, y Werner solo fue capaz de decir:

—Ajá...

—Además, la que encontré en el arbusto era su pistola, Werner.

—Yo se la había dado a Fenstermacher —objetó él.

—Y alguien la robó de su despacho —afirmó Angela.

—¡Pero yo no fui! —se defendió Werner.

—Fenstermacher hizo que usted se enfrentara con la fuente de toda su ira, la muerte de la persona a la que amaba.

Werner guardó silencio.

—Y cuando por fin dio rienda suelta a ese dolor, empezó a tener usted pensamientos suicidas.

A eso Werner tampoco dijo nada, pero daba la impresión de que estaba en ebullición. Que le recordaran su dolor lo enfurecía.

—Y es que es mucho más fácil estar enfadado con el mundo, echar pestes contra la gente sin ton ni son, que enfrentarse al dolor.

No hacía falta que Werner contestara, su rostro encendido debido a la ira era suficiente confirmación.

—Puede que también sea más fácil disparar a la gente sin ton ni son.

El rostro de Werner adoptó un tono lila.

—A veces no hace falta un motivo para cometer dos asesinatos. O dos motivos distintos. A veces es la ira incontenible que alguien

tiene contra el mundo la culpable de que se perpetren crímenes. Y cuando eso sucede, también mueren inocentes.

—¡Yo no fui! —gritó de tal modo Werner que resonó en la nave entera.

—Lo sé —aseguró Angela.

—¿Lo sabe? —A Werner lo abandonó la ira y su cuerpo entero empezó a temblar, lo que hizo que la silla plegable en la que estaba sentado castañeteara.

—Usted no fue, no. Solo está así de irascible porque sufre.

A Werner se le saltaron las lágrimas. Sufría, y mucho.

—Le prometo que mañana a primera hora iremos todos al lugar donde perdió la vida su gran amor. Salvo la persona que mató a Fenstermacher y a Hiltrud, que, naturalmente, no nos acompañará.

Angela lo decía en serio, quería reparar el daño que le estaba haciendo a ese hombre, pero también a Paul, para poner entre la espada y la pared a la asesina. Durante la visita también averiguaría por fin quién era la persona a la que había perdido el ciudadano cabreado. Siempre y cuando, claro estaba, siguiera con vida a la mañana siguiente.

A Werner lo conmovieron tanto las palabras de Angela que dio rienda suelta a sus lágrimas. Mientras tanto, Angela se dirigió a Nele:

—Pasemos a usted.

—¿Se supone, entonces, que he sido yo? —inquirió indignada la activista.

Y Paul hizo por mímica como si fuese un culturista musculoso que quería protegerla.

—Seré breve: tiene dos motivos distintos para cometer los asesinatos. El primero, no soportaba que Fenstermacher la

persiguiese. El segundo, Hiltrud trabajaba para una gran empresa que según usted no tenía escrúpulos.

—¿Qué tiene que ver una aseguradora con la catástrofe del cambio climático? —preguntó asombrado Werner, que se había recompuesto un poco.

—¿Quién crees tú que asegura a los petroleros, las plataformas, las fábricas de gas y demás? —replicó Nele.

—Entre otras, la compañía para la que trabajaba Hiltrud —contestó Angela con una sonrisa.

—No me había parado a pensarlo —admitió Werner.

—Los de derechas no lo hacéis nunca —espetó Nele. Pero como el ciudadano cabreado estaba demasiado afectado para discutir con ella, la activista medioambiental se centró en Angela—: Así que ahora para usted yo soy el asesino, ¿no?

—Cuando bloqueamos la carretera para que no pasara el tractor, usted misma me dijo lo que opinaba de las aseguradoras.

—¿Bloquea usted carreteras? —quiso saber un sorprendido Werner—. ¿Después de bloquear el país durante dieciséis años?

—Eso ahora no viene al caso.

—¡No soy una asesina! —bufó Nele.

—No, no lo es. Pero alguien quiere hacerme creer lo contrario.

—¿Quién? —Nele estaba perpleja.

—La misma persona que antes, con sus observaciones, también me señaló como posibles autores a Werner y a Paul. —Apuntó a Rosa y los demás miraron a la mujer regordeta.

—¿Qué se supone que he hecho yo? —Rosa se hizo la tonta.

—Mencionó al perito del seguro para que sospecháramos de Paul, pero también me recordó a mí que Nele odia a todas las grandes empresas. Y dio a entender que Werner podría haber cometido ambos asesinatos dejándose llevar por un arrebato.

—Tergiversa usted mis palabras —se defendió Rosa.

—Y, sin embargo —Angela tomó impulso para asestar el golpe definitivo—, fue usted quien mató a Dietrich Fenstermacher y a Hiltrud Zerny.

—¿Yo? —contestó Rosa espantada—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Llevo todo este tiempo devanándome los sesos para averiguar quién podía tener un único motivo para cometer ambos asesinatos.

—¿Se refiere usted al dinero que pagaría el seguro por la muerte de Didi? A mí el dinero me da absolutamente lo mismo.

—Eso incluso me lo creo. A fin de cuentas, le financió su casa flotante.

—Entonces, ¿por qué iba a matarlos a los dos? —Rosa miró en busca de ayuda a los demás miembros del grupo de terapia, que no sabían qué pensar de las acusaciones de Angela.

Por su parte, esta se dirigió a ellos tres:

—Secuestrarme fue idea de Rosa, ¿no?

Los tres asintieron.

—Rosa pretendía sulfurarlos a lo largo de la noche hasta el punto de que me mataran todos juntos. Cree que todos ustedes son tan inestables y manipulables que pensó que podría llevar a buen puerto su plan. Y si por alguna cosa se torcía, me habría matado ella. Y después los habría liquidado a todos ustedes.

Nele, Paul y Werner no se lo podían creer.

—Y ¿por qué iba a hacer yo algo así? —quiso saber Rosa, que cruzó los brazos en actitud defensiva ante la redonda barriga.

—Por el mismo motivo por el que asesinó a Fenstermacher y a Hiltrud.

—Yo no entiendo nada —reconoció Werner.

A juzgar por las caras de Nele y Paul, ellos tampoco.

—¡No dice más que tonterías! —espetó Rosa, que con la postura que había adoptado parecía un buda peleón.

—Solo diré una cosa: nueve —respondió Angela.

Rosa palideció de súbito.

—¿Nueve? —coreó Werner.

—Nueve —confirmó Angela.

Rosa era la única en la nave que sabía a qué se refería Angela con eso.

—No hace nada ha dicho que en su vida ya solo tenía a sus nueve gatos.

—Sí.

El mimo formó un nueve con su cuerpo.

—Pero cuando fui a visitarla, en su casa había diez pequeños tigres.

El mimo formó primero un uno...

—Cierto.

... y después un cero. Y Werner le soltó:

—¿Puedes dejar de hacer esas bobadas de una vez?

Y Nele ordenó:

—Werner tiene razón, si quieres que entre tú y yo haya algo, vas a tener que volver a hablar.

Paul se debatía consigo mismo. Por amor a Nele dejó la pantomima, pero no fue capaz de proferir sonido alguno. Hasta el momento solo lo había hecho cuando Angela le había lanzado el café a la cara, pero en una relación amorosa no se podía hacer eso en cada conversación. Por lo menos, no era recomendable para la piel. Y para la relación tampoco.

—El pobre Chocolate-Chip —recordó Angela.

—El pobre Chocolate-Chip —repitió Rosa.

—Yo lo único que entiendo es «chocolate-chip» —se quejó Werner.

—Es uno de los gatos de Rosa —aclaró Angela.

—Vaya, genial, ahora también entiendo «gatos».

—Stalin lo hacía sufrir.

—¿Stalin? Pero ¿cuántos años tiene ese gato?

—Es el nombre de otro de los mininos. —Angela sonrió al círculo de sillas y acto seguido, cuando se dirigió a Rosa, recuperó la seriedad—: ¿Recuerda usted cómo me dijo que era la vida del pobre Chocolate-Chip?

—Dígamelo usted. —Rosa retiró su bolso rosa del regazo y se lo colocó sobre la barriga, como si quisiera protegerse con él.

—Dijo: «Para él la vida no vale la pena».

—Y así era, para el pobrecito.

—Por eso se la quitó usted.

Rosa se paró a pensar qué contestar a eso. Al final, decidió no mentir:

—Solo quedaron nueve.

—Una muerte piadosa.

—Una muerte piadosa —confirmó Rosa, a la que, al parecer, eso no le suponía ningún problema.

—Tendría que haberme dado cuenta mucho antes —afirmó Angela —. Cuando salimos en persecución de Fenstermacher, Schniedel Castro me contó que para usted los animales eran más importantes que él. Y ya mencionó que había nueve mininos. Y que usted no podía soportar que sufrieran.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros? —intervino Nele.

Angela desoyó la pregunta y continuó:

—Después de que la casa flotante explotara y todos pensáramos que nuestro terapeuta había muerto en ella, usted, Rosa, dijo: «Ya no habrá nadie que nos ayude. ¿Cómo vamos a seguir viviendo con nuestro dolor?».

—Lo dije, sí. —Por lo visto, Rosa empezaba a aceptar que Angela la había puesto entre la espada y la pared.

—Y después añadió: «Vivir así no vale la pena».

Werner, Nele y Paul tragaron saliva; que alguien hablara de su vida de ese modo los hizo estremecer.

—Según usted —prosiguió Angela—, sin el apoyo de un psicólogo que nos ayudase, la vida de ninguno de nosotros valía la pena ya. Y como no podía soportar vernos sufrir, decidió darnos el tiro de gracia.

—Es lo único que sirve de ayuda cuando se sufre —aseguró Rosa.

Werner, Nele y Paul contuvieron la respiración al unísono. Ahora sabían que entre los miembros del grupo había un psicópata: Rosa.

—La primera en caer fue Hiltrud —contó Angela.

—Cuando la vi a usted en su casa —apuntó Rosa—, quise liberarla también del dolor de vivir.

A Angela tampoco le agradó la idea de que alguien pensase que su vida era miserable solo porque había acudido a un grupo de terapia; sin embargo, continuó sin inmutarse:

—Logré esconderme detrás de un montón de libros. Esta noche esperaba usted poder convencer a los demás de que la asesina era yo. Quería hacer que los tres se tomaran la justicia por su mano conmigo.

—Y después los habría liberado a ellos —confesó Rosa mientras sonreía de un modo perturbador. Como una tía que llevaba a la cama a los niños un chocolate caliente con el que ya no despertarían —. Y nadie tendría que sufrir más.

Los demás miembros del grupo de terapia miraron a Rosa profundamente asustados.

—Y así usted no tendría que aguantar más nuestras penas — continuó Angela.

Rosa sonrió de un modo más perturbador aún.

—A Schniedel Castro, su examante, le pidió que fuese a casa de Hiltrud después de que la hubiese matado usted para recuperar la pistola, que tiró al arbusto cuando huía —siguió Angela—. Por eso Schniedel también sabía que usted ya solo tenía nueve gatos. Sin embargo, Schniedel, que sigue enamorado de usted, no sospechó que usted era quien había cometido el asesinato...

—Le dije que le había prestado el arma a Hiltrud y que tenía miedo de que pudieran relacionar su muerte conmigo. Y se lo creyó.

—Pese a todas las bravatas, como buen revolucionario de izquierdas es una persona ingenua.

—Muy ingenua —corroboró Rosa.

—Pero la policía ya había confiscado la pistola, y en cambio Schniedel se percató de que la página de banca online estaba abierta en el ordenador y la suma del seguro por la muerte de Fenstermacher se había transferido...

—... al propio Didi —terminó Rosa la frase—. Todavía no lo habían declarado muerto y pudo embolsarse el dinero.

—Así es como te enteraste tú también de que seguía vivo —razonó Nele, que había recuperado el habla—. Y te enfadaste de tal modo con él que lo mataste.

—No, eso no es verdad.

—Entonces, ¿por qué te lo cargaste?

—Le daba lástima —aclaró Angela—. También pensaba que llevaba una vida que no valía la pena, si estaba tan desesperado para fingir su muerte.

—Quería liberaros a todos —afirmó Rosa, que ahora sonreía como una tía que antes de que se quedaran dormidos quería cantarles a los niños una cancioncilla en la que les decía que lo mejor para ellos era que no volvieran a tener que sentir nada.

Y que dejó helados a los demás, incluida Angela.

De pronto, ante la fábrica frenó un coche con un chirriar de neumáticos. Se oyeron pasos. Todos aguzaron el oído, nadie decía nada. Ni siquiera Angela, que podría haber gritado «Ayuda», pero le pareció innecesario, dado que la caballería acababa de llegar de todas formas. La puerta de la nave se abrió de sopetón y Hannemann, Amado, Achim y —a cierta distancia— Mike irrumpieron. El comisario exclamó:

—¡Nele Stark, queda usted detenida!

—¿Yo? ¿Por qué yo? —preguntó la activista medioambiental.

—En su historia clínica pone que es usted capaz de cometer un asesinato y se dispone a hacerlo.

Nele, Werner y Paul estaban desconcertados.

Angela, en cambio, no:

—Rosa, desde la presunta muerte de Fenstermacher, estuvo usted dos veces en su despacho. La primera robó la pistola de Werner y el ordenador portátil, donde estaba archivada digitalmente su historia. Pero no fue consciente de que también había una en papel hasta que Werner me acusó de haber leído la suya. No se podía llevar su propia carpeta, a fin de cuentas estábamos todos allí, por eso se coló una segunda vez en el despacho, y antes de sustraer las historias clínicas en papel...

—... cambié la última hoja de la mía por la última de Nele para que las sospechas recayeran en ella —contó la amante de los gatos con una sonrisa fría.

—Pues entonces la detendremos a usted —anunció Hannemann, que, aunque confundido, estaba firmemente resuelto a meter entre rejas a alguien.

—No tan deprisa —dijo Rosa, que seguía sonriendo como si nada —. Creo que se olvidan de algo.

—¿De qué? —quiso saber Angela.

—Aunque dejé la pistola de Werner en el arbusto del jardín de Hiltrud, me hice con un arma, con la que maté a Fenstermacher. Y la tengo aquí.

Rosa sacó la pistola de su bolso rosa, se puso de pie y apuntó a Angela.

53

Angela se dijo que era tonta por no haberlo pensado. Como es natural, tendría que haber reconstruido mentalmente el escenario de cómo pensaba matar Rosa a todos los miembros del grupo esa noche. La adrenalina inundó su cabeza. Ahora había que actuar deprisa. Dejar que las aguas se calmaran, como había hecho tantas veces cuando ocupaba la cancillería, no era posible. Y en esa situación tampoco servía de nada evitar siempre los riesgos. De manera que lanzó un órdago y repuso:

—Vamos, dispare.

—¡Bizcochita! —exclamó Achim.

—Dispare, ande. Ponga fin a una vida que no vale la pena.

—¡Bizcochita!

—Ahora sí que se ha vuelto loca definitivamente —comentó Hannemann, mientras Mike, cojeando con su bastón, intentaba llegar a la línea de tiro a tiempo.

—¡Dispare de una vez!

—Como quiera.

Rosa apretó el gatillo.

Angela se dejó caer hacia atrás en la silla plegable.

Fue a parar al suelo.

La bala no le dio.

Y en ese mismo instante Hannemann abrió fuego contra Rosa.

La bala hizo añicos un cristal muy lejos de la asesina.

Pero Rosa se asustó de tal modo que soltó la pistola.

Ahora Mike pretendía llegar hasta la asesina, pero Werner y Paul se levantaron de un salto, la agarraron y le pusieron los brazos a la espalda mientras Nele le daba un puntapié a la pistola. Amado esposó a Rosa.

Angela pudo verlo todo desde el suelo hasta que Achim se inclinó sobre ella y dijo:

—Jamás pensé que alguna vez estaría de acuerdo con Hannemann. Pero tiene razón: te has vuelto loca.

—De eso nada.

—Desde luego que sí.

—Solo he fingido estarlo un poco.

—Y de qué manera.

—A veces hay que atreverse a ser menos pragmático —afirmó Angela con una sonrisa.

54

Angela, Werner, Paul y Nele se hallaban delante de un roble imponente en el bosque, cerca del Dumpfsee. Los rayos del sol se colaban por la copa y el rocío brillaba en las hojas. Habían acudido allí después de que los cuatro prestaran declaración en la comisaría. En silencio, pero en armonía.

—Conque aquí es donde sucedió, ¿no? —preguntó Angela.

Werner asintió con la cabeza.

No fue preciso que le sonsacara lo que había ocurrido exactamente. En el arrebato de ira que había sufrido cuando cocinaba en la parrilla de carbón, que a Achim le había parecido de lo más específico, casi lo había desvelado: durante una tormenta una rama le cayó encima a la persona a la que amaba Werner y la hirió de gravedad. Estuvo agonizando tres días antes de morir de un coágulo en el cerebro.

Angela observó el roble y se percató de que arriba del todo la corteza era más fina en un punto. ¿Estaría allí la rama?

—Lo siento por su esposa. —Angela expresó sus condolencias.

—¿Mi esposa?

—Fue a su esposa a la que le cayó encima la rama del árbol, ¿no?

—Nunca he estado casado.

—¿Su compañera sentimental?

—Hacía tiempo que no tenía.

Angela se calló que eso no le extrañaba.

—Era... —a Werner se le llenaron los ojos de lágrimas— mi hermana pequeña, Mara.

Angela miró al hombre con gran compasión, al igual que Paul, y se hizo patente que incluso Nele, que desde un punto de vista político no podía estar más lejos de Werner, afectivamente se sintió cerca de él.

—Tenía síndrome de Down, y era la persona más alegre y cariñosa que uno pueda imaginar.

—Cuidaba usted de ella.

—Siempre, desde que era un niño y solo su hermano mayor. Cuando nuestros padres fallecieron, asumí la tutela de Mara, y con su forma de ser iluminaba mi vida. Y ahora... y ahora...

—¿La vida es oscura? —Angela entendió lo que quería decir.

—Sí —admitió Werner, y se sorbió la nariz.

A Angela le habría gustado abrazar al triste ciudadano cabreado, pero este siguió hablando:

—Estábamos a orillas del lago y de pronto vimos que se acercaba una tormenta. Echamos a andar para irnos a casa, pero la tormenta era mucho más rápida y más fuerte que nunca...

Angela se dio cuenta de que Nele quería explicarle que esas tormentas eran resultado del cambio climático. Al parecer, Paul también lo vio, porque le puso un dedo en los labios delicadamente a Nele, que lo entendió y se contuvo.

—Y la rama le cayó encima a Mara, que se desplomó y se quedó allí, inmóvil. Sangrando. Y yo me senté a su lado, apoyé su cabeza en mi regazo y le dije: «Todo irá bien, Mara, todo irá bien. Te lo prometo». Pero no fue nada bien...

Werner no pudo continuar. Rompió a llorar a lágrima viva.

Ahora Angela abrazó al ciudadano cabreado.

Lo estrechó contra sí sin decir nada.

Paul abrió los brazos y se sumó a ellos.

Y al final incluso Nele se unió.

Cuando consiguió calmarse un poco, Werner se volvió a sorber la nariz agradecido:

—Nunca se lo había contado a nadie.

Angela pensó que a veces para hacer terapia no hacía falta un psicólogo, sino tener a alguien alrededor que entendiese el dolor.

—Gracias por compartirlo con nosotros, Werner —dijo el mimo.

Todos lo miraron atónitos. Por lo visto, el hecho de que Werner expresara sus sentimientos hizo que también se agitara algo en el interior de Paul. Conque no solo la enfermedad y el sufrimiento podían ser contagiosos, sino también la curación.

Paul se dirigió a la aturdida Nele:

—No pongas esa cara de sorpresa. Dijiste que tenía que volver a hablar si quería que entre los dos hubiese algo.

Nele no pudo evitar reírse y le dio un beso.

Y todo ello mientras los cuatro aún permanecían abrazados.

En ese instante de profunda cercanía, Angela entendió una cosa: aunque ya no podía llevar las riendas del país para ayudar a millones de personas, personas a las que ni siquiera conocía, sí podía ayudar a lo largo de los próximos meses a Nele, Paul y Werner a encontrar el camino de vuelta a la vida. Y, de ese modo, ayudarse también a sí misma.

55

Mientras se encontraba en la maravillosa rosaleda en flor del castillo, engalanada para asistir a la boda de Mike y Marie, Angela tenía la sensación de haber salido a la luz después de pasar un tiempo en la oscuridad. Por fin volvía a sentir auténtica felicidad, como a lo largo de esas últimas semanas solo se había sentido, brevemente, en el fondo del lago: la luz del sol no podía ser más espléndida, las rosas de distintos colores se hallaban en plena floración, su aroma era embriagador. Con los cuidados que le había prodigado Marie, el jardín había recuperado el esplendor que había tenido por última vez en el siglo XVII, con el barón Ansgar von Baugenwitz, un hombre que entró en los libros de historia como único señor al que le interesaba más la belleza que explotar a sus súbditos.

—Marie, ¿quieres estar con Mike tanto en lo bueno como en lo malo? —preguntó el funcionario del registro civil, un hombre alegre, de unos cincuenta y cinco años y ataviado con un frac color lila al que Silvio, el peluquero del pueblo, había teñido de rubio—. Si es así, di: «Sí, quiero».

El hombre estaba que no cabía en sí del gozo, ya que Angela le había contado su hallazgo en el fondo del Dumpfsee. En su cargo adicional de director de turismo, ya estaba viendo llegar a los turistas en masa a Klein-Freudenstadt en cuanto rescataran el mascarón de proa que representaba a la mítica serpiente Jörmungandr. El hombre concentró su fórmula matrimonial en la única frase que consideraba fundamental. De todas formas, el

aditamento religioso «Hasta que la muerte os separe» ya no lo decía ningún funcionario en todo el país, puesto que daban fe de demasiados matrimonios cuyo amor había muerto mucho antes de que su vida terminase.

Marie, que con su sencillo vestido blanco y una rosa en el cabello parecía una princesa de cuento de hadas, repuso con una sonrisa radiante:

—Sí, quiero.

—Y tú, Mike, ¿quieres estar con Marie tanto en lo bueno como en lo malo? Si es así, di: «Sí, quiero».

Mike estaba frente a Marie, temblando de nervios. Con muletas. Y la mejor chaqueta de sus trajes de guardaespaldas. Y un pantalón de chándal. A diferencia del pantalón del traje, en este le cabía la escayola. Y una barriga que había aumentado en el curso de esos últimos días.

A su lado, Achim ejercía de padrino. Llevaba la única chaqueta que tenía, la marrón de hacía treinta años, mientras que Angela, con su americana preferida, roja —y, para lo que era ella, muy atrevida con un pantalón rojo—, se hallaba junto a Marie. La novia era la única que podía ir de blanco, y el negro con el rojo parecía más propio de una recepción oficial en la cancillería.

Los únicos invitados al enlace eran los padres de Mike. Caro, con un vestido de flores tan colorido como las rosas del jardín, y Lutz, con un traje italiano de un llamativo verde que había adquirido en una tienda de segunda mano durante unas vacaciones en la Toscana. Los dos iban cogidos de la mano.

Delante se había colocado el pequeño Adrian, con un disfraz de Spiderman, algo que a todos les parecía bien. En un día tan especial, que cada cual se pusiera aquello con lo que se sintiera más a gusto. Frente al pequeño, a su vez, estaba sentado Putin. Los presentes

esperaban en tensión la respuesta de Mike, que de puro nerviosismo no era capaz de decir palabra.

—Mike —dijo risueño el alegre oficiante—, este sería un buen momento para decir: «Sí, quiero».

—*Pffufesto*.

—Eso no es del todo «Sí» —apuntó Marie con una sonrisa.

—*Pffufuesto*.

—La verdad es que eso tampoco.

Marie se acercó al tembloroso novio y le acarició dulcemente la mejilla, y Mike se calmó lo suficiente para poder decir:

—Ssss...

—Me vale —repuso Marie con una sonrisa que le salió del alma.

—A mí también —aceptó radiante el funcionario—. Yo os declaro marido y mujer.

Todos aplaudieron. El pequeño Adrian se puso a dar saltos de alegría en círculo. El carlino Putin lo imitó. Y Mike estaba tan aliviado que ni siquiera esperó a que el oficiante dijese: «Puedes besar a la novia». Dejó caer las muletas, se apoyó en la pierna buena y estrechó a Marie entre sus brazos. Fue el beso más sentido que se había dado hasta la fecha en todos los siglos que llevaba en pie el castillo.

Angela estaba segura de que los dos se darían muchos más. Y quizá también vinieran más niños para los que pudiese ser la «tita Arcangela».

Oyó que, henchido de orgullo, Lutz decía a Caro:

—Viendo cómo besa...

Y Caro añadió:

—Se nota que es hijo nuestro.

Después ambos rompieron a reír y se besaron apasionada y largamente.

Angela fue la primera que se acercó a la pareja de recién casados para darles la enhorabuena. Abrazó a Marie, su mejor amiga, que le dijo al oído:

—Sin ti no estaríamos juntos.

Angela estaba más orgullosa de ese triunfo personal que de ninguno político.

Al cabo de un rato, Achim dijo:

—Ahora me toca a mí.

Angela se separó de Marie, se quedó mirando un instante el abrazo que le daba Achim y se dirigió a su guardaespaldas, al que tendió sus muletas y dijo:

—Me llamo Angela.

Eso hizo reír a Mike.

—Vaya, esa sí que es una novedad.

—Es mi manera de decirle que puede tutearme.

Mike dejó de reírse en el acto y volvió a ponerse nervioso. Esta vez incluso la frente se le perló de sudor.

—Pruebe usted —lo animó Angela.

—T-t-t-t...

—Si ahora le añade una «ú», lo tiene.

—Ú-ú-ú...

—Ahora, las dos letras juntas.

—Út-út-út...

—Si le resulta más fácil, puede llamarme Arcangela.

Mike se rio de nuevo.

Caro y Lutz se acercaron y Angela se hizo a un lado con mucho gusto. Mientras los padres abrazaban al hijo y Marie estrechaba a la vez a su hijito y a Putin, Achim fue con su mujer, la cogió del brazo y la llevó hasta un rosal especialmente bello. Señaló a Caro y le preguntó:

—¿Creías que me interesaba?

Angela intuía que el tema acabaría saliendo desde que Achim se había enterado de que Angela le había pedido a Mike que uniese a sus padres. Aunque ingenuo, su bizcochito no era tonto. Y puesto que ella nunca le mentía —exceptuando alguna que otra mentira piadosa durante una investigación o un ataque de celos—, contestó:

—Sí.

—Hasta que la muerte nos separe.

—¿Cómo? —preguntó ella desconcertada.

—Eso fue lo que te prometí en su día. —A diferencia de Marie y Mike, ellos dos se habían casado por la Iglesia; a fin de cuentas, Angela era hija de un pastor.

—Es verdad, sí.

—Pero lo que es mucho más importante: es lo que siempre he querido y lo que sigo queriendo.

Angela quería con toda su alma a su marido.

—Todavía tendremos muchos días tan bonitos como este, vacaciones, fiestas, Pascua, bodas...

—... Navidades...

—Siempre que no desees que se cometa un asesinato.

—Asesinato bajo el abeto —bromeó Angela.

—¿Con un Papá Noel muerto?

—Por lo menos.

Los dos se echaron a reír. Hasta que Achim dijo:

—¿Bizcochita?

—¿Sí, bizcochito?

—¿Sabes cuál es para mí la mejor terapia?

—¿Jugar al Scrabble? —Angela recordó su afición y confió en que no contestase que era construir un garaje. Ciertamente no quería tener el garaje torcido de Klein-Freudenstadt junto a su casita de

entramado de madera. Por mucho que el funcionario del registro con el frac lila se entusiasmase con esa atracción.

—Tú.

En lugar de decir algo, Angela besó a su bizcochito.

En ese instante, todos los pensamientos sombríos que la habían atormentado después de escribir sus memorias desaparecieron de una vez por todas.

Y es que no había mejor terapia que el amor.

Agradecimientos

Gracias de todo corazón a Ulrike Beck —imposible imaginar una editora más fantástica—; a Michael Töteberg, mi maravilloso mentor; a Oliver Kurth, siempre sobresaliente dibujante de mis cubiertas, y, naturalmente, a Angela Merkel.

Notas

17

1. Hartmut Mehdorn, expresidente de la compañía de ferrocarriles alemana Deutsche Bahn, al que se llamaba *Bahnchef* en alusión al cargo que desempeñaba en dicha empresa. La palabra se pronuncia de manera parecida a Panchev. *(N. de la t.)*

36

1. Canción del grupo Bots: *La suave agua rompe la piedra*. *(N. de la t.)*
2. *Sol en lugar de lluvia*. En alemán, *Reagan* suena casi igual que la palabra *lluvia*. *(N. de la t.)*

38

1. *Hackbraten*, «pastel de carne» en alemán. *(N. de la t.)*

40

1. En alemán, *Dumpf* significa «vago», «impreciso». *(N. de la t.)*

Miss Merkel. Asesinato en terapia de grupo
David Safier

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Miss Merkel. Mord in der Therapie*

© del diseño de la portada, Gerard García Calafell
© de la ilustración de la portada, © SeneGal, © MT Creative Studio Ltd.

© Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg, 2024

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-322-4921-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta